

A woman with her hair in an elaborate updo is seen from the back, wearing a light purple, short-sleeved gown with a large bow at the waist. She is standing in a room with a white paneled wall, a chandelier, and a floral arrangement on the left. A light blue armchair is visible in the background.

Una Propuesta Desafortunada

Propuestas Memorables

JENNIE GOUTET

*Una
Propuesta
Desafortunada*



JENNIE GOUTET

Copyright © 2024 por Jennie Goutet

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Original Title: *A Regrettable Proposal*, 2019

Traducido por L.M. Gutez

Editado por Mercedes Peña Gómez

Diseño de portada por Shaela Odd de Blue Water Books

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)

[Otras Obras de Jennie Goutet](#)
[Acerca del Autor](#)

En memoria de Frannie Gamber Sadie, quien se reía de los días venideros.

CAPÍTULO 1



Capítulo uno Marzo 1812

Stratford Tunstall, antiguo comandante del 94º Regimiento de Infantería y recién nombrado quinto conde de Worthing, caminaba fatigosamente por Oxford Street con un uniforme rígido a causa de la suciedad. Un vistazo a New Bond reveló una calle ya despojada de la bulliciosa multitud. Mejor así. No estaría bien aparecer con semejante atuendo en la buena sociedad de Londres, pero no tenía elección si quería llegar a la contaduría antes de que cerrara. Aceleró el paso y se dirigió hacia el edificio de piedra que albergaba el banco, cuyas flores primaverales sobresalían por la verja de hierro forjado.

Pasó junto a tres mujeres en un escaparate que inspeccionaban una mercancía de seda bordada, cuando una se separó del grupo con un grito de sorpresa. Para su consternación, era la señorita Broadmore, la mujer que lo había dejado plantado antes de que él partiera a España y la última persona a la que deseaba ver a su regreso.

—¡Stratford! Has vuelto a casa. ¿Cuándo llegaste a Inglaterra? —ella pareció detenerse al observar su aspecto más de cerca, pero terminó por extender una mano esbelta revestida en piel de becerro. Su toque fue mínimo cuando él se inclinó sobre esta.

—Acabo de llegar —la voz de Stratford salió ronca, así que se aclaró la garganta—. He dejado mis pertenencias en King's Arms y he partido inmediatamente. Debo tratar algunos asuntos antes de que la contaduría cierre sus puertas.

—¿King's Arms? —el ceño de la señorita Broadmore se arrugó en señal de confusión—. No lo conozco. ¿Por qué no se aloja en su casa de Upper Seymour Street? Por supuesto, como lord Worthing, usted ahora tendrá una casa nueva...

Él asintió bruscamente con la cabeza.

—Nuestra casa ha sido alquilada para la próxima temporada y no deseaba molestar al personal en la residencia Cavendish sin haberme presentado antes en la finca. Parto mañana a primera hora.

—Por supuesto —la señorita Broadmore pareció quedarse sin palabras, pero no hizo ningún movimiento para poner fin a la conversación.

Él percibió el aroma de su jabón de jazmín. Llevaba demasiado tiempo sin oler a una mujer noble, diferente a esas lavanderas desaliñadas que seguían a las tropas y apestaban a jabón de lejía. Llevaba demasiado tiempo sin acercarse a *esta* mujer.

Ella lo miró por debajo de su sombrero poke, evocando el recuerdo del día en que esos mismos ojos sostuvieron los de él cuando ella lo liberó de su compromiso. El dolor lo envolvió

como un manto y, como si se compadeciera, el tímido sol de la tarde volvió a ocultarse tras las nubes.

—He oído que hay que felicitarla —Stratford forzó las palabras a salir de su garganta constreñida—. Está comprometida —*otra vez*, pensó. Esta vez se trataba de un barón, y debía de estar arrepentida de su prisa todos estos años atrás. Si Judith se hubiera casado con *él*, habría sido condesa. Había dejado muy claras sus ideas mercenarias el día que lo dejó plantado.

La señorita Broadmore se miró los pies.

—Me temo que se equivoca. Lord Garrett envió el anuncio después de hablar con mi padre. Pero no se dirigió a mí, y me temo que no puedo corresponderle —Stratford la contempló en silencio, y ella continuó en un tono resignado—. Estas semanas han sido incómodas para mí. En público, todos me catalogan como una mujerzuela, excepto mis amigos más cercanos —la señorita Broadmore miró a sus dos acompañantes, que a estas alturas ya habían examinado meticulosamente cada centímetro de la seda en su intento de parecer desinteresadas—. En casa, debo enfrentarme a la ira de mi padre —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Supongo que me lo merezco.

Stratford no pudo permanecer impasible ante tan lamentable declaración, aunque en secreto sintió que ella sí.

—Debemos alegrarnos de que nuestro acuerdo nunca se hiciera público —tuvo dificultades para decirlo, pero habría sido grosero seguir castigándola.

Hubo un silencio y Stratford fue incapaz de poner fin a la conversación. Quiso sacar el reloj de bolsillo para ver si había tiempo, pero los brazos le pesaban a los costados y las palabras seguían clavadas en su pecho. Finalmente, la señorita Broadmore rompió el silencio.

—Por favor, acepte mis condolencias por la pérdida de su padre. Pensé que tal vez usted había tenido permiso para asistir a su funeral.

—Lo tuve. Pero estábamos sitiando Ciudad Rodrigo en España, y había muy pocos oficiales. Mi padre habría preferido que me ocupara del asunto —se le formó un nudo en la garganta mientras elegía sus siguientes palabras—. Mi tío no estaba conforme con mi decisión de quedarme, pero sentí que debía guiarme por el honor.

—Su padre siempre estuvo orgulloso de usted —le aseguró ella—. Me dijeron que seguía cada movimiento en la península. Y luego, perder la concesión del título por sólo cinco días...

Hubo otro silencio mientras Stratford apretaba los dientes. *¡El título! ¿A quién le importa el título?* Se movió como si fuera a marcharse, y la señorita Broadmore percibió el sutil movimiento.

—¿Estará en Londres esta temporada?

La calle se había vuelto extrañamente silenciosa, y él se percató de que no sólo no había otras damas visibles, aparte de la señorita Broadmore y sus amigas, sino que ni siquiera el bullicio habitual de los caballeros daba vida a la calle. Stratford logró esbozar una sonrisa tensa.

—En la medida en que pueda evitarlo. Tengo muchos asuntos pendientes en Worthing y debo averiguar a qué atenerme.

—Creo que sus hermanas tendrán su segunda temporada, ¿no es cierto? —preguntó ella. Su amiga le hizo una señal a un lacayo que esperaba para que abriera la puerta del carruaje, y la señorita Broadmore dio un paso hacia el vehículo.

—Mi tía lo está organizando, sí —Stratford se quedó de pie, clavado en el sitio al percatarse de que, efectivamente, debía regresar a Londres y que era muy probable que se encontrara con ella en todas partes. Debía hacer lo posible por evitarlo—. Tenga un buen día, señorita Broadmore.

Su cabeza se inclinó ante el uso formal de su nombre, pero ella respondió de la misma manera.

—Buen día, milord. Nuestros caminos se cruzarán sin duda cuando usted regrese a Londres.

La acompañante pelirroja de la señorita Broadmore exclamó:

—Judith, mi madre se disgustará si llego tarde a vestirme para la cena. Como va la cosa, no tendremos tiempo de ir a Hyde Park.

La señorita Broadmore asintió y luego miró a Stratford.

—Asegúrese de saludar a sus hermanas de mi parte —hizo una reverencia y se volvió hacia el lacayo que esperaba, dejando a Stratford solo en la calle. El cochero chasqueó las riendas y el carruaje repiqueteó sobre el pavimento empedrado.

Stratford sacó el reloj de bolsillo mientras se dirigía a su destino, temiendo llegar demasiado tarde. *Así que ella ha dejado plantado a otro, ¿eh?* Pero esta vez el hombre tenía un título, y aun así ella había rechazado el matrimonio, incluso en contra de la voluntad de su padre. ¿Por qué? ¿Había descubierto que la felicidad no pertenecía al más alto par del reino? *¿Se arrepiente de haberme rechazado?* Recordó sus ojos abatidos y estuvo tentado de pensar que ella lo echaba de menos.

No. Ella sólo lamentaba su reciente adquisición del título y su precipitada partida antes de obtener el premio. *Ahora tendrá que competir con las otras damiselas que aspiran a mi corona.* Eventualmente tendría que elegir a una de ellas, se recordó, pero en este asunto se mantendría firme. *No será Judith. Debe cortar por lo sano y buscar en otra parte.*

En la amplia puerta de madera del banco, el joven Brooks estaba de espaldas a la calle mientras luchaba con una llave maestra en la inflexible cerradura.

Stratford exclamó al girar por el camino desde la entrada.

—Alto ahí.

—El banco está cerrado. ¡Oh...! —Stratford sabía por experiencia que al señor Brooks no le gustaba ser pillado por sorpresa, ya fuera una inexplicable caída en la Bolsa o un cliente abalanzándose sobre él como un potro desbocado. Sin embargo, una mirada al visitante eliminó la irritación de su tono—. Milord. Había perdido la esperanza de verlo hoy —el señor Brooks giró la llave en la cerradura, algo sencillo, al parecer, ahora que no intentaba escapar hacia una comida caliente—. ¿No quiere entrar, milord? He preparado los papeles y sólo es cuestión de sacarlos de la caja fuerte —acompañó a Stratford al interior del edificio y cerró la puerta tras ellos.

—Le pido disculpas por la demora. Acabo de llegar a Londres y saldré para la finca a primera hora de la mañana —Stratford siguió al señor Brooks por los estrechos pasillos hasta su pequeño y oscuro despacho.

—Tenga la amabilidad de sentarse mientras traigo todo lo necesario —el señor Brooks entró en una habitación lateral donde se le oyó girar una llave en una cerradura y rebuscar entre papeles y objetos. Volvió con un montón de papeles, una pequeña caja de terciopelo y un sobre de cuero. Le tendió la caja de terciopelo—. Aquí tiene su anillo grabado, como solicitó. Debo decir que se lo guardé en contra de mi naturaleza, considerando que usted podría haberlo necesitado en cualquier momento. Un par no debería separarse de su anillo.

—No había necesidad de usarlo en la península. Estaba mucho más seguro en sus manos —Stratford se colocó el anillo en el dedo y sintió su peso desconocido. *Mi primo, John, o incluso Nicholas, deberían usarlo; no yo. Habían sido educados para el papel*—. Gracias por ajustarlo.

—De nada. Aquí está la suma que solicitó en billetes y monedas. Por supuesto, puede recurrir al banco en cualquier momento, y esperamos sus instrucciones acerca de las otras transacciones

sobre las que escribió en relación con las propiedades de su padre —el señor Brooks cruzó las manos sobre el escritorio—. ¿Dónde se aloja? Upper Seymour ha sido alquilado.

—The King's Arms —respondió Stratford con una sonrisa tímida.

—The King's Arms —el señor Brooks se recostó, estupefacto—. Pero, ¿por qué no Cavendish? Milord, le recuerdo que tenemos hombres que se ocuparán de estos detalles por usted. Puede confiármelos.

Stratford esbozó una débil sonrisa y negó con la cabeza.

—Estoy demasiado acostumbrado a manejar mis propios asuntos.

—Debe pensar en su posición —le suplicó el banquero.

—Difícilmente puedo evitarlo —murmuró Stratford. Había completado un viaje agotador que no había purificado sus pensamientos de los horrores de esa última batalla. Mañana emprendería uno más corto, pero que no culminaría en tranquilidad. Familiares que no se habían interesado en conocerlo hasta ahora descenderían sobre él en Worthing, y la pupila de su tío llegaría un día antes de la lectura del testamento. *Debe de estar ansiosa por conocer sus expectativas, pensó Stratford con amargura.* A esto le siguió otra reflexión: *No estoy de humor para recibir a extraños.*

Stratford respiró hondo.

—Espero unificar las dos propiedades una vez que averigüe cómo están las cosas en Worthing. La lectura del testamento tendrá lugar dentro de una semana. Mientras tanto —Stratford se puso en pie, chocando con el candelabro a la altura de su hombro derecho—, agradezco la atención que presta a estos asuntos.

El señor Brooks hizo un gesto con la mano, permitiendo que el conde avanzara primero.

—Permítame expresarle, en nombre de Brooks e Hijos, nuestro placer por tenerlo de nuevo en suelo inglés.

Stratford asintió con la cabeza y atravesó la puerta principal, ciñéndose la capa mientras descendía los escalones hacia las sombras del atardecer. Tres pasos más y cruzó la entrada para dirigirse a la calle casi desierta. Un vendaval de mediados de marzo sacudió las contraventanas de madera del edificio contiguo, y pensó en el baño caliente y la comida que le esperaban en la posada. Ojalá este fuera el final de su viaje, sin necesidad de nada más.

CAPÍTULO 2



La postura de Eleanor Daventry seguía perfectamente erguida mientras el carruaje giraba finalmente en el sinuoso camino que conducía a la finca Worthing.

—Tía, hemos llegado.

La anciana jadeó y se incorporó sobresaltada cuando Eleanor abrió la ventana y se asomó.

—Hay un jinete a lo lejos dirigiéndose hacia la finca. Un caballero. Quizá sea el conde que ha vuelto pronto de la península —metió la cabeza y dedicó una sonrisa maliciosa a su tía—. Para saber si, en efecto, es tan rico como un nabab.

—No seas vulgar, Eleanor —la señora Daventry tensó los labios, pero la amonestación tuvo poco efecto en su sobrina. Sus siguientes palabras sí lo tuvieron—. El anterior conde fue bueno contigo en un momento en que nadie más defendía tu causa. Me sorprende que hables con poca seriedad de él o de su legado.

Eleanor estudió sus manos entrelazadas sobre el regazo. No tenía sentido intentar bromear con su tía.

—No debería hacerlo, lo sé. Es sólo que no conocí a mi tutor como habría deseado. Soy consciente de todas sus atenciones, pero no puedo evitar sentir que habría preferido su compañía a su benevolencia.

El rostro de la señora Daventry palideció por otra sacudida del carruaje.

—Lo que hizo por ti no es poca cosa. Se ocupó de tu bienestar y de tu educación, y se aseguró de que tuvieras todo lo necesario para tu primera temporada, incluida una presentación. Bajo su patrocinio, no necesitabas temer ser rechazada —su tía se movió incómoda en el duro asiento—. Considerando tu historia familiar...

Eleanor ignoró las palabras no pronunciadas, las cuales conocía muy bien. Ahora que el cuarto conde había muerto, no había tales garantías. Dirigió a su tía una mirada entrecerrada.

—No te encuentras bien. Desearía que nos hubiéramos detenido en la posada. El viaje no habría sido tan tedioso si hubiéramos viajado poco a poco.

La señora Daventry cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Habríamos llegado demasiado tarde, y no es prudente detenerse en una posada pública sin la escolta de un caballero. No me preocupo por mí. Pero por ti, *cumpliré* con mi deber, aunque sufra por ello.

—Tía —la voz de Eleanor sólo contenía una pizca de exasperación—. Puedo sobrevivir al desprestigio de una posada pública. Y el descanso te habría ayudado. Olvídalo. Podemos pedir que te lleven directamente a tu habitación y que te suban la cena.

—No harás tal cosa. Como tu tutora, me quedaré contigo durante toda la cena —su tía resolló y tiró de los pliegues de su chal púrpura—. Aunque dudo que pueda comer.

Eleanor disimuló una sonrisa y miró por encima del prado hacia el bosquecillo en la distancia, el cual empezaba a mostrar matices verdes.

—Recuerdo muy poco este lugar. Supongo que debería estar agradecida de que lord Worthing me haya invitado aunque sea una vez. Había olvidado cómo... —su voz se detuvo cuando el carruaje giró y aceleró hacia la mansión, cuyas hileras de ventanas reflejaban la iridiscencia dorada del sol de la tarde. Las piedras beige que las enmarcaban brillaban bajo los rayos, y el efecto era impresionante.

Las puertas de la mansión se abrieron antes de que el carruaje se detuviera. Dos hombres en librea bajaron los escalones y uno de ellos abrió la puerta del vehículo; el otro permaneció en posición de firmes mientras Eleanor extendía la mano enguantada para descender. Tenía las piernas entumecidas por el viaje, y se volvió para ayudar a su tía, aliviada por el recibimiento.

El sentimiento de felicidad duró poco. Eleanor cruzó el umbral hasta donde se encontraba una ama de llaves, con el rostro rígido y la voz fría.

—Soy la señora Bilks. Si me acompañan, les enseñaré sus habitaciones. Aquí tenemos horario de campo y servimos la cena a las seis.

Su tía pareció ofendida por el tono cortante, pero prefirió no prestarle atención mientras seguían al ama de llaves.

—Me alegro —dijo la señora Daventry, resoplando mientras subían la escalera de caracol—. Prefiero el horario de campo, pero esto nos deja sólo una hora para vestarnos. ¿Hay alguna criada que pueda ayudarnos? No hemos traído ninguna. Mencioné en mi carta que nuestro modo de viajar no lo permitiría.

—He contratado a una chica del pueblo —respondió la señora Bilks—. Ella se ocupará de sus necesidades.

Una chica del pueblo. Reservarían su personal cualificado para los huéspedes más importantes. Eleanor odiaba tener que dar una respuesta civilizada.

—Gracias. Su ayuda será bienvenida.

En lo alto de la escalera, la señora Bilks las condujo a lo largo de la barandilla de caoba hacia el ala que albergaba sus habitaciones, y Eleanor echó una última mirada a los inexpresivos lacayos, clavados en su sitio como estatuas junto a la puerta. Sintió compasión por ellos. *Qué aburridos deben de ser sus días y qué pocas opciones tienen de hacer algo diferente. Muy; reflexionó, parecido a mi vida.*

Un movimiento atrajo su mirada, y se volvió para ver a un caballero entrando en el vestíbulo con una capa negra que se abrió para revelar unos pantalones salpicados de barro. Era casi de la misma altura que los altos lacayos, y su grueso pelo rubio estaba recogido hacia atrás, dejando al descubierto unas cejas pobladas, una nariz angulosa y una boca caída como si de un corte en la cara se tratara. Él descubrió su mirada y se quedó inmóvil. Cuando los pasos de Eleanor vacilaron bajo su escrutinio, él torció la boca en señal de saludo y retrocedió hacia la puerta. Eleanor volvió a mirar al frente para oír las palabras de la señora Bilks.

—...en habitaciones contiguas. Haré que la criada de la trascocina avive el fuego en cuanto pueda.

—¿Sería tan amable de enviar té para mi tía? —preguntó Eleanor. La señora Daventry frunció el ceño y no dijo nada. Su silencio indicaba su gran malestar.

—La muchacha del pueblo llegará en cualquier momento. Cuando lo haga, le diré que suba un poco.

Eleanor entró en el dormitorio que le había sido asignado, tras haber prometido que volvería enseguida para ocuparse de la comodidad de su tía. La habitación era probablemente para una

niñera, con espacio suficiente a ambos lados de la cama para caminar alrededor de ella, y una silla con respaldo de balaustres frente a la fría chimenea. Cuando llamaron a la puerta, abrió y dejó que los lacayos se las arreglaran para acomodar su equipaje. Sólo tendrían que meterlo a presión al pie de la cama.

En realidad, aquello estaba bien. ¿No había decidido ya que buscaría empleo una vez dejara la casa de su querida Lydia? Las condiciones de su empleador no serían mejores que estas. Eleanor se sentó en la colcha de retazos blancos y dedicó un momento a respirar tranquila y profundamente, apreciando el juego de luces a través de las irregulares hojas de vidrio.

¿Qué iba a hacer para ganar dinero si no recibía nada de la dote? Su tutor había cuidado de ella en el pasado, pero, en el mejor de los casos, había sido un tutor indiferente. ¿Quién diría que había pensado en ella? Suponía que la petición de su presencia debía significar algo. Pero la señora Bilks había sido poco acogedora. ¿Era sólo que ella y su tía se encontraban en el lado equivocado de la pobreza? ¿O acaso el nuevo conde conocía el pasado de Eleanor y lo desaprobaba?

Aunque las respuestas a estas hipotéticas preguntas eran imprecisas, Eleanor estaba decidida a albergar esperanzas. Tal vez la reunión con el abogado al día siguiente le proporcionaría noticias de independencia. Tal vez conseguiría una pequeña suma que le permitiría abrir un pequeño establecimiento. *Si no, buscaré un puesto en una escuela donde no sea una esclava.* A pesar de las esperanzas de su tía de que pudiera encontrar pareja, y de sus evidentes esfuerzos para conseguirlo, Eleanor había abandonado todo sueño relativo al matrimonio por el objetivo más alcanzable de la independencia. Había comprobado de primera mano que rara vez se conseguía tal cosa mediante el matrimonio.

Cuando Eleanor hubo controlado mejor su humor, llamó a la puerta de su tía. Al entrar, una rápida mirada se lo dijo todo.

—Tía, no hay forma de que puedas bajar —protestó—. Estás demasiado enferma.

Los ojos de la señora Daventry se llenaron de lágrimas.

—Pero *no debes* perderte la cena con el conde. Es muy importante que lo conozcas antes de que lleguen los demás invitados.

—El conde. ¿Así que *se trata* de él? —Eleanor ignoró la urgencia de la insistencia de su tía, teniendo una idea de hacia dónde se dirigía esa línea de razonamiento. No obtendría ningún apoyo por parte de su tía en lo referente a su deseada independencia.

—Sí. La señora Bilks me informó de ello después de que te llevara a tu habitación. El sucesor de tu tutor está aquí y estará presente en la lectura del testamento —capturó la atención de su sobrina—. Es necesario que lo conozcas antes de que se distraiga con otras personas más dignas de su atención.

Eleanor se paró frente a la chimenea, perdonando el insulto que ya era habitual. Su tía se enorgullecía de decir toda la verdad, sin entender que uno podía comprender el estado de las cosas sin que se lo explicaran *hasta la saciedad*.

—¿Alguien te ha traído el té?

—No —su tía jugueteó con los flecos de la manta que se había echado encima—. Y tampoco es probable que lo hagan, pues la cena se aproxima.

—Insistiré en que lo hagan —dijo Eleanor—. E iré en busca de polvos para el dolor de cabeza. No tardarás en sentirte tan fresca como una rosa —antes de que su tía pudiera protestar, Eleanor salió corriendo de la habitación y atravesó el pasillo.

Al final de la escalera, miró a su alrededor. La entrada principal estaba justo enfrente, y ya no había lacayos vigilándola. A la izquierda estaba la habitación que el caballero había abandonado.

No se dirigiría hacia allí. Las puertas dobles a la derecha del pasillo debían de contener el salón, y seguramente la cocina estaría al final del pasillo, bajando las escaleras, ¿verdad?

Efectivamente, la puerta del fondo conducía a un conjunto de desgastados escalones de piedra que llevaban a la cocina, y Eleanor siguió las voces; las agradables entonaciones de una mujer que no parecía tener prisa. A juzgar por su aire competente y su delantal blanco, la persona que hablaba era la cocinera, y guardó silencio en cuanto Eleanor cruzó la puerta.

Los ojos de la mujer se desviaron hacia alguien más allá de la vista de Eleanor antes de volver a posarse en ella.

—Señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

Eleanor sonrió cálidamente en un intento por tranquilizar a la cocinera y disimular su propio temor de haber cometido una violación a las normas sociales.

—Es sólo que necesito unos polvos para el dolor de cabeza, y no sabía a quién debía dirigir mi petición.

Una vez más, la cocinera miró más allá de ella, y había deferencia en su mirada, de modo que Eleanor se sintió obligada a volverse también. Cuando lo hizo, palideció. Era el conde.

Estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados, pero ahora se irguió e hizo una leve reverencia.

—Estoy a su servicio, señorita —dijo el conde en voz baja—. ¿Mi personal no está atendiendo sus necesidades?

Nerviosa, Eleanor sólo pudo repetir.

—He venido en busca de polvos para el dolor de cabeza, milord. No he visto a ningún criado desde que la señora Bilks nos acompañó a nuestras habitaciones.

Él la examinó. *En busca de señales de hipocresía, supongo.* Ella suspiró para sus adentros. *Y es justo lo que merezco. ¿Qué huésped se pasea por una casa ajena?*

—Me ocuparé de que la señora Bilks le proporcione algo —dijo finalmente el conde—. ¿Necesita algo más?

Aunque las arrugas que rodeaban su boca conferían severidad a su expresión, Eleanor percibió en sus ojos algo parecido a la calidez que no había distinguido desde lejos. Ella se encontró de frente con su mirada.

—Un poco de té, por favor.

Él miró a la cocinera y luego volvió a mirarla a ella.

—Como desee, señorita. Enseguida subirá alguien.

Eleanor hizo una breve reverencia y salió de la habitación, sintiendo toda la vergüenza de la situación. Subió las escaleras tan rápido como se atrevió sin que la acusaran de correr. En la habitación de su tía, una criada estaba sacando los vestidos del equipaje y los sacudía.

—Oh, ¿ella te ha traído el té? —exclamó Eleanor, pensando en lo embarazoso que sería haber importunado al conde por una petición ya cumplida.

—No, acaba de llegar del pueblo. Tú, chica. Ayuda a mi sobrina con su vestido y su peinado. Debe estar lista para cenar en veinte minutos.

Eleanor siguió a la criada en silencio hasta la próxima puerta. Sabía que no lograría convencer a su tía de que le permitiera ausentarse de la cena con el conde. La criada, Betsy, según supo, empezó a desabrochar la espalda del vestido de Eleanor. Después de quitárselo, Eleanor se puso su vestido de noche, una seda de segunda mano, marrón, como su pelo y sus ojos, con adornos de encaje color marfil. La chica sacudió el vestido de viaje y lo dejó sobre la cama.

—Señorita, si no le importa, llevaré esto abajo y me ocuparé del barro.

—Sí, por favor. Ahora ven y ata los lazos para que tengas tiempo de peinarme. No quiero llegar tarde a cenar —permaneció de pie mientras Betsy le ceñía el vestido, y luego se sentó frente a la mesa del tocador con su pequeño espejo y observó cómo la criada creaba largas y finas trenzas alrededor del moño y enroscaba su cabello más bien soso en unos rizos sueltos junto a sus mejillas. El resultado fue agradable.

En la habitación de su tía, la señora Bilks estaba colocando la bandeja del té con los labios fruncidos. Eleanor se quedó de pie junto a la puerta mientras la señora Daventry se dirigía al ama de llaves.

—No puedo acompañar a mi sobrina a cenar. Por favor, envíe mis disculpas al conde por posponer mi encuentro con él.

—Sí, señora —la señora Bilks frunció aún más el ceño, pero abrió la puerta contigua y llamó a Betsy para que asistiera a la mujer mayor. A Eleanor le dijo—: Señorita, ¿quiere venir conmigo?

Eleanor siguió al ama de llaves fuera de la habitación iluminada por las velas, cuyas acogedoras paredes echó de menos de inmediato. No le apetecía cenar con un hombre que no parecía propenso a mantener una conversación agradable y cuya única calidez se escondía en algún lugar de sus ojos. Una gélida corriente de aire la caló hasta los huesos mientras avanzaba por el lúgubre pasillo. Su decoración no había penetrado antes en sus sentidos, pero ahora notó cada imponente estatua, cada batalla de espadas y cada retrato sombrío, todo lo cual le produjo una dramática sensación de fatalidad que discrepaba por completo con su mente práctica. Reprimió una risita nerviosa. *Como un cordero al matadero, allá voy.*

La señora Bilks condujo a Eleanor a un salón luminoso donde el quinto conde de Worthing estaba de pie frente al fuego.

—Milord, le presento a la señorita Daventry.

El conde se volvió e hizo una reverencia.

—No creo que la señorita Daventry necesite presentación. Lo ha hecho por sí sola —dijo, con un movimiento de labios que ella no tuvo esperanza de interpretar—. Espero que su dolor de cabeza esté mejor.

Desconcertada por la sonrisa que suavizó sus acusadoras palabras, no pudo encontrar ninguna palabra propia que funcionara como réplica. La señora Bilks continuó con voz distante.

—La señora Daventry se encuentra indispuesta y no puede acompañaros en la cena. Le envía sus saludos y me ha pedido que acompañe a la señorita Daventry al comedor.

El conde asintió e hizo un gesto hacia el frente. Una vez sentados, el lacayo sirvió el primer plato y ocupó su lugar contra la pared. Lord Worthing se volvió hacia ella con una sonrisa que no se reflejó en sus ojos. Tal vez Eleanor había malinterpretado la calidez que había encontrado en ellos antes.

—Espero que su viaje haya sido agradable.

—Aparte de la indisposición de mi tía, ha sido muy agradable. No viajé mucho y he disfrutado bastante del nuevo paisaje —Eleanor cogió aire para continuar, pero no sabía qué decir a continuación. Fijó los ojos en el centro de mesa, un imponente arreglo de hojas perennes y ramas de color fucsia.

Ella casi había terminado su sopa de huevo cuando el silencio se hizo insoportable.

—Milord, tengo entendido que ha renunciado a su cargo. ¿Seguía usted en la península? —Eleanor sintió el rubor ante esa pregunta inútil cuya respuesta ya conocía.

Lord Worthing se tomó un momento antes de responder.

—Mi última batalla fue en enero. El general me dio permiso para renunciar a mi cargo, y

regresé a Inglaterra —ella lo miró a la cara para ver cuáles eran sus pensamientos sobre el cambio en sus circunstancias, pero no leyó nada.

Tras otro silencio, el conde le hizo un gesto al lacayo para que le acercara la jalea a su compañera de cena, y dijo en un tono más coloquial:

—El señor Harrison me ha informado de su presencia mañana en la lectura del testamento. Como no se leerá hasta las cuatro, ¿le gustaría que le ensillaran un caballo por la mañana?

—Eso sería muy amable de su parte. No suelo disfrutar de este placer.

—Puedo hacer que mi mozo de cuadra la acompañe. Desgraciadamente, tengo una reunión con el agente fiscal que durará toda la mañana, y no puedo acompañarla —el conde la miró y luego siguió comiendo.

—Gracias —dijo Eleanor, sin saber qué más decir. No era una conversadora experimentada, y este era sólo el segundo plato.

Cuando el silencio se prolongó demasiado, lord Worthing le puso fin.

—Tengo entendido que usted vive en Surrey.

—Durante los últimos diez años, he residido en la escuela o con mi tía, la señora Martha Daventry, quien vive en Camberley. Mi tutor; el antiguo conde de Worthing, me confió a su cuidado cuando perdí a mis padres —su voz serena ocultaba su agitación interior—. La amistad de mi padre con su tío, como sabrá, es muy antigua.

—Me temo que aún no he tenido tiempo de comprender esta rama de la genealogía familiar o a sus conocidos. No pude volver a casa en los dos meses previos al momento crítico de la enfermedad de mi tío. Sólo tuve conocimiento de mi sucesión en las tierras y el título cuando mi primo fue asesinado en Badajoz —por primera vez, sus ojos se encontraron de frente con los de ella, pero volvió a apartar la mirada antes de que Eleanor pudiera percibir el latido de su propio corazón ante lo que se sintió como un ataque directo.

—Yo... Entiendo. Así que usted no fue educado bajo esa expectativa —el silencio de la respuesta fue tan abrumador que ella no se atrevió a estropearlo con el tintineo de los cubiertos. Entonces, dejó el tenedor sobre el mantel.

—No —respondió finalmente—. No —parecía que iba a decir algo más, pero su mirada terminó por posarse en ella y sus ojos verdes la atravesaron de la forma más incómoda.

Eleanor quiso preguntarle cuáles eran sus pensamientos mientras la miraba de un modo tan penetrante, pero en lugar de eso buscó una pregunta más adecuada.

—¿Conocía bien a su tío?

Él volvió a fruncir el ceño.

—Sólo lo vi una vez, cuando tenía trece años. No creía que él fuera a legarme nada, ¿sabe? Y, por lo tanto, pensaba que yo le resultaba indiferente —lord Worthing hizo girar el tallo del vaso entre sus dedos mientras su carne se enfriaba.

Oh. La boca de Eleanor formó la palabra. Había sido impertinente con sus preguntas personales. Lo más sensato habría sido hablar del tiempo.

Finalmente, el conde pareció recordar que estaba comiendo y cogió el tenedor para que Eleanor se animara a hacer lo mismo. Él masticó su ternera de manera pensativa y se quedó mirando las cortinas verde esmeralda, que impedían ver el cielo cada vez más oscuro desde el comedor.

Eleanor comió mecánicamente y no intentó conversar más hasta que lord Worthing se puso finalmente en pie, anunciando que la comida había terminado. Entonces se volvió hacia ella y, cuando Eleanor levantó los ojos hacia los suyos, él le sostuvo la mirada y su expresión se suavizó.

—Señorita Daventry, mañana nuestra casa estará llena de invitados, pero he hablado con la señora Bilks para asegurarme de que siempre haya alguien dedicado a su comodidad. Si desea algo, sólo tiene que pedirlo.

Sintiendo el impulso de contener las lágrimas ante esta inesperada muestra de amabilidad, Eleanor inclinó la cabeza.

—Gracias, milord —dijo, y luego siguió al ama de llaves hasta el corredor. La vela amenazaba con apagarse en el fresco y ventilado pasillo, pero la puerta del comedor permaneció abierta, proyectando luz hacia este. Sintió la presencia de la mirada del conde hasta que giraron para subir por la escalera.

CAPÍTULO 3



Stratford cabalgaba junto a su agente fiscal, ambos guiando a sus caballos a medida que se acercaban a la aldea Munroe. El silencio entre ellos era inquietante por un lado y respetuoso por el otro.

En los pensamientos de Stratford se filtraban imágenes de su regreso. Había tenido todo un año para adaptarse a la muerte de su madre antes de partir a la guerra, y aunque esperaba que su regreso a casa fuera extraño sin su padre tampoco allí para darle la bienvenida, la realidad de la doble pérdida llenaba cada parte de su vida. El peso de la nueva responsabilidad era casi paralizante. Si tan sólo su padre hubiera estado vivo para heredar el título primero, dándole tiempo a Stratford para adaptarse a su nuevo destino, su transición podría haber sido más fácil. Además, con el correo del día anterior había llegado una carta de su hermana, recordándole que el cuidado de la familia recaía ahora directamente sobre sus hombros.

Temía que esas cargas incluyeran a la señorita Daventry. Como pupila del antiguo conde, seguramente recibiría una pequeña suma para vivir. A menos que su tutela le fuera impuesta a él. *¿Eso era posible?* Dejando de lado que se paseaba por su casa sin chaperón, parecía una tímida criatura necesitada de protección, y él esperaba que su tía se mostrara en público con más frecuencia. Desde luego, a él no le interesaba asumir ese papel, pues ya tenía demasiadas preocupaciones.

A pesar de la inquietud que sentía respecto a su posible implicación en el futuro de la señorita Daventry, Stratford se había percatado desde su primer encuentro en la cocina del agradable semblante de la señorita al dirigirse a la cocinera. Después de la cena, había notado algo en su mirada cuando ella levantó los ojos hacia los de él al despedirse. Su conversación le había parecido bastante banal, pero cuando se volvió hacia ella al final de la velada, vio en sus ojos una comprensión que cautivó su atención. Eso le hizo lamentar no haber prestado más atención durante la cena. *¿Qué más había pasado por alto?*

Sin embargo, lo que había ocupado sus pensamientos durante la cena había sido ese encuentro fortuito con Judith de camino al banco. *¿Qué probabilidades había?* Ese desafortunado encuentro le había proporcionado a Judith la osadía de volver a ponerse en contacto con él, pues el correo del día anterior también incluyó una invitación procedente de la residencia Broadmore, aunque sólo fuera para una fiesta que organizaban en Londres y no contuviera más palabras personales a excepción de las necesarias para darle la bienvenida de nuevo. Él, sin embargo, no estaba dispuesto a devolverle el gesto e *invitarla* de nuevo a su vida.

Antes del anuncio de su compromiso, ella afirmó haber cambiado de opinión, lo que lo impulsó a marcharse a la península. No había habido escándalo alguno; sólo se sospechaba que la relación se había *tensado*, pero si su corazón se había agitado al verla en Londres la semana

pasada, las inquietantes palabras de su rechazo lo obligaron a endurecer su corazón.

Me precipité en mi promesa... sólo ha sido un encaprichamiento... no deseo que mis hijos se relacionen con la clase mercantil. Esto último fue lo que más le dolió, porque revelaba simultáneamente un prejuicio contra su madre que él mismo se había negado a reconocer y su propia incapacidad para identificar la superficialidad en el bello sexo. Había sido engañado por completo.

Lo que más le molestaba era la dificultad de conciliar el saludo sonriente de Judith con su mano íntimamente colocada sobre la de él y esas duras palabras de hacía tres años. Era como si, en la mente de la joven, esa conversación hubiera sido borrada de su historia. *Para haber crecido rodeado de mujeres*, pensó sombríamente, *no sé nada de ellas.*

El agente fiscal, el señor Grund, señaló el prado a su izquierda.

—Los inquilinos que viven aquí trabajan esta parcela. Es la más lucrativa de las propiedades Worthing debido al arroyo que la alimenta. No tiene restricción de herencia, pero eso no debería significar nada, ya que fue la compra más preciada de su tío abuelo durante sus días de expansión. Él consideraba esta adquisición su golpe maestro —el señor Grund se inclinó hacia él—. ¿No le importará mi familiaridad, milord? Creo que usted deseaba conocer todos los detalles sobre los que yo tenga conocimiento—Stratford asintió—. Vea aquí... —el señor Grund cogió un terrón de tierra y lo deshizo entre sus dedos—. Es la tierra más fértil que he visto en esta parte del condado. Sólo esta porción de tierra genera tres mil libras anuales.

Dejando escapar un suave silbido, Stratford dijo:

—En efecto, son buenas noticias. La finca está en mejores condiciones con respecto a lo que me habían hecho creer —miró hacia el horizonte, apreciando la diferencia entre los pálidos rayos de sol y el resplandor peninsular con el que había aprendido a vivir. Su caballo se movía con impaciencia, con el aliento empañado por el aire primaveral—. ¿Cómo veían los inquilinos al antiguo conde?

—Oh... —el señor Grund se acarició la barbilla—. Él les agradaba bastante. Lo apreciaban, y cumplieron todas las normas de luto cuando dejó este mundo.

Stratford se tocó distraídamente su propio brazalete negro, que cumplía una doble función, a pesar de que los seis meses estaban a punto de terminar.

—¿Y cómo perciben al nuevo conde? —miró al agente fiscal a través de las pestañas, con un atisbo de sonrisa.

El señor Grund lo miró especulativamente.

—Confían plenamente en la condescendencia del nuevo conde y esperan ver a sus hijos adornar la casa dentro de poco.

Stratford dejó escapar una risa involuntaria.

—Así que ya están pesando en eso, ¿no? —sacudió la cabeza, pero su ceño fruncido regresó, al igual que la imagen involuntaria de unos rizos rubios y una sonrisa en la que no confiaba—. De momento no hay ninguna futura lady Worthing, pero no tengo intención de quedarme soltero como mi predecesor. Es otro asunto del que debo ocuparme en mi nueva función.

El agente fiscal frunció el ceño, pero dejó pasar el comentario.

—Ahora, milord, si me acompaña hacia el este, le mostraré la parte de la finca que necesita más trabajo. Creo que la enfermedad del antiguo conde lo había debilitado tiempo atrás, porque dejó de preocuparse por esta parte menos visible de la finca.

Stratford se sacudió sobre la silla de montar y pasó la siguiente hora y media anotando mentalmente cómo priorizaría las reparaciones. Él y el señor Grund prometieron reunirse dentro de dos días.

A su regreso, los cascos del caballo marcaron un ritmo reconfortante, y Stratford empezó a relajarse por primera vez desde que pisó suelo inglés. Tal vez el título era nuevo para él, pero ya estaba familiarizado con la forma de hacer rentable una propiedad. Y esta prometía mucho. Ahora, si tan sólo poseyera la gracia necesaria para relacionarse con sus inquilinos de modo que pudieran relacionarse adecuadamente...

—¡Eh, Tunstall! —una voz a sus espaldas lo sobresaltó en la silla de montar. El conde giró sobre su caballo y miró hacia el sendero para encontrarse con un rostro familiar.

—Amesbury —respondió Stratford, con los ojos iluminados por la sorpresa.

Aunque John Amesbury difícilmente podía ser considerado algo más que un conocido, había frecuentado su círculo de amistades en la escuela y formado parte de los jóvenes de Londres en los breves años previos a la partida de Stratford a la guerra. También era el primer viejo conocido con el que Stratford se había encontrado a su regreso.

—¿Qué te trae por estos lares?

Amesbury cabalgó a su lado, se inclinó sobre su caballo y le tendió la mano.

—*Diablos*. Ahora eres *Worthing*. Los viejos hábitos no mueren. Me enteré de que habías llegado y decidí venir a verte. Algunos apostaban a que renunciarías a tu cargo en cuanto obtuvieras el título.

—Dada la lucha que tuvimos después de Ciudad Rodrigo, no quise hacerlo. Difícilmente podían prescindir de mí, pero al final, el propio general dio la orden. Era muy amigo del viejo conde antes de su muerte. Envió sus condolencias cuando mi primo Nicholas falleció. ¡Pero tú, *aquí!* ¿Tus orígenes están en esta parte de Sussex?

—Soy tu vecino. Mi propiedad limita con la tuya al suroeste. De pequeño solía hacer todo tipo de travesuras con tus primos, y ambos fuimos tras la misma señorita Hamilton; ahora señora Cranford, y perdimos. Obviamente.

—No dijiste ni una palabra de esto cuando estuvimos juntos en Cambridge —Stratford aminoró la marcha para seguir el ritmo de Amesbury.

—Rayos, había olvidado que erais parientes. No venís de los mismos lares, y ellos nunca dijeron una palabra de ti.

—No nos conocíamos muy bien. Sólo compartíamos lazos de sangre —Stratford lanzó una mirada de consideración a su vecino—. Mi padre se casó con una mercadera, y ese fue el final.

Amesbury hizo un gesto despreocupado con la mano.

—La gente le da demasiada importancia a eso. Es lo que hay que hacer si uno necesita fondos y las chicas que debutan no tienen los bolsillos muy llenos. *Siempre y cuando* no esté bizca —Amesbury continuó—. Por cierto, he de decirte que la señorita Broadmore se va a casar. Tal vez no oíste la noticia mientras estuviste fuera. Se decía que tú y ella habíais pensado en casaros en algún momento.

—No se va a casar —dijo lord Worthing de modo cortante.

—Salió en los periódicos. Yo mismo vi el anuncio —protestó Amesbury—. ¡Espero que no sigas aferrado a ella! Puedes conseguir algo mejor con tu título.

—No me aferro a ella —dijo Stratford, y su rigidez inconsciente instó al caballo un paso adelante—. Tuve un encuentro fortuito con la señorita Broadmore en Londres, y ella misma me informó de que acababa de romper el compromiso. Dijo que no encajaban.

Amesbury lo miró fijamente.

—Entonces, imagino que estaba triste por la ruptura. Lástima que el asunto no despegara hace cuatro años. Perdí una apuesta sobre ello... —se detuvo al darse cuenta de con quién hablaba, y continuó débilmente—: Deseo que seas feliz.

—Por favor —la voz de Stratford era seca—. Ahórrate tus felicitaciones. Estás equivocado —en un esfuerzo por entretenerlo, habló sin pensar y sin un entusiasmo verdadero—. Me encontraré con el carruaje para asegurar que el abogado sea debidamente recibido, luego almorzaremos a la una. ¿Nos acompañas?

—Tendrás que renunciar a la idea de recibir a la gente tú mismo ahora que eres conde. Es algo que no se hace, Tunstall-Worthing, quiero decir. La gente espera un hombre respetable, no uno que haga lo que cualquier lacayo puede hacer.

—No importa lo que ellos esperen. Al final, me molestarán. Le he dicho a James que se reúna conmigo allí, así que le daremos la bienvenida al señor Harrison y luego iremos a Worthing. La lectura del testamento no es hasta las cuatro, así que un almuerzo a la una nos vendrá bien. Tendrás que olvidarte de tus historias más singulares, ya que compartiremos la comida con algunos de mis tíos... ¿Qué? ¿Por qué te ríes?

Amesbury negó con la cabeza.

—¿Estás intentando anular tu invitación?

—Por supuesto que no —Stratford señaló una bifurcación a la derecha—. Por aquí.



ELEANOR, de regreso de su cabalgata matutina, encontró la mansión más animada que la noche anterior. Divisó tres carruajes con sus respectivos pasajeros descendiendo frente a la escalera circular de piedra, y se detuvo a observar el bullicio correspondiente. Un caballero, envuelto en un abrigo acolchado de un amarillo pálido, exclamó con acento severo:

—¡Tú! Coge la maleta de lady Keyes. Antes tendrás que apartar estos dos baúles. Ten cuidado con lo que haces, hombre.

Ocultando una sonrisa, Eleanor dio media vuelta y cabalgó hacia los establos, donde permitió que el mozo de cuadra la ayudara a desmontar. En la penumbra del extremo opuesto, de espaldas a ella, el conde, vestido de forma bastante desaliñada, bromeaba con un caballero cuya columna vertebral estaba tan rígida como el cuello de su camisa.

—Veo que sigues sin confiar en nadie excepto en tu propio mozo de cuadra...

—O en mí mismo... —replicó el amigo del conde.

—...o en ti mismo, lo cual es una idea ridícula. ¿Sigues compitiendo en carreras con Trueno?

—Ha abandonado su posición en las listas. Una pena. Me generaba buenos beneficios. Esperaba mucho de Salamander; aún no la has visto, pero está preñada y no volverá a competir —el caballero sacudió su fusta contra el establo y se volvió cuando el caballo de Eleanor bloqueó la luz que entraba del exterior. Él le lanzó una mirada de sorpresa al conde.

Lord Worthing avanzó al ver a su mozo de cuadra siguiendo a Eleanor.

—Jesse, el señor Harrison regresará a Salisbury después de nuestra reunión, y tendrás que tener el carruaje listo a cualquier hora a partir de las seis —Jesse asintió y condujo el caballo al primer establo a su izquierda.

Dirigiendo una mirada hacia ella, el conde dijo:

—Señor Amesbury, permítame presentarle a la señorita Daventry. Era la pupila de mi tío y está aquí para asistir a la reunión con el abogado. Señorita Daventry, este es el señor Amesbury —ella ejecutó lo que esperaba que fuera una elegante reverencia mientras él lo hacía de manera correcta.

—Es un placer —el señor Amesbury habló con voz aburrida, pero sus ojos no pasaron nada por alto mientras el mozo de cuadra frotaba la montura de Eleanor—. Ella tiene las patas traseras

cortas, como ves.

—Lo sé —dijo lord Worthing—. Era de mi tío.

Eleanor frunció las cejas —¿qué?—, mientras el conde se dirigía a ella.

—Jesse cuidará del caballo. Almorzaremos a la una.

Cuando dejaron que se marchara, Eleanor asintió y giró sobre sus talones, con la cabeza en alto. Rodeando al mozo de cuadra, se abrió paso por el establo y llegó a la soleada entrada antes de percatarse de que habían estado hablando del caballo. Los *caballos* tenían patas traseras. Las chicas no. Sonrió débilmente ante su propia estupidez y se preparó para continuar avanzando, pero el siguiente comentario la detuvo en seco.

—Es una pequeña criatura, ¿verdad? —palabras que sabía que no estaba destinada a oír.

La ira volvió, y esta vez justificada. *Sí, señor Amesbury, pensó, continuando su camino hacia la casa. Sé que soy una pequeña criatura. No soy de su agrado. Es una suerte que no esté buscando marido, si no, los hombres ya me habrían descartado.* Cogió una bocanada de aire fresco y parpadeó contra el escozor de sus ojos.

La corta franja de césped más allá de los establos conducía al camino de piedra y al acceso circular, que ahora estaba vacío, con todos los recién llegados dentro. La mansión lucía igual que el día anterior. *A pesar de su belleza y su agradable distribución, este lugar parece absorber la vida de uno.* Eleanor subió con decisión la escalera de piedra, entrecerrando los ojos en la oscuridad que la envolvió en cuanto los lacayos le permitieron la entrada. Se dirigió directamente a la habitación de su tía y golpeó suavemente la puerta.

—Tienes buen aspecto, tía —Eleanor se inclinó y la besó obedientemente—. No quise molestarte antes de salir a cabalgar esta mañana. ¿Podrías prescindir de Betsy cuando termines de arreglarte? Lord Worthing me ha dicho que almorzamos a la una.

La señora Daventry examinó a su sobrina en el espejo.

—Siéntate, querida. Me han dicho que habrá bastante gente. ¿Qué tal la cena con el conde?

Eleanor se sentó en el borde de la silla y sacudió la cabeza con tristeza.

—Tortuosa. Él no soportaba entablar conversación. Comprendo que aún no tengo diecinueve años y, y... quizá no sea muy agraciada, pero si fuera más caballero, yo no me habría dado cuenta.

La señora Daventry frunció el ceño.

—Tal vez le agrades con el tiempo. Es muy posible que esos años en la península le hayan afectado. Tengo entendido que los soldados pueden sufrir melancolía.

Eleanor sacudió la cabeza.

—Parecía estar a gusto con el amigo que nos acompañará a comer. ¿Sabes quién está aquí? Vi al menos tres carruajes cuando llegué.

Su tía se encogió de hombros mientras Betsy le abrochaba una cadena de oro alrededor del cuello.

—¿Eso es todo, señora? —preguntó la muchacha.

—Sí, puedes atender a mi sobrina —la señora Daventry frunció el ceño—. Eleanor, será mejor que utilices tu muselina azul. Ese marrón que tanto usas no te favorece nada

—Sí, tía —Eleanor soltó un suspiro silencioso y notó que Betsy la miraba con compasión. La criada hizo una reverencia.

—Un momento, señorita. Iré a buscar agua caliente.

—Gracias, Betsy —cuando la puerta se cerró suavemente tras ella, Eleanor se acercó y se paró ante su tía—. ¿Cuándo podremos irnos después de la lectura del testamento?

—Querida, depende en gran medida del contenido del testamento —la señora Daventry giró

en su asiento—. Y del procedimiento para su realización. Y de que el conde te acepte. En cualquier caso, ha sido muy amable por parte de tu tutor dar a conocer su intención de mantenerte durante la temporada. Al menos, no debes avergonzarte de presentarte personalmente ante lady Ingram.

—¿De que me acepte? —dijo Eleanor—. Espero que no estés conspirando nada porque te aseguro que cualquier esfuerzo que tú o yo hagamos será en vano. Él no tiene ningún interés en mí.

La expresión del rostro de su tía cambió.

—Qué pena. Bueno —le acarició uno de los rizos—, tal vez alguno de los otros caballeros sí muestre interés —se percató del ceño fruncido de Eleanor antes de que pudiera borrarlo—. Ten cuidado, querida, o te saldrán arrugas.

—Sí, señora —respondió Eleanor, volviéndose hacia la ventana para que su tía no hiciera también un comentario sobre sus hombros caídos.

EL ALMUERZO FUE LIGERAMENTE MÁS tolerable que la cena de la noche anterior, con Eleanor sentada entre el señor Amesbury y sir Ambrose Keyes. El señor Amesbury, quien había decidido que ella carecía de aspecto, dirección y carácter, no se esforzó por complacer, sino que interpretó meticulosamente su rol. Cuando todos los demás temas quedaron cubiertos, él avanzó con determinación, con el coraje hastiado de un conversador insensibilizado.

—Señorita Daventry, tengo entendido por el conde que su padre falleció debido a heridas de batalla cuando usted era aún muy joven.

—Sí. Yo tenía casi seis años cuando murió.

—¿Y su madre? —el señor Amesbury estaba ocupado atacando su filete y no la vio tensarse.

—Mi madre dejó de ejercer su afecto natural cuando se volvió a casar. Su marido es un conde francés, y se trasladaron a Europa en 1802 —la voz de Eleanor era firme y se llevó el vaso a la boca con firmeza, a pesar de la alarmante mirada que su tía le dirigió desde el otro lado de la mesa. Continuó como si no lo hubiera visto—. El antiguo lord Worthing era un gran amigo de mi padre y demostró su bondad al acogerme como su pupila.

Antes de que el señor Amesbury pudiera responder, Eleanor se vio obligada a escuchar la condescendiente oratoria de sir Ambrose sobre los temas que le interesaban. Agradeció el indulto y el poco tiempo que le quedaba para conversar con el señor Amesbury, cuya mirada fija en el plato frente a él le hizo saber que no se sentía obligado a continuar la conversación.



STRATFORD no se enteró de la opinión que Amesbury tenía sobre la señorita Daventry hasta que la comida hubo terminado y Amesbury se dispuso a marcharse. Anunció que se retiraría inmediatamente en lugar de reunirse con las damas en el salón, pues no deseaba entrometerse en una reunión familiar. Stratford lo acompañó a los establos, donde Amesbury se enfrentó a él.

—Rayos, viejo amigo. Me sorprende que tengas a la señorita Daventry residiendo aquí. Su familia es demasiado turbia —la boca de Amesbury se torció de indignación—. No te agradeceré que la hayas sentado a mi lado.

—¿Qué demonios quieres decir? —era cierto que la señorita Daventry había hablado poco cuando cenó con ella, pero no había pronunciado nada que pudiera calificarse de censurable.

Stratford frunció el ceño, percatándose de que el fracaso de su cena juntos podía no ser enteramente culpa de ella. *No me comporté a la altura de un caballero. No estaba de humor para cenar con nadie, y mucho menos con una joven que era una perfecta desconocida...*

—¿No lo sabes? —replicó Amesbury—. Su madre la abandonó y se fugó con un francés, y ahora viven en Europa. ¿Quién sabe si ya era viuda? Que tu tío reconociera a la muchacha me desconcierta, pero mi consejo, querido amigo, es que la dejes recibir su parte del dinero; sea lo que sea, y la echas. Vuestra conexión no es muy conocida, y tal vez no sea demasiado tarde si la ignoras en cuanto puedas.

—Seguramente, alguien con una importancia tan grande como la mía, no puede verse perjudicado de ninguna manera por una conexión que yo decida formar —la voz de Stratford era suave, pero si su vecino hubiera tenido la oportunidad de mirarlo a la cara, habría visto cómo se le curvaba el labio.

Amesbury no entendió la ironía.

—No, no, lo has entendido todo mal. Nunca se es demasiado cuidadoso... —no terminó su pensamiento porque el mozo de cuadra se acercó con su caballo—. Ah, lo has ensillado, ¿verdad? Comprobaré las correas yo mismo. No, ves que están demasiado ajustadas aquí, ¿verdad?

Los pensamientos de Stratford se dirigieron a la señorita Daventry por segunda vez ese día. Parecía que a la pupila de su tío no le resultaría fácil encontrar una pareja adecuada y, a diferencia de Amesbury, a él no le era propio echar a un sujeto por su mala reputación; o por lástima, ya que ella no era la causa de ello. Él esperaba, por el bien de la joven, que recibiera algo que le permitiera vivir sin depender de la sociedad; sobre todo, sin depender de él.

—Iré a Londres el viernes —Amesbury, ahora arriba de su caballo, estaba listo para partir—. Ven a jugar al billar conmigo esta tarde. He encontrado un excelente brandy escondido en la bodega de mi padre. Llevo demasiado tiempo esperando sentado en este maldito lugar y necesito algo de diversión.

Stratford sonrió para sí mismo, habiendo aprendido en tan solo dos horas que —lejos de ser un «maldito lugar»—, la finca de Amesbury era su orgullo y alegría.

—No puedo eludir mi deber de anfitrión en la cena —replicó.

—Ven después de ello. Nadie puede decir nada al respecto —cuando vio que Stratford empezó a negar con la cabeza, dijo lentamente—: Venga, y te contaré lo que pasó realmente con Mack y el cerdo cuando se encontraron en el combate profesional de boxeo.

Stratford se rio ante ese recuerdo inesperado. Viajó a través de los años y volvió a la escuela, donde no había decepciones amorosas, ni guerras sangrientas, ni títulos ni propiedades que mantener.

—Mackery siempre hacía las mejores travesuras. Pensaba que habías jurado guardar el secreto. Palabra de caballero y todo eso.

—Él mismo contó la historia en White's. Fue el tema de actualidad. Pero tú no estabas —el caballo de Amesbury se impacientó y él sujetó las riendas—. Entonces, ¿cuento con tu asistencia?

—Iré en cuanto pueda —Stratford se despidió con un gesto de la mano y Amesbury se marchó.

CAPÍTULO 4



La lectura del testamento tuvo lugar en la biblioteca a las cuatro en punto. Las sillas estaban dispuestas en dos filas de semicírculos con un pasillo en medio. Stratford se sentó al frente con la señora Hester Tunstall, cuñada del antiguo conde, que en su primer encuentro en veinte años había sido más amable con él de lo esperado. Sus dos hijos habían estado destinados al título de conde de no ser por sus prematuras muertes en la guerra, pero no había rastro de acritud en la conversación ni en el tono de la mujer.

Detrás de ellos, en la última fila, estaban sentados el antiguo administrador del conde y su esposa, moviéndose incómodos en sus sillas. Stratford sabía que si su presencia era requerida, recibirían algo. Se alegraba por eso, pero había estado dispuesto a mostrar el respeto de su tío hacia ellos.

Al otro lado del pasillo se encontraban dos tías más, hermanas del antiguo conde, a las cuales había visto solo una vez. La tía Lucretia y su marido, sir Ambrose, estaban sentados en un ángulo que les permitiera conversar con la tía Gertrude, detrás de ellos, quien estaba flanqueada por su marido y sus tres hijas. En la última fila había cuatro personas a las que Stratford había conocido sólo unos minutos antes de entrar en el salón. Supuso que eran parientes lejanos o beneficiarios de la generosidad del conde.

La señorita Daventry y su tía ocupaban los dos asientos situados directamente detrás de Stratford, y el impulso de volverse para ver lo que revelaba el rostro de la señorita Daventry fue muy fuerte. ¿Qué esperaba ella de la herencia? Stratford no podía deshacerse de la inquietante sensación de que la joven acabaría a su cargo. ¿Qué mujer empobrecida no recurriría a cualquier conexión posible para introducirse en el círculo? Él no podía rechazarla, ya que había sido huésped en su casa.

Al mismo tiempo, no pudo evitar sentirse intrigado por los secretos atisbos de la que creía que era la verdadera naturaleza de la joven. Una joven que no temía deambular por una casa extraña en busca de polvos para el dolor de cabeza y té. En cuanto a eso, el descuido de su personal a la hora de atender las necesidades de la señorita Daventry no lo honraba en absoluto, y se había visto obligado a reprender a la señora Bilks.

La señorita Daventry también había aceptado cenar con él, un hombre extraño, con la presencia de un único lacayo, y no había mostrado ninguna incomodidad por su falta de calidez. La próxima vez que hablaran, Stratford estaba decidido a mostrarle toda la cortesía posible para compensar esa velada. Y esta misma mañana, la joven había accedido a montar con la sola presencia de un mozo de cuadra, y Jesse dijo que ella se había desenvuelto bien a caballo; un cumplido nada despreciable viniendo de él. En general, la señorita Daventry estaba demostrando ser bastante intrépida.

En el momento en que el abogado dio comienzo a la reunión, la puerta se abrió y un joven con un chaleco de rayas rosas y verdes azuladas entró.

—Me disculpo por mi tardanza —anunció—. Estuve a punto de tener una pelea con un torpe conductor de carruaje y tuve que detenerme para calmar a mis caballos...

—Adelante, adelante —espetó sir Ambrose—. No hagamos que este buen hombre pierda más el tiempo.

El abogado levantó la vista de sus documentos y le indicó al caballero el asiento restante.

—Damas y caballeros, comenzaremos ahora con la lectura de la última voluntad de Everard Miles Sherborne Gerard Tunstall, cuarto conde de Worthing. Comenzamos con los bienes dejados al quinto conde de Worthing, detallados con precisión, como se puede ver aquí en este mapa.

El abogado deslizó el dedo por el documento hasta encontrar las coordenadas que buscaba y luego comenzó la demarcación.

—Este es el límite de la parte sureste de la finca, situada cerca de Amesbury. La zona en cuestión no incluye este arroyo de aquí ni estos acres que lo tocan. La parte este del territorio incluye esta sección de bosque y el pabellón de caza dentro de él.

El señor Harrison continuó explicando la extensión de los bienes heredados que pasaría a manos del quinto conde antes de poner fin a los detalles previstos de la vinculación y comenzar la lista de legados. Sir Ambrose se inclinó para susurrarle algo a su esposa, mientras que a Gertrude le palmeó la mano su marido.

Hester Tunstall, viuda del hermano del cuarto conde, recibió el apartamento en Bath que el antiguo conde había adquirido de forma independiente respecto a la finca. Lady Keyes, hermana del difunto, recibió la parte de la biblioteca que ella había solicitado para uso de su marido, y su sobrino Philip, una leotina de oro dejada por el tercer conde.

Gertrude Halsey, segunda hermana del difunto, recibió el reloj de pie y la porcelana extra en la residencia Cavendish, ya que:

—Como estipuló el conde —el abogado miró por encima de las gafas para citar—, «no dejabas de fastidiarme sobre ello».

El joven caballero del abrigo rosa; descubrió Stratford, era Richard Crenshaw, otro de los pupilos del conde. Además de su modesta remuneración de quinientas libras anuales, iba a recibir la preciada yegua de los establos, pero, «debe estabularla él mismo ahora que es mayor de edad».

Finalmente, el abogado llegó hasta la señorita Daventry. Los latidos del corazón de Stratford se aceleraron y se inclinó hacia adelante.

—Para la señorita Eleanor Camilla Daventry, el cuarto conde de Worthing ha dejado una suma de trescientas libras para su temporada londinense, que debería bastar para asegurar un ajuar, una presentación en la corte, su pedida de mano, etcétera.

Bien, pensó el conde. Eso debería lanzarla a la sociedad. Me pregunto si su tía tiene alojamiento...

—El conde también ha legado a la señorita Daventry una dote de cincuenta acres de tierra no vinculada en el borde hacia el sureste de la propiedad, bordeando el arroyo hacia Amesbury, conocido como aldea Munroe y sus alrededores...

El resto de las palabras se perdieron en el aire cuando Stratford giró sobre sí mismo en su silla. La señorita Daventry estaba inmóvil, parecía que apenas respiraba. Se volvió a tiempo para oír al abogado pronunciar las últimas palabras.

—...cuyos ingresos; aparte de la suma reservada para la temporada londinense, le serán

entregados al contraer matrimonio.

La mente de Stratford se aceleró furiosamente. Había perdido la parte más rentable de su finca por una muchacha que no se beneficiaría de ello. Al menos no hasta que se casara, y entonces la tierra pasaría directamente a manos de su marido. Así que la situación de la señorita Daventry no era mejor que antes, salvo que se vería acosada por todos los cazafortunas de este lado de Londres. Él apretó los dientes. *Qué gran tontería.*

El abogado apiló los papeles con esmero y los introdujo en la bolsa de cuero rígido. Se quitó las gafas y le dirigió al conde una inclinación de cabeza. Stratford, clavado en su silla, sintió que todas las miradas apuntaban a la señorita Daventry a medida que aumentaba el zumbido de la conversación en la sala. Crenshaw, en particular, la miraba con lascivia, de la forma más repulsiva. Finalmente, el conde se levantó y se dio la vuelta mientras la señora Daventry, con una sonrisa satisfecha, tiraba del brazo de la señorita Daventry. *Por supuesto que se volvería engreída, pensó furioso. Ha conseguido un gran resultado.* Entonces, una mirada al rostro afligido de la señorita Daventry hizo reflexionar a Stratford.

Las Daventry aún no habían salido de la habitación cuando sir Ambrose apoyó la mano en el brazo de Stratford.

—Es totalmente absurdo. Una joven de esa estirpe heredando una parte tan grande de los bienes. ¿No puedes hacer algo?

Stratford desvió la mirada de la mano que tenía en el brazo hacia el florido rubor de su pariente lejana, y dijo con voz gélida:

—Haré lo que haya que hacer, por supuesto.

Al oír esto, sir Ambrose retiró el brazo.

—Bien, bien —murmuró.

Stratford se dio la vuelta. Sinceramente, ¿qué *podía* hacer? Indagaría, pero esos testamentos no podían, en general, anularse. Tendría que arreglárselas de la mejor manera posible y esperar que no hubiera más comentarios espurios de parientes codiciosos o demasiado comprensivos. Estas personas podrían ser parientes, pero no le habían hablado antes de heredar el título. Cómo odiaba ese fingimiento. Ahora tendría que soportar una cena y una velada de entretenimiento soso. *Lo que necesito, pensó el conde, es un buen trago.*

Él no lo entendía. Durante el breve descanso antes de la cena, un grupo de simpatizantes acudió a lamentar la estupidez de su tío. Y si pensaba que la señorita Daventry y su tía no aparecerían en la cena, estaba equivocado. La señora Daventry mostró o buena educación o una absoluta falta de sensibilidad al aparecer como si no pasara nada. Sospechaba que era lo segundo.

No podía decirse lo mismo de la señorita Daventry, quien estaba pálida y callada. Al menos no hacía alarde de su éxito. Quería conocer los pensamientos de la joven, saber qué planeaba hacer ahora que tenía esa herencia. ¿Tenía algún plan para él? Debería mantenerse alejado, pero cuanto menos hablaba ella, más curioso se volvía.

No fue hasta después de la cena, en el salón, cuando pudo hablar a solas con ella. Su tía, los Keyese y el marido de Gertrude estaban jugando al whist, y él sospechaba que sólo un juego por puntos podía obligar al baronet a mezclarse con la señora Daventry. Crenshaw se marchó después de hablar entre dientes de una pelea profesional de box a menos de cinco kilómetros de distancia, y tanto Gertrude como Hester habían alegado dolor de cabeza.

La señorita Daventry estaba sentada en el borde del sofá, con un libro en la mano.

Stratford se acercó y, cuando la señorita Daventry levantó el rostro hacia el suyo, su mirada perspicaz volvió a sorprenderlo, la cual ahora percibía de color marrón claro con motas doradas.

Extendió la mano hacia ella para girar la cubierta de su libro, en la que se leía el título.

—*Romance del bosque*. ¿Es fan de las novelas góticas?

—No sabría decirlo. Es la primera que leo. La he encontrado en su biblioteca —la señorita Daventry colocó el dedo en el lugar donde había estado leyendo y le dedicó toda su atención.

—Espero que sea de la sección de la biblioteca que ahora será de mi tía. ¿Puedo sentarme?

Una vez a su lado, fue más difícil encontrar algo que decir. Apoyó la mano en una rodilla y la miró.

—Su madre está en Europa.

La señorita Daventry asintió.

—Tengo entendido que es así. No he sabido nada de ella desde que se fue, y yo sólo tenía siete años cuando eso ocurrió.

—Es probable que la comunicación se viera interrumpida por la guerra —Stratford le dirigió una mirada escrutadora.

—Tal vez —ella le devolvió la mirada y él capturó el destello de una sonrisa triste—. Pero yo no apostaría por ello. Que yo recuerde, ella nunca manifestó el más mínimo cariño maternal —la señorita Daventry no pareció desconcertada por la confesión.

—Entonces, ¿su tía la crio? —miró hacia la dama en cuestión, pero no pudo encontrar en ella a la poseedora de un carácter tan tranquilo como el que parecía poseer la señorita Daventry.

—Mi tía ha sido muy atenta, pero mi antigua niñera es quien merece el mérito. O la culpa —ella se rio, y el sonido musical alzó las comisuras de la boca de Stratford, oxidadas por el desuso—. Prisca no se dejaba intimidar por el difunto conde, y lo persuadió para que me permitiera asistir a la Academia de la señorita Spencer, muy recomendada por el rector. Y así obtuve el beneficio de una verdadera educación.

Ella nunca había hablado tanto, y él quería más.

—Tuvo suerte con sus protectores. No muchas niñeras estarían dispuestas a entablar conversación con un conde para obtener una ventaja para su protegida.

—Fui muy afortunada —coincidió ella—. Y Prisca no era una niñera cualquiera. Sus consideraciones hacia los demás eran igualmente entregadas, ya se tratara de un duque o de un deshollinador—los labios de la señorita Daventry se movieron con humor—. Sin embargo, a veces me he preguntado si, al hablar con el conde, sólo intentaba transferirle a alguien más la responsabilidad de tenerme.

—Oh, sí. Una carga pesada, sin duda —bromeo él. La sonrisa de Eleanor, en respuesta, acentuó los perfectos hoyuelos de cada mejilla y transformó su aspecto recatado en uno pícaro.

La sonrisa de Stratford no se borró.

—¿Dónde reside su tía cuando está en Londres?

—Mi tía alquila un alojamiento en la residencia Bedford cuando está en la ciudad —las palabras permanecieron entre ellos antes de que el silencio reinara sobre ambos. Stratford fijó los ojos en el grupo de cuatro que jugaba a las cartas en el otro extremo del salón, con un mal presentimiento alojado en su pecho. Un alojamiento alquilado en la residencia Bedford no auguraba nada bueno para la temporada londinense de la señorita Daventry. Seguramente ella esperaba algo de él, algo por encima de lo que él era capaz de ofrecer. *¿Qué estoy haciendo al involucrarme en asuntos que no son míos?*

Demasiado incómodo para seguir hablando del asunto y consciente de que estaba poniendo fin a la conversación de manera precipitada, Stratford le dio las buenas noches. Sintió sus ojos clavados en él mientras se acercaba a los invitados, hablando con cada uno de ellos, al tiempo que razonaba para sus adentros que ella probablemente se abriría paso en la sociedad sin

problemas bajo la tutela de su tía ahora que tenía algo de herencia.

Aun así, maldijo la locura de su tío. Ese pedazo de tierra no tendría mucho valor para nadie más que para él mismo o —ahora que lo pensaba—, para Amesbury, quien también lindaba con la propiedad. Dejada a cargo de su tonta tía, la señorita Daventry probablemente terminaría casándose con algún tonto que se contentaría con los ingresos de la tierra cuando esta tenía el potencial para mucho más. *Quienquiera que sea tendrá una maldita suerte. Obtendrá ingresos de una parcela que no significa nada para él.* Y, admitió Stratford a regañadientes, *también la sostendrá entre sus brazos y sentirá sus curvas. Ah, he estado fuera demasiado tiempo.*

ESA MISMA NOCHE, en casa de Amesbury y lejos de las miradas indiscretas de sus parientes, Stratford disfrutó finalmente de la copa que tanto había esperado. El excelente brandy no tardó en hacer efecto. *Me he ablandado*, pensó Stratford mientras aceptaba dos dedos más del licor... o cuatro. El fuego titilante tenía el efecto más asombroso y relajante después de su enérgica cabalgata en el frío, y si no fuera por la irritación de que la mejor parte de su propiedad vinculada había sido legada a otra persona, se habría sentido bastante satisfecho. No necesitaba los ingresos, se recordó a sí mismo. *Sólo odio ver a una criatura inocente como ella siendo presa de un cazafortunas.*

—Vamos, viejo, bebe. Tus ánimos están terriblemente abatidos —dijo Amesbury—. Aunque desconozco la razón. Acabas de convertirte en el heredero de la mayor propiedad de Sussex Occidental, ¡con un título además! Si yo estuviera en tu lugar, no habría nada que me impidiera celebrarlo.

Stratford frunció el ceño, con los ojos fijos en el fuego.

—Las tierras que bordean el arroyo Bailey desde la aldea Munroe hasta el camino de peaje han sido legadas a la señorita Daventry.

—¿Qué? —Amesbury se levantó, derribando el decantador al suelo, donde se hizo añicos—. ¡Eso es imposible!

—Cuidado —dijo Stratford con voz desganada—. El brandy se dirige hacia el fuego.

—¡Maldición! —Amesbury saltó y dejó caer su pañuelo para detener el flujo de líquido—. Sólo me quedan cuatro de estas botellas —hizo sonar la campana y la puerta de la biblioteca se abrió de golpe—. Que alguien limpie esto y que traiga otra botella.

Cuando un segundo lacayo limpió los trozos de cristal rotos y la nueva botella de brandy quedó abierta, Amesbury se sentó.

—Empieza por el principio.

—Mi tío, el cuarto conde de Worthing —enunció Stratford, con la mandíbula apretada—, se mostró conmovido a legar la parte más próspera de la propiedad vinculada a una doncella sin dinero, una completa desconocida en nuestra familia —bebió un gran trago. Cuando el fuego se deslizó por su garganta y pudo hablar, añadió—: No sé por qué, pero tengo intención de averiguarlo. Quizá no sea una Daventry —tan pronto como las palabras salieron de su boca, se arrepintió. Esto no era digno de ella. O de él.

—Debe haber un resquicio legal. Esto es una locura. ¿Cuánto tiempo lleva esa propiedad vinculada a tu finca? —Amesbury se dejó llevar, llenando el vaso de su amigo hasta el borde con el bendito líquido.

—Nunca hay un resquicio legal. Y esto está vinculado a su dote. El hombre que se case con ella lo recibirá —Worthing se bebió todo el vaso de un trago—. Ah —dijo, después de parpadear para alejar las lágrimas—. Si no tengo cuidado, me voy a emborrachar.

—Tonterías —replicó distraídamente Amesbury. Se levantó de nuevo y se acercó al fuego, luego volvió a su asiento, cogió el vaso y agitó su contenido con aire pensativo—. ¿Vinculado a su dote, dices? ¡Cásate con ella! Y recupera las tierras. No es fea y, con su pasado familiar, se arrojará a tus pies.

Stratford sacudió la cabeza, intentando despejarla, pues algo debía de estar interfiriendo en su oído.

—Me estás diciendo que me case con ella. Tú, que querías que la echara en cuanto se leyera el testamento por su dudoso pasado. ¿Una colegiala?

—Bueno, esta herencia lo sitúa todo bajo un nuevo enfoque, por supuesto. Parece que ella tiene su parte asegurada y eso la convierte en una opción más apetecible —murmuró Amesbury—. Me casaría con ella...

—¿Qué? —espetó Worthing.

—He dicho que me casaría con ella. ¿Por qué dejar que alguien más se lleve la herencia cuando sólo beneficia a los relacionados con la tierra? A menos que la quisieras...

—No me ofreceré a una joven que está bajo mi protección, aunque solo sea de manera temporal, por razones tan mercenarias como esta. Ella tendrá que encontrar otro pretendiente.

—Oh, lo hará —Amesbury se acercó a la mesa de billar y esparció las pesadas bolas de marfil sobre el paño de fieltro—. Apuesto a que su tarjeta de baile estará llena, los despilfarradores competirán con los estafadores, y recibirá una propuesta por parte de algún tipo en una chalana en el río Tick antes del verano. No hay razón para que no probemos suerte primero. Vamos. Tú empiezas.

Stratford se puso de pie y sintió que el mundo giraba. Si pudiera pasar un rato concentrándose en el juego, la cabeza se le despejaría y, por la mañana, estaría como nuevo. Sin embargo, su amigo vertió más brandy en su copa y se vio obligado a dar un trago. Lo miró con extrañeza, el líquido giraba en los más bellos tonos de ámbar. Igual... que los ojos de la señorita Daventry.

Bebió otro sorbo, presa de un sabor exquisito; del recuerdo de que habían pasado muchos años desde la última vez que fue un hombre libre de batallas y sin nada que hacer, salvo buscar su propio placer; y de la irritación de saber que la señorita Daventry sería acosada por todos los caballeros, jóvenes y viejos, que habían agotado su propia fortuna.

Su rostro pálido y sus suaves ojos color ámbar oscilaban ante él, y tuvo la extraña idea de que esos ojos perspicaces le suplicaban que hiciera algo para protegerla. Sacudió la cabeza.

Ya tengo suficientes preocupaciones como para añadir la carga de una mujer a la que apenas conozco. Pero mientras frotaba tiza en el extremo de su taco y apuntaba, el pensamiento no desapareció.

CAPÍTULO 5



El sueño no la vencería. Eleanor encendió una vela en su mesita de noche y la acercó al reloj de la pared. Las cinco. Bueno, podía seguir dando vueltas en la cama y preocupándose, o podía dar un paseo a ver si se le despejaba la cabeza.

Se puso medias de lana y un pesado vestido de día, se cepilló rápidamente los dientes y se recogió el pelo. Con la pelliza sobre un brazo, avanzó sigilosamente hasta el pasillo, donde todo estaba tranquilo y oscuro. Guiándose con los dedos por la pared, pasó de puntillas junto a los marcos oscuros de antepasados indistinguibles que marcaban su camino, recordándose a sí misma que llevaban mucho tiempo fallecidos. Estaba sola.

Las formas negras de los árboles se alzaban en la distancia, más allá de las altas puertas de cristal del patio, y titubeó en la entrada de la biblioteca antes de lanzarse a alcanzarlos. Al menos las cortinas no estaban cerradas y pudo ver el exterior antes de girar el picaporte. Pero estuvo a punto de dar marcha atrás. Quién sabía qué podían esconder esos árboles, qué peligros podían acecharla. *No. No soy una cobarde*, pensó, impaciente consigo misma. *No hay nada allí*. El cielo rosado que anunciaba el amanecer no tardaría en aparecer.

Tras un par de pasos, dejó atrás la casa, cuya fachada era fría y poco acogedora, y cruzó el prado agitando los brazos para ahuyentar el miedo y el frío. El camino hasta el borde del bosque estaba más lejos de lo que parecía; más lejos de lo que le había parecido mientras corría por el prado a caballo. Al llegar al otro lado, el cielo había empezado a iluminarse, dejando ver un muro de piedra y un banco en su borde. El lugar perfecto para pensar.

Una vez sentada, Eleanor no pudo evitar pensar en el problema que ocupaba su mente. ¿Qué haría después de la temporada londinense? Parecía un asunto tan urgente como impreciso. De una cosa estaba segura. No se casaría esta temporada. No podía aceptar una oferta siendo tan joven y con tan poco conocimiento de su corazón y de los hombres. Aquellas jóvenes que tenían su temporada en Londres aspiraban a lo más alto. Aspiraban a un título. Ella... bueno, ella anhelaba sentimientos más profundos de los que un matrimonio de conveniencia le podía proporcionar.

La cena de la noche anterior había sido una incursión en la incomodidad extrema mientras su tía alardeaba de su satisfacción por el éxito de Eleanor. Por supuesto, nadie más lo veía como un éxito. Más bien como un robo. En un momento dado, encontró a lord Worthing mirándola fijamente, pero cuando sus ojos se encontraron, él finalizó primero la conexión y se dio la vuelta. Después, él entró en el salón, revelando algo más de esa calidez y humor que ella sospechaba que tenía escondidos, hasta que la abandonó abruptamente después de que ella divulgara los detalles de la dirección poco elegante de su tía en Londres. Eleanor suspiró. No tenía por qué haberse molestado en conversar con ella si pensaba que era muy inferior a él.

Aunque esperaba que su temporada en Londres fuera cómoda, no albergaba falsas expectativas. En la casa de los Ingram, donde Eleanor pasaría la temporada, sería necesario entretener a los pretendientes que lady Ingram le presentara. Cuando ninguno demostrara estar a la altura —como seguramente sucedería, sobre todo después de presenciar la reacción del señor Amesbury—, ella podría ser libre para buscar un empleo, algo totalmente necesario desde que se la había privado de cualquier tipo de herencia útil. *¿Y qué pasará con las tierras si no me caso? Tendré que preguntar.*

—¿Qué es esto que veo...?

Con un sobresalto que la sacó de su ensoñación, Eleanor se incorporó de golpe al oír el farfallo burlón que claramente se dirigía a ella. Sintió un escalofrío en el cuello mientras su mirada iba de un lado a otro.

—¿Una prostituta? Aquí en Inglaterra —continuó la voz.

El borde del prado había empezado a perfilarse, y la forma abultada que ella había creído que era un arbusto se movió. Respiró hondo y expulsó el aire en una nube antes de decidirse a investigar.

El misterio se aclaró cuando se acercó y vio al caballero tumbado sobre otro banco de piedra. Reconoció la cara, el cuerpo, los hombros bien formados, pero había perdido la elegancia indiferente. Lucía torpe, desaliñado, completamente distinto.

—Milord —dijo, incapaz de evitar la ironía en su voz.

Él gruñó y, mirándola, bajó la cabeza.

—No es una prostituta —se echó a reír en silencio—. Es una ramera.

Como Eleanor no contestó, abrió un ojo y la miró fijamente hasta que pudo centrarse.

—Señorita Daventry —balbuceó—. ¿Qué hace en los terrenos a altas horas de la noche? Eso no está bien.

De repente, toda la intimidación que había sentido antes en su presencia desapareció, y ella levantó la barbilla.

—No es tarde, milord, sino temprano.

Lord Worthing se incorporó lentamente y abrió ambos ojos.

—¿Temprano, dice? Sí, supongo que puede estar amaneciendo —su voz era grave, pero inteligible.

—Ambos momentos se mezclan, supongo, cuando uno se ha escondido lo suficiente —dijo Eleanor, secamente.

Él agitó la mano.

—Sólo estoy un poco borracho —después, entornando los ojos, le dijo—: ¿Qué sabe usted de esas cosas?

Ella resopló.

—El mozo de cuadra en Camberley me cuenta cosas para que no sea tan ignorante.

—No tan ignorante, ¿eh? Aun así, seguirá siendo ignorante hasta que... bueno, no importa —lord Worthing se llevó una mano a la cabeza—. Entonces, señorita Daventry. ¿Qué hará ahora? —le lanzó una mirada con mucha pesadez en los ojos—. ¿Ahora que su herencia depende de conseguir un marido?

Eleanor sintió que su espalda se ponía rígida.

—No es que sea de su incumbencia, pero no tengo intención de casarme. Herencia o no, no me molestaré en complacer a ningún caballero que me importe un bledo sólo para que se llene los bolsillos.

El conde pareció reflexionar. Luego, ya fuera por olvido o por obstinación, volvió a

preguntar.

—Entonces, ¿qué hará?

Eleanor perdió confianza en sus siguientes palabras. No había respuesta fácil.

—Tendré mi temporada en Londres. Y mientras esté allí, buscaré oportunidades modestas para convertirme en institutriz o enseñar en una escuela de señoritas —se quedó mirando el borde del estanque negro entre el prado y la finca y ahogó su sueño de enamorarse y tener una familia propia. *Plonk*. Soltó el deseo secreto y lo vio precipitarse al fondo.

—¿Por qué no se casa? —sus labios se curvaron de nuevo con socarronería. ¿Cómo había podido pensar que había calidez dentro de este hombre?—. Suponiendo, por supuesto, que pueda distinguirse de las otras debutantes caprichosas que claman por un premio matrimonial.

—Yo no... —se quedó pensativa un momento antes de contestar—. No creo que me case tan joven, si es que me caso —y usted sólo demuestra la validez de mis objeciones. *¿Qué me espera en el matrimonio sino un patán borracho que cree que puede hacer comentarios sobre mí cuando le plazca? Gracias, pero no.*

Lord Worthing resopló.

—Todas las mujeres jóvenes quieren casarse. Pronto cambiará de opinión —pateó la tierra a sus pies, sin llegar a tocar la hierba y perdiendo el equilibrio en el proceso—. Y hará competir a una aspirante contra otra hasta que usted consiga a un tonto que pueda ser lo suficientemente bueno —cerró los ojos como si sintiera dolor.

Eleanor giró bruscamente.

—Milord, le deseo un buen día. Debo volver a mi habitación.

Con una inesperada agilidad, la cogió del brazo y la atrajo junto a él en el banco.

—No, quédese —agitó la mano en un torpe saludo—. A algunos hombres les gusta el pelo castaño.

¿Qué significa eso? Eleanor apartó su propio brazo y lo fulminó con la mirada.

—¿Milord? —dijo, dividida entre la confusión y la ira.

Él parpadeó, como si volviera en sí. Y aunque ella quería irse, su repentina y directa mirada la inmovilizó.

—Señorita Daventry, tengo una proposición para usted, y le pido que me conceda unos minutos de su tiempo —ahora ella tenía el corazón en la garganta. Él ya no estaba farfullando. Estaba concentrado.

Lord Worthing se removió en su asiento, alejándose de ella para respirar y, temió Eleanor, para combatir una oleada de náuseas.

—Yo también debo hacer la temporada de Londres, pero a diferencia de usted, la mía conlleva una responsabilidad. Debo encontrar esposa —se apoyó en los codos y sacudió la cabeza—. ¿Qué se le metió en la cabeza a mi tío para legar así la propiedad vinculada? Seguramente sabía que sólo es útil para Worthing. Y no me gusta que me obliguen a casarme —Eleanor dio un golpecito con el pie, esperando.

Con una mirada de reojo, prosiguió.

—Esto es lo que propongo. Cátese conmigo, señorita Daventry. Es usted lo bastante joven para ser entrenada como paresa y no es probable que sea una esposa exigente, que es justo lo que yo debería elegir. A cambio, yo seré un marido poco exigente. Entonces, obtendrá un título, y yo obtendré la tierra que debería haber estado incluida con la finca. Imagino que el beneficio será mutuo.

Habiendo expuesto su corazón de esta manera, lord Worthing aflojó su suave corbata, y Eleanor temió que estuviera realmente enfermo. Él no se percató de su preocupación —o de su

repulsión—, sino que prosiguió sin pensar.

—Nos ahorrará a ambos una temporada que probablemente no será agradable ni llegará a una conclusión satisfactoria.

Eleanor se puso en pie de un salto, temblando de rabia. ¿Cómo se atrevía a insultarla de esa manera? ¿Sin siquiera concederle la más mínima cortesía de un caballero? Oh *eh*, ¿y él pensaba que podría sentirse tentada a aceptar su propuesta? ¡Ni aunque su vida dependiera de ello! Luchó por dominar sus emociones y buscó la réplica perfecta, con los puños cerrados a los costados.

—Entonces, ¿señorita Daventry? ¿Qué decidirá?

Eleanor levantó la mirada hacia las ventanas de la mansión, que ahora reflejaban los tonos rosados del amanecer. Tal vez no se comportara como un caballero, pero ella aún podía ser una dama.

El noble pensamiento murió rápidamente cuando el conde hizo un gesto de impaciencia, asaltando sus sentidos con el abrumador olor del licor. *Ya no importa ser una dama*, pensó. *De todos modos, él no recordará esta conversación.* Con una empalagosa dulzura, le contestó:

—Estoy segura, milord, de ser la clase de esposa poco exigente que le gustaría —dio un paso atrás, esta vez con cautela para que no volviera a cogerla del brazo—, sin embargo, lamento decepcionarlo. Mi respuesta es «no».

La voz de lord Worthing se volvió áspera.

—Señorita Daventry, ¿en qué se basa para rechazarme?

—En el argumento de que no lo amo, milord —Eleanor se ruborizó ante la vulnerabilidad de sus palabras, pero se volvió para mirarlo de frente—, y que usted claramente no siente amor por mí.

—¡Nadie se casa por amor! No tiene gran fortuna, ni belleza, ni perspectivas, aparte de esta parcela que sólo me es útil a mí. Es imperdonablemente cursi —escupió la palabra—, que me rechace por una razón tan insignificante.

—Y, sin embargo, milord, me mantengo firme —estrechando sus brazos dentro de su pelliza, se enfrentó a lord Worthing, con los ojos entrecerrados—. Si el amor no fuera posible en un matrimonio, yo al menos debería exigir respeto. Usted me ha demostrado con su propuesta la imposibilidad de tal cosa.

—No está siendo razonable —exclamó, balanceándose ahora por el esfuerzo.

—Parece que usted y yo nos parecemos en una cosa, milord —se dio la vuelta para marcharse—. Ninguno de los dos quiere que lo obliguen a casarse.

Eleanor se alejó, con la falda marrón oscura salpicada por la humedad de la hierba helada.

—Usted no está *un poco borracho* —murmuró, con sus palabras flotando hacia él en la brisa—. ¡Usted, señor, está completamente borracho!

CAPÍTULO 6



Josiah Benchly cruzó la habitación a grandes zancadas y deslizó las cortinas a través de la barra de hierro, permitiendo que la brillante luz del sol se abriera paso a través del rostro de Stratford. Era evidente que el ayuda de cámara estaba disgustado con su señor, y el hecho de que se atreviera a demostrarlo revelaba que había estado al servicio de Stratford desde antes de que el conde llegara a la edad adulta. Mezcló la crema de afeitar vigorosamente, y golpeó el abrigo con el cepillo con sonoros golpes.

Cuando el ayuda de cámara cogió una bota, Stratford dijo:

—Basta. Benchly, te lo imploro. Mi cabeza da vueltas. ¿Qué hora es? ¿Debo apurarme para el almuerzo?

Benchly dejó que el cepillo cayera ligeramente a su lado.

—¿Almuerzo, milord? Las damas no tardarán en sentarse a tomar el té. Billings le ha pedido al señor Grund que guíe a los huéspedes en un recorrido por los jardines en su nombre. Hemos hecho saber a sus invitados que está en cama con migraña.

Stratford gimió. Se incorporó rápidamente, pero su estómago se revolvió, obligándolo a tumbarse de nuevo.

—Esa es una afección femenina. ¿No pudiste haber sido más ingenioso? —como Benchly no respondió, Stratford volvió a sentarse, esta vez con más cautela—. ¿Has dicho que es la hora del té? El sol brilla demasiado para eso. No puede ser mucho más de mediodía.

—Creo que aún no se ha acostumbrado a la mansión, milord —replicó Benchly—. Me han dicho que el sol se refleja en las ventanas del lado de la finca que sobresale, y parece estar en lo alto, pero le aseguro que son las tres. Ahora, milord —el ayuda de cámara intentó convencerlo—, si se acerca al baño, me encargaré de que esté adecuadamente presentable.

—Maldito seas —ladró Stratford—. No soy un marica. Continúa.

Al ver a su ayuda de cámara reducido a un silencio lleno de gimoteos, Stratford se puso de pie, emitiendo una mezcla de gemido y carcajada.

—Soy una bestia, Josiah. No sé cómo me soportas.

—Bueno, no es usted mismo, si me permite el comentario —Benchly cogió la barra de jabón y la colocó en el soporte junto a la bañera de cobre. Sus facciones parecían menos frías.

—Sí, bueno, no sé qué me poseyó para emborracharme como un vulgar novato —eran las tres y sus invitados pronto regresarían de la excursión. Haría demasiado frío y humedad para que permanecieran mucho tiempo al aire libre. Él tendría que...

¡Humedad! ¿Cómo sabía que hacía humedad? Después de pasar la mayor parte de la noche bebiendo el brandy de Amesbury, había pasado las horas restantes al aire libre y, sí... ¿A quién se había encontrado allí? La visión de un rostro joven que lo miraba contra el cielo gris flotó ante

sus ojos. *La señorita Daventry.*

Respiró hondo, y esta vez su mente se revolvió tanto como su estómago. ¡Le había pedido matrimonio a la chica! Y, si su vaga memoria estaba en lo correcto, lo había hecho en los términos más insultantes imaginables. No era una criatura sensible, pero esto era poco inteligente incluso para él. ¿Qué demonios lo había llevado a hacer algo así?

La lástima, seguramente. No era de extrañar que ella lo hubiera puesto en su lugar. Stratford se sumergió en el agua, tan caliente como podía soportarla. Se le revolvió el estómago y estuvo a punto de vaciarlo en la palangana que el ayuda de cámara le había proporcionado, pero se contuvo. En lugar de eso, cogió la esponja en silencio, con los ojos fijos en el borde de cobre de la profunda bañera. La mano que sostenía la esponja se hundió hasta su pierna y permaneció allí. Estaba horrorizado.

Sus propias palabras volvieron a él. *No es probable que sea una esposa exigente, y yo seré un marido poco exigente...* Eso por sí solo no habría sido tan malo, pero cuando ella lo rechazó: *No tiene gran fortuna, belleza o perspectivas.*

¿Por qué lo rechazó nuevamente? Ah, sí. Por amor. *Y tal vez mi forma de dirigirme a ella,* pensó irónicamente. Aplicó jabón a la esponja y empezó a lavarse, pero el aroma a almendras no alivió su conciencia. Metiéndose bajo el agua, dejó que el líquido caliente invadiera sus tímpanos y bloqueara todo lo demás.

Lo último que recordaba con cierta claridad de su noche de desenfreno, después de que su aturdida mente hubiera lidiado con la situación de la señorita Daventry, era lo poco que deseaba ver a Judith en Londres; la tentación que ella seguía representado y lo que haría por resistirse a su hechizo. El brandy había confundido las dos situaciones hasta que una se convirtió en un medio para escapar de la otra. Menudo fiasco.

Cuanto más pensaba en ello, más empeoraba la situación. Iba a tener que disculparse. Eso era evidente. Tres años en la península habían sido suficientes para desgastar sus modales. Ahora, si tenía alguna esperanza de seguir considerándose un caballero, tenía que enmendar la situación. Nadie podía comportarse como él con la señorita Daventry y seguir mereciendo ese título.

—¡Benchly! —ante esa sola palabra, su ayuda de cámara entró con una toalla de felpa y se la entregó a su amo, que se había puesto de pie, dejando que el agua salpicara los lados de la bañera. Stratford cogió la toalla y hundió la cara en ella. Las disculpas no eran fáciles, pero él no era un hombre que eludiera su deber. Debía reconocer su error y afrontarlo lo antes posible.

El grupo del recorrido por la casa acababa de entrar en el salón cuando Stratford bajó las escaleras. Los invitados, zapateando y quitándose los pañuelos, se volvieron cuando él apareció.

—Les ruego que me disculpen por no haberles acompañado antes. Tenía... —escudriñó a la multitud, buscando el rostro de la señorita Daventry y capturando su mirada—, dolor de cabeza —ahora no podía hablar con la señorita Daventry. Si la apartaba de la multitud, él causaría un gran escándalo. Además, sería una tarea más sencilla cuando tuviera algo en el estómago.

Stratford se retiró a la biblioteca, intentando reunir la energía necesaria para llamar y pedir que le trajeran algo de comer, aunque no sabía si serviría de algo. Abrió su libro de contabilidad y dejó que los números pasaran ante sus ojos hasta que finalmente se volvió para mirar por la ventana, deseando que el fuerte dolor de cabeza y las náuseas desaparecieran. *Oh, Dios, merezco mi castigo.*



ELEANOR VIO al conde entrar en la biblioteca y se volvió hacia la ventana para que nadie fuera

testigo de su confusión. Qué incómodo era volver a verlo. Peor de lo que había temido. ¿Qué esperaba? ¿Una disculpa? ¿Que pareciera contrito? *Parece que sólo yo sufriré vergüenza.*

Cuando el mayordomo llamó la atención de su tía sobre una carta que había recibido, Eleanor estuvo por fin dispuesta a mostrar el rostro.

—¿De quién es, tía? —se acercó a ella, suponiendo que podía ser de la hermana de su tía. Tal vez la señora Renly las invitaría a quedarse. Ahora que el testamento había sido leído, nada les impedía marcharse, y ella no tenía ningún deseo de pasar otra noche en esta casa.

—Es de Matilda —la señora Daventry se percató de que el mayordomo seguía allí de pie, y volteó la carta—. Ah, no ha sido franqueada —metió la mano en su reticule y sacó dos pequeñas monedas—. Gracias.

En silencio, Eleanor siguió a su tía escaleras arriba hasta su habitación, donde se acercó a la ventana. ¡Madre mía! Caían copos de nieve, y en esta época del año. Su tía no se había equivocado al insistir en que todos volvieran porque el tiempo se estaba volviendo más frío.

Mientras observaba cómo caían los copos, supuso que sólo sería una ligera nevada. No nevaría lo suficiente como para mantenerla aquí con lord Worthing. Parecía parcialmente recuperado esta tarde. Limpio, erguido y recién afeitado, pero su aspecto era casi como de dolor. Tal vez él sí se arrepentía. O mejor aún, tal vez había olvidado todo el incidente. Eso sería fortuito, ya que ella no era su inferior para forzarla ni alguien a quien perseguiría seriamente estando sobrio. Así que más le valía olvidar todo el asunto que avergonzarla al mencionarlo.

No tiene gran fortuna, belleza o perspectivas. Así que ella no tenía fortuna, ¿verdad? Apostaría a que no le habría propuesto nada si ella no hubiera heredado esa parcela. Él estaba intentando restarle importancia al asunto, pero ella sabía que no era una herencia insignificante. Esta mañana, el agente fiscal la había llevado a ver la tierra bajo las instrucciones del abogado, y se quedó estupefacta al descubrir cuánto valía ahora. Una pequeña fortuna que, por desgracia, nunca llegaría a poseer del todo.

Eleanor nunca había visto cómo era un matrimonio basado en el amor. No tenía ningún modelo a seguir y nadie de sus conocidos consideraba digna la ambición de casarse por amor. Sin embargo, sabía de todo corazón que lo único que podía impulsarla a contraer matrimonio era amar a un hombre y ser correspondida. Con esas condiciones, había pocas esperanzas de matrimonio, pero podía demostrar a lord Worthing que incluso una muchacha sin gran belleza podía recibir una propuesta más digna que la suya.

Su tía dobló el papel color crema, y Eleanor se volvió hacia ella.

—¿Estamos invitadas a quedarnos? ¿Cuándo iremos? ¿Ella tiene intención de venir a Londres esta temporada?

—No tantas preguntas, Eleanor —la señora Daventry colocó la carta sobre el tocador—. Estamos invitadas a ir, pero me temo que no será una estancia agradable. Mi hermana está enferma. Parece bastante enferma porque nunca la he visto escribir una carta tan corta. Estoy preocupada y creo que deberíamos partir mañana mismo si es posible encontrar un medio de transporte.

—Por supuesto —dijo Eleanor. Juntó las manos—. Vámonos temprano. Prepararé mi equipaje. ¿O quieres que hable con un lacayo para alquilar un carruaje?

La señora Daventry levantó un dedo.

—Primero, debo hablar con el conde. Él se encargará de los preparativos —su tía suspiró—. Es una lástima que no puedas pasar más tiempo con él, asegurar una propuesta y disfrutar de la temporada con un contrato matrimonial a tu alcance. Pero supongo que eso no es posible —suspiró de nuevo, como queriendo decir que si Eleanor hubiera actuado conforme a lo que se le

pedía, esto podría haberse solucionado.

—Una verdadera lástima —respondió Eleanor. Se dirigió a su habitación, aliviada de que su tía no pudiera leer la agitación de su mente. ¡Bien! Pronto se alejaría del origen de dicha vergüenza. Si conseguía evitar a lord Worthing en la cena de esta noche, sólo tendría que arriesgarse a que él acudiera al desayuno y luego ingeniárselas para evitarlo en caso de que fuera a Londres. No parecía entusiasmado por la idea, y los hombres tenían más poder para trazar sus propios caminos. En cualquier caso, lord Worthing y ella no se moverían en los mismos círculos.



EL TIEMPO SE AGOTABA. Cuando su tía le informó de la partida de la señorita Daventry al día siguiente, Stratford supo que no podía dejarla marchar hasta que hubiera dicho lo que tenía que decir. Le debía una disculpa y, una vez pronunciada, podía alejarla de su cabeza de una vez por todas. Mientras se vestía con cuidado, Stratford ensayó la disculpa hasta que esta salió suave y sincera.

La suerte no estuvo de su lado. En la cena, Stratford se sentó junto a la señora Daventry en lugar de su sobrina, y dedicó la comida a explicarle que no tenía de qué preocuparse. Había encontrado un medio de transporte para Reading, los caminos estarían en buenas condiciones y había dado la dirección de la señorita Daventry al abogado. Estarían perfectamente cómodas.

Stratford se levantó de la mesa, con la esperanza de acorralar finalmente a la señorita Daventry en el salón, pero en lugar de eso se encontró perdiendo en una persecución del gato y el ratón. La señorita Daventry se hallaba inmersa en una conversación con ese dandi, Crenshaw, quien desgraciadamente no había dado ningún tipo de aviso sobre su partida. Ella lo mantuvo enfrascado en la charla antes de volverse hacia el joven Keyes, quien finalmente había hecho su aparición un día después de la lectura del testamento, provocándole a su padre un ataque de furia.

—Philip, por fin has llegado —exclamó Stratford, esperando que al entrar en conversación con su primo, pudiera encontrar la manera de elegir a la señorita Daventry.

La señorita Daventry le regaló a Keyes una sonrisa.

—Los dos tendréis mucho de qué hablar, por supuesto —luego le dio la espalda a Stratford.

Su tía Hester eligió ese momento para convencer a la señorita Daventry de que tocara el piano. Si Stratford esperaba tener su oportunidad con ella después de que tocara —hermosamente, pensó—, fue condenado a la decepción. Keyes aún lo tenía acorralado mientras las damas abandonaban la fiesta, retirándose a dormir.

Stratford rechinó los dientes a causa de la frustración. Para el día siguiente había concertado una reunión con el agente fiscal a primera hora de la mañana, donde discutirían cómo ajustar la producción sin el acceso al arroyo que corría a lo largo de la aldea Munroe, y él no estaría presente para despedirlas.

Maldita sea. No era capaz de poner esta disculpa por escrito. Tendría que reunirse con ella en Londres.

CAPÍTULO 7



Eleanor apenas percibió el final del viaje hasta la casa de la señora Renly, aunque el último kilómetro transcurrió por caminos irregulares. Qué diferencia había supuesto el carruaje con buena suspensión de lord Worthing. No se fijó en que él les había prestado el suyo hasta que se detuvieron en el primer establo de descanso y un rayo de sol iluminó el emblema mientras una mano la ayudaba a volver a subir. *Ha sido muy amable por su parte*, pensó ella, a regañadientes.

El ama de llaves atravesó la puerta antes de que el carruaje se detuviera por completo.

—La señora Renly la está esperando, señora. Síganme por favor, haré que Foster se encargue de su equipaje.

En la oscura sala de estar, la señora Matilda Renly estaba recostada, con los ojos cerrados y el rostro enmarcado por un gorro de encaje.

—Oh, Tilly, ¿de veras estás tan mal? —reprendió la señora Daventry, pero con las cejas fruncidas, pues aunque la tía de Eleanor no sentía gran afecto por nadie, sí sentía algo por su hermana.

—Aparentemente no —replicó la señora Renly, débil pero cortante—. Estuve al borde de la muerte cuando la carta fue enviada, pero mi sólida constitución; o eso dice mi médico, me ha permitido una recuperación inesperada. No obstante, me alegro de contar con tu compañía —dijo mientras su hermana se inclinaba y le plantaba un beso en la mejilla—. Eleanor, te has convertido en una joven aceptable. Esperemos que tu inteligencia haya sobrevivido.

—Según la maestra titular, lleno mi cabeza de tonterías —respondió Eleanor con una sonrisa encantadora—, pero dice que tengo suficiente sentido común para *saber* que son tonterías.

—Ya lo creo —la señora Renly luchó por incorporarse, pero pronto desistió y se dejó caer contra las almohadas—. Cada esfuerzo me agota. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

La señora Daventry acercó una silla con respaldo de balaústre a la cabecera de su hermana y se sentó.

—Todo el tiempo que me necesites. Por desgracia, no estuvimos en Worthing el tiempo suficiente para que el conde concretara su interés. Pero Eleanor ha sido invitada a pasar la temporada en casa de lady Ingram y tiene que llegar la próxima semana. Quizás *encuentre* pareja en Londres. Como no se me necesita para hacer de chaperona, esto me pone enteramente a tu disposición, Tilly.

La señora Renly miró a Eleanor.

—¿De qué conoces a lady Ingram, querida?

Eleanor se acercó a la cama y apoyó las manos en el poste redondo.

—Su hija, Lydia, era mi mejor amiga en el colegio.

—Es muy amable por parte de su madre patrocinar a una joven sin perspectivas; hacer que

debute en la misma temporada que su propia hija —la señora Renly buscó la mirada de su hermana—. Inusual.

—Oh, pero tú no lo sabes —replicó la señora Daventry con satisfacción—. Eleanor ahora tiene dote. Su tutor fue generoso en su legado y le dejó toda una parcela que le reportará unos ingresos de tres mil libras al año.

—Bueno, eso lo cambia todo —la señora Renly miró a Eleanor con perspicacia—. Pero lady Ingram no lo sabía antes de invitarte.

Como Eleanor no tenía intención de indagar por qué Lydia había conseguido que su madre la aceptara, guardó silencio. Sin embargo, ese recuerdo despertó en su memoria la noche en que acudió en ayuda de Lydia muchos años atrás. Joven, impresionable y aturdida por la muerte de su padre, Lydia se habría fugado con su profesor de latín si Eleanor no hubiera intervenido.

Si tan sólo Eleanor hubiera podido hacerlo sin arriesgar su propia reputación, pero había tenido la mala suerte de que Harriet Price la pillara volviendo a altas horas de la noche; la única persona que se deleitaba atormentándola por su falta de fortuna y que nunca dejaba de recordarle que no pertenecía a su grupo. Cómo un desafortunado incidente podía convertir lo desagradable que era Harriet en algo peor: insinuaciones escasamente veladas que sólo necesitaban el momento adecuado para exponer a Eleanor públicamente a la censura...

Eleanor sacudió la cabeza. Se había alegrado bastante de dejar atrás sus años escolares y, con un poco de suerte, Harriet no asistiría a la temporada en Londres. Aunque tal vez era demasiado esperar.

La conversación había derivado en una animada discusión sobre si las dos hermanas debían trasladarse a Bath para pasar la temporada, con la señora Daventry enumerando sus ventajas y la señora Renly desestimando cada una de ellas. Al final, se hicieron planes para ir a Bath y se enviaron cartas para buscar un alojamiento adecuado. La señora Renly, recuperando su constitución en un tiempo récord, apresuró a las criadas a preparar el equipaje. Una vez decidida, la señora Renly no era de las que perdían el tiempo.

La semana transcurrió con Eleanor siendo arrastrada por la marea de la actividad doméstica hasta que, finalmente, sus maletas fueron cargadas en el carruaje y se instaló junto a una criada que la acompañaría a casa de los Ingram y luego visitaría a su familia en Londres. La señora Daventry dio instrucciones de última hora sobre la forma en que Eleanor podría localizarla en Bath, recordándole, por el amor de Dios, que no se olvidara de sonreír a los pretendientes si no quería quedarse soltera, ya que realmente era su único atributo además de una figura pasable. *Sí le frunciste el ceño al conde, y no es de extrañar que no buscara seguir conociéndote.*

—Declaro —murmuró Eleanor, agitando su pañuelo mientras el carruaje avanzaba a trompicones—, que el torbellino de rutas y bailes del que me ha hablado Lydia será bastante tranquilo después de esta semana.



EL COMANDANTE THOMAS FITZWILLIAM, del 11º Regimiento de Infantería, se quedó mirando la aldaba de latón en forma de esfinge. Metió la mano en el bolsillo del pecho y tocó el rígido sello del papel de fieltro que llevaba. El papel parecía bastante inocente, pero el mensaje que contenía no podía caer en malas manos, y se lo habían confiado a él. La puerta se abrió. Echando un vistazo a su uniforme de gala, el mayordomo abrió más la puerta.

—Vengo a hablar con lord Ingram —dijo el comandante—. Aquí tiene mi tarjeta. Él no me espera, pero tengo una correspondencia dirigida a él.

El mayordomo le permitió entrar y, tras pedirle que esperara, atravesó la primera puerta a la derecha, dejando al comandante esperando. El papel pintado era de damasco verde oscuro, y el busto negro de algún miembro de la familia, colocado sobre un pedestal en el vestíbulo, gobernaba el pasillo en penumbra. *Ingram no está casado*, pensó. Esta no era la decoración moderna de una esposa.

Al final del pasillo, vio un destello de color de alguien que salía de una habitación. A continuación apareció el perfil de una joven de rasgos seductores, que no percibió su presencia en la penumbra del pasillo.

—Madre, si voy a tener una presentación en la corte será con Eleanor. La estamos patrocinando esta temporada y no iré sin ella.

Él no pudo oír la respuesta amortiguada y furiosa antes de que ella continuara.

—Además, puedes permitirle el acceso donde te plazca. No permitiré que la traten como a una acompañante empobrecida.

Una mujer mayor siguió a la más joven al pasillo.

—Lydia, no pongas a prueba mi paciencia. Puede que la muchacha tenga ahora una dote, pero apenas le quedaba lo suficiente para su temporada sin el vestido para la corte, y no voy a hacer que tu hermano desembolse cien libras para proporcionárselo. Además, su madre...

—Tú misma dijiste que su madre no tiene por qué ser un problema en la alta sociedad cuando ha recibido una herencia. No veo por qué la casa Carlton debería ser diferente —replicó la muchacha, golpeando el suelo de madera con el zapato.

—Mi querida niña, imagina si la princesa Charlotte se opone. Nos echarían a todos de la Casa Real. Estaba perfectamente dispuesta a complacerte con esta invitación, pero no pienses ni por un momento que puedes salirte con la tuya en todo. Asistirás a todas las asambleas de la nobleza, y tu amiga asistirá a las que pueda. Y —amenazó su madre—, espero que aceptes la primera oferta de matrimonio que recibas —el comandante, avergonzado por haber interrumpido una escena familiar, agradeció que su presencia estuviera oculta tras la escalera.

—Me casaré cuando me plazca y con quien me plazca, madre —replicó la muchacha—. Con mi herencia, puedo montar mi propio establecimiento si es necesario, y Freddy también me apoyará en ello. Sabes que es cierto. Ya no soy una niña pequeña que llega corriendo cuando se lo ordenas.

—Niña testaruda... —espetó su madre. El resto de la conversación se esfumó cuando la bella morena entró en la habitación del fondo y su madre la siguió, cerrando la puerta tras ellas. El comandante Fitzwilliam sacudió la cabeza, con una sonrisa reacia. *Una oponente formidable*, pensó.

El mayordomo regresó e indicó al comandante Fitzwilliam que lo siguiera hasta la primera habitación a la derecha. Dentro, lord Ingram estaba sentado detrás de un imponente escritorio de roble, escribiendo furiosamente en una hoja de papel, con un mechón de pelo negro cayendo sobre su rostro. *El hermano de la joven*.

Lord Ingram bajó la pluma cuando el comandante entró.

—Buenas tardes, comandante —se puso de pie, era alto y tenía ropa de civil—. Supongo que ha viajado mucho. ¿Trae noticias de España?

—Así es. Tengo una carta de Badajoz que debía entregarle sólo a usted —sacó el sobre de su abrigo.

—Démela entonces —lord Ingram extendió la mano y rompió el sello con un rápido movimiento de navaja. Levantó el papel a la luz del sol que entraba por la ventana y examinó su contenido. Luego se sentó en su escritorio y volvió a leer el papel con más detenimiento, con la

mirada entrecerrada.

—La envía el mayor general Le Marchant —comentó.

—Sí —el comandante Fitzwilliam no dijo nada más.

Lord Ingram contempló al hombre durante un minuto y luego dejó caer la carta sobre el escritorio.

—¿Cuánto sabe de su contenido?

El comandante Fitzwilliam contestó:

—He sido informado de su totalidad. Llevé las instrucciones de lord Wellington al mayor general y esperé a que formulara esta petición. Al general le gustaría que cada oficial recibiera un informe detallado sobre los suministros y tropas que esperan recibir en los próximos tres meses. Él no siempre ha encontrado una respuesta satisfactoria a sus peticiones —con el atisbo de una sonrisa, el comandante añadió—: Me dijo que podía transmitir esa información. Le Marchant quiere que se envíen informes periódicos sobre el progreso a través de una cadena de mensajeros. Un jinete se reunirá con usted al sur de Hyde Park a las siete de la mañana todos los viernes para recibir su misiva. La primera será dentro de dos semanas. Le Marchant prefirió dejar los detalles de la reunión fuera de la correspondencia —el comandante Fitzwilliam cruzó las manos a la espalda.

Lord Ingram golpeó la esquina del papel doblado sobre el escritorio.

—Dice que quiere investigar en profundidad la filtración de información sobre el programa de despliegue de tropas.

El comandante Fitzwilliam asintió.

—Se están llevando a cabo esfuerzos para desenmascarar al traidor en las líneas de batalla, pero existen indicios de que hay al menos un traidor aquí en el cuartel general. Creo que pensó que sería más eficaz introducirme a mí como forastero.

Lord Ingram frunció el ceño.

—Con el debido respeto al mayor general, se responsabiliza de muchas cosas. No estoy seguro de que los caballeros del cuartel general acepten de buen grado su oferta de ayuda.

—Usted tiene razón, por supuesto —dijo el comandante Fitzwilliam—. Y él mismo pronunció palabras casi idénticas. Creo que aquí es donde entra usted. Dijo que conocía a su padre, y creo que confía en usted para manejar el asunto con discreción.

Con los codos apoyados en el escritorio, lord Ingram juntó los dedos y pareció perdido en sus pensamientos. Eventualmente, levantó la mirada con una sonrisa.

—Sí que conocía a mi padre.

Recostándose en su silla, continuó:

—Somos conscientes de la filtración en el cuartel general. Estoy de acuerdo en que enviar el despliegue de tropas a través de su jinete, en lugar de utilizar nuestros medios tradicionales, será más adecuado si queremos tener alguna esperanza de que el enemigo siga ignorando la ubicación de la concentración de nuestras fuerzas. ¿Supongo que Le Marchant quiere que usted se implique en la búsqueda?

El comandante Fitzwilliam asintió.

—Voy a ayudarlo en lo que usted crea necesario, ya sea vigilancia o comunicación, prestando especial atención a los soldados que acaban de regresar a Inglaterra o a los que están a punto de partir. Yo mismo no regresaré a la península antes de julio.

—Mientras tanto, está obligado a asistir a todas las fiestas, bailes y veladas, ¿no es así? —la comisura de los labios de lord Ingram se crispó.

—Veo que está familiarizado con el estilo de trabajo del general —dijo el comandante

Fitzwilliam con una sonrisa como respuesta—. Sí. Debo estar en todas partes y transmitirle lo que veo. También se me... —se miró las manos y limpió una pequeña mancha del guante—, ordena que encuentre alguna diversión y deje de ser tan malditamente serio.

Lord Ingram echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—Eso suena a Beau. Usted debe saber cómo se hacen las cosas en el círculo íntimo de Welly. O, al menos, si antes no lo sabía, ahora sí. Él no ascenderá a un incompetente ni a un parlanchín. Usted lo hará bien.

Cuando la alegría murió en sus ojos, lord Ingram continuó.

—¿Usted tiene contactos en Londres?

—He venido con Jonathon Braxsen, que se está recuperando de una pequeña lesión que le ha otorgado una licencia.

—Lo conozco —dijo lord Ingram—. Fuimos juntos a la escuela y pasamos tiempo en el campo de caza durante las festividades. Bien. Tendrá con quien entrar en sociedad —sacó una hoja de papel y cogió su pluma—. Pondré su nombre en White's y en los otros clubes y le hablaré a lady Sefton sobre usted para Almack's. Y puede enseñar esta carta en Jackson's, en New Bond Street, si quiere dar unos puñetazos —terminó de garabatear algo y esparció un poco de arena por encima—. ¿Está disfrutando de todas las comodidades?

El comandante Fitzwilliam se incorporó rígidamente.

—No hace falta que se esfuerce, milord. Tengo todo lo que necesito.

Lord Ingram le dirigió una mirada astuta, con su sonrisa al acecho.

—No me venga con eso. No deseo entrometerme, comandante, pero trabajaremos en estrecha colaboración y quiero asegurarme de que se sienta cómodo —y añadió en tono suave—: Y llámame Ingram. Si vamos a trabajar juntos, pronto me cansaré de «milord».

El comandante Fitzwilliam percibió un tono de reproche en su voz.

—Sí, por supuesto, mi l-Ingram. Gracias por tu ayuda. Y por favor, llámame Fitz.

Ingram se encontró con su mirada y asintió.

—Muy bien, Fitz. Ten, coge esta carta. ¿Dónde te alojas?

—En Steven's, en Bond Street.

—Excelente. Espero verte pronto en una de esas fiestas, bailes o veladas —le guiñó un ojo y señaló hacia delante con la mano—. Adelante. Hartsmith te acompañará a la salida.

Si el comandante esperaba volver a ver a la bella morena al salir, se sintió decepcionado. Metiéndose la carta en el bolsillo del abrigo, salió a la luz del sol y aspiró el aroma de los jacintos que asomaban por las pequeñas zonas de tierra. Ingram le había agradado más de lo que había esperado.

CAPÍTULO 8



Eleanor, quien por fin había sido conducida al salón de su anfitriona, habría suspirado aliviada porque su viaje había llegado a su fin si no estuviera tan nerviosa por conocer a lady Ingram. Lydia, cuyo lustroso pelo negro colgaba en rizos sueltos contra su espalda, en lo que debía de ser un nuevo estilo, dejó a un lado su bordado y corrió a abrazarla.

—¡Llevo siglos esperándote! La temporada no podía empezar en su totalidad hasta que llegaras —cogió a Eleanor de ambas manos y dio un paso atrás, estudiándola desde la capota hasta los dedos de los pies—. Y aparentemente la temporada no puede comenzar hasta que vayamos de compras.

—Lydia, deja que Eleanor se refresque un poco antes de empezar a planear el armario—lady Ingram se puso en pie, empujándose incluso a su hija, a quien Eleanor creía alta, y le dedicó una plácida señal al lacayo—. Haz que traigan el té, James —cruzando la habitación, examinó a Eleanor con unos ojos azul oscuro—. Bienvenida. Espero que hayas tenido un viaje agradable.

—Ha sido bastante cómodo, gracias, milady —Eleanor hizo una reverencia—. Mi tía insistió en que le expresara también su agradecimiento. Piensa que es excesivamente amable por su parte patrocinarme cuando no somos parientes, y lamenta que acompañar a su hermana enferma a Bath no le permitiera conocerla.

Lady Ingram desestimó esto con un gesto de mano.

—Sí, bueno, he recibido sus cartas y le envió mis saludos. Por favor, olvídale. Te estamos muy agradecidas por tu amistad con Lydia estos últimos cuatro años —lanzó una mirada indulgente a su hija—. Como sabes, la muerte de su padre la afectó profundamente, y su estado mental no era el que debería haber sido. Ella ha hablado de lo valiosa que fue tu amistad durante esos años.

El lacayo apareció con la bandeja justo en ese momento, y lady Ingram le hizo un gesto a Eleanor para que se sentara mientras ella servía una taza de té. Lydia cogió los figurines de moda y empezó a hojearlos.

—Eleanor, he visto justo el vestido para ti aquí. Voy a buscarlo. Gracias, no, madre. No me apetece tomar el té ahora.

—Tu tía me informó en su carta más reciente que acabas de recibir una herencia —dijo lady Ingram con una ceja levantada—. Supongo que nuestra casa se llenará de cazafortunas cuando ambas debutéis. Tendré mucho trabajo para ahuyentarlos —se rio sin una pizca de alegría.

Eleanor dio un sorbo a su té mientras ordenaba sus pensamientos, pero el tema debía abordarse desde el principio.

—¿Mi tía también le ha hablado de mi madre?

—Yo era consciente de tu situación un tanto peculiar —dijo lady Ingram—. Insistí en saber

todo lo necesario antes de invitarte a quedarte. Es cierto que —dejó la taza en el platillo con un elegante tintineo—, una fuga mancilla a toda la familia. Pero en tu caso, tu antiguo tutor vio apropiado acogerte y su condescendencia ha abierto un camino tan bueno que ni siquiera se te negará la entrada a Almack's. Ha sido un benefactor muy amable. Aunque debo admitir que mi influencia también hizo que recibieras esas entradas. Lady Sefton es una amiga especial.

—Estoy en deuda con mi tutor. Y le doy las gracias a usted, de verdad —dijo Eleanor.

—Tu herencia es la guinda del pastel, querida. La alta sociedad no descarta fácilmente a la hija de un caballero con una dote. Cuando es posible, pasan por alto los detalles menos agradables —lady Ingram hizo una señal al lacayo para que retirara la bandeja del té.

Eleanor se mordió el labio mientras asimilaba las palabras. Ella era atractiva porque tenía dote. Esa verdad en particular le dolía.

—Aunque estoy agradecida por tener una herencia, debo dejar claro que no supone una independencia para mí. El legado está comprometido de una manera extraña, y debo casarme antes de poder tocarlo.

Lady Ingram se encogió de hombros.

—Bueno, no hay nada raro en ello. Serás un buen partido; un partido considerablemente mejor de lo que yo esperaba cuando te invité a nuestra casa, y te beneficiarás de tus propios ingresos llegado ese momento, así como de los de él.

—Me habría gustado poder elegir... —comenzó Eleanor.

—El poder de elegir es algo que las mujeres generalmente no tienen —dijo lady Ingram—, excepto la elección de dar una impresión favorable y casarse con el primer candidato aceptable que se presente —miró críticamente a Eleanor—. Con el dinero que tu tutor ha reservado para ti, te irá muy bien. Tu figura es buena. Podemos cambiar ese peinado. Pero no debes utilizar el color verde militar, no tienes complexión para ello. Lydia te guiará en la elección de los colores.

—¡Eleanor! Sólo considera —Lydia levantó un figurín de moda—. Estas plumas de avestruz están teñidas del rosa más atrevido que alguien pueda imaginar. ¡Me alegro de que esto ya no esté de moda! Pero ven, he encontrado las páginas que quiero enseñarte. Podemos ir a la modista mañana temprano y tendrás al menos un vestido antes de la velada de la señora Jenkins.

Eleanor dejó su taza de té sobre la mesa.

—Discúlpeme, señora, mientras veo qué es lo que Lydia insiste que debo tener —su intento de frivolidad fue en vano, y lady Ingram la despidió con una inclinación de cabeza. Eleanor sintió su mirada escrutadora mientras caminaba hacia el sofá. La madre de Lydia no sería su aliada.

Lady Ingram se marchó después del té, diciendo que tenía que hablar con la cocinera, y Lydia y Eleanor no estuvieron solas mucho tiempo antes de que la puerta se abriera de nuevo.

—¿Estás ocupada? Lydia, ¿quién es? —un apuesto caballero, una versión masculina de Lydia que se movía con una elegancia natural, se acercó a las dos damas en el sofá. Eleanor se puso de pie.

—Oh, Freddy, sabes muy bien que ella es Eleanor Daventry, quien se quedará con nosotros durante la temporada. He hablado de ella innumerables veces. Eleanor, este es mi hermano, Ingram.

—Señorita Daventry. Por supuesto —lord Ingram hizo una profunda reverencia a Eleanor sin dejar de dirigirse a su hermana—. Y accedí a tu plan de invitar a la señorita Daventry sabiendo que acabarías con mi paz con tus parloteos si no tenías a alguien más con quien hablar.

Eleanor no pudo evitar una sonrisa cuando lord Ingram le guiñó un ojo. Se parecía mucho más a su hermana que a su madre.

—Buenas tardes, milord. Encantada de conocerlo. Su hermana le tiene un gran aprecio. Siempre me contaba historias cuando estábamos en la escuela.

—No debe creer ninguna de esas historias —dijo rápidamente—. Es propensa a exagerar. Lydia... —se volvió hacia Eleanor—, perdone que hable de asuntos familiares, pero creo que debemos dejar de lado algunas formalidades si va a vivir aquí tres meses, ¿no está de acuerdo? —cuando Eleanor asintió, él continuó—. Entrégame tus facturas, y procura no olvidar nada de lo que hayas metido en algún cajón. No será bueno que el sombrerero te rechace, ¿verdad? Iré a la contaduría y sacaré tu paga trimestral.

—Oh, ha llegado el momento de que pienses en eso. No siquiera tengo dos monedas—las faldas de Lydia crujieron mientras se movía por la habitación—. Serán dos minutos, Eleanor.

—Por favor, siéntese, señorita Daventry —dijo lord Ingram cuando estuvieron solos. Ocupó una silla egipcia y él le sonrió—. No es su primera vez en Londres, supongo.

—Sólo si una visita a la edad de dos años puede ser tomada en cuenta. Estoy ansiosa por ver todos los lugares de interés si Lydia puede prescindir de mí durante el día.

—Refrescante —dijo Ingram con un brillo apreciativo—. Me alegro de que no intentara buscar cosas aburridas.

—¡Aburridas! ¿En Londres? —ella sacudió la cabeza.

—Al menos conoce a Lydia lo suficiente como para no esperar que la acompañe. Me atrevería a decir que todas las noches la agobiarán con planes, y pronto empezará a beber chocolate por las mañanas.

—Soy infatigable —dijo Eleanor, alzando las comisuras de los labios.

Lydia volvió a la habitación con un puñado de papeles en la mano.

—Aquí están, Fred —se inclinó y le dio un beso en la mejilla, depositando los papeles en su regazo, de modo que la mitad de ellos se deslizaron hasta el suelo. Lord Ingram puso los ojos en blanco, se inclinó para recogerlos y se levantó.

—Os deseo a ambas un buen día. Stratford ha vuelto a la ciudad y no lo he visto desde su última licencia. Iré a su nueva casa.

—Oh, Stratford —dijo Lydia—. Saluda a Anna y Phoebe si las ves, por favor —se volvió hacia Eleanor, olvidándose de su hermano—. De camino a la modista, podemos pasarnos por una tienda de New Bond que tiene unos preciosos faralaes en el escaparate. ¿Vamos?

Eleanor asintió mientras veía a lord Ingram desaparecer por la puerta, con las mejillas desprovistas de color. *Stratford. Aquí. ¿Y es amigo de los Ingram?* Había hablado tan poco de su tutor que estaba segura de que Lydia no había establecido la conexión. Pero, ¿lady Ingram no habría hablado de ello al leer la carta de la señora Daventry?

¿Podría haber dos hombres con semejante apellido en Londres?



LORD INGRAM SILBABA mientras caminaba hacia la residencia Cavendish. A pesar de la llamada que había recibido ese día desde el cuartel general, no le disgustaba que el sol hiciera su aparición después de lo que pareció un interminable invierno. También se alegró de que su amigo más antiguo hubiera conseguido volver de la península. Las hermanas de Stratford lo necesitaban tras la pérdida de su padre y, bueno, *no hay nadie en quien yo confíe más*, pensó.

La aldaba estaba en su sitio en la residencia de los Worthing, e Ingram pudo ver señales de que la casa cobraba vida a través de las ventanas; destellos de blanco mientras las cortinas fabricadas en Holanda eran apartadas, una criada que se inclinaba por la ventana para quitar el

polvo de las contraventanas del tercer piso. El mayordomo de Stratford le informó de que el conde se había marchado a Jackson's para practicar un poco de boxeo, e Ingram dirigió sus pasos en esa dirección.

Stratford acababa de abrocharse la camisa cuando Ingram entró en los vestuarios de Jackson's y saludó perezosamente.

—Acabas de terminar, ¿verdad? ¿No tienes ninguno de tus moratones habituales que demuestre el esfuerzo?

Stratford se rio.

—¡Ingram! Me alegro mucho de verte —se dieron un cálido apretón de manos—. Gracias por el recordatorio, viejo amigo, pero eso ya ocurrió una vez —cogió un pañuelo de cuello de un criado en servicio y se volvió hacia el espejo.

Ingram respondió con una sonrisa.

—¿Para qué sirven los viejos amigos si no para recordarte de dónde vienes? —mientras Stratford dedicaba su atención al serio asunto de atar un *trône d'amour*, echó un vistazo al vestuario vacío. La temporada aún no estaba en pleno apogeo—. Un pañuelo al cuello y listo. Creía que habías perdido ese toque en la península.

—Las condiciones han podido ser duras a veces, pero un oficial debe tener el aspecto de un caballero. Oí que estuviste en Lisboa con Wellington. ¿Cuándo volviste? —Stratford se colocó su ajustado abrigo, rechazando la ayuda del criado que se había acercado.

—Estuve allí, pero por poco tiempo —respondió Ingram—. Me encargué de los planos para construir Torres Vedras, pero me marché en cuanto empezó la construcción —Ingram esperó hasta que el criado se hubo retirado del vestuario—. Estaba ocurriendo algo extraño. Nos cruzamos con un pelotón de hombres de Boney, y casi podría decirse que sabían adónde nos dirigíamos.

Stratford se encontró con los ojos de Ingram en el cristal antes de volverse.

—No me sorprende. También recibimos artillería pesada en Talavera, y Donkin nos hizo retroceder. Anson fue absuelto de culpa, aunque nunca se determinó qué espionaje militar lo hizo retroceder, dejándonos expuestos. Me atrevería a decir que no fue amistoso.

Ingram emitió un gruñido evasivo y preguntó:

—¿Adónde te diriges ahora? Te acompaño.

—De vuelta a la nueva casa. Mis hermanas llegan dentro de una hora, pero necesitaba irme. No podía soportar más preguntas sobre la casa.

—Ya veo —dijo Ingram—. De acuerdo, iré contigo. Esa dirección es tan buena como cualquier otra —salieron y se encontraron con un tiempo que se había nublado en el poco lapso que había estado dentro de Jackson's y caminaron por la calle en silencio, esquivando a los escasos peatones. Ingram esperó a que doblaran la esquina y no hubiera nadie más—. Necesito que me ayudes con algo.

—Ya me lo imaginaba —dijo Stratford—. Sólo guardas silencio cuando estás pensando en la mejor manera de pedirme un favor. Y suele implicar problemas.

Ingram sonrió y sacudió la cabeza, pero siguió sin hablar. Stratford lo miró de reojo.

—¿Así de serio es? Dímelo. Si está en mi poder ayudar, lo haré.

—Sé que lo harás —dijo Ingram, pero caminaron en silencio un poco más antes de que finalmente hablara—. Has descubierto a un espía en tu regimiento y a otro en el regimiento 66.

—Lo sabes, ¿verdad? —Stratford estaba ligeramente sorprendido. Sabía que su amigo estaba relacionado, al menos hasta cierto punto, con la unidad de inteligencia de guerra—. Pero fue pura suerte. Pillé a un traidor reunido con los franceses cerca de nuestro campamento en Almeida. No

me vio entre los árboles, y el arroyo impidió que me oyeran. Supuse que las cosas estaban en mi contra, así que esperé antes de enfrentarme a él. Cuando lo seguí, me condujo directamente a su cómplice en mi regimiento. Fue una cuestión de suerte, la verdad.

—Hmm. A pesar de todo, hacía falta instinto para saber cómo detenerlo —Ingram se giró mientras un carruaje avanzaba por la calle casi vacía—. No es sorprendente que haya espionaje en la campaña militar, pero lo más preocupante es que hay una nueva filtración procedente del cuartel general. Es probable que sea alguien de más arriba, ya que el personal inferior no tiene acceso a la información relativa al movimiento de mayor rango. Adónde los envían, cuándo, a cuántos —se detuvo y miró a Stratford—. Me han encargado que lo descubra.

—Un caballero traidor —reflexionó Stratford—. Entiendo tu preocupación. ¿Por qué involucrarme?

—Creía que eso sería obvio —Ingram lanzó una mirada irónica a su amigo y le advirtió—: Esta conversación no puede llegar a oídos de nadie más.

Stratford replicó:

—¿Tan cambiado me encuentras en los últimos tres años?

—No, y por eso te necesito. Lo que pasa es que, con esta nueva filtración, no puedo estar en todas partes a la vez, y quiero estar seguro de en quién confío. En resumen, necesito tu ayuda.

—La tienes. Pero, ¿para hacer qué, exactamente? —preguntó Stratford.

—Estamos buscando gente que tenga una razón para espiar. Rencor hacia el ejército, simpatía por los franceses, demasiadas deudas... Cualquier cosa que pueda hacerles cuestionar su lealtad. Debe ser un oficial con acceso a todas las actividades sociales. No necesito decirte que, si el traidor consigue información sobre el movimiento de las tropas, especialmente con lo que está sucediendo en las Américas, habrá consecuencias catastróficas. Nos arriesgamos a que las tropas se dispersen y se sitúen en la zona equivocada, sin poder enfrentarse al enemigo.

Stratford asintió.

—¿Alguna pista?

—Tenemos a tres que podrían haber sido sobornados —dijo Ingram—, pero sólo dos válidos. Lord François de Delacroix; él se ha agregado ese título, Robert Conolly y Giles Cooke. Los tres agotarán sus recursos si su suerte no cambia pronto.

—Giles Cooke no es ninguna sorpresa —replicó Stratford—. Creo que todo el mundo en Londres debe saberlo excepto, tal vez, su esposa.

—Sí —dijo Ingram—, y él no tiene conexión con el ejército. Pero lord Delacroix y Conolly sí... O al menos Conolly está de licencia, y Delacroix anda con un grupo de militares. Haré que los sigan. El comandante Fitzwilliam; te lo presentaré, se encarga de eso, pero tú serás el mejor hombre para obtener información de las conversaciones. La gente cuida su lengua conmigo, sabiendo que estoy en el cuartel general, pero contigo bajarán la guardia porque has traicionado tus principios. Pensarán que no tienes ninguna lealtad militar en particular.

—Entonces no me conocen —replicó Stratford, con el rostro sombrío.

—Por supuesto. Lo cual ayuda a la causa. Y es otra de las razones por las que te he pedido esto. Y Stratford... —Ingram le dio una palmada en el hombro—. Me alegro de que hayas vuelto.

—Eso puedo verlo. Apenas un hola, y ya me estás poniendo a trabajar —replicó Stratford.

—No es menos de lo que deseas. No soportas estar ocioso —dijo Ingram.

—¡Ocioso! Predigo que no podré permitirme el lujo de la ociosidad durante algunos años —habían llegado a la residencia de Stratford—. Entra y bebe algo. Phoebe y Anna llegarán en cualquier momento.

—Tendrás que saludarlas de mi parte —respondió Ingram—. Debo irme. Ah, y Lydia también os manda saludos a todos.

—Entonces, Lydia ha salido de la escuela y está en casa. Va a debutar pronto, ¿no? —preguntó Stratford.

—Este año. No he oído hablar de otra cosa en los últimos seis meses. Afortunadamente, una amiga se quedará con ella, así que podrá hablarle sin cesar de lo atractiva que está con cada vestido que ha mandado confeccionar. Una tal señorita Eleanor Daventry pasará la temporada con nosotros.

Stratford se volvió bruscamente hacia su amigo.

—¿La señorita Daventry? ¿De qué la conoces?

Ingram se detuvo, y su curiosidad se despertó.

—Es una compañera de Lydia del colegio. ¿La conoces?

Stratford hizo un breve gesto con la cabeza.

—Sólo un poco. Era la custodia de mi tío y pasó tres días en Worthing para la lectura del testamento —miró hacia la puerta principal y luego hacia Ingram, claramente incómodo. Con una risa forzada, dijo—: Debo entrar y enfrentarme a más preguntas sobre dónde debe ir este arreglo floral o esa silla. Phoebe llegará muy pronto.

—Bueno, entonces dejaré que te pongas manos a la obra —se dieron la mano e Ingram observó a Stratford entrar en la casa, con la mente ocupada incluso después de que se cerrara la puerta. *Sólo un poco, ¿eh?*

CAPÍTULO 9



—¡Stratford! Ya hemos llegado —las pisadas de una joven subiendo la escalera de piedra resonaron por las habitaciones—. Es más amplia que nuestra última casa, y tiene una mejor ubicación, pero no se siente como un hogar. Sin embargo, aquí podrás celebrar el baile en honor a tu título. Nos distinguiremos.

—Anna, más despacio, querida. Estás corriendo y gritando como un *marimacho*, y además, no de forma muy elegante. ¿Qué pensarán tus pretendientes? —la voz afectuosa pero indolente de su tía no pudo detener a su sobrina, y mientras Anna examinaba jadeante la escalera en cascada, la tía recitó—: Stratford, ¿podrías llamar al lacayo para pedir té? Hemos tenido un viaje agotador por la ciudad —ofreció una mejilla suave y rolliza para que la besara.

Phoebe, de diecinueve años y un facsímil de su hermana, pero con más elegancia de la que Stratford recordaba que poseía, acudió al rescate.

—¿Te gustaría sentarte, tía Shae? Creo que la sala matinal debe de estar por aquí.

Stratford abrió la puerta y les permitió la entrada.

—Sí. James, trae la bandeja de té para mi tía y mis hermanas —volviéndose hacia Phoebe, dijo—: ¿Vuestros vestidos por fin están listos? Si no os conociera, casi pensaría que estabais intentando libraros de tener que visitar Worthing.

—Sólo Anna lo estaba —respondió la gemela más recatada—. He estado bastante impaciente por ver la finca, pero ella seguía encontrando fallos en sus vestidos.

Anna le sacó la lengua. *Por lo visto*, pensó Stratford, *Anna no se ha percatado de que también tiene diecinueve años*.

—No era el momento de ir al campo —dijo Anna—. Se necesitan años para preparar la temporada, y tuvimos suerte de quedarnos con los Jervil hasta que la casa estuvo lista —recorrió la habitación mientras su tía y su hermana buscaban un sitio para sentarse—. ¿Quién es el caballero de este cuadro? Parece censurar todo, y por eso debe irse.

—Es el tercer conde, y yo tenía intención de sustituir el cuadro, pero quizá se quede. Necesitas a alguien que desaprobe cosas para mantenerte a raya, y eso me ahorrará la molestia. Ah, gracias, James —Stratford señaló hacia la mesa más cercana a su hermana—. Tía, en cuanto te hayas bebido el té, te enseñaré la casa —su mirada se desvió hacia el papel pintado de fieltro rojo rubí—. Tendremos que redecorar, pero eso será mejor dejarlo en manos de la condesa.

—¡La condesa! —Anna le sonrió con falsa inocencia—. ¿Quién es ella? ¿También tendrás tu temporada?

—Ocúpate de tus propios asuntos —respondió Stratford con suavidad—. Ya tienes bastante de qué ocuparte. Por ejemplo, aprender a controlar tu lengua —lo único que él obtuvo a cambio fue una sonrisa satisfecha.

—Stratford, no has contestado a ni una sola pregunta de mis cartas sobre el baile que vamos a celebrar —Phoebe se acercó a su tía, le sirvió una taza de té y se la entregó—. Queremos organizarlo en una fecha cercana a la temporada para que la gente no tenga que elegir entre una gran cantidad de invitaciones, pero no con tanta antelación como para que no haya nadie.

—Supongo que tendremos que discutirlo, pero no me molestes más que con las decisiones sobre los gastos, por favor —respondió Stratford—. El resto deberás resolverlo sin mi ayuda.

Anna se volvió.

—¿Puedo ver el salón de baile? ¿Dónde está?

—Primero bebe tu té, Anna —dijo Stratford, mientras aceptaba una taza de su hermana. Anna puso los ojos en blanco ante su tono condescendiente, pero obedeció.

Sirviendo a su hermana y luego a sí misma una taza de té, Phoebe echó una cucharada de azúcar en cada una.

—¿Qué noticias hay de la finca? No nos dijiste nada de la lectura del testamento en tu carta, sólo que llegarías a la ciudad el martes.

—Después de vuestro mordaz recordatorio de que mi presencia era requerida de inmediato para escoltaros a todas las reuniones de la sociedad, me limité a lo esencial —Stratford se apoyó en la repisa de la chimenea.

—Casi se diría que no conoces tu deber, Stratford —las palabras de su hermana menor estaban impregnadas de humor, pero la expresión en sus ojos azules le resultó incómoda—. La tía Shae puede ser nuestra chaperona, pero necesitamos una presencia masculina. ¿Tus tres años en el extranjero han hecho que lo olvides todo?

Stratford cambió su peso al otro pie.

—No puedo olvidar lo que no sé. No estoy... acostumbrado a la ausencia de nuestro padre —se detuvo repentinamente y agitó el té en su taza.

Los ojos de Phoebe brillaron.

—Nos alegramos de que estés en casa, Stratford —tras una pausa, dijo—: Háblanos de Worthing.

—Sí, ¿la finca se está desmoronando y convirtiéndose en ruinas? —Anna, hojeando las páginas de *La Belle Assemblée*, dejó que su té se enfriara—. Tía, te dije que deberíamos haber elegido la capa superior de un blanco rosado. Mira qué bien queda sobre la tela damasquina sarcenet.

Phoebe esperó mientras su hermano sorbía el té.

—No hubo sorpresas —admitió él—. Bueno, salvo una. El antiguo tutelado del conde heredará el terreno más prometedor, y me veré obligado a utilizar mis propios recursos para conseguir que algunas partes de Worthing recuperen su antigua gloria.

El ceño de Phoebe se arrugó.

—¿No estaba toda la finca vinculada?

—Toda menos esta parte y algunas propiedades legadas a las hermanas del viejo conde —se agachó con el atizador de hierro en la mano y empujó uno de los troncos que había caído demasiado cerca de la rejilla.

—¿Qué hará el joven con la tierra? ¿Está dispuesto a vendértela? —Phoebe miró a su hermana para ver si estaba prestando atención, pero Anna seguía absorta en la revista.

—Ha sido una tal señorita Eleanor Daventry quien ha heredado la propiedad —Stratford no pudo evitar echar un vistazo para ver las reacciones de sus hermanas ante tan sorprendente noticia.

—¡Una tal señorita Eleanor Daventry! Pero si ni siquiera es de la familia —la mirada de Anna voló hacia su hermana y luego hacia Stratford. Había estado escuchando—. ¿Quién es ella?

¿Por qué estaba bajo su tutela?

—No tengo los detalles, pero creo que su padre y nuestro tío eran amigos. Ella necesitaba heredar una parte, pero no entiendo por qué le ha sido dado este terreno —Stratford volvió a colocar el atizador de hierro en su sitio con una fuerza innecesaria—. ¿Os gustaría echar un vistazo a la casa?

Phoebe ayudó a su tía a ponerse en pie mientras Anna se acercaba a su hermano.

—Sólo tienes que casarte con ella, Stratford. Eso resolverá todos los problemas y podrás conservar intacta la propiedad de nuestra familia —se puso de puntillas para mirarlo a la cara con una sonrisa pícaro demasiado reveladora como para sentirse cómodo. Stratford se dio la vuelta antes de que ella pudiera adivinar sus pensamientos.

—Entonces, ¿es una mujer cualquiera de clase baja? —le gritó Anna al ver que se marchaba bruscamente. Su tía y su hermana gemela siguieron a Stratford a través de la puerta, pero Anna seguía inmóvil—. ¿Eso es todo? ¿Tiene cara de budín?

—Ella es tolerable —dijo Stratford por encima del hombro, sabiendo que su rostro ahora estaba realmente enrojecido; y sabiendo también que era un mentiroso. *Parecerá extraño si no les digo que se está hospedando con Lydia.* Con una bravata que no sentía, añadió—: Pronto la conoceréis. Es amiga de Lydia del colegio y se alojará en casa de los Ingram durante la temporada.

—¿Ah, sí? —dijo Anna, con expresión aturdida.

Stratford sabía que era imposible eludir las preguntas de Anna durante cierto tiempo cuando tenía *esa expresión* en su rostro. En cuanto hubieron recorrido la casa, se retiró estratégicamente, informando a las damas de que tenía intención de visitar White's.

Phoebe exclamó.

—Mañana tendré esa lista de preguntas pertinentes al baile.

—Yo también la tendré —añadió Anna con un brillo travieso.



LYDIA SE ATÓ FIRMEMENTE la capota bajo la barbilla y tiró del brazo de Eleanor, haciendo que sus propios lazos se torcieran.

—Madame Baillot me ha dicho que nos espera a las dos. No veo la hora de poder vestirme con algo más adecuado. Si veo un vestido tan soso otro día más, tendré la tentación de utilizar las tijeras.

Eleanor soltó una risita y apartó el brazo para recolocarse el sombrero.

—No hay prisa. Tendré mis vestidos dentro de menos de una semana, así que no veo la necesidad de ir corriendo por ahí —utilizó la voz de su antigua maestra—, «como un marimacho».

Lydia sonrió con satisfacción.

—Estoy bastante segura de que habrá un vestido que alguien haya encargado y no se haya llevado, y de que hoy saldremos de la tienda con un vestido nuevo para ti. Entonces podremos asistir las dos a la velada de la señora Jenkins mañana por la noche.

—Tal vez —dijo Eleanor, aún no dispuesta a entrar en las listas de los eventos sociales.

Lydia tenía razón. Madame Baillot tenía un vestido confeccionado en la talla perfecta para *mademoiselle*, una prenda olvidada entre un gran ajuar para una dama que ya se había trasladado a Norfolk. Aunque el vestido era adecuado, Lydia empleó su buen gusto en elegir telas para cubrir a Eleanor que tuvieran un efecto más llamativo para el resto de su guardarropa. El *crepé*

dorado Apollo era algo que Eleanor no habría elegido para sí misma, pero la transformación que experimentó cuando se paró ante el espejo fue alentadora.

—Lo sabía. Eleanor, este color es perfecto para ti —Lydia abrazó a Eleanor por detrás antes de acercarse a examinar más rollos de tela en tonos lavanda—. Sin duda necesitaremos uno en lila para después del baile de nuestro debut. Y uno en marfil, por supuesto.

Madame Baillot alentó los gastos planeados por Lydia con un murmullo de aprobación mientras examinaba a Eleanor de pies a cabeza.

—Quitaremos algo de tela de la parte inferior, y se lo entregaremos esta tarde —volviéndose hacia Lydia, añadió—: *Oui, je suis d'accord*. La señorita Maxwell tomará las medidas para el traje de amazona, el vestido de día, el vestido de paseo...

—Creo que dos vestidos de paseo para empezar —declaró Lydia—. ¿Dónde está la tela para los vestidos de noche? Tengo unos figurines con ideas...

Eleanor, perpleja, permitió que Lydia decidiera el número de vestidos que necesitaría, deteniéndola sólo para decirle que no aceptaría el rosa —(*vous avez raison, mademoiselle, ese color no es bueno*)—, y dejó que la señorita Maxwell enrollara el lazo en su cintura, sus brazos y su busto, y anotara las medidas.

Después de dos horas, el primer paso al aire libre le pareció una bocanada de libertad, y Eleanor quiso echarse a reír.

—Temía quedarme enterrada bajo la tela y que no me encontraran en tres días.

—Bueno, es sólo que necesitabas muchas —dijo Lydia. Se detuvo a un lado del camino para decirle al conductor lo siguiente—: Una parada más antes de volver a casa, pero podemos caminar hasta el carruaje desde allí. No tardaremos más de un minuto.

—¿No has tenido suficiente? —gimió Eleanor, mientras Lydia tiraba de ella hacia adelante.

—No. Te prometí que echaríamos un vistazo a la tienda en New Bond, y lo haremos. Es probable que haya una multitud si vamos mañana temprano, y necesitarás accesorios para tu nuevo vestido. *Acabo* de ver los guantes con botones de perlas... —se detuvo y acercó a Eleanor para susurrarle—: ¿Ves a esa mujer de ahí? ¿La del pelo rubio?

Eleanor no pudo ignorarla. Iba vestida a la moda con un vestido drapeado de muselina blanca y un spencer azul pálido que hacía juego con el color de sus ojos. Se estaba riendo de un comentario de un caballero —él, un dandi como pocos—, mostrando sus dientes perfectos colocados en hileras blancas como perlas. *Siempre seré una harapienta al lado de una mujer así*, pensó Eleanor con tristeza.

—*Esa* —reveló Lydia—, es una de esas terribles mujeres de Londres que abandona a los hombres, Judith Broadmore. Abandonó a nuestro amigo Stratford, aunque nadie ajeno a la familia sabía que tenían un acuerdo. Estoy segura de que eso fue lo que provocó que dejara el negocio de su padre y se alistara en el regimiento.

Eleanor sintió un extraño dolor en el pecho. Sabía a quién se refería Lydia, pero no se atrevió a recordarle la conexión entre ellos. Tendría que decir su nombre. En lugar de eso, preguntó:

—¿Eso no la arruinaría?

—Olvidas que nadie lo sabía. Stratford era un caballero y mantuvo su acuerdo en secreto a petición de ella. Luego cambió de opinión porque él no tenía un título. Al menos, eso es lo que Anna me dijo. Apuesto a que Judith se arrepiente ahora de su decisión precipitada. Heredó un título de conde —Lydia enarcó una ceja ante semejante cotilleo.

Eleanor sólo tuvo tiempo de pensar: *ella no recuerda que lo he conocido*, antes de que Lydia siguiera parlotando.

—Si me preguntas, estoy convencida de que ella probará suerte con él de nuevo,

aprovechándose de su antiguo apego. Él simplemente suspiraba de amor por ella. Y mírala ahora. ¡Es toda una solterona! Me temo que nuestro Stratford es lo suficientemente agradable como para volver a comprometerse.

—Oh. La boca de Eleanor formó la palabra, pero no tuvo oportunidad de responder antes de que un soso y huesudo caballero con chaleco rosa y expresión aburrida se inclinara ante Lydia.

—Señorita Ingram. Ha crecido mucho.

—Señor Braxsen —exclamó Lydia, olvidándose de las revelaciones que acababa de susurrar—. Llevaba años sin verlo. ¿Mi hermano no lo había considerado apto para mi compañía, o hay alguna otra razón para su ausencia?

—Sólo mi partida a España me alejaría de sus encantos —dijo el señor Braxsen, con más flirteo practicado que sinceridad—. He estado con el regimiento en guerra estos dos últimos años.

—Bueno, en ese caso, espero seguir viéndolo mientras esté en la ciudad —Eleanor oyó la sinceridad en la ligera respuesta de Lydia. El difunto lord Ingram había sido mayor general, y Lydia respetaba a los que estaban en servicio.

—Imagino que usted irá a todas las fiestas esta temporada —dijo el señor Braxsen—, ahora que ha debutado.

—En cuanto a eso, aún no he debutado. De hecho, permítame presentarle a la señorita Eleanor Daventry, quien se quedará conmigo. Debutaremos juntas dentro de una semana, y me encargaré de que reciba una invitación. Sin embargo, el hecho de no haber debutado oficialmente no nos impedirá asistir a la asamblea de la señora Jenkins mañana por la noche. ¿Le veremos allí?

—Si me promete el primer baile, iré —replicó el señor Braxsen. Detrás de él, un caballero militar pelirrojo, cuyos llamativos rasgos no eran del todo apuestos, pero provocaban el deseo de mirar dos veces, bajaba los escalones del imponente edificio de piedra. Parecía sorprendido de ver allí al señor Braxsen. Sin embargo, tras el sobresalto inicial, se quedó mirando, no al señor Braxsen, sino a Lydia. Eleanor se preguntó si Lydia lo conocía, pero su amiga parecía ajena a su mirada.

Con el baile prometido, el señor Braxsen se dio la vuelta para reunirse con el otro caballero, y Eleanor entrelazó su brazo con el de Lydia. A la abandona hombres de lord Worthing; *Stratford*, ya se le había unido otro admirador, y Eleanor se encontró cautivada por la sonrisa de la mujer.

—¿Así que iremos a casa de la señora Jenkins? —dijo Eleanor, pero no estaba escuchando la respuesta de Lydia. Estaba ocupada pensando en un conde que una vez había amado (*¿todavía amaba?*) a esta mujer lo suficiente como para comprometerse con ella. Luego se había declarado a Eleanor, pero no por amor. Y aunque la suya no podía llamarse realmente una proposición, era suficiente para significar que lord Worthing había sido rechazado en matrimonio dos veces.



Stratford caminó a paso ligero hacia el club, saludando a un sorprendido conocido en su camino, pero no se detuvo. Su entrada en White's provocó una gran reacción en cuanto su presencia se dio a conocer. Bastó con saludar a un tipo torpe con un remolino de pelo que respondía al nombre de «Finch» y a otro caballero ataviado con colores que respondía a «Gerry»

para que todo el mundo respondiera con apretones de manos y palmadas en la espalda.

Estrechó la mano de Gerry, lo felicitó por su matrimonio y le preguntó por su salida de la península. Poco después, llegaron a la anécdota que los había unido: su exitosa maniobra contra el ejército francés en Bussaco. Se rieron de la confusión de Masséna cuando la brigada de Hill cruzó la cresta y, como dijo Gerry, limpiándose los ojos, «¡descubrió que había más de los nuestros al otro lado!». Después de esa batalla, sus brigadas se separaron y fue la última vez que se vieron.

—He oído que has heredado una buena finca. Ahora no sólo soportaremos tu presencia en White's, sino que la agradeceremos —las palabras cínicas de Gerry fueron desmentidas por la diversión que había en su expresión.

—Si los compañeros de White's son tan cambiantes, será mejor que me vaya a Brooke's —era un viejo chiste. Nadie podía explicar que la nobleza aceptara a Stratford cuando su padre carecía de título y la familia de su madre se dedicaba al comercio, pero desde sus primeros días en Eton, y luego en Cambridge, todo el mundo lo estimaba y nadie cuestionaba la invitación. Estaba seguro de que su larga amistad con Ingram era de gran ayuda, pero si hubiera creído que su incorporación a la nobleza cambiaba algo para los que importaban, habría puesto sus afectos en otra parte.

En ese momento, el señor Braxsen lo vio y se acercó, con expresión burlona.

—¿Estoy viendo a lord Worthing? Y pensar que esperaba tener un rango superior al tuyo en el ejército. No tenía ni idea de que estabas destinado a la nobleza.

Su tono era juguetón, pero Stratford sintió que había algo de verdad en sus palabras.

—Con un tío y dos primos por delante de mí, era una posibilidad demasiado lejana como para hablar de ella. ¿Y tú? ¿Te has retirado?

—Estoy de licencia —respondió Braxsen. Giró la cabeza hacia un atleta risueño e impecablemente ataviado que discutía verbalmente con un acento muy débil—. Mira allí —dijo con desprecio—. ¿Cómo ha conseguido entrar uno de los hombres de Boney?

—Oh, supongo que llegó en el año ochenta y nueve con su familia —Stratford acarició su reloj de bolsillo y miró a la multitud.

—Entonces, ¿no te molesta? Yo, por mi parte, no soporto verlos aquí —dijo Braxsen.

Las paredes de cuero oscuro y los sonidos del club se desvanecieron cuando Stratford recordó su primer encuentro cercano con el enemigo. Un muchacho de cara blanca, que no tendría más de diecisiete años, temblando solo en un establo, con los bombachos húmedos por el terror. El chico levantó los brazos para protegerse la cara de la luz del sol que se filtraba por los espacios entre los tablones de madera.

—*Vas-y. Caches-toi. On sera parti avant l'aube* —le había dicho Stratford. Escóndete. Nos habremos ido al amanecer. En el campo de batalla, en masa, los franceses eran el enemigo. Pero todos eran humanos.

—No —le respondió Stratford a Braxsen con firmeza—. Son peones a las órdenes de Boney y Murat. Si él... —Stratford sacudió la cabeza hacia el francés—, ha conseguido ser aceptado en White's, sus lealtades deben de ser intachables.

—Worthing —llamó Amesbury desde su mesa, interrumpiendo una conversación que Stratford estaba cada vez más contento de abandonar—. Has venido muy pronto —Stratford se despidió de Braxsen con una inclinación de cabeza y se sentó junto a Amesbury.

—Así es. Es la segunda temporada de mis hermanas, y por mucho que me hubiera gustado quedarme en la finca, soy el responsable de inaugurar la casa y organizar su baile.

Amesbury asintió, y hubo un breve silencio antes de que él cogiera aire.

—Ya lo creo —hizo una pausa para dar un trago y recostarse con una indiferencia fingida—. ¿Has visto ya a la señorita Daventry en Londres?

—No, acabo de llegar. ¿Por qué lo preguntas? —Stratford miró por la ventana mientras una repentina tormenta hacía correr a la gente en busca de refugio.

—Sólo digo —repitió distraídamente Amesbury. Hubo otra pausa mientras golpeaba la mesa con el borde de sus impertinentes.

—Ojalá lo hicieras —dijo Stratford. Amesbury le lanzó una mirada de confusión, y él aclaró —: *Sólo dilo*.

Amesbury cogió aire y dijo:

—Estaba pensando que yo podría probar suerte con la señorita Daventry.

Stratford enarcó las cejas.

—Creía que te disgustaba su linaje, y casi todo lo demás. Te resultó difícil sentarte a su lado en el almuerzo.

—Sí, pero lo he estado pensando —su amigo volvió a llenar su vaso—. Su linaje no puede ser tan cuestionable si tu tío aceptó ser su tutor. Y que sea dueña de la aldea Munroe sería una ventaja para mi propiedad. Si le otorgara mi credibilidad, estoy seguro de que sería bien recibida —Stratford sintió que la bilis le subía a la garganta.

Amesbury prosiguió:

—A menos, claro está, que tú... —su voz se desvaneció mientras dirigía una pregunta a Stratford con la mirada.

—No, no, claro que no —declaró Stratford—. Como tú mismo me has recordado, debo ser muy cuidadoso al elegir a una condesa.

Amesbury pasó por alto el tono sarcástico.

—En eso tienes razón. Yo, sin embargo, no necesito buscar más allá de la hija de un caballero con una buena dote —Amesbury se enderezó el pañuelo que rodeaba su delgado cuello.

—Puedes probar suerte con ella dentro de una semana —dijo Stratford, en tono cortante—. Sé por boca de Ingram que será presentada en el baile de lady Ingram cuando Lydia debute.

—La señorita Lydia Ingram. Ella sí sería una esposa adecuada para un conde —reflexionó Amesbury.

—Lydia es una bribona —dijo rotundamente Stratford—. Se casará con alguien a quien pueda someter —al descartar a la hermana pequeña de Ingram, sus pensamientos se desviaron hacia la mujer de ojos marrones que se alojaba en su casa.

Amesbury tenía la mirada al frente, perdida, parecía que ya estaba planeando su conquista de Lydia, de la señorita Daventry o de cualquiera que lo aceptara. Stratford miró alrededor del club para ver qué otra cara perdida hacía tiempo podría aliviarlo. Se sentía fuera de sí.

CAPÍTULO 10



Eleanor no esperaba que su primera *soirée* fuera un éxito, y por eso no se sintió decepcionada. Lady Ingram no había puesto ninguna objeción a que las muchachas asistieran a una pequeña reunión —un evento bastante privado—, con no más de quince parejas bailando en el salón de la señora Jenkins, diciendo que les serviría de práctica para su propio baile de presentación dentro de una semana.

Su primer vistazo a la habitación confirmó su sospecha de que incluso una reunión privada en Londres era un asunto intimidatorio. La señora Jenkins había subestimado enormemente el número de personas que acudirían. Había casi setenta personas presentes, con la generación más joven apostada en la mesa de refrigerios y los adultos más cerca del fuego. El calor era agradable, después de haber escapado del frío, pero el salón no tardaría en volverse sofocante.

Al corresponder a la sonrisa de apoyo de Lydia, Eleanor enderezó los hombros y la siguió a la habitación. No hubo ningún anuncio formal y nadie se fijó en ella, aunque vio más de un par de ojos posados en su amiga; los hombres con interés y las chicas con envidia. Eleanor tiró de sus guantes y luchó por mantener una expresión neutra. *Al menos, los números están equilibrados, así que no tengo por qué temer que me falten compañeros.*

Lydia se inclinó para susurrar.

—Conozco a algunos de los caballeros presentes desde mi infancia. ¿Ves al apuesto del abrigo azul oscuro? —Eleanor asintió—. Es lord Carlton, y además de conde se dedica a la política. Pasó su primer año fuera de Oxford cuidando de su madre en su finca. Todo el mundo se fijará en él ahora que está en Londres, pero yo te lo presentaré, porque es amigo de mi primo. Es agradable a la vista, ¿verdad?

—Lo es, en efecto, pero es demasiado joven para estar a la caza de una esposa, ¿no crees? —Eleanor sabía que lord Carlton no podía fijarse en ella con Lydia a su lado. Lo observó entablar conversaciones. Parecía conocer a todo el mundo, y prestaba especial atención a las mujeres mayores, ignorando a las de su edad.

Lydia se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero conseguir que se fije en ti será un logro.

Eleanor intentó sonreír, pero sus manos húmedas delataban su nerviosismo. Agradeció los guantes. El señor Braxsen eligió ese momento para acercarse, con su acompañante militar de pelo cobrizo a su lado.

—Señorita Ingram —dijo el señor Braxsen—, ¿puedo reclamar su mano para el primer baile? Me lo había prometido, ¿recuerda?

—Por supuesto, señor Braxsen. Es una suerte que cumpla mi palabra. Podría haber obsequiado ese baile en varias ocasiones.

—Una mujer que mantiene su palabra. Eso sí que es especial —el señor Braxsen cogió la tarjeta de baile que Lydia deslizó fuera de su muñeca.

El ceño de Lydia desapareció tan rápido como llegó, y cogió a Eleanor por el codo.

—Eleanor, ¿recuerdas al señor Braxsen? Y él es... —ladeó la cara hacia su amigo como un pájaro inquisitivo. *No me extraña que los hombres la adoren.*

—Disculpadme —dijo el señor Braxsen—. Este es el comandante Fitzwilliam. Fitz, permíteme presentarte a la señorita Lydia Ingram y a su acompañante, la señorita Daventry.

Una vez hechas las presentaciones, el comandante Fitzwilliam apartó los ojos de Lydia y se inclinó ante Eleanor.

—¿Su segundo baile ya está ocupado? No estoy libre para el primero, pero me gustaría mucho bailar con usted si le apetece.

Eleanor le sonrió amistosamente al comandante y le entregó su tarjeta.

—Los músicos ya están calentando y mi tarjeta de baile sigue vacía. Como ve, me está salvando de una humillación total.

Garabateó su nombre y se la devolvió, con arrugas apareciendo en su mandíbula cuadrada.

—Estoy a su servicio, señorita Daventry —volviéndose hacia Lydia, la inmovilizó con su mirada—. Señorita Ingram, ¿tiene algún baile para mí?

Lydia había estado escudriñando la habitación, a punto de susurrar algo al oído de Eleanor, pero fue detenida por la sincera mirada que se posó en ella.

—Estaré encantada, comandante Fitzwilliam. Aunque sólo sea por cumplir con mi deber de animar a los hombres que sirven al rey.

El comandante Fitzwilliam respondió:

—Y si usted no lo hiciera sólo por deber, los pobres soldados podríamos atrevernos a tener esperanzas —había una intensidad juguetona en su mirada que a Eleanor le pareció, en secreto, irresistible. Tal vez este hombre no tenía título, pero su encanto abundaba. Si lo utilizaba con Lydia, una coqueta empedernida, ni siquiera ella sería inmune.

Entonces Lydia se rio, un brillante y tintineante sonido.

—Tendrá su baile, comandante —ella lo evaluó más de cerca—. Y no sólo por deber.

El hombre hizo una reverencia, y el señor Braxsen le dio una palmada en la espalda mientras ambos se alejaban.

—Estás intentando opacarme, Fitz.

—Lydia —dijo Eleanor en voz baja—, parece que te has ganado los elogios de uno al menos. ¿Acaso el comandante Fitzwilliam no es un miembro distinguido de la milicia? Debe de estar de licencia.

Lydia le echó un vistazo.

—El rojo no le sienta bien —fue todo lo que dijo, pero su persistente mirada la delató.

Para cubrir un exceso de nervios, Eleanor se abanicó y murmuró:

—Parece que no me veré obligada a permanecer al margen *toda* la velada.

—Tonta —Lydia le dio un codazo en el costado y se inclinó para susurrar—: Mira. Stratford Tunstall se dirige hacia nosotras. ¿Te dije que lo dejaron plantado? Excepto que ahora es un conde...

Él estaba aquí. Eleanor quiso interrumpir, pero Lydia continuó:

—Es un viejo amigo de la familia, de cuando no era más que el hijo de un caballero y de la hija de un comerciante. Incluso a mi madre le agrada, aunque no podría extender una invitación a su madre, por supuesto.

Mientras Lydia hablaba, lord Worthing se dirigió hacia ellas, con la mirada fija en Eleanor.

Su corazón latía tembloroso, y apenas pudo encontrar la fuerza para responder.

—Lydia, ¿no recuerdas que mi tutor fue el antiguo conde de Worthing? Estuve en Worthing para la lectura del testamento. Él y yo nos conocemos, por supuesto. No es necesaria ninguna presentación —*ni es conveniente*.

—¡No, por supuesto! *Yo* soy la tonta por *olvidarlo*. Pero no hablabas a menudo de tu tutor, así que no me había percatado. Aun así, qué tonta he sido.

Habiendo intercambiado unas palabras con la anfitriona, el conde avanzó de nuevo, con el ceño fruncido.

—No parece muy contento de vernos —dijo Eleanor.

—Oh, así es Stratford —susurró Lydia—. Es muy severo. Probablemente piensa que mi vestido es demasiado escotado —antes de que Eleanor pudiera replicar, el conde las alcanzó.

—Lydia —se inclinó sobre la mano de la señorita Ingram—. Veo que conoces a la señorita Daventry —su mirada se posó en la de Eleanor, y ella se vio obligada a devolvérsela.

—En efecto, milord —dijo Lydia—. Qué amable de su parte honrarnos con su presencia ahora que es conde.

Lord Worthing la detuvo con una mirada.

—No seas maliciosa, Lydia.

Lydia puso los ojos en blanco.

—Eso no es ser maliciosa, Stratford. Me estoy divirtiendo, cosa que has olvidado cómo hacer. De acuerdo. Eleanor va a pasar la temporada de Londres conmigo.

—Buenas noches, señorita Daventry —lord Worthing hizo una reverencia—. ¿Me permite preguntar por la hermana enferma de su tía?

—Se lo agradezco. Se está recuperando. Han alquilado una casa en Bath para que pueda recuperarse completamente. Le estoy agradecida a lady Ingram por patrocinarme esta temporada.

¡Estoy divagando como una boba! Eleanor intentó ordenar sus descontrolados pensamientos mientras el conde, después de esa primera mirada abrasadora, parecía mirar a todas partes menos a ella.

—No encontrará a nadie mejor que lady Ingram para lograr acceder a cualquier lugar al que desee ir —lord Worthing se volvió para saludar con la cabeza a un conocido. Hubo un silencio hasta que los primeros acordes de un violín se filtraron por el salón—. ¿Me haréis el honor de bailar? —le tendió la mano a Lydia para que le entregara su tarjeta de baile.

—Por supuesto —Lydia le entregó la tarjeta aún sujeta a su muñeca y miró por encima de su cabeza mientras él se inclinaba para escribir su nombre en una de las pocas líneas libres—. Mira, Eleanor. Ahí está el duque de Marlborough. ¡Oh! Y el señor Braxsen viene a reclamar su baile.

Los ojos de Eleanor se clavaron en los oscuros mechones rubios de lord Worthing mientras se inclinaba sobre la tarjeta de Lydia. Así tuvo tiempo de calmar sus nervios y comprobar que no era más que un hombre que no tenía por qué tener ninguna importancia sobre otro, a pesar de la proposición, aunque su fuerte mandíbula y sus anchos hombros resultaban agradables a la vista. Lord Worthing se enderezó y se hizo a un lado para permitir que un criado cercano ofreciera una bandeja con bebidas variadas. Eleanor sacudió la cabeza, pero el conde aceptó una copa.

Ante su elección, los ojos de Eleanor se abrieron de par en par, sorprendida, y una sonrisa tembló en sus labios.

—¿Limonada, lord Worthing?

Ella creyó percibir un leve rubor.

—Tengo sed —terminó la bebida de un trago y volvió a dejar el vaso en la bandeja—. Señorita Daventry, ¿su tarjeta? —ella se quedó sin aliento cuando sus miradas volvieron a

encontrarse. *Es sólo un hombre, como cualquier otro.* Le tendió la tarjeta y apartó la mirada mientras él escribía su nombre para la cuadrilla. Sería una mejor oportunidad para hablar que los dos primeros bailes, ambos un reel.



AHORA QUE HABÍA CENTRADO su atención en la tarjeta en lugar de en su rostro, el cual había apartado apresuradamente, Stratford vio que sólo había otro nombre en la lista de baile de la señorita Daventry. El perfil de la joven era atractivo, con una barbilla decidida que armonizaba con una nariz respingona y un mechón de pelo castaño claro junto a la mejilla. Con un solo nombre, parecía que no tenía por qué temer ser acosada por cazafortunas. Soltó la tarjeta de la señorita Daventry y la dejó colgar de su muñeca.

—¡Worthing! —lord Carlton se acercó, un joven regordete que solía venir a Londres durante sus vacaciones escolares—. Cuando te vi en Tatt’s no mencionaste que asistirías.

Stratford tosió y lanzó una mirada subrepticia a este hombre que, aunque simpático, nunca había tenido un ápice de discreción.

—En ese momento no me había decidido a venir, pero había algunas personas con las que deseaba hablar esta noche —dirigió una mirada llena de esperanza a la señorita Daventry, pero ella estaba observando atentamente a las parejas de baile. No iba a ser fácil después de tantas semanas, pero el honor exigía que se disculpara, y el baile prometido sería su mejor oportunidad.

Con una expresión natural, lord Carlton se llevó la mano al corazón e hizo una reverencia a las damas.

—Señorita Ingram, ¿me concede el deseo de mi corazón y me presenta a su amiga?

Lydia, coqueteando en estado puro, soltó un delicado bufido.

—No le prestes atención, Eleanor. Me han dicho que lord Carlton metió a mi primo en todo tipo de líos durante sus años en Cambridge. Parece que por fin se ha vuelto respetable. Muy bien, lord Carlton, le presento a mi querida amiga, la señorita Daventry.

Los ojos de lord Carlton se abrieron de par en par, fingiendo estar ofendido.

—Usted me difama, señorita Ingram. Eso fue hace dos años y ahora es cosa del pasado —saludó con la cabeza al señor Braxsen, quien había venido a reclamar la mano de Lydia, y luego dijo—: Señorita Daventry, ¿me haría el honor de concederme un baile esta noche?

—Por supuesto, lord Carlton —la voz de la señorita Daventry era suave mientras le entregaba su tarjeta de baile. Stratford se sorprendió por el interés de Carlton y escrutó a la señorita Daventry. Tal vez se debía a que era tan pequeña que uno deseaba protegerla, o porque cruzaba miradas con franqueza, sin ser tímida.

Stratford frunció el ceño. Quizá la había considerado a salvo de los cazafortunas demasiado pronto. Si Carlton, quien no necesitaba su dinero, estaba interesado, era imposible saber cuántos más se presentarían. El hombre no tardaría en enfurecerla.

Continuando con su conquista como si Stratford ni siquiera existiera, Carlton inclinó la cabeza hacia la de ella.

—Señorita Daventry, el siguiente baile es un reel y nadie se ha apuntado para él. Espero que no se escandalice, pero he reclamado este baile así como el último de la fiesta.

Ella respondió con una sonrisa franca, con ojos brillantes, y Stratford quedó hechizado. No sabía que su rostro podía iluminarse de esa manera.

—Gracias por evitarme la vergüenza de no participar en este primer baile, lord Carlton —los músicos comenzaron el preludio, y la señorita Daventry colocó su mano en el brazo de Carlton

para unirse a las otras parejas en la pista de baile, dejando a Stratford presa de las miradas de más de una madre esperanzada cuya hija carecía de pareja.

Cuando Stratford pudo reclamar finalmente su baile con la señorita Daventry, estuvo a punto de perder el valor. Sólo un tenaz sentido de la determinación para corregir un error lo llevó a continuar. Ocuparon sus lugares en la pista y, mientras esperaban el comienzo de la música, se inclinó hacia abajo, sabiendo que el fuerte murmullo de la conversación haría que sus palabras fueran privadas.

—Señorita Daventry, permítame disculparme por la proposición.

Estuvo seguro de haber pasado por alto una sonrisa. ¿Por qué encontraría ella humor en palabras que a él le resultaban tan difíciles de pronunciar? Luego, tras un minuto de reflexión: *Ah. Me he disculpado por haberme declarado, no por la forma en que lo hice.*

El baile había comenzado y, mientras daban vueltas el uno alrededor del otro, con las manos entrelazadas, ella respondió:

—No es necesario, milord. Como imagino que no volverá a ocurrir, podemos hacer como si no hubiera pasado nada.

Cambiaron de pareja y, cuando el baile los reunió de nuevo, Stratford se aventuró, con la esperanza de disipar el ceño fruncido de la señorita Daventry.

—No tengo por costumbre proponerle matrimonio a las damas casi a primera vista. Mi única otra experiencia con propuestas fue después de dos años de relación —hizo una pausa—. Por supuesto, esa tampoco acabó bien —sintió que todo su cuerpo se calentaba a causa de la vergüenza; al parecer, algo habitual en la presencia de la joven. No había querido decir eso.

—¿Le propuso matrimonio mientras estaba sumergido en sus copas, milord? —un escalofrío lo recorrió cuando el baile volvió a separarlos. Cogió la mano de otra dama del conjunto y se preguntó qué había detrás de ese tono. La señorita Daventry era una colegiala; *de la edad de sus hermanas*, pero sus palabras sacudieron su ya dolorida conciencia.

La música volvió a unirlos y él tiró de su dignidad.

—Por favor, acepte mis más sinceras disculpas por proponerle matrimonio de una manera tan indigna. Como ha dicho, no volverá a ocurrir.

El baile volvió a separarlos. *Era imposible hablar así. ¿Qué lo había poseído para intentarlo?* Apenas era consciente de su propia pareja mientras observaba a la señorita Daventry en una animada conversación. *¿Por qué estaba tan callada a su alrededor?* Cuando se reunieron después de un par de movimientos, sus palabras fueron suaves.

—Le agradezco sus disculpas. Por supuesto que no sucederá. No hace falta que digamos nada más.

Él miró sus ojos caídos, y algo lo obligó a insistir.

—Perdóneme, señorita Daventry, pero... ¿tengo su perdón por mi comportamiento impropio de un caballero? Es importante para mí.

La música había cesado y Eleanor apartó su mano, repentinamente trémula, del brazo de él.

—Milord... —su voz ronca era difícil de oír por encima de la multitud. Él se inclinó hacia ella y sintió el calor de su rostro, su aliento haciéndole cosquillas en la mejilla, su inesperado deseo de rodearle la cintura con el brazo. Tal vez con las cosas aclaradas entre ellos, podrían compartir algunos bailes en el futuro. Una temporada en Londres podría ser agradable.

Ella pareció debatirse en su interior, mordiéndose finalmente el labio antes de levantar los ojos hacia los de él.

—Tal vez no sea muy amable por mi parte, pero me gustaría ver su arrepentimiento antes de responder.

El brillo en los ojos de Eleanor le provocó una carcajada.

—¿La limonada no ha sido suficiente arrepentimiento? —preguntó él, con una sonrisa aún en los labios. Luego se puso serio—. Veo que tendré que esforzarme para que me tenga en buena estima —los bailarines despejaron la pista para dejar sitio a los demás, y él la cogió del brazo, consciente de su cercanía.

En ese instante, las voces aumentaron de volumen y él levantó la mirada. Una belleza había entrado en la sala vestida de verde pálido, coronada con unos rizos dorados y una delicada tiara de esmeraldas. Judith Broadmore. Así que ella también había sido invitada a esta reunión tan *privada*. Stratford no volvería a confiar en ese calificativo para referirse a una asamblea londinense. No habría venido, ni siquiera para disculparse, de haber sabido que iba a estar tan cerca de Judith.

La señorita Daventry lo estaba estudiando con el ceño fruncido. Él tenía que decir algo.

—Me temo que debo irme. Prometí encontrarme con un amigo para cenar y llego tarde.

Otras parejas se estaban agrupando para el siguiente set, y Lydia, afortunadamente, seguía al margen, tocando la manga de un caballero con su abanico.

—La llevaré con Lydia.

ANTE LA ENTRADA de la señorita Broadmore, Eleanor sintió una punzada de consternación. En un vestido de día, la señorita Broadmore era lo bastante hermosa como para atraer las miradas, pero en un vestido de noche era sencillamente despampanante. Eleanor nunca se había sentido tan avergonzada de sus propias curvas, su baja estatura y su cabello castaño.

El baile había terminado, y el breve vistazo que había echado detrás de la fachada de lord Worthing ahora le parecía imaginario. Habían vuelto al lado de Lydia, y el rostro del hombre era una máscara mientras se daba la vuelta para marcharse.

—Vaya, eso es propio de Stratford —resopló Lydia—. Ni siquiera una despedida apropiada.

La mirada de Eleanor siguió a lord Worthing mientras este le daba las buenas noches a la anfitriona y se marchaba sin volverse. No le dirigió la palabra a la señorita Broadmore a su paso, pero Eleanor pudo ver su perfil cuando reconoció la presencia de la mujer. Estaba segura de que la mirada que dirigió a su Venus era de añoranza.

La señorita Broadmore también lo vio marcharse. Luego, balanceando las caderas, lo siguió.

CAPÍTULO 11



—Lord Worthing, espere.

Stratford había recuperado su capa y estaba en los escalones que conducían a la calle cuando se volvió para ver a Judith apresurarse tras él. No le entusiasmaba tener esta conversación, pero mejor ahora, al principio de la temporada, para que no hubiera malentendidos entre ambos.

—Señorita Broadmore —completó los tres últimos pasos hasta la calle y esperó a que ella llegara a su lado antes de dedicarle una breve reverencia.

Ella parecía estar sin aliento mientras se inclinaba, y él se preguntó si estaría nerviosa. Siempre la había visto segura de sí misma, pero tal vez parte de la confianza que conllevaba ser una mujer joven y hermosa desaparecía después de unas cuantas temporadas y ninguna pareja exitosa.

Ese pensamiento difuso desapareció cuando Judith le sonrió y deslizó la mano hacia su brazo. No, parecía que su confianza seguía intacta. Su contacto fue doloroso, tanto por los recuerdos que evocaba como por la certeza de que ella no era la persona que él deseaba tener en sus brazos.

—Estoy encantada de ver que no sólo ha llegado a Londres al comienzo de la temporada, sino que además está en sociedad. No tenía tantas esperanzas puestas en usted —Judith le estrujó juguetonamente el brazo, y Stratford no respondió de inmediato. Saber lo que se tenía que decir no hacía que las palabras fueran más fáciles de pronunciar—. Entonces, ¿no pronunciará ninguna de sus ingeniosas respuestas? —Judith inspiró profundamente y miró las estrellas—. ¿Recuerda cuando la lluvia nos pilló mientras volvíamos de Hyde Park? Fue justo en esta época del año. Nos detuvimos en la panadería y me compró una tarta de fresas para disfrutarla mientras llovía a cántaros —lo miró, con una sonrisa tímida—. Ese fue el día en que me propuso matrimonio.

Stratford le apartó el brazo y se volvió hacia ella.

—Señorita Broadmore, es mejor que seamos claros antes de que empiece la temporada para que no haya malentendidos —tras un momento de vacilación, le dijo claramente—. No tenemos ninguna esperanza de volver a estar juntos.

Los labios de Judith se estremecieron en una sonrisa.

—Qué manera de ser tan directo, Stratford. Simplemente podías haberme seguido la corriente, tratándome como a una vieja amiga para evitarme la vergüenza de un enfrentamiento.

Cualquier amistad que pudiéramos haber tenido se esfumó hace tiempo. Judith seguía siendo tentadora y ese era un gran motivo para establecer límites y expectativas. Sabía que mantener abiertas las posibilidades con ella significaba más angustias; las de él. Stratford negó con la cabeza.

—No deseo avergonzarla, pero debe saber cómo son las cosas.

Judith parecía estar esperando a que dijera algo más, pero cualquier otra cosa no sería más que insistir en el asunto. Hizo una breve reverencia y se volvió para irse.

—Le deseo buenas noches.



EN EL SALÓN había un modesto conjunto de flores enviadas cada día por los admiradores desde la fiesta de la señora Jenkins. Eleanor y Lydia apenas habían tenido tiempo de sentarse para recibir a los invitados de la mañana cuando anunciaron al señor Braxsen y al comandante Fitzwilliam. Eleanor le susurró a Lydia con una sonrisa pícara.

—Han venido muy temprano, aunque te verán esta noche en el baile. Creo que desean vencer a los demás con un ataque anticipado.

—A menos que estén aquí por ti —respondió Lydia sin convicción, pero también sin malicia—. Y es *nuestro* baile de presentación.

Eleanor se encogió de hombros, pero le dedicó a su amiga una sonrisa, que se hizo más amplia cuando la puerta se abrió y el comandante Fitzwilliam se dirigió hacia Lydia con la mirada fija en ella.

—Señor Braxsen, comandante Fitzwilliam —Lydia les dio la mano a cada uno—. Confío en que les veremos a ambos en nuestro baile de esta noche, ¿verdad?

—Hemos venido a ver si podíamos ayudarlas a prepararse —el comandante Fitzwilliam se sentó junto a ella en el sofá, mostrando más destreza de la que había mostrado hasta entonces en su presencia. O más determinación.

Lydia, nada indiferente a la atención del mayor, se sentó más erguida.

—Creo que todo está en orden. Hemos tenido la suerte de que Frederick esté aquí para supervisar los detalles con mamá —tras una pequeña pausa, Lydia se palmeó el guante—. Por supuesto, está más ocupado de lo habitual.

El señor Braxsen se sentó cerca de Eleanor y dijo:

—Sí, vi a su hermano en Brooke's apostando por la yegua de Milford contra la de Dalton. Veo que está totalmente entregado al éxito de vuestro baile.

Eleanor ahogó una risita y estudió el rostro del señor Braxsen, preguntándose a qué se debía su visita. Era evidente que no sentía una especial debilidad por Lydia, pero no parecía lo bastante generoso como para venir simplemente porque su amigo estuviera enamorado.

—¿Y vendrá esta noche, señor Braxsen? —preguntó Eleanor, empeñada en mostrarse amable.

—Sin duda —fue su respuesta. Jugueteó con la leontina en su chaleco mientras Lydia y el comandante inclinaban sus cabezas en una conversación sin espacio para nadie más. Eleanor cruzó las manos sobre el regazo y esperó, pero el señor Braxsen se contentó con echar un vistazo a la habitación en silencio.

Ella suspiró. ¿Acaso no había ningún hombre en Londres capaz de conversar? Lydia conquistaba a todos los caballeros que conocía. Con Eleanor, los hombres parecían aburridos. *Como si yo no valiera la pena.*

Pero había uno. A pesar de todos sus defectos, lord Worthing, al menos, no la ignoraba.

LA CRIADA DE Lydia deslizó el vestido de Eleanor sobre sus brazos extendidos. La prenda interior dorada pálida se habría perdido bajo la capa blanca de no ser por los capullos de rosa dorados que cubrían el tejido transparente en docenas de pequeños pliegues. La seda dorada formaba el corpiño del vestido, con un pañuelo de gasa blanca que lo cubría de forma algo más modesta. *Pero no lo suficiente*, pensó Eleanor. Se sentía expuesta.

Aun así, aunque sabía que no destacaría al lado de Lydia, estaba bastante satisfecha con su aspecto. Se colocó los pendientes de diamantes de oro que su madre había abandonado con las prisas, y la criada ciñó el collar de diminutas perlas con un colgante de oro a juego alrededor de su cuello.

Como era de esperar, Lydia eclipsó a su amiga en belleza en cuanto entró al salón vestida de rosa pálido y con flores en el pelo. Sus mejillas tenían un brillo rosado natural, a diferencia de la tez más cetrina de Eleanor, y su pelo era casi negro, lo que siempre eclipsaría el castaño rojizo de Eleanor. *Me alegro de que Lydia tenga tan buen aspecto*, se dijo, deseando ser generosa.

Lord Ingram, vestido de punta en blanco con una impecable chaqueta negra y una corbata blanca como la nieve, se alejó de su madre junto a la chimenea y se acercó a ellas, saludando a su hermana con un beso en la mejilla y luego inclinándose sobre la mano de Eleanor.

—Las morenas están de moda este año, y veo que nuestra casa será el centro de la alta sociedad con dos bellezas como estas —a pesar de su sonrisa, lord Ingram tenía una diminuta línea de expresión entre los ojos, y Eleanor se preguntó si no se debería al estrés de ser anfitrión. Aparte de la breve conversación que habían mantenido a su llegada, desde entonces ella sólo lo había visto un par de veces.

Lydia hizo un mohín.

—¿Cómo puedes decir eso? Ya sabes que Mary Wexby ha enamorado a todo Londres con su pelo rubio hasta el punto de que nadie tiene ojos para nadie más.

—Con mayor razón te distinguirás, querida —dijo lord Ingram con sinceridad. *Qué afortunada es de tener familia*.

Lydia jadeó.

—Casi olvido mi ramillete —se precipitó hacia la mesa auxiliar donde yacía el pequeño arreglo.

—¿Quieres un poco de jerez, mamá, antes de que ocupemos posiciones en el salón? —al parecer, lord Ingram estaba decidido a hacerlo todo correctamente ahora que estaba aquí.

Lady Ingram aceptó una pequeña copa de jerez.

—Será mejor que comáis algo de tarta con vuestro licor, chicas. Estaremos recibiendo invitados durante horas, y no deseo que os desmayéis.

La señora de la casa había hablado con la verdad. Después de dos horas recibiendo invitados en el vestíbulo junto a la puerta principal, Eleanor empezaba a forzar la sonrisa. Al menos estaba cerca de la entrada, donde entraba más aire fresco en la sofocante residencia que presumía de crepitantes fuegos en cada chimenea. Respiró el aire fresco y sintió un escalofrío de nervios. Lord Worthing no había aparecido, y había estado segura de que lo haría, considerando sus estrechos lazos con la familia. Eleanor no estaba segura de por qué lo deseaba y sólo podía concluir que se debía a que ella conocía a muy poca gente. No quería admitir que todo parecía más interesante cuando él estaba cerca.

—Señor Amesbury, señor Ashton —anunció el lacayo. Parecía incapaz de cansarse de pronunciar cada nombre con entusiasmo.

Lydia hizo una reverencia mientras el señor Amesbury se inclinaba sobre su mano y besaba el aire sobre ella.

—¿Cómo está usted? Señor Amesbury, le presento a mi amiga...

—Ya nos conocemos. Señorita Daventry, lamento que no tuviéramos más tiempo en la cena para conversar.

¡*Qué descaro!* Habían tenido muchas oportunidades. Él simplemente se había sentido demasiado disgustado con el linaje de Eleanor para actuar como un caballero. Ella podía adivinar la razón del cambio.

—Buenas noches, señor Amesbury.

Ajeno a la falta de entusiasmo de Eleanor, el señor Amesbury inclinó la cabeza hacia la tarjeta que llevaba en la muñeca.

—Permítame reclamar un baile.

—Creo que mi tarjeta está llena, señor... —ella no pudo terminar la frase, pues él deslizó la tarjeta de baile fuera de su muñeca y la examinó.

—No, mire aquí. Queda un baile, aunque sólo sea un reel. No me atrevo a reclamar su mano para uno de los vales, porque estoy seguro de que lady Ingram no lo permitiría —*gracias a Dios*. Él escribió su nombre en la última línea.

—Me honra, señor —las palabras acababan de salir de sus labios cuando el lacayo anunció a lord Worthing.

A pesar de sí misma, el corazón de Eleanor dio un vuelco. *Debo aprender a ser menos evidente*, pensó. Sería humillante que lord Worthing dedujera que se alegraba de su llegada, una emoción que no favorecía a su dignidad.

—Milady, usted eclipsa a todo el mundo aquí —palabras que parecían demasiado simplistas para lord Worthing, pero fue él quien se inclinó sobre la mano de lady Ingram y luego extendió la suya para estrecharla—. Frederick. Magnífico atuendo.

—Stratford —dijo lady Ingram, con evidente desaprobación en su voz—, te habíamos descartado. No es propio de ti llegar tan tarde a una fiesta —su actitud cambió en un instante—. Ah, veo que no eres el único con ese mal comportamiento. Señor Brummel, por fin ha venido.

—En efecto —el señor Brummel lanzó una mirada a Lydia—. Y quizás me quede —el caballero, exquisitamente ataviado, estaba flanqueado por un pequeño séquito de atletas vestidos elegantemente, pero sin igualar su magnífica elegancia. Fingiendo aburrimiento, los cuatro hombres miraron al caballero dandi conocido como Beau, quien respondió a una señal interior. Sin hacer más que una leve reverencia a Lydia, desaparecieron en el salón sin prestar atención a Eleanor.

Lady Ingram los siguió con la mirada y los labios fruncidos.

—Los modales más deplorables, lo sé. Pero la asistencia del señor Brummel asegura que vuestro baile sea un éxito, chicas.

Eleanor arqueó una ceja.

—¿Él es el famoso Beau Brummel? Esperaba a alguien más impresionante.

El conde oyó sus palabras y se rio, entrecerrando los ojos.

—No deje que la oiga decir eso, señorita Daventry. Será rechazada en la ciudad —Eleanor sintió cómo las comisuras de sus labios se alzaban mientras la risa del hombre la calentaba como una caricia. *Aquí* había alguien que no la encontraba aburrida.

Entonces, lord Worthing se volvió hacia Lydia con una sonrisa apenada.

—Yo, por desgracia, no soy tan inmoral como él y tuve que permitir que se acercara primero. Lo siento, Lydia.

Ella no lo toleró.

—Stratford. Te esperábamos hace horas.

Ignorando su reprimenda, él le dio un casto beso en la mejilla.

—Phoebe me pidió que te diera las gracias por tu respuesta a su nota. Ella y Anna siguen resfriadas y lamentan mucho tener que perderse esta velada.

Todo signo de irritabilidad desapareció y el rostro de Lydia mostró preocupación.

—Es más importante que tus hermanas estén *en forme* para su baile de la próxima semana. Si están lo bastante bien como para recibirme antes, las visitaré —lord Worthing asintió y se colocó delante de Eleanor.

—Señorita Daventry, se ve encantadora —su mirada se detuvo en su pecho expuesto, luego subió a su rostro.

Eleanor respiró, pero tuvo problemas para que el aire entrara en sus pulmones.

—Lord Worthing —respondió con voz serena, pero sus labios trémulos la delataron.

Él apartó su mirada de la de ella cuando las puertas de la mansión se cerraron, y lady Ingram relajó su postura.

—Creo que ya podemos reunirnos con nuestros invitados. Frederick, acompaña a Lydia —sus agudos ojos observaron al conde—. Stratford, tu llegada es oportuna. Puedes acompañar a la señorita Daventry a la reunión.

Hubo un gran revuelo cuando el grupo entró en el salón de baile. Eleanor, poco acostumbrada a tanta atención, sólo se percató de que había sujetado el brazo del conde cuando este le dio unas palmaditas reconfortantes en la mano. Se obligó a relajarse. Por suerte, todas las miradas estaban puestas en Lydia mientras su amiga bajaba las escaleras del brazo de su hermano.

Lord Worthing se inclinó para hablar, y Eleanor sintió el calor de su mejilla junto a la suya.

—Es natural que la acompañe al salón de baile. Mi amistad con la familia Ingram es antigua. Éramos vecinos antes de que yo heredara Worthing.

Eleanor asintió. Ahora sólo había unas pocas miradas curiosas dirigidas hacia ella mientras los presentes se preparaban para el primer baile.

—No me gusta llamar mucho la atención.

—Algo que difícilmente podría evitar en su propio baile de presentación.

Ella esbozó una sonrisa formal.

—Aun así.

—Lady Ingram tenía razón acerca de que ambas tendríais éxito. La felicito. Pero dígame, su relación cercana con la familia Ingram me intriga. ¿Cómo conoció a Lydia?

—Nos hicimos amigas en el colegio. Así de simple.

—Así de simple. Sin embargo, no os parecéis mucho. No sois dos personas en las que uno esperaría que surgiera afecto alguno —lord Worthing la guio a un lado para dejar pasar a la gente—. A Lydia sólo le preocupan las trivialidades y las conquistas, y usted parece de naturaleza más seria —haciendo una pausa, añadió—: Si me permite decirlo.

—A pesar de conocer a Lydia, creo que la ha juzgado mal en esto —dijo Eleanor. Sus labios se endurecieron—. Si me permite decirlo.

—Tal vez. Que Lydia desee invitarla es una cosa, pero que su madre acepte es otra muy distinta. Es un misterio, realmente. El difunto lord Ingram era un hombre generoso, pero lady Ingram es reacia a acoger a conocidos y aún más a invitar a uno a su casa —él frunció el ceño, intentando descifrar la situación—. Sospecho que ella pensó que usted no representaba una amenaza real para las posibilidades de Lydia.

Eleanor se sobresaltó. Lord Worthing la miró, y sus ojos sorprendidos delataron demasiado tarde el insulto involuntario y el arrepentimiento posterior. Antes de que alguno de los dos

podiera hablar, Frederick Ingram apareció frente a Eleanor.

—Señorita Daventry, creo que este honor es mío.

Eleanor, aún aturdida por el golpe, se aferró a sus inquietos pensamientos e intentó ponerlos en orden. *Así que, milord, quiere recordarme mi escasez de fortuna, belleza y perspectivas. Esto no es arrepentimiento.* Colocó su mano en el brazo de lord Ingram y despidió a lord Worthing con voz fría.

—Le agradezco que me haya acompañado al baile.

Antes de que ella y lord Ingram se alejaran, Eleanor tuvo la satisfacción de ver a lord Worthing quedarse sin palabras.

CAPÍTULO 12



Lord Ingram era un consumado compañero de baile y no mostraba la distracción que debía estar sintiendo como anfitrión del baile. Su facilidad para mantener a Eleanor ocupada en una conversación, incluso haciéndola reír, le permitió olvidar las palabras insultantes de lord Worthing. Su siguiente pareja, el señor Weatherby, no se permitió este lujo, ya que estaba demasiado nervioso para entablar conversación alguna.

El señor Weatherby, cuyas mejillas relucientes y rostro en forma de manzana estaban coronados por un halo de cabello rubio, hizo una reverencia y tragó duro cuando Eleanor apoyó la mano en su brazo. En silencio, ocuparon un lugar en la pista y esperaron a que comenzara la música. *¿Dónde está lord Worthing ahora?* se preguntó. No estaba por ninguna parte, aunque el señor Amesbury la miraba como si fuera una presa. *No es de extrañar que él y el conde sean amigos*, pensó con rencor.

Eleanor se obligó a concentrarse en su silencioso compañero y le dedicó una sonrisa alentadora, que él le devolvió. Ese era un comienzo prometedor.

—Señor Weatherby, qué bien baila.

—Gracias —respondió él y no ofreció nada más. *¿Cómo podía lord Worthing insultarme al compararme desfavorablemente con Lydia? Seguramente no puede ser tan obtuso como para haberlo hecho accidentalmente. Pero parecía arrepentido...* Ella y su pareja se volvieron hacia la orquesta, continuando su baile en silencio. Si tan sólo el señor Weatherby entablara conversación, a ella le resultaría más fácil concentrarse en el baile y no en un frustrante caballero fuera de su vista.

Eleanor volvió a intentarlo.

—Lydia me ha dicho que acaba de terminar sus estudios en Edimburgo. ¿Planea quedarse en Londres?

—Si mi padre lo permite. Desea que me instruya en la gestión de la finca, y tuve que solicitarle al menos una temporada en Londres —el señor Weatherby estuvo a punto de girar en sentido contrario, pero se detuvo antes de causar algún daño.

Allí estaba lord Worthing. No estaba bailando, sino hablando con lord Ingram. Qué cómodo para él. Se negó a prestarle más atención. Volviéndose hacia su pareja, Eleanor dijo:

—Entiendo que tener una temporada en Londres es *de rigueur*, sobre todo desde que ya no hay viajes al continente. Es natural que lo desee —se apartaron para permitir que el siguiente grupo terminara sus figuras.

—He crecido en la finca y he seguido a mi padre y a su agente fiscal desde que aprendí a caminar. En Edimburgo adquirí nuevas técnicas agrícolas y prácticas comerciales que nunca se me permitirá poner en práctica mientras mi padre siga dirigiendo el lugar —se encogió de

hombros—. *Siento* que mi mayor necesidad es adquirir un poco de sofisticación —sus orejas se tiñeron de rojo y añadió—: De alguna manera no me siento incómodo *diciéndole* eso.

Se mostró cálida con él.

—No tiene por qué sentirse incómodo al contarme *algo*. Confieso que simpatizo con su deseo. Intento aparentar que todo esto es natural para mí, pero la verdad es que he llevado una vida bastante aislada. Esto —usó su mano libre para abarcar a la multitud de gente—, es bastante diferente a lo que estoy acostumbrada.

—Señorita Daventry —dijo él, ganando confianza—, nunca habría adivinado que no había nacido y crecido en Londres.

Ella se inclinó hacia atrás para mirarlo con los ojos muy abiertos.

—Eso es una mentira descarada, y usted lo sabe, señor Weatherby —y ella se rio ante su respuesta en forma de sonrisa.

Cuando el baile llegó a su fin, el señor Weatherby estaba perfectamente relajado, incluso se había vuelto locuaz. Se alegró de haber bailado con él y no con un conde grosero e incomprensible. El señor Weatherby expresó su propio placer con sus palabras de despedida.

—Ahora que he sido alentado por la señorita Daventry, no debo temer presentarme ante parejas más intimidantes.

—¡Claro que no! —replicó ella—. Creo que cualquier dama presente estaría encantada de bailar con usted.

La tarjeta de baile de Eleanor estaba llena, lo que le restó algo de mordacidad al comentario cruel de lord Worthing. Aparte del señor Amesbury, quien reclamó su baile y entabló una conversación torpe e inconsistente, fue invitada por el señor Braxsen, que podía ser gracioso cuando quería; lord Carlton, un caballero perfectamente amable que parecía dispuesto a complacer a cualquiera de sus parejas; e incluso el comandante Fitzwilliam, de quien sospechaba que deseaba el baile como excusa para preguntar sobre Lydia.

Miró los sinceros y alegres ojos marrones de este y los comparó con los verdes de lord Worthing, los cuales parecían estar siempre ensombrecidos por la irritación o —cuando ella era justa—, la preocupación. Mientras el comandante Fitzwilliam la conducía por la pista, Eleanor siguió la mirada del hombre hacia Lydia, cuya pareja era un caballero elegantemente vestido en el otro extremo de la sala.

—¿No le parece que la señorita Ingram luce perfecta esta noche? —Eleanor lo miró con una sonrisa maliciosa—. No podría haberse vestido de forma más encantadora para su baile de presentación.

—Señorita Daventry —los pasos del comandante casi vacilaron, y sacudió la cabeza con una sonrisa apenada—. Me temo que usted se ha percatado de mi curiosidad, lo cual es muy injusto. *Usted* es una belleza, y me permito recordarle que también es su baile de presentación.

—Fue muy amable por parte de los Ingram incluirme en esta temporada, pero mi intención nunca fue llamar la atención —añadió simplemente—: Lydia es mi amiga más querida.

—Ella tiene suerte de tenerla —el comandante Fitzwilliam pareció luchar consigo mismo por un momento—. Señorita Daventry, ¿yo podría... no sería demasiado atrevido si yo...? —se detuvo en seco con el ceño fruncido.

Eleanor intervino.

—Puede confiar en mí, comandante Fitzwilliam, si eso es lo que va a preguntar.

Sus hombros se hundieron en señal de alivio.

—Sólo me gustaría saber si el corazón de la señorita Ingram está comprometido y, tal vez, qué tipo de cosas le gustan.

Eleanor recordó el brillo de los ojos de su amiga al bromear con el comandante en el salón, y se había formado su propia opinión, pero no era una que tuviera la libertad de compartir.

—La señorita Ingram no me ha confiado ningún vínculo previo. Le gusta bailar, es una excelente amazona y adora los helados de fresa y las peonías blancas.

La seria respuesta del comandante Fitzwilliam fue desmentida por su guiño.

—Su información me ha proporcionado mi próximo movimiento estratégico. Me temo que no soy muy bueno montando a caballo; no junto a un jinete magullado, pero bailando, con peonías y con helados de Gunter's puedo hacerlo. Tengo suerte de contar con la ayuda de haber recibido la información de alguien que está muy cerca de mí.

Eleanor asintió, reflexionando que este había sido su segundo baile más agradable. Si tan sólo los demás fueran así de amables.

Eleanor vislumbró a lord Worthing. Primero estaba hablando con Lydia y lady Ingram. Luego se dirigió a la sala de cartas con el comandante Fitzwilliam. También bailó con una hermosa debutante, y ni siquiera miró a Eleanor cuando se cruzó con ella entre las figuras del baile. Entonces, ella se entregó a la velada; deleitándose con la nueva sensación de ser el centro de atención, bailando los alegres reels con desenfreno y riendo cada vez con más intensidad ante comentarios ingeniosos, todo ello por una desesperación que no podía explicarse a sí misma.

Lord Worthing permaneció en el baile casi tanto tiempo como los anfitriones y, aunque no pudo haber sabido que Eleanor tenía la tarjeta de baile llena, se mantuvo al margen la mayor parte de la noche. Eleanor, atrevida y alegre, bailó hasta altas horas de la madrugada sin haber sido solicitada ni una sola vez por el conde.



UNA SEMANA MÁS TARDE, lord Worthing celebró su baile de coronación, disfrazado, al parecer, como un baile para sus hermanas.

—Stratford no desea ser el centro de atención —explicó Lydia.

Eleanor estaba invitada, por supuesto, porque acompañaba a la familia Ingram. Sería su primera salida formal desde el baile de presentación, y se sentía aliviada de asistir a un evento en el que no ocuparía un lugar destacado. Lydia lo consideraba como compartir el centro de atención con amigos de la infancia, pues era inconcebible que ella desapareciera por completo en el fondo.

Cuando su grupo entró después de haber estado en la fresca intemperie, lord Worthing encabezaba la fila de recepción. Se movió cuando ella apareció, y su mirada buscó la de Eleanor, pero ella no pudo leer sus pensamientos. Se mantuvo apartada mientras las dos partes se saludaban como viejos conocidos.

Cuando Eleanor estuvo frente a lord Worthing, este pareció querer abordar la persistente incomodidad. En lugar de eso, hizo un gesto a su derecha y dijo:

—Le presento a mi tía, la señora Shae, y a mis dos hermanas, las señoritas Phoebe y Anna Tunstall.

La señora Shae agradeció la reverencia de Eleanor con una amable inclinación de cabeza antes de volver a centrarse en la puerta, aparentemente cansada y dispuesta a que esta parte de la velada terminara. Entonces, Eleanor se encontró mirando fijamente a dos curiosos rostros idénticos de cabello rubio liso, con unos ojos tan azules que se aproximaban al tono violeta y sonrisas: una recatada y otra traviesa. Notó que lord Worthing observaba el intercambio.

Una de las gemelas habló.

—Stratford mencionó que vamos a ser vecinas. Usted ha heredado una parte de nuestra propiedad —Eleanor no pudo discernir malicia alguna, aunque las palabras en sí sonaban cortantes. ¿Qué debían pensar de las circunstancias que rodeaban su herencia?

No supo qué responder a la pregunta y se limitó a asentir. Buscando conversación, preguntó:

—¿Podrían repetirme, por favor, cuál de ustedes es la señorita Anna Tunstall y cuál es la señorita Phoebe? —esta noche, al menos, una llevaba un vestido blanco con matices azules y la otra un vestido blanco con matices rojos.

La que había hablado contestó primero:

—Soy Phoebe —señaló a la otra con matices rojos—. Y esta es Anna.

Eleanor sonrió.

—Ahora me acordaré. Encantada de conocerlas —arriesgándose a lanzar otra mirada a lord Worthing, intentó avanzar, pero él la detuvo con una mano.

—Señorita Daventry... —se detuvo en seco al ver que la atención de Anna estaba puesta en él, y Eleanor se preguntó qué estaba a punto de decir. Estaba segura de que no era lo que vino a continuación—. Me temo que esta noche estaré ocupado a causa de las obligaciones de un anfitrión y no podré ocuparme de su comodidad personal, pero deseo sinceramente que se divierta.

Eleanor asintió y siguió a los Ingram por la escalera hasta el salón de baile. Eso significaba que lord Worthing no la invitaría a bailar esta noche. De repente, la perspectiva de la velada le pareció aburrida. Era incomprensible que se interesara por él después de su desastrosa propuesta y su torpe discurso en cada ocasión. Sin embargo, no podía evitar la sensación de que, en el fondo, había algo bueno en él, incluso agradable.

Entonces recordó sus palabras. *Sospecho que lady Ingram pensó que usted no representaba una amenaza real para las posibilidades de Lydia.*

Lord Ingram, con expresión de querer estar en otra parte, acompañó a su madre a un costado, dejando a Eleanor y Lydia cerca del círculo de parejas danzantes. El comandante Fitzwilliam no tardó en aparecer.

—Buenas noches, señorita Ingram, señorita Daventry. He venido a solicitar un baile y a rogar vuestra compañía para un paseo a caballo en Hyde Park el martes.

A Eleanor le extrañó que el comandante Fitzwilliam eligiera montar a caballo cuando había dicho que no era bueno, pero murmuró que estaba libre. Dirigió una mirada inquisitiva a Lydia, quien escudriñaba el salón de baile, y su corazón se encogió por el comandante. Haría falta un milagro para que su noviazgo prosperara. Lydia estaba demasiado acostumbrada a la adoración de hombres más apuestos y con más títulos que él. Por otra parte, Eleanor no podía saber si lady Ingram aceptaría el emparejamiento, a pesar de la familiaridad en el discurso entre el comandante y lord Ingram, que sugería que habían hecho campaña juntos. Tal vez él encontraría un defensor en ese ámbito.

Justo cuando Eleanor pensaba que Lydia no respondería a la pregunta, esta se volvió hacia el hombre.

—¿Qué vehículo conduce, comandante Fitzwilliam?

—Un faetón corriente. Pero propongo que cabalguemos. ¿Las recojo a las once? —el comandante Fitzwilliam se llevó las manos a la espalda, con los ojos encendidos, y Eleanor se rio para sus adentros. Él, al menos, no había sentido ninguna duda sobre la eventual respuesta de su amiga.

—Vaya, comandante Fitzwilliam, esa no es hora para ser visto por Hyde Park —Lydia levantó los ojos hacia los de él, asombrada.

—No deseo ser visto —replicó rápidamente—. Sólo deseo verla a usted —le dedicó una amistosa inclinación de cabeza—. Y a la señorita Daventry, por supuesto.

—Es usted audaz, comandante —respondió Lydia, con cierto grado de admiración—. ¿Acostumbra asediar a las jóvenes de esta manera?

—No sabría decirlo. Es la primera vez que me siento tentado a hacerlo. Pero mi licencia termina en junio, y ahora no es el momento de retraerse. Vamos, ¿qué me dicen? —su sonrisa incluyó a ambas mujeres, y Eleanor ocultó la suya. Lydia tendría que estar hecha de algo más fuerte que ella para resistirse.

Detrás de Lydia, lord Worthing bajaba las escaleras tras sus hermanas y su tía. Él capturó su mirada antes de que ella pudiera apartarla y la sostuvo, dibujando en su boca el comienzo de una sonrisa. Levantó la mano como para saludarla, pero se detuvo al ver que lord Carlton se acercaba a ella.

—Señorita Daventry, usted luce... —lord Carlton siguió su mirada hacia lord Worthing, luego se detuvo hasta que ella la apartó. Sus pensamientos no eran tan obedientes. *Desearía que fuera lord Worthing quien me sacara a bailar, aunque preferiría morir antes que admitirlo, hombre exasperante*—, encantadora —terminó lord Carlton, con su expresión atenta insistiendo en que se fijara en él, con su mano enguantada tirando de la suya cuando la mirada de Eleanor se desviaba hacia la escalera.

Luego la soltó, retrocedió y le dijo con una mirada pícara:

—Tenga piedad de nosotros, los hombres inferiores, señorita Daventry. No todos podemos tener la destreza de lord Worthing.

—Tonterías —replicó Eleanor, mientras la conmoción por haber sido descubierta agudizaba su ingenio—. En cuanto a mí, prefiero un hombre con una conversación más agradable.

Después de que lord Carlton reclamara su baile, Eleanor se sentó en un extremo de la habitación y se abanicó el cuello. Casi de inmediato, lord Worthing se abrió paso entre la multitud, deteniéndose sólo lo suficiente para corresponder a un saludo, y se acercó a la silla de Eleanor.

—Señorita Daventry, ¿puedo sentarme a su lado?

Cuando ella asintió, él se sentó. Sujetando su leontina de oro y rubíes, la fue pasando de mano en mano, pareciendo inseguro de cómo proceder. Eleanor se mordió el labio y miró por encima de la multitud de parejas danzantes.

—Quería decir antes... es decir, con mis hermanas allí, no podía... —habló de manera apresurada—. No medité mis palabras antes de hablar en casa de los Ingram. Lo lamento.

Eleanor, aunque sintiendo cierta compasión por su disgusto, no pudo resistirse a lanzar su propia réplica.

—Quizás podamos terminar con las disculpas de aquí en adelante. *Usted* se comprometerá a elegir sus palabras con más cuidado, y yo... —se volvió hacia él, con una sonrisa en los labios —: Yo procuraré ignorarlas. De esta manera, no habrá malentendidos entre nosotros.

La expresión de sorpresa de lord Worthing se convirtió en una risita suave.

—Me lo merecía, señorita Daventry —se acercó para estrechar su mano enguantada, con expresión seria—. Sin embargo, albergo la esperanza de aprender a pronunciar palabras dignas de su consideración.

Él se levantó y se volvió hacia la sala de cartas, y Eleanor pudo oír los latidos de su corazón en el pecho.

CAPÍTULO 13



A primera hora de la mañana siguiente, Stratford se reunió con Ingram en la sala de boxeo Jackson's. Estaban igualados en una pelea, y Stratford sentía la necesidad de llevar su cuerpo al límite en un intento de desahogar su mente. A pesar de las ligeras bromas que intercambió con la señorita Daventry tras su disculpa de la noche anterior, sabía que no la había respetado desde el momento en que la conoció, y ese pensamiento le produjo una inquietud que no pudo disipar. ¿Se debía a su comportamiento anormal cuando ella estaba cerca?

Era cierto que su relación con ella había empezado de forma bastante inocente. Habían compartido una cena poco estimulante, seguida de dos breves encuentros, sin nada que la distinguiera de otra mujer; es decir, hasta que él había considerado oportuno tirar por la borda veintinueve años de carácter estable y hacer el ridículo proponiéndole matrimonio. Borracho.

Ingram tiró de sus puños a través de las mangas de su abrigo.

—Lo admito, Stratford. No has perdido tu talento en estos tres años. Casi me dejas sin aliento.

—Un gran elogio, desde luego —estaba demasiado cansado para decir algo más.

—¿White's? —dijo Ingram, mientras salían del salón de boxeo, y Stratford asintió, girando hacia el sur—. ¿Qué piensas de Fitzwilliam? ¿Le Marchant nos ha enviado a alguien que pueda ayudarnos en nuestros esfuerzos? —preguntó, aunque Stratford sabía que ya se había formado una opinión.

—No es adicto al juego, eso es lo que he discernido —respondió Stratford.

—No, no lo es. Le he pedido que asista a las partidas en Watier's, pero hasta ahora no ha aparecido.

Stratford pensó en ello.

—Creo que se puede confiar en él. Parece un hombre sensato y es un tipo simpático.

—Me alegra oírlo. Aprovechalo, por favor. Creo que descubrir al traidor requerirá nuestros esfuerzos en conjunto —dijo Ingram—. Braxsen ya se ha hecho amigo de él, y si todos saben que tú y yo también lo hemos aceptado, eso abrirá las puertas que necesita. A partir de ahí, es lo bastante astuto para seguir las pistas adecuadas.

—Parece que él se ha convertido en uno de los favoritos de Lydia y de la señorita Daventry —Stratford golpeó su bastón con fingida indiferencia—. ¿Cómo le va a la señorita Daventry en tu casa? Me sorprende que tu madre la aceptara.

—Mi madre debió haber pensado que podía hacer una obra de caridad sin poner en peligro el éxito de Lydia ni mi corazón —Ingram sonrió irónicamente.

¡Exacto!

—Yo también pensaba eso —dijo Stratford. No pudo haberse equivocado tanto si Ingram

pensaba lo mismo. Y, sin embargo, la burlona respuesta de la señorita Daventry a sus disculpas había sido mordaz, y sintió que tenía mucho que hacer para redimirse a sus ojos.

—Juzgando sólo por las apariencias, la señorita Daventry no posee una gran belleza, aparte de una sonrisa atractiva y una figura esbelta —observó Ingram—. Los hombres se han enamorado de menos.

Stratford pensó secretamente que su belleza residía en un par de ojos que hablaban, pero no respondió nada, sólo preguntó:

—Entonces, ¿a ella le va bastante bien? Ella y tu hermana, es decir, ¿son capaces de soportar la fatiga de la temporada?

—Oh, son bastante jóvenes. La señorita Daventry puede incluso eclipsar a mi hermana en resistencia, pero no creo que sienta verdadero placer por la sociedad. Creo que es porque quiere ser un apoyo para Lydia.

—¿De verdad?

—Sería una esposa excelente para Fitzwilliam —añadió Ingram y, volviendo a su tema anterior—: No somos los únicos con una buena opinión sobre Fitz, ¿sabes? Beau se lo ha recomendado a Le Marchant.

Stratford frunció el ceño.

—Wellington sólo tiene en su personal a hombres de las mejores familias. Confieso que me sorprende que haya aceptado al comandante Fitzwilliam.

—Él no es un par, si a eso te refieres. Es un caballero, por ambas partes de sus padres, pero sin título hereditario. No es parte del personal, precisamente. No en Wellington. Tal vez está conmigo —Ingram esbozó una sonrisa—. Le Marchant sólo me dijo que lo mantuviera cerca y lo empleara cuando fuera necesario, y que veríamos con más claridad nuestro próximo movimiento cuando él regresara este verano.

Stratford estuvo tentado de preguntar en qué asunto, pero sabía que sería una impertinencia, ya que no tenía delante suyo a un simple amigo, sino a un funcionario en ascenso del cuartel general. Cambió de táctica.

—El comandante Fitzwilliam no está interesado en la señorita Daventry. Sus ojos están puestos en Lydia.

Ingram se rio.

—Eso me ha dicho, hay que darle crédito. Pero ella nunca lo aceptará. Incluso si lo hiciera, no es la esposa para él. No soporta que la priven de sus pequeños placeres, y aunque él tenga la exitosa carrera que creo que tendrá, ella no está hecha para vivir con un militar.

Stratford asintió.

—Puedo verlo.

—Pero la señorita Daventry —insistió Ingram—, no rehúye nada. Como he dicho, sería una esposa excelente para Fitz.

Stratford inclinó el sombrero ante un conocido en la calle y, estando seguro de que volvían a estar solos, dijo:

—Veo que tu corazón está intacto. Tu madre estaba en lo cierto.

—Mi corazón está intacto en lo que respecta a la señorita Daventry —Ingram esbozó una sonrisa apenada—. Tal vez no lo estaría si no hubiera sido reclamado años atrás.

Había habido más de una mención a una tal señorita Georgiana Audley en las breves misivas de Ingram a Stratford, y este supuso que podría ser ella quien había reclamado el corazón de Ingram. Stratford enarcó las cejas, pero sabía que no debía hacer preguntas que sólo conseguirían un desaire.

Entregando su bastón al criado que atendía en White's, Ingram dijo:

—Pensaba que te veríamos más en Grosvenor esta última semana, pero supongo que tus hermanas te mantienen ocupado. A menos que sea porque Lydia y tú habéis entrado nuevamente en conflicto...

Stratford sacudió la cabeza. No era eso.

—Temí haber ofendido a la señorita Daventry. Cometí el error de pensar en voz alta en el baile de la otra noche. Dije que lady Ingram no la vería como una amenaza para el éxito de tu hermana... —y viendo la expresión de asombro reflejada en las facciones de su amigo, añadió —: El mismo pensamiento que has expresado hace un minuto, permíteme recordártelo.

Ingram permaneció con la mirada fija durante un largo momento. Luego se echó a reír.

—Sí, pero no soy tan impertinente como para decírselo a ella. Espero que todas las damas que conozco lo sepan ya. Nuestra amistad ha terminado, Stratford. Me sorprende que Lydia no haya acudido a mí con órdenes de echarte.

Stratford se puso rígido.

—Me he disculpado. Aunque... —hizo una pausa incómoda—, ella dijo que se esforzaría por hacer caso omiso de mis palabras en el futuro. La mujer estaba bromeando.

—¿Bromeando, dices? Mi querido amigo, me dejas con la duda. ¿Después de un comentario así?

Stratford, consciente de que los criados estaban escuchando y temiendo que se rieran de él en secreto, guardó silencio hasta que se hubieron sentado a la mesa.

—Tal vez si enviara algunas flores para mostrar mi sinceridad...

—Es lo menos que puedes hacer —coincidió Ingram, intentando, al parecer, mantener la compostura.

Stratford cogió el decantador que le habían acercado y sirvió una copa para cada uno. Bebió y luego dejó el vaso con el ceño fruncido.

—Sabes que no me siento a gusto con las damas.

—Excepto con tus hermanas y la mía. Nunca perdonaré a la señorita Broadmore por eso. Bueno, espero que no estés demasiado enamorado de la atractiva sonrisa y la esbelta figura de la señorita Daventry porque, en mi opinión, no tienes ninguna esperanza después de una metedura de pata como esa —Ingram bajó su vaso y se inclinó hacia él, con una sonrisa acechante—. ¿Stratford?

—¿Qué? —salió más agudo de lo que pretendía.

—Tienes mal aspecto.

Stratford fulminó con la mirada la nariz perfecta de su amigo, deseando que pudieran disputar otra ronda con guantes de boxeo. O sin guantes.

—Enviaré flores.

Quizá las suaves palabras de la señorita Daventry enmascaraban un dolor más profundo. Stratford decidió que no podía dejar las cosas así y que debía presentar una disculpa más formal. No debía permitirle dudar de su sincera estima, sobre todo porque las dos familias estaban muy unidas. Además, su herencia significaba inevitablemente que nunca podrían escapar el uno del otro por mucho tiempo. Por lo menos, él y la señorita Daventry —y, presumiblemente, el marido idiota que pronto conseguiría—, siempre serían vecinos.

—Flores —dijo Ingram—. Muy bien.



UN PRETENDIENTE se marchó y otro llegó cargado de flores y cumplidos para la despampanante Lydia mientras Eleanor reprimía un bostezo. Le habría sorprendido descubrir que algunos de ellos venían por ella y por lo que consideraban «la agradable conversación de la señorita Daventry».

Los únicos de los que Eleanor sospechaba que sentían apego por ella eran lord Carlton y, sorprendentemente, el señor Amesbury, aunque estaba segura de que su repentina atención se debía a las tierras que ella había heredado y que estaban junto a las suyas. Su cortejo no importaba, por supuesto. Su repugnancia hacia los matrimonios de conveniencia, en particular uno tan descaradamente monetario, la impulsaba a evitarlo siempre que fuera posible.

Lord Carlton, sin embargo, era considerado. La había invitado a bailar a la primera oportunidad que se le había presentado, aunque el motivo pudo haber tenido más que ver con su naturaleza generosa que con una repentina atracción hacia ella.

La segunda vez que se vieron, él estaba acompañando a su hermana menor en el Pantheon Bazaar, y Eleanor quedó impresionada de que no intentara excusar su presencia en un ambiente tan femenino y público mientras él efectuaba las presentaciones. Después, en el baile de presentación de Eleanor, él había solicitado dos bailes con ella, asegurándole a Lydia que no se atrevería a privar a la señorita Ingram de su multitud de admiradores por más de un baile. Se comportó como debía, entreteniendo a Eleanor en la conversación y ofreciéndose a llevarle una limonada antes de devolverla a lady Ingram.

Fue sólo cuando sus caminos se cruzaron en Hyde Park cuando ella empezó a sospechar que él podía sentir algo más. Con la apresurada promesa de volver, Lydia hizo señas a un conocido mientras Eleanor optaba por continuar, con la mirada fija en el bucólico paisaje.

—Señorita Daventry —exclamó lord Carlton—. Esperaba encontrarme con usted aquí. Y la señorita Ingram está en plena conversación con los Billingham. Excelente. La tendré solo para mí. ¿Se dirige hacia el lago?

—Sí. Es una tarde que ruega ser disfrutada —Eleanor le sonrió, protegiéndose los ojos con la mano. Era un día fresco, y se giró para dejar que el sol le calentara la cara mientras el viento hacía bailar los mechones de su pelo junto a sus mejillas.

—Así es. Y podría añadir que las flores palidecen cuando se comparan con su belleza, pero sospecho que no le gustan los halagos —lord Carlton la miró de reojo.

Eleanor se rio.

—¿Tan evidente soy? No, milord, aborrezco los halagos. Sólo sirven para gratificar al orador de su elocuencia o a la oyente de los atributos que ya está convencida de tener.

El ceño de lord Carlton se alzó en una sutil protesta.

—No avergonzaré a una dama con una atención no deseada, ni contradeciré a quien cuestiona la verdad. Aunque la verdad no sea subjetiva. Sólo es verdad.

Ella suspiró.

—Qué palabras tan simplistas. ¿Está destinado a la política, lord Carlton?

—¿Le interesaría un hombre en la política? —su sonrisa se desvaneció al ver el ceño fruncido causado por sus palabras—. Ahora la he molestado demasiado. Perdóneme, señorita Daventry.

—Con mucho gusto. Si tan sólo limitáramos nuestra conversación a algo inofensivo. Como el tiempo.

—O sobre si la cocinera encontrará fresas de temporada para sus tartas —agitó la mano hacia una bandada de patos interceptando su camino.

Eleanor aceptó de buen grado el cambio de tema.

—¿Cuántas de estas ordeñadoras proceden realmente de granjas lecheras? —señaló a las mujeres que distribuían leche fresca a cambio de unas monedas en el pequeño rebaño de vacas del prado.

—Ese es sin duda un tema para reflexionar profundamente —lord Carlton saludó a su hermana con un gesto de la mano, quien estaba de pie junto al lago arrojando migas de pan a los cisnes, y el incómodo momento pasó a un segundo plano.

En casa, Eleanor reflexionó sobre su conversación, preguntándose si lord Carlton había formulado deliberadamente sus preguntas y, en caso afirmativo, si ella podría corresponderle. Cuando pensaba en sus conversaciones con lord Worthing, las cuales le producían demasiadas emociones, se convencía de que la atención constante y agradable de lord Carlton era lo que ella anhelaba. Otras veces, cuando recordaba las disculpas del conde, su risa y su mirada atenta, la forma en que era consciente de él en cuanto entraba en una habitación, estaba segura de que no podía aceptar algo tan complaciente como sus sentimientos por lord Carlton.

Sin embargo, cuando el mayordomo anunció la llegada de lord Carlton a la residencia de los Ingram tras un mar de admiradores para Lydia, Eleanor se alegró de verlo. Era un cambio agradable que alguien viniera a verla y, sin duda, lord Carlton merecía su oportunidad. Ella respondió a su sonrisa con la suya mientras él se dirigía a intercambiar saludos con Lydia. Antes de que pudiera inclinarse sobre la mano de Eleanor, el mayordomo regresó anunciando al señor Amesbury. La costumbre dictaba que lord Carlton no se sentara hasta haber saludado primero al señor Amesbury y, antes de que pudiera reclamar su sitio, Lydia lo llamó para preguntarle si efectivamente habría una sala de cartas en el baile de la señora Buxley.

Mientras tanto, el señor Amesbury había ocupado la silla contigua a la de Eleanor, de modo que cuando lord Carlton regresó, tuvo que sentarse más lejos y escuchar el discurso del señor Amesbury sobre el caballo que acababa de adquirir a través de un joven apurado por conseguir algunos fondos tras una racha de mala suerte.

—Es malo que un caballero se vea obligado a vender —intervino lord Carlton—. No es algo que le desearía a nadie. Señorita Daventry —dijo antes de que Amesbury pudiera responder—, ¿ha visitado el Museo Bullock, que acaba de abrir sus puertas? Es algo que uno debe ver si quiere estar a la moda en Londres.

Eleanor se interesó por el tema.

—Hemos hablado de ello, pero no he podido tentar a Lydia con la idea —lanzó una mirada afectuosa a su amiga.

El señor Amesbury intervino:

—Si desea ver la exposición egipcia, sólo necesitará unos minutos de una tarde. Una vez que la haya visto, podrá formar parte de las conversaciones cuando la gente hable de ella —el señor Amesbury cruzó una pierna sobre la otra, mostrando una brillante bota Hessian con una larga borla en el centro—. Me atrevería a decir que puedo encontrar tiempo para escoltarla allí.

Eleanor abrió la boca, la cerró y hubo un silencio. Justo cuando lord Carlton estaba a punto de hablar, ella encontró sus palabras:

—Es usted excesivamente amable, señor Amesbury, pero había planeado visitarla por la mañana, cuando es menos probable que las habitaciones estén abarrotadas.

—¡Antes del almuerzo! —el señor Amesbury se estremeció—. Nada podría persuadirme a abandonar mi alojamiento antes del mediodía.

—Estaré encantado de llevarla allí —lord Carlton capturó la mirada de Eleanor con una sonrisa maliciosa—. Yo mismo soy madrugador, y visitar el museo mientras está tranquilo antes de la llegada del gran público es justo la forma en que la exposición debe ser vista. Si a la

señorita Ingram no le importa madrugar, llevaré a mi hermana conmigo.

—Estaré encantada —Eleanor sonrió de placer, que sólo se vio incrementado cuando el señor Amesbury se marchó poco después, murmurando algo acerca de que la gente no respetaba los horarios decentes para la sociedad. Tuvo cuidado de no cruzarse con la mirada de lord Carlton por miedo a traicionarse a sí misma.

—Lo lamento —murmuró lord Carlton—. He asustado a su pretendiente.

—Cielos, no —dijo Eleanor—. Me ha rescatado. Se lo agradezco —levantó la mirada cuando la puerta se abrió y el mayordomo acercó un arreglo de flores que era el más grande que había llegado hasta ahora al salón de los Ingram. El jarrón estaba lleno de lirios blancos, rosas rosadas cubiertas de rocío y tulipanes negros, todo entremezclado con violetas púrpuras.

—Oh, ¿quién habrá enviado esto? —Lydia se levantó de un salto y cogió la tarjeta mientras Eleanor y lord Carlton compartían una sonrisa cómplice. Uno de los admiradores de Lydia estaba ciertamente decidido. Con un sobre en la mano, Lydia miró a Eleanor, sorprendida—. Es para ti —dijo incrédula—. ¡De Stratford!

Cogiendo la tarjeta de manos de Lydia, Eleanor la abrió, consciente de que le temblaban los dedos.

Señorita Daventry, decía. Conforme a su petición de anoche, por favor, considere esta misiva como la última de su naturaleza. Sin embargo, no podía dejar las cosas así sin garantizarle de una manera más formal mi más sincera disculpa por las imprudentes palabras del pasado y mi más sincero deseo de que mis palabras le hagan justicia en el futuro. Suyo, Lord Worthing.

La mirada de Lydia era atenta, pero fue prudente y no le preguntó acerca del mensaje de la nota. Lord Carlton también la miró, y su rostro amable mostró lo más parecido a un ceño fruncido, el único que Eleanor había visto hasta ahora.

—Señorita Daventry, debo irme. Prometo asegurarle los billetes para el viernes por la mañana —hizo una reverencia—. Señorita Ingram.

En cuanto salió, Lydia se sentó junto a Eleanor, con los ojos muy abiertos.

—Stratford nunca ha enviado flores a nadie que yo conozca. Excepto quizás a esa señorita Broadmore. Eleanor —exhaló—. Le gustas.

—No, Lydia...

—Sí, le gustas. Puedo verlo todo ahora. Él será tan perfecto para ti. Y nuestras familias son tan *amigas* —Lydia sujetó sus manos hasta que Eleanor sólo pudo hacer una cosa. Le entregó la nota.

Lydia la leyó, con el ceño fruncido. Luego levantó la mirada.

—¿Una disculpa? ¿Qué te dijo?

—Nada import...

—Debió haber sido significativo para él darse cuenta de que había hecho algo mal y enviar flores. Él es muy terco, arrogante; aunque en realidad es leal y un buen amigo... es sólo que a veces es muy lerdo —Lydia lanzó una mirada mordaz—. Él nunca te deshonraría...

—No, no, nada de eso —Eleanor alisó la tarjeta que Lydia le había devuelto—. Se limitó a insinuar que había sido invitada aquí como acompañante porque era demasiado ordinaria para suponer una amenaza para tus posibilidades —sonrió a Lydia—, lo cual ambas sabemos que es cierto.

Lydia se levantó bruscamente.

—Eso *no* es cierto. ¿Cuándo dijo eso? Deberías habérmelo dicho. Lo mataré. Cómo se atreve a insultar a mi mejor amiga.

Eleanor se levantó y abrazó a Lydia.

—Eres la mejor de las amigas, pero, por favor, no le digas nada —hizo que Lydia la mirara—. Prométemelo. Sólo conseguirás avergonzarnos a las dos.

Lydia puso los ojos en blanco.

—Supongo que tienes razón. Aunque realmente quiero bajarle los humos. Es demasiado arrogante en beneficio propio —con las manos en las caderas, examinó el arreglo floral—. Al menos ha acertado en esto. Sólo lo felicitaré por la elección de las flores.

Eleanor, quien prefería que el asunto no volviera a mencionarse, sabía que no podía convencer a su amiga de que se quedara callada y tuvo que conformarse con eso.

CAPÍTULO 14



Las hermanas de Stratford cabalgaban con su amiga, la señorita Emmett, en el carruaje recién blasonado por Hyde Park, y él iba junto a ellas a caballo. Habían llegado un poco antes de la hora de moda y había poca gente, así que cuando su camino se cruzó con el de Judith Broadmore, Stratford se dio cuenta de que, para evitarla, necesitaba ignorarla públicamente.

La señorita Broadmore iba acompañada por la misma amiga con la que Stratford la había visto por primera vez en Londres y por el caballero francés del club, lord Delacroix, un hombre que Ingram había recomendado vigilar. Sus acompañantes se habían detenido para saludar a un recién llegado, pero la señorita Broadmore llevó su caballo directamente al lado de Stratford, con la mirada fija en él.

—Buenos días, señorita Broadmore —le dedicó un asentimiento cortés y tiró de su caballo hacia adelante, intentando terminar la conversación.

—Stratford —llamó con voz gutural—. Qué alegría verte por aquí. No nos hemos visto últimamente en ninguna reunión de sociedad.

—Estoy acompañando a mis hermanas —contestó Stratford, lanzando una mirada al carruaje mientras avanzaba.

—Confío en que no hayas olvidado cómo *entretenerse* en Londres —la señorita Broadmore esbozó una sonrisa sugerente. Era como si Stratford no hubiera sido perfectamente claro en su último encuentro. ¿Qué pretendía ella?

A lo lejos, Stratford creyó ver el carruaje Ingram y se concentró en distinguir el escudo. ¿La señorita Daventry estaría en él? Anna le había dicho que Lydia siempre montaba a esa hora. Con la vista al frente, él murmuró:

—Donde hay buena conversación, siempre encuentro diversión.

El carruaje apareció a la vista, pero no era el de Ingram. Se volvió hacia la señorita Broadmore a tiempo de ver una mirada calculadora en sus ojos.

—Bueno, tendrá que prescindir de la mía durante las próximas dos semanas. He prometido ir a disfrutar de un descanso con mi amiga la señorita Redgrave —señaló con la cabeza a la pelirroja, elegantemente vestida, que conversaba con lord Delacroix—. El padre de la señorita Redgrave le ha ordenado que se traslade a su finca mientras él resuelve algunos asuntos allí. Me rogó que la acompañara para que no se volviera loca de aburrimiento.

Decidido a abandonar la conversación a la mayor brevedad posible, él llamó al señor Braxsen, quien estaba cabalgando a trote lento. Cuando Braxsen llegó hasta ellos, Stratford se volvió hacia Judith.

—Espero que pueda arreglárselas para entretenerse mientras esté allí. Buen d...

Ella no le dio la oportunidad de terminar.

—¿Cómo está usted, señor Braxsen? —la señorita Broadmore extendió la mano y, sin dejar escapar a ninguno de los dos hombres, prosiguió—: Sí, será muy entretenido. Tenemos planeadas pequeñas fiestas de cartas, y promete haber suficientes jóvenes para formar un grupo de baile. Pero Christine es más feliz en Londres y estará ansiosa por volver. Está recopilando acertijos de algunos miembros de la alta sociedad y planea organizar una *soirée pour les plus malins* a su regreso. Todos deberán adivinar no sólo la respuesta al acertijo, sino también quién lo escribió. Debe decirle que participará.

—Tendré que pensar primero en un acertijo ingenioso —respondió Stratford. Sorprendió a Anna haciéndole señas desde el carruaje—. Debo irme. ¿Nos acompañas, Braxsen?

El señor Braxsen negó con la cabeza.

—No, me gustaría saber más sobre esta *soirée* —con un gesto experimentado, saludó a la señorita Redgrave y arrastró su caballo junto al de Judith—. ¿A quién ha invitado?

Respirando aliviado, Stratford los dejó y cabalgó para unirse al carruaje. Si no veía a los Ingram hoy, tendría que visitarlos mañana. ¿Qué esperaba, que la señorita Daventry le enviara una nota de agradecimiento por las flores? No. Si quería verla, iba a tener que buscarla. Esperaba que se alegrara de recibirlo.

Mientras cabalgaba detrás de sus hermanas, llegó a tiempo de oír a Anna inclinarse hacia Phoebe mientras su amiga conversaba con los ocupantes de un carruaje contiguo. Su voz resonó:

—¿Has visto a Stratford sonriéndole a Judith Broadmore? *Uf*. Ojalá le broten granos.

Phoebe se inclinó hacia ella.

—Ella era horrible, pero quizá haya cambiado. Como sabes, renunció a su compromiso con lord Garrett. No debió ser fácil. Y es hermosa y sigue estando soltera. Tal vez desea realmente un matrimonio por amor.

Stratford se dejó ver antes de que Anna pudiera replicar con algún comentario cortante que su acompañante pudiera oír. Les dedicó una sonrisa agradable a las tres mujeres que se volvieron hacia él, la cual se ensanchó ante la consternación de sus hermanas cuando se percataron de que las había oído. Siguió cabalgando, no sin antes notar el éxtasis de la señorita Caroline Emmett, quien hasta entonces había pensado que «lord Worthing era el caballero más severo que jamás había conocido», y ahora sentenciaba todo lo contrario. Estaba resultando ser un día agitado, uno que habría mejorado mucho si se hubiera cruzado con la señorita Daventry.



HUBO un fuerte estruendo en el exterior de la residencia Cavendish, y Stratford se despertó. Se incorporó, sudoroso, con la mirada perdida hasta que recordó que estaba en Londres. La casa aún le resultaba desconocida, pero distinguió su abrigo, cepillado y listo a los pies de la cama, y su baúl vacío junto a una silla con respaldo de balaústre. Se inclinó hacia la tenue luz y colocó la cara de su reloj de bolsillo hacia arriba. Las seis de la mañana.

Tan pronto como cruzó la habitación hacia el lavabo, el ayuda de cámara entró corriendo en la habitación, vestido y adormilado.

—Milord, permítame. Llamaré para que traigan agua caliente.

—Muy bien —dijo Stratford. Luego, volviéndose hacia él con sorpresa, preguntó—: ¿No duermes?

—He pasado una noche tranquila, milord. Siempre duermo con la ropa puesta. No será bueno que descanse mientras usted necesita ayuda por la mañana.

—Pero no necesito tu ayuda. Era muy capaz de cuidar de mí mismo en Portugal, ya sabes.

Benchly no perdió el ánimo.

—Milord, si me permite la expresión, no es lo mismo vestirse para el campo de batalla que para una excursión londinense, aunque —murmuró—, estoy seguro de que su ordenanza lo hizo lo mejor que pudo.

La boca de Stratford se torció hacia arriba.

—Bueno, no espero tener que cumplir ninguna formalidad social a las seis de la mañana. Sólo voy a dar una vuelta a caballo —para entonces, el ayuda de cámara ya había solicitado agua caliente y estaba preparando los pañuelos blancos de cuello por si Stratford quería intentar algo más complicado.

Stratford se sometió a las atenciones de Benchly, a la espera del agua caliente y de que el ayuda de cámara lo afeitara. Permitió que le ayudara con su abrigo, que ahora le quedaba ceñido a los anchos hombros, ya que había recuperado parte del peso perdido durante su estancia en Europa. Cuando el ayuda de cámara terminó de colocarle las botas; «las Hessian azul marino con una banda blanca en la parte superior, milord, que combinarán a la perfección con su abrigo azul marino y sus pantalones color crema», Stratford bajó a desayunar, pensando en lo tonto que había sido al someterse a los consejos de Benchly cuando estaba seguro de que volvería a casa lleno de barro y necesitado de una muda completa de ropa.

El mayordomo no mostró sorpresa alguna por la aparición del conde al amanecer e indicó a los lacayos que llenaran el aparador de jamón y arenques ahumados, diciendo:

—Haré que traigan el café enseguida, milord.

—Muy bien —Stratford se entretuvo con la correspondencia del día anterior, que no había tenido tiempo de leer, y terminó de desayunar justo cuando Phoebe entró.

Ella debió ver su confusión porque esbozó una débil sonrisa.

—No preguntes. No he dormido bien y no tenía sentido quedarme en la cama —se sirvió una taza de café de la cafetera de porcelana blanca del aparador y se sentó frente a él—. No he tenido ocasión de hablarte de la señorita Daventry.

—¿Sobre qué exactamente? —se preguntó qué sabría ella, mientras atacaba la gruesa loncha de jamón de su plato.

Phoebe enarcó una ceja ante su tono brusco.

—Sólo quería decirte que tiene mucho éxito y que, a juzgar por nuestro baile, ya tiene pretendientes. Tal vez puedas acercarte a uno que consideres aceptable como nuestro vecino.

Stratford gruñó. Era demasiado pronto para el atisbo de picardía que percibió en el tono de su hermana, además de que el tema le resultaba demasiado incómodo. Cortó el arenque y se llevó un trozo a la boca. Al ver que no respondía, Phoebe bebió un sorbo de café y dejó la taza sobre el platillo.

—Su herencia no es despreciable, así que, por supuesto, eso tentará a cualquiera.

Sintiéndose provocado, Stratford se levantó.

—Un pedazo de tierra conveniente—dijo, impaciente por salir a cabalgar—. Sin embargo, espero que no sea la única razón de su éxito. Confío en que cualquier pretendiente que la haya convertido en su ambición se de cuenta de que entre la tierra que ha heredado y su mano, *ella* es el premio mayor.

Sin detenerse a reflexionar si sus apresuradas palabras revelaban más de lo que pretendía, cogió su sombrero y fue a llamar a su caballo. Cuando acercaron la yegua a la puerta, se subió a la silla y chasqueó los dientes.

Su caballo se puso en marcha y él la dejó marchar a paso ligero. A pocas calles de su tranquila residencia, ya había un bullicio de hombres que descargaban cajas de zanahorias, nabos

y remolachas en el mercado. Sorteó las entregas y continuó dos kilómetros más allá de Mary-le-Bone, donde podía permitir que su caballo corriera. Un buen galope le despejó la mente, permitiéndole apreciar lo mucho que necesitaba escapar de la tarea de acompañar a sus hermanas y a su tía a las fiestas, y ahora, al parecer, también a los desayunos matutinos, Dios las bendiga. No había sido capaz de vivir una vida de soltero todos estos años sin sentir que había perdido su libertad.

El caballo de Stratford empezó a cansarse, con su aliento en forma de nubes a través del aire fresco, y él le permitió reducir la velocidad al trote, descubriendo aún las rutas desconocidas que conducían desde su nueva casa. Los caminos en buen estado y el sol radiante de la mañana le proporcionaron placer, y empezó a sentirse casi complacido. Sin embargo, la sensación no duró mucho, ya que sus pensamientos volvieron a centrarse en el baile, su disculpa, las flores. No había visto a la señorita Daventry desde entonces.

Aparte de su breve conversación, había estado demasiado ocupado para hacer otra cosa que verla bailar con otros hombres. Primero, fue lord Carlton. Estuvieron muy cerca el uno del otro, y cuando ella volvió la cara hacia la de él, Stratford vio el efecto que aquello causó en el hombre. Rechinó los dientes al recordarlo. Afortunadamente, otro caballero había acudido a reclamar su baile en ese momento, y la señorita Daventry se vio arrastrada a un animado cotillón, donde sus mejillas rojas y sus ojos brillantes lo atrajeron desde el otro extremo de la sala y le hicieron desear invitarla a bailar. Como no iba a bailar esa noche, no se había atrevido a invitarla.

Stratford evocó la respuesta burlona de la señorita Daventry a sus disculpas y luego sus ojos risueños y danzantes mientras recorría los escalones con el señor Berrymore. Stratford quería que esos ojos se volvieran hacia él. Tal vez se habían iluminado al ver las flores que había enviado. Daría cualquier cosa por saberlo. Ya era hora. Hoy iría a verla. Silbando, Stratford empujó a su caballo al galope.

En la residencia Grosvenor, Lydia se presentó en la sala matinal para recibirlo, pero estaba sola.

—Stratford —dijo, con el ceño fruncido—. ¿A quién has venido a ver?

Había algo en su mirada. *Ella lo sabía*. Preguntándose cuánto sabía, decidió no ocultarlo.

—He venido a ver a la señorita Daventry... si quiere recibirme.

Lydia frunció los labios, mirándolo fijamente, castigándolo con su silencio, estaba seguro de ello.

—Eleanor no está aquí —dijo al fin—. Ha salido con lord Carlton.

Stratford se cruzó de brazos. Otra vez lord Carlton. El hombre estaba en todas partes. Parecía un pretendiente sincero, pero era demasiado joven para pensar seriamente en el matrimonio. Aunque, si Stratford era honesto consigo mismo, no era un juez imparcial en lo que se refería a los pretendientes de la señorita Daventry.

Lydia señaló el ramo que había enviado, el cual eclipsaba cualquier otro arreglo de la habitación. Tal vez había sido demasiado entusiasta.

—Bien hecho, aunque el gesto haya sido necesario —entonces ella sí lo sabía, pero afortunadamente no se burló—. Ten cuidado con lo que dices, Stratford. Eleanor es una mujer de carácter noble, y no me gusta verla herida.

—A mí tampoco —dijo él, molesto por el tono de la joven. Sin duda, la señorita Daventry le había mostrado más cortesía de la que Lydia e Ingram creían que él merecía, a pesar de ser viejos amigos. Si tan sólo pudiera verla por sí mismo.

CAPÍTULO 15



En el Museo Bullock's no había nadie, excepto institutrices y niños que aún no habían salido de la escuela. Eleanor respiraba los olores mezclados de elefantes disecados y otros animales salvajes de los que nunca había oído hablar, con la mirada fija en los carruajes enjorjados, las momias y los signos extranjeros escritos en las tablas de piedra y las columnas adyacentes. Le parecía increíble que un pueblo pudiera vivir una existencia tan ajena a la suya, algunos de ellos muertos tiempo atrás y otros que aún vivían y respiraban al otro lado del mundo.

Lord Carlton la seguía, con las manos a la espalda, respondiendo a sus preguntas y enriqueciendo sus conocimientos con una guía que había traído para la ocasión. Su hermana, Cecily, parecía conformarse con seguir los pasos de Eleanor y exclamar ante cualquier cosa que la maravillase.

—¿Ve el traje en la pared? —Eleanor lo miró con perplejidad y el rostro levantado—. No puedo comprender cómo se ajusta a una persona. ¿Es para un hombre o para una mujer?

—Yo... No lo sé con exactitud —respondió Cecily—. Es demasiado ancho para una mujer, pero tiene falda.

—Es el traje nativo del viaje del capitán Cook a Australia —dijo lord Carlton, levantando la mirada de su guía—. Ese es el vestuario del jefe. Y eso de ahí —señaló la pared opuesta—, es su tocado.

Eleanor observó lo que él le indicaba.

—No volveré a quejarme de la locura de haber puesto fruta en mi capota —dijo, con los ojos centelleantes—. Ahora veo que no soy más que una novata y que no he añadido lo suficiente.

—Oh, no, creo que es suficiente —dijo Cecily con seriedad.

Lord Carlton también se apresuró a tranquilizarla.

—Tu capota te sienta muy bien. He querido decírtelo desde la primera vez que la vi.

Eleanor se movió hacia la siguiente exposición con un suave suspiro.

Al terminar el recorrido en la primera planta, comenzaron a subir las escaleras, donde Eleanor reconoció un perfil familiar.

—Señorita Tunstall —exclamó. La mujer se volvió y contempló al grupo de un vistazo, esbozándoles una sonrisa.

—Señorita Daventry, qué alegría encontrarla aquí. No esperaba ver a ningún conocido a una hora tan temprana. Estoy aquí con mis primos pequeños, que no pueden estar muy lejos —la señorita Tunstall miró a su alrededor y luego hizo una seña a un chico que estaba a unos metros.

—Confieso que ha sido decisión mía venir a una hora temprana, y lord Carlton ha tenido la amabilidad de acompañarme, y ella —después de que Eleanor le diera tiempo a lord Carlton para hacer una reverencia, se volvió hacia Cecily—, es la señorita Cecily Carlton, hermana de lord

Carlton.

—Es un placer conocerla —Phoebe Tunstall pasó por alto los rubores juveniles de Cecily y acercó a sus primos a su lado para realizar las presentaciones—. Amelia y John viven en Canterbury y están de visita en Londres de camino a Norfolk.

Lord Carlton se dirigió al joven.

—Confiesa. Fuiste tú quien arrastró a tu hermana y a tu prima escaleras arriba para ver a la serpiente disecada comiéndose a una mujer, ¿no es así?

El muchacho se rio.

—Sí, pero ¿dónde más se puede encontrar una cosa así? No podía irme de Londres sin verla. Tendré grandes historias que contarles a mis amigos cuando estemos en casa.

—Ven entonces —gritó lord Carlton, avanzando—. Vayamos a verlo. Las damas pueden decidir si tienen estómago para ello.

—¿Usted y sus primos están aquí solos, señorita Tunstall? —Eleanor siguió el paso de la hermana de lord Worthing mientras Cecily iba tras su hermano y los dos nuevos conocidos.

—Sí, Anna nunca se levantaría tan temprano. Oh, y llámame Phoebe, ¿sí? No somos extrañas, ya que te alojas con una de mis amigas de la infancia, y tengo entendido por Stratford que lo conociste en la finca.

—Entonces debes llamarme Eleanor —respondió afectuosamente—. Sí, nos conocimos en Sussex, pero por aquel entonces yo no conocía su conexión con los Ingram.

—Estoy segura de que si él hubiera sabido que ibas a quedarte con Lydia, nos habría presentado en cuanto llegáramos a Londres. Él siempre ha tenido muchos amigos que se alojan en nuestra casa durante las festividades, pero Frederick es el más cercano.

—No me lo imaginaba como alguien que tuviera un gran grupo de amigos en... —Eleanor se detuvo en seco mientras sus mejillas se encendían—. Perdóname. Por supuesto, no puedo afirmar conocer sus hábitos.

—Ah —Phoebe la miró con intensidad—. Estás pensando, por supuesto, que es demasiado serio para tener muchos amigos.

Eleanor dudó sobre cuán honesta debía ser con la hermana del conde, pero terminó eligiendo la verdad. Eligió sus palabras con cuidado.

—Aunque se siente a gusto con lord Ingram, parece ser un hombre poco propenso a la alegría. Pero quizás con la guerra...

Phoebe exhaló.

—Mi hermano creció siendo diferente —dijo, con los ojos fijos en un recuerdo lejano—. Mi padre era muy alegre y... competente. Stratford nunca se vio obligado a soportar la presión que a veces se ejerce sobre los hijos mayores —miró de nuevo a Eleanor—. Creo que sufrió profundamente la ruptura de su compromiso, aunque nunca hablara de ello. No se hizo público, pero creo que Lydia te lo habrá contado... —hizo una pausa y Eleanor asintió para que continuara—. Partió inmediatamente hacia la península. Puedo imaginarme los horrores a los que se enfrentó allí. Los hombres nos los ocultan, pero yo he oído conversaciones. Y entonces... —resopló y desvió los ojos brillantes hacia el grupo que volvía por el pasillo—. Y entonces perdimos a nuestro padre, algo que nadie se esperaba. Se creía que estaba demasiado sano para fallecer de un ataque de gripe, pero los médicos creen que había algo más, y que llevaba tiempo sufriendo sin decírnoslo. Creo que el hecho de que Stratford tuviera que ocupar el lugar de mi padre a la vez que heredaba un título fue realmente agotador —Phoebe concluyó—: Ya no es tan alegre como antes. Pero espero volver a ver algún día el antiguo humor de mi hermano.

Eleanor asintió.

—Por supuesto —no sabía qué más responder. En efecto, era una carga muy pesada.

Phoebe se acercó a Eleanor y la cogió del brazo.

—Estoy segura de que mi hermano no se mostró muy cortés en Worthing, recién llegado a Inglaterra —sonrió—. Pero te tiene una gran estima. Esta misma mañana, dijo —Phoebe se detuvo, haciendo retroceder a Eleanor cuando lord Carlton estuvo casi sobre ellas—, dijo que esperaba que sus pretendientes se percataran de que, entre su herencia y su mano, usted es el mayor premio de los dos.

La respiración de Eleanor se congeló en su pecho.

—Lo hemos visto todo —anunció lord Carlton, flanqueado por los más jóvenes, quienes todavía discutían si el detalle de la mujer prácticamente devorada era realista o exagerado—. Y es tal y como predije. A ustedes dos no les interesan los reptiles.

Phoebe se rio.

—Su juicio ha sido acertado, milord. Nuestro encuentro ha sido de lo más fortuito, pues me ha librado de las pesadillas que seguramente habría sufrido ante la imagen.

Eleanor esbozó una sonrisa.

—Creo que tendré suficiente conversación con las curiosidades que hemos visitado en el piso de abajo como para satisfacer mis propósitos.

Mientras los dos grupos se dirigían a los carruajes, Eleanor reflexionó sobre todo lo que había averiguado de lord Worthing. Esos raros destellos de amabilidad y humor estaban enterrados bajo una disposición seria e inflexible. Sin embargo, su hermana había hablado del dolor de lord Worthing y de su esperanza de verlo recuperar su antiguo ser.

Y si puedo creer las palabras de su hermana, el pensamiento se agitó en la mente de Eleanor con deleite y sorpresa a partes iguales, *lord Worthing me estima*.

ELEANOR VOLVIÓ A VER a Phoebe la tarde siguiente en compañía de lord Worthing y la hermana de ambos, Anna. Era la hora de ser vista en Hyde Park, y no era un momento oportuno para mantener conversaciones privadas o para poner a prueba sus teorías sobre si el conde estaba agobiado y reticente, como Phoebe había parecido sugerir, o simplemente desinteresado. ¿Realmente la admiraba? Imposible saberlo, sobre todo cuando se inclinó sobre su mano con un solemne «señorita Daventry» para luego saludar a Lydia de manera más informal.

Lydia entrelazó sus brazos con las gemelas, dejando que Eleanor se quedara atrás en el sendero junto a lord Worthing. Los carruajes pasaban, y los hombres y mujeres a caballo provocaban que los cascos resonaran por el sendero vallado a su derecha, mientras un fuerte viento en las hojas sobre sus cabezas hacía que la luz del sol bailara en sus ojos. Finalmente, dijo:

—Gracias por el ramo de flores, milord.

Él buscó su mirada antes de volverse hacia al frente.

—Quería mostrar mi arrepentimiento.

Eleanor recordó sus implacables palabras tras su primera disculpa y se rio en voz baja.

—Cuando le dije que retendría mi perdón hasta estar segura de su sinceridad, no tenía ni idea de que fuera tan hábil con las disculpas.

Lord Worthing sonrió.

—Creo que nunca he tenido que ofrecer tantas.

Caminaron en silencio mientras Eleanor pensaba y rechazaba una serie de cosas que podría decir. Finalmente, se decidió por:

—Phoebe me ha contado que usted llevaba a casa a muchos de los caballeros a los que ahora estoy conociendo cuando aún estaba en la escuela. Así que, aparte de lord Ingram, ¿conocía al señor Braxsen?

—No tan estrechamente como a Ingram, aunque en cierto sentido, todo el mundo conoce a Braxsen. Crecimos con él. Formaba parte del grupo de caza de Ingram, así que pasábamos juntos al menos una semana al año, además de vernos en Londres.

—Parece ser uno de los favoritos. ¿Y lord Carlton? —Eleanor se volvió hacia él—. Imagino que no era uno de sus invitados, ya que Phoebe no parecía conocerlo.

La firmeza de la boca de lord Worthing hizo que Eleanor recordara su primer encuentro, y se extrañó de ello. Él pareció elegir sus palabras.

—Lord Carlton es varios años menor que yo, y sólo puedo afirmar que nos conocemos muy poco. Ambos somos miembros de White's.

—Oh.

El conde golpeó con su bastón el tronco de un árbol en su camino. En el silencio que se produjo a continuación, Eleanor entendió que tal vez no había hecho bien en mencionar el nombre de lord Carlton, ya que él mismo se estaba mostrando como un pretendiente. Antes de que tuviera tiempo de reflexionar, lord Worthing le preguntó:

—¿Será presentada en Almack's?

Eleanor asintió.

—El miércoles. La madre de Lydia convenció a lady Jersey para que apoyara a lady Sefton, aunque soy prácticamente una desconocida. Consiguió las entradas. Así que iré —Eleanor sabía que debería alegrarse por semejante victoria, pero en realidad estaba aterrada. Había oído que ni siquiera cuando las mujeres se presentaban en la corte se exhibían tanto. Ella anhelaba conversaciones tranquilas y pequeñas reuniones donde pudiera bailar con gente con la que se sintiera cómoda. Aquí, caminando con lord Worthing, se sentía de esa manera. Sin embargo, también anhelaba algo más y no podía precisarlo.

—Acompañaré a mis hermanas. ¿Me haría el honor de reservarme un baile? —lo miró por el raballo de los ojos y notó que estaba sonrojado. Con su bastón, dio un golpe en la hierba, y algo floreció en el corazón de Eleanor. No era la única que se sentía insegura.

—Estaré encantada, lord Worthing —respondió, y fue recompensada con una de sus raras sonrisas.

CAPÍTULO 16



Stratford y el comandante Fitzwilliam salieron de la hacienda a paso ligero y se disponían a separarse cuando el mayor se dirigió hacia las oficinas de guerra. Aprovechaban este momento para comparar notas sobre las personas que habían considerado dignas de ser vigiladas junto con Ingram. Fitz estudiaba la actividad de los soldados que acababan de regresar, y Stratford escuchaba en los clubes cualquier *vis a vis* que pudiera considerarse sospechoso. Hasta el momento, ninguno de los dos había encontrado gran cosa.

Su camino requería sortear las calles abarrotadas. Los jóvenes ociosos contemplaban su próxima juerga, las madres apresuraban a sus hijas antes de que alguien más se llevara ese último trozo de encaje del color amarillo que necesitaban, los caballeros de más edad se dirigían a paso firme hacia el parlamento para la sesión que estaba a punto de comenzar.

—¡Fitz! —a su izquierda, el señor Braxsen se separó de una multitud de jóvenes ataviados con brillantes plumas y se acercó, con la mano extendida—. No pensaba verte aquí. Creía que estarías ocupado con los mensajes para lord Ingram —entonces pareció notar a Stratford—. Oh, hola, Worthing. ¿Estáis juntos?

—Como puedes ver —Stratford asintió, sin querer decir demasiado por si el señor Braxsen adivinaba su objetivo. Con acceso a todos los círculos sociales, el hombre era un famoso cotilla. Fitz contestó con más detalle, dándole un giro a la conversación con una facilidad práctica.

—En efecto, me dirijo a la residencia Ingram. Y tú... —Fitz sonrió con encanto—. Sin duda te encontraré en cualquier esquina donde haya gente a la que mirar. ¿Cómo has soportado los rigores de la campaña?

—Uno hace lo que se requiere. Pero, por primera vez, estoy disfrutando del ritmo más lento. En Portugal no había más que malas raciones, articulaciones entumecidas por el frío del suelo y disparos, que son un maldito fastidio —se quitó una flor caída de la manga y aparentó indiferencia, pero Stratford sabía que no era así.

El comandante lo miró de reojo, con una sonrisa comprensiva al acecho.

—Te venderías en un santiamén, ¿verdad?

—No veo por qué no. Worthing, aquí presente, lo hizo —Braxsen movió la cabeza hacia Stratford—. No estás en circunstancias normales, y hay otras formas de servir al país además de ir a la guerra.

Fitz le dio una palmadita en el hombro a Braxsen.

—Pero alguien tiene que luchar, y yo soy un soldado de carrera, así que ¿quién mejor que yo? Déjame comunicarle esto a la persona que lo está esperando, y después puedes reunirte conmigo en casa del coronel Ingram.

El señor Braxsen esbozó una sonrisa burlona.

—¿Irás por asuntos de inteligencia militar o a ver a su bella hermana?
—¿Qué te hace pensar que le cuento mis asuntos a la gente? —replicó Fitz de buena manera—. Volveré en diez minutos si quieres esperar.
Después de su partida, Stratford golpeó el suelo con su bastón.
—¿Qué harás si dejas de ser soldado? Seguro que algún día lo harás, ya que no te interesa. ¿Tienes algo en qué refugiarte?
Braxsen miró brevemente a Stratford a los ojos.
—Tengo algunos ingresos de la finca de mi madre, aunque mi padre perdió la mayor parte. Quizá busque a una debutante rica.
Stratford se encogió de hombros.
—Podrías, supongo. En cuanto a mí, no me gusta estar sin hacer nada. Si el comercio no es lo tuyo, y no quieres unirme a la iglesia... —se rio cuando el señor Braxsen se estremeció—, podrías probar con la política. Conoces a bastante gente.
El señor Braxsen se quedó pensativo.
—Lo había pensado. Si tú e Ingram me apoyáis, quizá pruebe suerte.
—Reunámonos primero para ver si estamos de acuerdo en los temas. ¿Por qué no? —respondió Stratford. Cuando Fitz regresó, Stratford los dejó. Aunque estuvo tentado de merodear por el salón de Ingram con la esperanza de conversar con la señorita Daventry, tenía una reunión con su abogado que no podía esperar.

FITZ LLAMÓ a una calesa y se subió, riéndose de las quejas de Braxsen sobre el medio de transporte. Siguió quejándose hasta que se detuvieron en la residencia Grosvenor, pero lo hizo de un modo tan cómico que Fitz no pudo ofenderse. Lord Ingram no estaba, pero las damas los recibirían. Por una vez, la señorita Ingram no estaba rodeada de pretendientes, sino sentada junto a la señorita Daventry, bordando con más determinación que habilidad. Dejó a un lado su bordado con alivio.

—Me alegro mucho de verles a los dos. Eleanor, ¿no te dije que el comandante Fitzwilliam y el señor Braxsen son nuestros amigos más leales y que hoy no nos fallarían?

—En efecto, son una distracción bienvenida —dijo la señorita Daventry—. Lydia insistió en quedarse porque dice que la he estado agobiando con todos estos lugares de Londres que deseo visitar —frunció el ceño y añadió—: —Sin embargo, me atrevería a decir que es sólo la descripción de estas maravillas lo que la fatiga, ya que todavía tengo que convencerla de que me acompañe —la señorita Daventry desvió la mirada—. Señor Braxsen, usted es de Londres, creo, así que las atracciones no deben encantarle. Pero comandante Fitzwilliam, ¿no ha sentido la tentación de aprovechar cada momento disponible para visitar los lugares que no encontrará en otro sitio?

Fitz levantó las cejas, sorprendido.

—Me temo que sólo la decepcionaré, señorita Daventry. No he pensado en visitar Londres, aparte de los lugares a los que debo ir por negocios —volviéndose hacia la anfitriona, dijo—: Señorita Ingram, si no visita Londres, ¿cómo pasa los días? A menos que simplemente pase el tiempo descansando de los bailes de la noche anterior —compartió una mirada cómplice con la señorita Daventry que rogaba indulgencia. Aunque ella le había contado en qué empleaba Lydia su tiempo, él era un hombre empeñado en una misión.

Lydia se enfadó ante la insinuación de que era perezosa.

—Bueno, comandante, a diferencia de lo que ha dicho Eleanor... —lanzó una mirada a su

amiga—, no me gusta estar ociosa. Y no me gusta bordar —ocultó el bastidor—. Me gusta montar a caballo y bailar. Las *soirées* no me agotan demasiado, aunque sí bebo mi chocolate matutino un poco más tarde que cuando tenemos horario de campo. Por lo demás, me gusta dar largos paseos, y la idea de sentarme en un carruaje mientras vamos de una aburrida atracción a otra no me tienta.

—Eso suena muy bien. Quizás...

La entrada del mayordomo, anunciando la inoportuna llegada del señor Amesbury, interrumpió la propuesta de Fitz. A modo de saludo, la señorita Ingram interrogó al señor Amesbury sobre su ausencia en la fiesta de cartas de la noche anterior, pero la señorita Daventry se limitó a inclinar la cabeza. Fitz la notó fruncir ligeramente el ceño mientras miraba por la ventana.

—Esto se está convirtiendo en una fiesta familiar, ¿verdad? Me alegro de volver a verte, Braxsen —Amesbury incluyó a Fitz con su asentimiento—. Qué placer encontrarnos siempre aquí —añadió en un tono que demostraba cualquier cosa menos eso.

El señor Braxsen y Fitz intercambiaron una mirada divertida mientras Amesbury se inclinaba sobre la mano de Lydia y luego sobre la de Eleanor, sosteniendo sus dedos enguantados más tiempo del necesario. *De modo que así están las cosas*, pensó el comandante.

—El comandante Fitzwilliam está aquí para ver a mi hermano, estoy segura. Son amigos militares —Lydia dirigió una mirada traviesa al señor Braxsen—. El señor Braxsen no tiene esa excusa. Creo que está aquí simplemente porque le gusta nuestra compañía.

—Estoy aquí porque siempre se las invita a las mejores fiestas de la temporada. Me entero de ellas aquí, y si no me consideran invitado, engaño a la anfitriona para conseguir mi propia invitación.

—Y eso es, por supuesto, porque está dispuesto a sentar la cabeza y desea encontrar a la joven más codiciada —bromeó Lydia, lanzándole una mirada de reojo.

El señor Braxsen extendió los brazos.

—No puedo ocultarle nada, mi bella dama. Si alguna vez pretendo darme por vencido, debo estar siempre en busca de la mujer cuyo encanto me esclavice.

Amesbury lo miró, y luego a la señorita Daventry.

—Mi consejo para ti, Braxsen, es que lo afrontes con una mentalidad más práctica. El encanto no mantendrá los cofres de dinero llenos.

La voz del comandante fue cortante.

—Creo que se olvida de su compañía, señor —antes de que el señor Amesbury pudiera intentar una respuesta mordaz, el comandante cambió de táctica—. Señorita Ingram, hablando de dar largos paseos, usted había prometido cabalgar conmigo, pero aún no he tenido ese placer. Debo ausentarme de Londres durante una semana por asuntos de trabajo, pero a mi regreso, espero que me haga el honor de acompañarme en una excursión el próximo viernes por la mañana; de hecho, ustedes dos. El señor Braxsen ha prometido acompañarnos también.

Esta falsedad fue recibida con una elevación de cejas, pero el señor Braxsen respondió fielmente.

—Efectivamente. Espero que ambas nos acompañen.

—Estaremos encantadas —dijo Lydia. El señor Amesbury frunció el ceño hacia su sombrero posado en su regazo, y así el señor Braxsen y Fitz se unieron para un mismo fin.



ELEANOR APRECIABA la tranquilidad del salón. Los débiles rayos de sol iluminaban la alfombra de seda dorada en medio del suelo, y observaba cómo las flores de cerezo bailaban en las ramas al otro lado de la ventana. Suspiró satisfecha. Tal vez sólo estaba cumpliendo con la temporada por inercia en lugar de sumergirse en la alegría, y tal vez no estaba a la altura de las expectativas de lady Ingram respecto a una joven agradable, pero durante unos breves meses podía olvidar que su futuro era incierto y fingir que su mayor preocupación era qué ponerse para la fiesta de esa noche.

Llamaron a la puerta y Eleanor permaneció sentada en silencio, esperando que Hartsmith rechazara al visitante, ya que Lydia aún no había hecho acto de presencia. Para su sorpresa, la puerta se abrió y el señor Amesbury entró pisándole los talones al mayordomo.

—Señorita Daventry, le pido disculpas —Hartsmith parecía apenado mientras miraba al visitante—. No sabía que había alguien en esta habitación. La señorita Ingram ha vuelto arriba a por su chal y me ha pedido que acompañe a cualquier visitante al salón hasta que ella llegue.

Eleanor se levantó.

—No hay problema. Espero que la señorita Ingram llegue enseguida. ¿Quiere sentarse? Hartsmith, por favor, dile a Lydia que el señor Amesbury está aquí.

Cuando el mayordomo cerró la puerta tras ellos, ella se sentó.

—Señor Amesbury, espero que haya tenido una agradable...

—Señorita Daventry —comenzó él, reclamando un asiento tan cerca que su pierna tocó la de ella—. Escuche lo que he venido a decirle. No tengo mucho tiempo antes de que llegue la señorita Ingram, y hay algo que he querido decirle, pero *al diablo todo* si puedo tenerla a solas aunque sea un minuto.

Los ojos de Eleanor se abrieron alarmados.

—Le aseguro que no hay necesidad de...

Continuó como si ella no hubiera hablado.

—Como habrá adivinado, la primera vez que la conocí, sus orígenes me parecieron poco favorables. Primero su padre muere con deudas económicas. *Eso sí* que fue toda una locura, aunque le concedieran un funeral militar. Luego su madre se fuga con un francés. Quién sabe si lo hizo cuando aún era viuda. Incluso si hacemos caso omiso de su familia, no es como si tuviera una cara bonita con la que tentar a un hombre a formar una absurda unión. Gracias al cielo, digo, porque no se me ocurre nada más insufrible. Uno necesita hacer estas cosas después de una gran deliberación —*en ese punto, estamos bastante de acuerdo, señor*. Eleanor se enfadó, con sus ojos brillando peligrosamente.

Los sonidos de la llegada de Lydia se abrieron paso hasta el salón, pero ella estaba hablando con uno de los criados, y Amesbury se apresuró a continuar.

—Entonces usted heredó ese pedazo de tierra que es justo lo que mi hacienda necesita para duplicar su valor. Ese arroyo de ahí... no es sólo el ingreso de la propiedad lo que añade valor. Le alegrará saber que el arroyo puede desviarse para regar un trozo de tierra seca que hasta ahora ha producido muy poco y de esta forma aumentar su valor. Con el arroyo vertiéndose en él, esos campos se llenarán de cultivos, y podré convertir las tierras más cercanas a la finca en campos de entrenamiento para mis caballos.

El señor Amesbury tenía un brillo en los ojos mientras contemplaba esta exquisita visión, y Eleanor abrió la boca para interrumpir su emoción. Él debió de sentir la necesidad de llegar rápidamente al asunto, porque no le dio oportunidad de hablar.

—No le conviene pasar demasiadas temporadas en Londres. Se convertirá en una solterona antes de que se dé cuenta y tendrá suerte de conseguir alguna propuesta. No me gusta

precipitarme de esta manera, pero la señorita Ingram podría llegar en este momento y no quiero pasar más tiempo en Londres. Pretendo resolver el asunto para poder volver a mi finca. Me estoy ofreciendo a casarme con usted. Tendrá un hogar confortable, y mi nombre es lo suficientemente bueno para protegerla de cualquier vergüenza en caso de que su historia familiar salga a la luz. Aunque no debería. No planeo pasar mucho tiempo en Londres, así que no debe preocuparse por eso.

Humillada y enfurecida, Eleanor le contestó de inmediato.

—Señor Amesbury, agradezco su propuesta, pero me es imposible aceptarla. Le deseo felicidad para su futuro.

—¿No puede aceptarla? Pero esto es una locura —el señor Amesbury cogió sus manos entre las suyas—. Seguro que no pretende negarse.

Eleanor apartó sus manos.

—Lo siento. Debo hacerlo. Deseo que no vuelva a sacar este tema, que seguramente será doloroso para ambos —sus mejillas ardían, y comenzó a anhelar la llegada de Lydia.

—Pero no está comprometida. ¿Por qué no quiere ahorrarse la humillación de ser una solterona? Sea razonable.

Eleanor se volvió hacia él con furia.

—¿Piensa conquistar mi mano insultándome de esa manera? Preferiría ser una «solterona», como usted lo llama, que estar unida a un hombre que me tiene en tan poca estima.

No dispuesto a dejarse desanimar, el señor Amesbury dijo:

—Cambiaré de opinión muy pronto —se puso de pie—. Escuche, jovencita, soy naturalmente generoso y le daré algún tiempo para reconsiderar su respuesta, que, sin duda, cambiará con la reflexión.

Lydia estaba casi en la puerta, y Eleanor estaba al borde de quedarse sin palabras. Pero no podía existir espacio para la duda que permitiera al señor Amesbury intentar otro cortejo. En un destello de inspiración, sofocó el entusiasmo de su pretendiente con una mentira.

—Señor Amesbury, nunca podré casarme con usted. Mi corazón está comprometido de otra manera —el señor Amesbury se quedó con la boca abierta, justo cuando el picaporte de la puerta giró.

CAPÍTULO 17



Cuando Lydia entró en la habitación, se encontró con una escena de gran confusión. El señor Amesbury estaba de pie, con su expresión fulminante iluminada por un rostro rojo como un tomate, y Eleanor estaba sentada, serena pero igualmente colorada, en su lugar habitual en el salón.

—¡Oh! —dijo Lydia. Y, carente de imaginación, no ofreció nada más para disipar la tensión.

Los tres permanecieron congelados durante lo que pareció una eternidad antes de que el señor Amesbury cogiera su sombrero del sofá y se lo colocara.

—Señorita Ingram, he venido a decirle *adieu*, ya que mi presencia es requerida inmediatamente en mi finca. Dejaré Londres hoy mismo.

Lydia abrió la boca para hablar, pero no pudo pronunciar palabra antes de que él se marchara. Se dirigió, a paso ligero, a ocupar el lugar que el pretendiente rechazado acababa de abandonar. Eleanor, quien seguía luchando por mantener la compostura, y a pesar de los sentimientos de indignación, estuvo a punto de reírse ante la repentina reflexión: *El señor Amesbury ha conseguido lo imposible. Ha hecho que incluso la propuesta de lord Worthing pareciera romántica.*

Metiendo la falda bajo la silla, Lydia la miró fijamente.

—Eleanor, somos amigas. No puedes decirme que no acabo de interrumpir una escena. ¿Él se ha declarado?

Eleanor negó con la cabeza y volvió los ojos suplicantes hacia su amiga.

—Sabes que no puedo decirlo. Es de mala educación revelar lo que un caballero ha dicho en privado.

—Hmm. Imaginaba que dirías eso. Oh, eres la criatura más fastidiosamente discreta que se puede tener como mejor amiga. ¿Cómo puedo encontrar entretenimiento si no compartes nada conmigo? —Lydia resopló y levantó el rostro como si estuviera indignada.

—Con cualquiera menos contigo —replicó Eleanor—. Diría que es porque lo ves más como un entretenimiento que como un motivo de compasión. Por ser tú, he llegado a comprender que tus palabras no siempre reflejan tu corazón. Le das poca importancia a una situación que te preocupa que pudiera haberme afectado —Eleanor le sonrió cálidamente—. Eres una amiga muy querida.

Lydia soltó un *ejem*.

—Aun así. Sé que el señor Amesbury se ha declarado. Ha estado mostrando una especial atención hacia ti, aunque su corazón nunca ha sido conmovido por nada que no sea el dinero y las propiedades. Tú representas ambas cosas y, por su expresión furiosa, supongo que ha sido rechazado. Me alegro, querida Eleanor. El hombre que te merece es el que reconoce todos tus

excelentes rasgos y te ama por ellos.

Eleanor se sonrojó y bajó la mirada.

—Eres buena conmigo. Pero me miras a través de la crítica de una amiga. Te aseguro que la crítica de un caballero no es tan generosa.

—Tal vez no cualquier caballero —insinuó Lydia—, pero un hombre enamorado...

Eleanor replicó:

—Bueno, en cuanto a eso, el señor Amesbury ciertamente no está enamorado. Créeme. Cuando la propuesta incluye el riego y el rendimiento de las cosechas... —con los ojos brillantes, sostuvo la mirada atónita de Lydia hasta que ambas se echaron a reír.

—Qué estúpido —dijo Lydia, secándose las lágrimas de alegría de los ojos—. Bravo, Eleanor, por haberte sincerado conmigo. Un hombre que abusa de idioteces no merece tu confianza —suspirando, sacudió la cabeza—. Oh, mi pobre amigo. Nunca volveré a ser cortés con él.

Aun riendo, Eleanor replicó:

—Me atrevería a decir que es demasiado engreído como para darse cuenta de eso.



STRATFORD FUE el último en ver a Amesbury antes de que abandonara Londres, pero fue por casualidad. Tenía una reunión en Angelo's para intentar ver si alguien en ese digno establecimiento de deportes podía hacer frente a las maniobras que había aprendido del prisionero francés en la península. Empeñado en su objetivo, Stratford estuvo a punto de no ver a Amesbury, quien, con mal humor, ordenaba que subieran sus baúles al carruaje de viaje.

—Amesbury, ¿ya te vas? —Stratford le tendió la mano.

—Ella no me aceptará —dijo Amesbury, ignorando la mano.

Stratford asintió, adivinando a quién se refería Amesbury, pero sin querer decir su nombre en presencia del lacayo. *Por supuesto que no te aceptaría, zoquete*, pensó. *No has hecho ningún esfuerzo por conquistarla*. Luego se preguntó si tal vez Amesbury habría sido más diligente en sus encuentros privados.

—¿Ha dicho por qué?

—Dice que su corazón está comprometido —se volvió hacia el lacayo—. Coloca la maleta dentro del carruaje, no en la parte de atrás.

Stratford sintió un escalofrío. ¿Su corazón comprometido? ¿Con *quién*? Qué tonto sería si pensara que él era el objeto de su afecto cuando lo único que había hecho era meter la pata e insultar. ¿Acaso ella no le había preguntado si conocía bien a Carlton durante su paseo juntos? Sólo podía referirse a él.

Stratford estaba allí de pie, como un estúpido, mientras el lacayo y el mozo de cuadra terminaban de preparar el carruaje, y su ensoñación sólo fue interrumpida cuando Amesbury se volvió hacia él.

—No tengo tanta prisa como para casarme. No tanta como para seguir gastándome veinticinco libras a la semana a cambio de una estancia en Londres, en todo caso.

Para entonces, Amesbury ya había subido, con el látigo en mano.

—Avisa cuando vuelvas a Worthing —con un asentimiento de cabeza se marchó, dejando a Stratford para que terminara su recorrido y enumerara las veces que había visto a la señorita Daventry y a lord Carlton juntos, preguntándose si el corazón de ella estaría realmente ocupado.

ESA NOCHE, en la ópera, Stratford acompañó a su tía y a sus hermanas a sus asientos en la fila central. Buscó el palco de los Ingram para ver quién estaba presente. *Sólo así podré invitar a Ingram a Boodle's mañana por la noche*, se dijo a sí mismo.

La señorita Daventry estaba sentada en el centro del palco, con sus ojos brillando a la luz de las velas que emanaban de los candelabros. Llevaba el pelo rizado, peinado hacia un lado y sujeto con horquillas enjoradas, una elección que suavizaba su barbilla puntiaguda. Sus delicadas clavículas quedaban al descubierto entre unas pequeñas mangas abullonadas que flanqueaban el corpiño que cubría su generoso pecho. Ella y Lydia reían, y aunque Stratford había desechado hacía tiempo la idea de que era una criatura aburrida, nunca la había visto con una expresión tan alegre. Él deseó ser el motivo de sus risas.

Cuando la mirada de Eleanor se cruzó con la suya, con la sonrisa aún en sus labios, ella enarcó una ceja y el corazón de Stratford retumbó en su pecho. *Tendré que ir a saludar a Frederick y Lydia*, pensó. *Me estarán esperando*.

La señorita Daventry no volvió a girarse hacia él durante el primer acto, y Stratford sólo fue ligeramente consciente de la aria de Madame Catalani. En el primer intermedio, se volvió hacia sus hermanas y su tía.

—¿Visitamos el palco de los Ingram antes de disfrutar de un refrigerio?

—Por supuesto —Phoebe se puso en pie, sacudiéndose las faldas.

—¿Dónde está nuestro nuevo vecino, el señor Amesbury? —intervino Anna—. Temo que no esté aquí esta noche. No lo he visto, aunque no sé dónde tiene su palco.

Habiendo dejado a su tía con la señora Wyndham como compañía, Stratford contestó a Anna mientras entraban en el pasillo.

—El señor Amesbury se ha marchado a Sussex. Le he visto hoy mismo en el momento de su partida. Además —la miró con extrañeza—, ¿por qué debería importarte ver al señor Amesbury?

—Me parece fascinante —respondió Anna, con una mirada sardónica que Stratford conocía bien—. Nunca he conocido a nadie tan transparente —saludó con la cabeza a un conocido que pasaba por allí, y Phoebe compartió una mirada divertida con su hermano.

Stratford se adelantó a sus hermanas, pensando en la afirmación de Amesbury de que el corazón de la señorita Daventry estaba comprometido. Stratford podía deplorar la superficialidad del señor Amesbury, pero al menos comprendía que la determinación del hombre de contraer un buen matrimonio se debía a la necesidad de su padre de rescatar su hacienda del peligro de los prestamistas. Los hábitos ahorrativos de Amesbury crecieron en su juventud.

Carlton, por otra parte, representaba una amenaza si el corazón de la señorita Daventry estaba realmente comprometido. Incluso Stratford tenía dificultades para encontrarle defectos al hombre. Recordó el inquietante relato de Phoebe de que Carlton y la señorita Daventry habían visitado juntos el museo. Lo que le molestaba era que, a diferencia del señor Amesbury, lord Carlton tenía un discurso natural.

A dos pasos del palco, Stratford se cruzó con Judith Broadmore y se detuvo bruscamente, provocando que sus hermanas chocaran con él por detrás.

—Buenas noches, milord —el cabello rubio pálido de la señorita Broadmore y su ajustado vestido plateado contrastaban fuertemente con el atisbo de calidez y simpatía que había visto en la señorita Daventry.

En un lugar tan público, él no podía ignorar su saludo sin provocar comentarios.

—Buenas noches, señorita Broadmore. Creo que recuerda a mis hermanas. La señorita Phoebe y la señorita Anna Tunstall.

—Por supuesto —la señorita Broadmore inclinó la cabeza con una amable sonrisa—. Veo

que ya son mayores. Espero que estén disfrutando de su temporada. Estoy segura de que ya habrán conquistado a muchos hombres.

Phoebe sonrió cortésmente ante el tono condescendiente, pero Anna levantó la barbilla y dijo:

—Oh, sí. Estoy segura de que es *infinitamente* más entretenido estar en una segunda temporada con muchas conquistas que ir de temporada en temporada durante *años*.

La sonrisa de la señorita Broadmore se crispó.

—Milord —se volvió hacia su presa—, no lo he visto en ninguna reunión esta última semana. ¿Estará en Almack's el miércoles por la noche?

La tensión entre la señorita Broadmore y sus hermanas aumentó el deseo de Stratford de seguir avanzando. Le dedicó un breve asentimiento.

—Sí. Acompañaré a mis hermanas.

—Debo admitir que será agradable volver a vernos en compañía más distinguida —la señorita Broadmore echó una mirada de reojo hacia el palco de los Ingram, que apenas se veía a través de la abertura—. Sólo en Almack's uno está seguro de encontrar a lo más selecto de la alta sociedad —se volvió hacia Stratford y le tendió la mano—, a diferencia de aquí, donde puede asistir cualquiera.

Stratford ignoró lo que parecía un desaire hacia la señorita Daventry. Tal vez Judith sospechaba que tenía cierto interés por la señorita Daventry.

—Sí, bueno... buenas noches —dijo él.

—Hasta el miércoles —exclamó Anna, sacudiendo los dedos. Puso los ojos en blanco en cuanto Judith se fue.

Se cruzaron con Ingram mientras acompañaba a su madre al pasillo.

—Ah, justo lo que necesitaba —dijo cuando vio a su grupo—. Stratford, confío en ti para que atiendas a estas dos jóvenes mientras llevo a mi madre a coger aire. Sólo hay uno como yo, y con frecuencia me recuerdan que no es suficiente.

—Te entiendo —respondió Stratford con una risa agradable—. No olvides que tengo dos hermanas y una tía, y mis posibilidades suelen ser peores que las tuyas.

—Pues bien —Ingram estrujó el hombro de Stratford—. Nuestro año de sacrificio ha llegado. Supongo que todo hombre pasa por esto. Espero que contraigan un buen y rápido matrimonio para que podamos volver a ocuparnos de nuestros asuntos —su voz sonó alegre, pero se apagó un poco ante la mirada que le dirigió su madre—. Sí, sí, madre, me callaré. Vamos, disfrutemos de un refrigerio.

Cuando Stratford y sus hermanas llegaron al palco de los Ingram, Lydia se movió hacia la última fila y llamó a Phoebe y Anna hacia ella, exclamando ante sus vestidos, uno de un modesto brillo rosado y el otro de un lila intenso.

—¿Nunca os habéis sentido tentadas de vestiros exactamente igual? Pensad cómo podríais engañar a todo el mundo.

—Anna lo ha intentado —dijo Phoebe, con un brillo de picardía en los ojos—. Lo único que quiere es divertirse a costa de los demás. Yo, sin embargo, frustró sus planes eligiendo vestidos que no se atrevería a utilizar.

—Es muy irritante —exclamó Anna—. Conozco los estilos que te sientan bien y te niegas a reconocer mi gusto superior —empezó a abanicarse—. ¿Has visto a lord Delacroix? Llegó a la ciudad justo antes que nosotros, pero algunos viejos amigos de Stratford dicen que ya lo conocían y que se marchó en circunstancias sospechosas. No han querido decir más.

—¡No! —el rostro de Lydia se iluminó—. ¿Vosotras no sabéis nada más?

Stratford fingió escuchar el comienzo de la conversación, pero se dirigió a la señorita Daventry en parte por miedo a ser objeto de dicha conversación y en parte por deseo.

—¿Está usted tan prendada del canto de Madame Catalani como todo el mundo?

—Es lo que está de moda, ¿no? —respondió la señorita Daventry—. Me temo que soy demasiado inexperta para elogiarla con la medida que el mundo espera de mí. Debo ser entusiasta.

—¿Debe serlo? —Stratford sonrió—. Fingir aburrimiento está pasado de moda —con los ojos fijos en la señorita Daventry, quiso que se volviera y lo mirara, pero ella permaneció con la mirada al frente, y él se preguntó si era por timidez o si estaría pensando en lord Carlton.

—Entonces estoy a la moda, por pura casualidad —la señorita Daventry le dedicó una sonrisa y se volvió para observar a la multitud que entraba y salía de los palcos en dirección a los pasillos. Stratford siguió estudiando su perfil, disfrutando de la sensación de estar en reposo mientras el teatro de la ópera bullía de actividad.

Sin otro motivo que ver su rostro vuelto nuevamente hacia el suyo, le preguntó:

—¿Qué planes tiene para después de la temporada de Londres?

—Oh —la señorita Daventry le dirigió una mirada sorprendida—. Estoy planeando buscar empleo. Aunque preferiría enseñar en un colegio antes que aceptar un puesto de institutriz. En una escuela, podría encontrar chicas como yo sin padres, y creo que podría ayudarlas verdaderamente.

Podía imaginarla hablando a sus jóvenes pupilas, moviendo los labios mientras las orientaba con esa voz suave pero firme. Esa imagen cambió rápidamente a otra en la que él besaba esos labios, y la conmoción que lo recorrió lo obligó a mirar al frente. Antes de que pudiera replicar, lord Carlton apareció en la entrada del palco. *Ese hombre siempre aparece donde no lo llaman.*

Ante la multitud allí reunida, lord Carlton suspiró, con la mirada clavada en la señorita Daventry, quien se encontraba junto a Stratford.

—Ah. Señorita Ingram, veo que llego demasiado tarde para conseguir el privilegio de conversar con usted. Supongo que no es de extrañar que su palco esté siempre lleno.

—Ya nos íbamos, ¿verdad, Phoebe? —Anna se levantó y le hizo una seña a su hermano—. Stratford, estoy muerta de sed. Teníamos que ir en busca de un refrigerio antes del segundo acto. Adiós, Lydia. Señorita Daventry.

Phoebe se levantó también y se acercó para estrechar la mano de Eleanor.

—Te veremos en Almack's, entonces —esbozó una cálida sonrisa y, con una mirada a su hermano, siguió a Anna al vestíbulo.

Stratford no tuvo más remedio que marcharse, odiando no haber terminado su conversación con Eleanor Daventry y odiando la sensación de haber perdido contra lord Carlton.

¿Eleanor Daventry empleada? Seguramente eso no era todo lo que ella ambicionaba. Podría aspirar a mucho más. En el orden natural de las cosas, él la habría cortejado adecuadamente, desde el principio, como ella merecía. Por supuesto, esto era ahora impensable después de un comienzo desfavorable. Sólo había bebido demasiado una vez. *Una vez.*

Anna se giró a la entrada del palco y miró hacia atrás.

—Oh, deja de fruncir el ceño, Stratford, ¿quieres?

CAPÍTULO 18



Los pensamientos de Eleanor se alteraron cuando lord Carlton ocupó el lugar a su lado. En lugar de prestarle atención, se encontró reviviendo su encuentro con lord Worthing. La había mirado de un modo extrañamente intenso durante un momento, y casi se había asemejado al... deseo. Pero entonces él apartó su mirada, y ella se preguntó si se lo habría imaginado.

—... el papel de Basilio debía interpretarlo Frangini, pero el suplente es bastante bueno.

Eleanor reaccionó.

—Sí, me ha cautivado —se volvió para prestar toda su atención a lord Carlton—. ¿Está aquí con su hermana?

—No, he venido con la señorita St. Clair y su familia. Estamos sentados en medio de esa fila de ahí —indicó el palco donde la señorita St. Clair los había estado observando, y ahora miraba hacia otro lado. A su lado, en el palco contiguo, había un caballero moreno que miraba fijamente a Eleanor de una manera muy peculiar y que no apartó la mirada cuando fue sorprendido. Era una expresión atenta e inquisitiva que le erizó el vello de la nuca.

—Lord Carlton... —vaciló Eleanor, temerosa de llamar más la atención.

Cuando no volvió a hablar, él preguntó:

—¿Qué pasa?

—Me pregunto si podría pedirle que mire al caballero sentado en el palco a la derecha de la señorita St. Clair; si, efectivamente, la señorita St. Clair lleva un vestido amarillo, y me diga quién es. Por favor... —detuvo a lord Carlton con la mano—. No permita que se sepa que lo está mirando.

Lord Carlton obedeció, volviendo la cara hacia el escenario y examinando al público con la mirada, deteniéndose en el caballero en cuestión.

—Me temo que no he sido muy sutil. Pero se trata de *le Vicomte Delacroix*. Es recibido en todas partes dentro de la sociedad, incluso en Almack's, según me han dicho, aunque nunca nos hemos cruzado allí. Su familia llegó durante el Terror.

Eleanor se mordió el labio mientras meditaba esta información, y lord Carlton se inclinó hacia ella.

—¿Puedo preguntar por qué? ¿Debo sentirme amenazado?

Eleanor le devolvió una mirada de leve exasperación.

—Milord, por favor, no bromea —volvió a echar un vistazo al palco y vio que lord Delacroix seguía mirándola. Él levantó ligeramente la mano como para saludar, pero ella apartó la mirada antes de que pudiera hacerlo—. Es sólo que parece observarme fijamente, y no hemos sido presentados.

—Debe de haber oído las maravillas que dicen sobre usted, señorita Daventry. No se me

ocurre otra razón —la campana sonó, indicando que el telón estaba a punto de levantarse. Lord Carlton se levantó un poco, luego volvió a sentarse y murmuró—: Pero no lo ha oído de mí. Sé que no debo desenterrar todos los tesoros y mostrárselos al mundo —se levantó de nuevo y se inclinó sobre su mano—. Buenas noches, señorita Daventry. Señorita Ingram, estoy a sus órdenes —volviéndose hacia el amigo que había entrado con él en el palco, añadió—: Bower, ¿nos vamos?

En cuanto se fueron, Frederick Ingram apareció y miró a su alrededor.

—¿Madre aún no ha vuelto? Esperará que la escolte —dio media vuelta y regresó minutos después acompañado de su madre, mientras el último movimiento del público se reducía a un silencioso zumbido. Se abrió el telón.

El resto de la ópera pasó desapercibido para Eleanor, quien estaba ocupada pensando en el drama de su propia vida. El interés de lord Carlton era demasiado marcado para su comodidad. Pero no había nada de malo en él. De hecho, por lo que ella podía ver, parecía genuinamente unido a su madre y a su hermana. En el museo, había mostrado habilidad con los primos pequeños de Phoebe. Muy apuesto; aunque eso no importaba. Por ilógico que fuera, su vacilación se basaba sólo en sentimientos, y en el hecho de que él no parecía despertar sensaciones especiales en ella.

En cuanto a lord Worthing, su interés parecía más amistoso que específico, por lo que Eleanor se equivocaba al darle importancia. Era sólo que... ella se sentía *interesante* cuando él estaba cerca. Por un momento se permitió recordar la sensación de su brazo tocando el suyo, su mirada persuasiva y la perspicacia en su mirada. Y cuando Madame Catalani cantó su célebre aria, el corazón de Eleanor se elevó con las notas.



AL DÍA SIGUIENTE, en Hookham's, Eleanor examinó los títulos más recientes, ignorando las súplicas de Lydia de que eligiera de una vez. Ya había elegido la novela de Ann Radcliffe que no había tenido tiempo de terminar en la finca de Worthing y ahora buscaba un segundo libro. La biblioteca de los Ingram tenía siglos de antigüedad y parecía contener poco más que prosa en latín y antiguos manuales de agricultura. No iba a desaprovechar esta oportunidad de elegir entre una mayor selección.

—Necesito una nueva capota con adornos rojos, Eleanor. Y te recuerdo que tú necesitas una blanca. Sólo tenemos este breve espacio de tiempo antes de tener que regresar...

—Ve tú entonces —dijo Eleanor, sacando uno de los títulos y abriéndolo de un tirón. *Ah, este tiene muchos diálogos. Seguro que es bueno.*

Lydia la escrutó, luego miró alrededor del pasillo vacío antes de lanzar su ataque.

—Stratford fue a ver a mi hermano esta mañana mientras paseabas, y me dijo que deseabas ser institutriz. Eleanor, ¿qué tontería es esa?

Eleanor levantó la mirada, sorprendida.

—Te dije que no me casaría por nada que no fuera afecto verdadero. ¿Por qué debería sorprenderte?

Lydia se inclinó para capturar la mirada de Eleanor.

—Me sorprende porque pareces pensar que algo así está fuera de tu alcance. Tienes muchos pretendientes.

—Sólo necesito uno, Lydia —dos mujeres entraron en el pasillo, discutiendo los beneficios del encaje belga, y Eleanor se hizo a un lado para dejarlas pasar.

—Entonces sólo tendrás uno —replicó Lydia—. Puedes elegir. ¿Por qué ibas a pensar en aceptar un empleo?

—Debo construir mi vida en mis propios términos —dijo Eleanor—. Si no encuentro a alguien adecuado en esta temporada, tendré un empleo al que recurrir hasta que encuentre a alguien real.

Lydia sacudió la cabeza con tal firmeza que Eleanor se sorprendió.

—No. Sólo te alejarás de Londres, donde podrían presentarse esas oportunidades. E incluso si encuentras un puesto en Londres, te alejarás tanto de la sociedad que no podrás volver. No lo hagas, Eleanor.

Eleanor respondió a la mirada de Lydia con una propia. No quiso decir nada para disuadirla, pero Lydia no tenía preocupaciones económicas que la inquietaran. Por el amor de Dios, ¿qué se imaginaba que estaría haciendo Eleanor mientras esperaba la evasiva oferta de matrimonio? El abatimiento amenazó con envolver a Eleanor como una manta húmeda, pero se negó a ceder ante él.

—Lo pensaré.

Lydia la abrazó.

—Hazlo. Iré corriendo a la sombrerería del otro lado de la calle. No tardaré más que unos minutos. ¿Me esperas aquí?

Eleanor sabía que Lydia, en busca de una capota nueva, no se contentaría hasta haber visto al menos veinte.

—Adelante. Aquí estaré perfectamente satisfecha.

Cuando Lydia salió de la biblioteca, Eleanor continuó su búsqueda, preguntándose si lord Worthing recordaría reclamar su mano en Almack's, como había prometido. No parecía ser olvidadizo. Se recordó a sí misma que no debía albergar esperanzas en lord Worthing hasta que él le diera más motivos para hacerlo.

Ah. Aquí estaba *El Ausente*, un libro que acababa de publicarse. Deslizando los dedos por la encuadernación de cuero azul, decidió coger prestado el único ejemplar restante de la biblioteca mientras tenía la oportunidad.

Encontró un asiento y lo abrió, no la novela de Radcliffe que necesitaba terminar, sino la nueva de la señorita Edgeworth. Pasó a la página uno y dejó que el bullicio de la biblioteca se desvaneciera mientras leía la primera página y luego los dos primeros capítulos.

—Señorita Daventry —Eleanor fue apartada de la absorbente historia y levantó la mirada, enfocando el rostro rosado del señor Weatherby—. Señorita Daventry, es un placer encontrarme con usted. Es la primera vez que nos vemos fuera de un salón de baile. Eligiendo un libro, ¿verdad?

Eleanor parecía estar comparando personalidades, porque el joven nervioso encargado de contar los pasos de baile había desaparecido. Ahora había un dandi vestido de manera chillona que mostraba indiferencia.

—¿A todas las jóvenes os gusta leer?

—No a todas —dijo Eleanor con una sonrisa, pensando en Lydia. Se levantó para saludarlo—. Pero al menos a esta sí. A usted también debe gustarle, si está aquí.

La mano del señor Weatherby voló a su pecho.

—No puedo mentirle, señorita Daventry. No soy amante de los libros. Es sólo que mi amigo la vio a través de la ventana y deseaba una presentación. ¿Conoce a lord Delacroix?

Antes de que ella pudiera expresar su sorpresa, el mismo caballero de la ópera, cuyos robustos rasgos desentonaban con sus esbeltas extremidades, rodeó al señor Weatherby e hizo

una leve reverencia. El señor Weatherby prosiguió.

—¿Me permite que haga la presentación?

—Por supuesto —murmuró ella, evaluando el rostro de lord Delacroix en busca de indicios de por qué la estaba buscando.

—Señorita Daventry, estoy encantado de conocerla. He oído hablar mucho de usted.

—¿De verdad? —preguntó, no muy complacida—. Generalmente no se cree que yo suscite mucho interés.

—Oh, la persona que habló de usted estaba *muy* interesada —dijo él con una sonrisa misteriosa—. Bastante interesada, en efecto —hizo una pausa para ver si ella lo cuestionaría más y, al no hacerlo, él se aclaró la garganta—. ¿Asistirá a la fiesta en casa de la señora Maxwell?

Eleanor contestó:

—Hemos recibido la invitación, pero lady Ingram no lo ha considerado oportuno, ya que ambas estamos en nuestra primera temporada.

Lord Delacroix respondió con una sonrisa pícara.

—¿Ah, sí? Usted parece tan experimentada que difícilmente se diría que es la primera.

Eleanor frunció el ceño y fue salvada de responder por el señor Weatherby, quien replicó:

—La señorita Daventry es la viva imagen de la modestia. No haga que me arrepienta de haberte presentado.

Lord Delacroix enmudeció momentáneamente, pero luego dijo:

—Mi ligereza me hace decir cosas extrañas. Le ruego me disculpe. Me atrevo a decir que volveremos a vernos en Almack's. Ahora que hemos sido debidamente presentados, ¿puedo reclamar un baile con usted allí? —ante esta petición, hizo otra elegante reverencia.

El corazón de Eleanor se estremeció ante la idea de conversar con él durante todo el baile, pero no supo cómo negarse. Aliviada, vio a Lydia entrar en la biblioteca y saludar con dos paquetes en la mano.

—Los sombreros aún no están listos, pero encontré justo los guantes que necesitaré para mi traje de amazona, y los conseguí a un precio increíble. Te llevaría allí, pero James está esperando. ¿Estás lista? —sólo entonces notó al señor Weatherby y a lord Delacroix de pie en el pasillo de los libros.

—Estoy lista —dijo Eleanor, y se acercó a Lydia.

—¿Y mi baile? —exclamó lord Delacroix.

Eleanor hizo una pausa.

—Si todavía hay espacio en mi tarjeta —respondió. Lydia asintió a los dos caballeros y la acompañó al exterior. Eleanor no fue capaz de respirar de nuevo hasta que estuvo sentada fuera de la vista contra los cojines del carruaje de Lydia.

Antes de cerrar la puerta, Lydia comenzó.

—Dios mío, ¿entonces conoces a lord Delacroix? ¿*Quién* os ha presentado? Si ha sido el señor Weatherby, no debería haberlo hecho. No se considera a lord Delacroix como la gran cosa, ¿sabes? Es bienvenido en Almack's por su conexión con la princesa Lieven, y por eso, nadie se atreve a ignorarlo. Pero tiene fama de ser bastante brusco. Ninguna madre está dispuesta a permitir que baile con su hija, aunque su fortuna parezca intacta, y *eso* a pesar de su afición a todos los juegos de azar.

Lydia hizo una pausa para respirar después de este monólogo a mil por hora, pero Eleanor permaneció en silencio.

—Te ha hecho prometerle un baile, ¿verdad? Es apuesto.

Eleanor levantó la mirada, alarmada.

—Lydia. No...

—¿Cómo puedo evitarlo? Sabes que me gustan los hombres apasionados y arrogantes, con rizos oscuros y suaves ojos marrones —Lydia sonrió con picardía y, cuando Eleanor siguió mirándola con reproche, finalmente se retractó con una carcajada—. Pero ya soy mayorcita. Seguramente acabaré con alguien respetable, como el comandante Fitzwilliam.

Eleanor se tranquilizó.

—Oh, ¿te gusta? Es tan fiable, y... y bueno.

Lydia replicó:

—No, no me gusta. O... es bastante simpático, pero no me atrae. Será un marido respetable, aunque aburrido.

—¿Eso crees? —preguntó con asombro. Lydia estaba diciendo esto ahora, pero Eleanor había visto la forma en que miraba al comandante Fitzwilliam y estaba segura de que no estaba siendo sincera—. ¿No ves que es alguien cuya atención nunca se desviará, cuyo hogar nunca sufrirá de mala administración, cuyos hijos nunca tendrán que soportar ataques de mal humor?

—Oh, si tanto te gusta, cástate *tú* con él —dijo Lydia, malhumorada. Eleanor se guardó sabiamente sus pensamientos.

LA NOCHE EN ALMACK'S, Eleanor recibió un ramillete rosado de lord Carlton y Lydia recibió tres flores: una peonía blanca del comandante Fitzwilliam, un ramillete amarillo de lord Carmichael y uno rojo de un nuevo pretendiente que Eleanor aún no conocía.

—Oh, tendré que llevar la peonía del comandante Fitzwilliam —dijo Lydia, insatisfecha—. Es la única que hace juego con mi vestido. ¿Cómo sabía él que yo vestiría de púrpura? Cualquiera diría que ha enviado espías para que me sigan hasta la modista.

—Amas las peonías. De todos modos, le informaste sobre tu atuendo la última vez que hizo una visita matutina —le recordó alegremente Eleanor—. Él no necesitaba espías, sólo una buena capacidad de atención, pues ¿cómo puede un hombre escuchar a una mujer hablar tanto de moda y seguir reteniendo la información esencial? No lo sé —no pudo resistir una risita—. Tal vez por eso lord Ingram dice que él muestra mucho compromiso. No se distrae con ninguna de las tretas que las tropas enemigas ponen en su camino. Presiona para asediar la fortaleza.

—¿Me estás hablando metafóricamente, Eleanor? —Lydia se volvió hacia ella, con las manos en la cadera—. ¿Se supone que soy la treta o la fortaleza?

—Eres ambas cosas —le aseguró Eleanor—. Tu treta es aburrir a tu público con cosas como la ropa, que no interesan más que a los hombres más superficiales. Y tu fortaleza es tu corazón y lo que de verdad te importa, si tan sólo alguien pudiera derribar los muros para llegar hasta él.

—*Ejem* —Lydia frunció el ceño—. Esas son puras tonterías.

CAPÍTULO 19



La primera impresión que Eleanor tuvo de Almack's fue decepcionante. Cuando el aire fresco del exterior se hubo disipado y se encontró encerrada en una atmósfera sofocante, notó que las habitaciones eran menos doradas de lo que esperaba y presentaban un aspecto deslucido. Un sorbo de la limonada con almendra ofrecida por lord Ingram no la animó, y las parejas que se arremolinaban en la pista de baile la abrumaron.

Un rayo de esperanza llegó en forma de lord Worthing, quien la vio y se separó de sus hermanas, abriéndose paso por el salón. Se dirigió a ella seriamente con un «señorita Daventry» y una reverencia, pero sus ojos no se apartaron de su rostro. Sólo cuando Lydia le dio un codazo, él se volvió hacia ella.

—Eleanor y yo aún no tenemos nuestras tarjetas de baile llenas, Stratford. Debes solicitar uno.

Lord Worthing levantó la mirada ante la llegada de un ruidoso grupo de jóvenes, lo que hizo que lady Castlereagh frunciera el ceño y se precipitara hacia la puerta. Pareció ignorar la insinuación de Lydia mientras agitaba la mano en dirección a un conocido, y Lydia, olvidando su petición con la misma rapidez con que la había hecho, se dirigió a saludar a un amigo.

Eleanor, a solas con lord Worthing, se encontró conteniendo la respiración —*él no solicitará uno*—, hasta que él volvió su sonriente mirada hacia ella, y ella sintió toda la fuerza de su calidez.

—Señorita Daventry, ya que Lydia no se ha quedado a recibir mi invitación a bailar, ¿podría venir a saludar a mis hermanas? Mi tía se ha declarado indispuesta, y yo soy su único chaperón esta noche.

Eleanor cogió su brazo y recorrieron lentamente la habitación.

—Sus hermanas tienen suerte de tenerlo. Cuando pienso en que usted no tenía ningún interés en venir a Londres... —le sonrió con picardía.

—Difícilmente podría haber escapado de esto —soltó una risita—. Acababa de regresar de la península y estaba en plena negación de mis deberes para con la familia.

—Es comprensible, milord —Eleanor siguió a lord Worthing a través de una abertura en la multitud de gente y exhaló aliviada cuando él la condujo a una zona menos concurrida.

Tiró de ella hacia un lado e inclinó la cabeza cerca de la suya para preguntarle:

—¿Qué opina de Almack's?

—Que la más mínima emoción se convertiría en una carga, y que después de que la multitud se hubiera dispersado, tendrían que despegarme del suelo.

Lord Worthing rio en voz alta.

—Es usted *bastante* bajita.

—Me lo recuerdan muy a menudo —respondió ella con recato, pero su boca se crispó.

—Me ocuparé de que esté protegida. Puede dejar eso en mis manos.

Eleanor era consciente de la felicidad que bullía en su interior, y se estaba esforzando por contenerla. Él no había dicho nada más de lo que la caballería común requería, y ella no interpretaría nada al respecto. En un esfuerzo por mantener a raya sus esperanzas, dirigió la conversación hacia él.

—Ahora que ha regresado a Inglaterra y se ha familiarizado con la propiedad, ¿se siente más a gusto como conde de Worthing?

Sin embargo, él la sorprendió con una risa y desvió sus esfuerzos al volver a centrarse en ella.

—¿Querrá decir si soy más educado? El veredicto es claro. Usted y yo estamos ahora en términos amistosos, pero no recuerdo haber obtenido un perdón. Cuando me haya perdonado, me atreveré a responder afirmativamente.

Se unió a él en su risa, pero mientras la acercaba a sus hermanas, Eleanor temió correr más peligro que nunca de perder el corazón.



FRANÇOIS DELACROIX HABÍA LLEGADO ANTES que Eleanor Daventry y buscaba una oportunidad para hablar con ella. Vio a Worthing acompañando a Eleanor hacia su familia antes de ir a hablar con lady Sefton. Hasta un tonto sabía lo que eso significaba, y él no era tonto. Si Worthing estaba presentando a la señorita Daventry a una patrocinadora, era para que la joven obtuviera permiso para bailar el vals con él. Bueno, Delacroix también conocía a una patrocinadora, y tal vez podría superar al conde en el primer baile. Vio a la princesa Lieven y pensó que la mujer no tendría inconveniente en hablar con él en este momento.

—*Bonsoir*, princesa —dijo, inclinándose sobre su mano.

—*Oui, bonsoir. Qu'est ce que vous voulez* —sus ojos se entrecerraron mientras inspeccionaba a la multitud.

No fue un comienzo prometedor, y decidió ir directo al grano.

—Princesa, ¿me presentaría a la señorita Daventry, quien está cerca de lord Worthing? Deseo bailar el vals con ella, y no me atrevo a pedirselo sin antes tener su permiso.

—Delacroix, no estoy contenta contigo —respondió la princesa a su manera brusca. Lanzó una sonrisa nerviosa a Dunhill, quien bailaba el reel escocés con tal entusiasmo que resultaba casi absurdo. Él la saludó desde un costado, ajeno al espectáculo que estaba dando. Lord Delacroix sabía que para ella suponía un sacrificio permitir la entrada a ese hombre simplemente porque les gustaba a las demás mujeres, y a él le producía una perversa satisfacción que ella no se saliera con la suya en todo.

—Princesa, *mais qu'est ce que j'ai fait*? Qué he hecho para disgustarla? Sabe que valoro demasiado su buena opinión.

Ella giró un hombro huesudo hacia él.

—Se ha corrido la voz de tu *déroute* en la sala de juego el miércoles por la noche, e incluso hubo rumores de trampas. No te presenté en sociedad *pour ce genre de choses*.

Él le dirigió una mirada suplicante.

—Princesa, *en toute franchise*, he tenido una racha de mala suerte. La peor —tiró de sus propios guantes—. Pero si hubiera habido trampas, se habrían descubierto. Todas las acusaciones han fracasado, y aún no me he quedado sin un céntimo. Sigo siendo... *honorable*.

—Ser muy adicto a los juegos de azar es negativo, y la gente espera que seamos nosotros quienes dictemos las reglas de la alta sociedad. Pronto me arrepentiré de haberte aceptado —la princesa Lieven levantó la barbilla y sus ojos se clavaron en los de él en señal de desafío.

—No la deshonraré, *je le promets* —Delacroix miró su semblante rígido y decidió arriesgarse —. ¿Me presentará a la señorita Daventry?

—No conozco a ninguna señorita Daventry, ni le he extendido una invitación. *Bonne soirée*, milord.

LORD CARLTON también había visto a Worthing recorriendo el lugar con la señorita Daventry para hacer las respectivas presentaciones, y su pausa con lady Sefton. Vio una oportunidad con lady Jersey, quien acababa de despedirse del presidente de la Cámara.

—Buenas noches, lady Jersey —dijo con una reverencia—. ¿Está acumulando sabiduría esta vez o impartíendola?

Lady Jersey esbozó una sonrisa indulgente y respondió con evasivas.

—Lord Carlton, usted ha nacido para la política, como pocos. ¿Debería aceptarlo?

—Por supuesto. Con usted como defensora, estoy seguro de tener éxito —respondió alegremente Carlton, pero lady Jersey le dirigió una mirada calculadora.

—Es joven para la política, pero ha habido otros que empezaron a su edad. Algunos más jóvenes. Entonces, ¿su madre no está contenta? ¿No será soldado? ¿Nada de política? —su tono contenía suficiente burla para hacer la pregunta conspirativa sin insultar a lady Carlton.

—A ella no le gusta ninguna de las dos opciones. Es verdad —Carlton suspiró, observando a las parejas que se arremolinaban frente a él—. Pero, por supuesto, elegiré mi propio camino cuando lo tenga claro —miró a la señorita Daventry, quien ahora hablaba con las hermanas de lord Worthing, y vio que él ya no estaba con ellas.

—Por supuesto que lo hará, joven —lady Jersey aceptó un vaso de limonada de una bandeja a su alcance—. Creo que haría bien en casarse joven antes de embarcarse en la política. No todos los hombres están preparados para elegir esposa a tan temprana edad, pero usted ha nacido responsable. Y ya era así antes de alcanzar la mayoría de edad. Su mujer debe tener la gracia suficiente para moverse en los principales círculos y la inteligencia para guiarlos —la mujer siguió su mirada, y sus ojos se entrecerraron con astucia mientras recorría el grupo y se detenía en la señorita Daventry—. ¿Y quién es esta mujer que ha elegido? Porque supongo que por eso ha venido a hablar conmigo esta noche.

—Ella es la señorita Daventry, una heredera de ingresos moderados, y poseedora de gracia e inteligencia —sus ojos brillaron.

—Ah. La pupila de lord Worthing —Carlton le lanzó una mirada de sorpresa, pero lady Jersey prosiguió—. Creo que su caso es grave. Su fortuna no es despreciable, pero usted no la necesita. No posee la belleza de otras debutantes. Y sin embargo, la ha elegido.

—¿No se la considera hermosa? No me había percatado de ello —miró hacia los músicos, que entonaban un vals—. Esperaba que pudiera ayudarme y presentármela para poder reclamar su mano para este baile.

Lady Jersey abrió su abanico.

—En la política, hay un tiempo para pronunciar discursos enardecedores, y hay un tiempo para trabajar entre bastidores si desea que su misión tenga éxito. Esto es algo que debe aprender. Creo que llega demasiado tarde —hizo un gesto con el abanico hacia donde lady Sefton hablaba con la señorita Daventry, quien luego colocó la mano de esta en el brazo de Worthing con una

amable sonrisa para ambos. Carlton apretó los dientes mientras lord Worthing conducía a la señorita Daventry a la pista de baile.

INGRAM HABÍA estado sumido en sus pensamientos desde su llegada a Almack's. Dentro de una semana, el viernes, se reuniría por primera vez con el jinete de Le Marchant, y tenía que ordenar la información que debía enviar. Sería prudente hacer un duplicado, aunque eso supondría una maldita cantidad de trabajo, y no sería algo que pudiera confiarle a nadie más. Una fuerte voz en su oído lo sacó de su contemplación, y se percató de su entorno.

Al darse cuenta de que Anna Tunstall no estaba bailando, se acercó a ella. Como lo haría con cualquier otra mujer.

—Anna, ¿me harías el honor de bailar este vals?

—Por supuesto. Sería muy injusto que la señorita Daventry fuera la única de nosotras en bailar el primer vals de la noche. Sólo está aquí por invitación especial porque conoce a su familia. No es como si fuera una antigua integrante de la alta sociedad.

—¿No te agrada? —Ingram colocó su brazo alrededor de la cintura de Anna, pero frunció el ceño ante sus palabras—. Habría pensado que tendría más compasión de ella. No tiene protectores.

—Aparte de usted —corrigió Anna—. No es *ella*, per se. No me gusta que el viejo conde la haya incluido en nuestra familia. Y que haya heredado la parte de la hacienda que quedará inoportunamente en manos de otra persona. A menos, supongo, que la persona en cuestión sea el señor Amesbury. Pero yo no se lo desearía a ella.

—Yo tampoco —Ingram esbozó una sonrisa ausente mientras la guiaba por la habitación, con la mente en otra parte.

Habían dado dos vueltas a la habitación sin conversar, y se percató de su falta de concentración cuando Anna sonrió y levantó los ojos hacia los suyos en lo que él reconoció como pura picardía.

—Bueno, Ingram. ¿Tienes algún crimen reciente que compartir conmigo, o te deleitaré con lo que sé? Gilly ha abandonado por fin a su prostituta, y ella le ha exigido una suma que probablemente le haga perder su dinero...

—¡Anna! —los pasos de Ingram vacilaron—. Este discurso no es apropiado. Te agradeceré que no entres en este tipo de conversaciones con mi hermana.

Anna levantó una ceja altiva, pero sus ojos eran alegres.

—Muy bien, milord —siguió sus giros dos veces antes de añadir—: Pero he obtenido noticias de ella.

CAPÍTULO 20



Lord Worthing condujo a Eleanor a un lugar en el centro de la habitación, y ella se enfrentó a él, consciente de su firme presencia mientras él inclinaba la cabeza hacia la suya. La presión de la mano del hombre sobre su espalda era ligera, y cada nervio hormigueaba ante su proximidad. Entonces la música empezó. Ella sabía bailar el vals —lo había aprendido en la escuela—, pero esto no se parecía en nada a bailar el vals con la profesora de danza de cintura gruesa que olía a salchichas. Esto era magia.

Las luces y los sonidos vibraban, los colores de las otras parejas giraban, y la música impulsaba sus movimientos mientras lord Worthing la sostenía, con los pies en la tierra, mientras se movían. Eleanor giró en sus brazos y sus miradas se cruzaron mientras la guiaba por el suelo. Ella sabía que debía hablar. Una buena pareja de baile debería decir algo, pero no encontró nada que decir que no fuera tan rutinario como para romper el hechizo. Él tampoco habló, sólo la acercó hasta que sus latidos vibraron al unísono y sus pasos coincidieron.

La música terminó demasiado pronto y la habitación dejó de girar. Eleanor devolvió la mirada a lord Worthing, quien permanecía inmóvil, con los ojos examinando cada centímetro de su rostro. Las comisuras de sus labios se torcieron, aunque pareció algo difícil para él.

—Gracias, señorita Daventry.

Ella respondió con una inclinación de cabeza, y lord Worthing la condujo en silencio fuera de la pista de baile. Permanecieron al margen durante un minuto entero antes de que él se volviera hacia ella y sonriera. ¿Cómo podía un hombre de rasgos tan rígidos y severos tener una sonrisa tan cálida?

—Señorita Daventry, usted baila muy bien. Si no se alojara con Lydia, quien ya debió haberle enseñado, no me habría atrevido a pedirle permiso a lady Sefton para invitarla a bailar el vals.

Ella igualó su tono ligero.

—La academia de la señorita Spencer era bastante progresista, se lo aseguro. Contrató a un profesor de baile que nos instruyó en todo, incluido el vals. La señorita Spencer supo antes que las matronas locales que el baile se pondría de moda y no quería que una de sus alumnas la avergonzara.

—¿Y quién era su profesor? —él frunció el ceño, y ella se permitió el lujo de preguntarse si era por celos.

—Oh, un señor mayor con barriga. Aunque sus pies eran ágiles —sonrió cuando lord Worthing soltó una carcajada.

En el borde del salón, la señorita Broadmore se abrió paso entre la multitud, y Eleanor sintió un destello de irritación. *Seguro que ella también estará deseando bailar.* Centrándose de nuevo

en lord Worthing, dijo:

—Gracias por honrarme con su invitación. Sé que hay algunas mujeres que aún esperan pareja.

—El honor es mío —respondió con una reverencia—. Permítame llevarla a la mesa de refrigerios. Creo que Lydia me ha dicho que aún no tenéis otros bailes programados.

—De hecho, lord Carlton ha solicitado la primera cuadrilla, y tanto el señor Braxsen como el comandante Fitzwilliam han prometido acercarse. El señor Weatherby ha tenido la amabilidad de ofrecerse también. Conseguir pareja no ha sido tan difícil como imaginaba —Eleanor aceptó la copa que él le tendió y luego confesó—: No soy tan ingenua como para pensar que mi herencia no influye de ninguna manera, aunque usted insinuó una vez que ni siquiera eso sería suficiente —la picardía que danzaba en sus ojos desmentía su delicada boca.

Lord Worthing respondió a su comentario ingenioso con una débil sonrisa, pero sus palabras fueron serias:

—Señorita Daventry, no le he hecho justicia. No solo he actuado horriblemente con usted. En ese momento no vi su valía.

Sus palabras despertaron calidez en su corazón. Eleanor se volvió para contestar, pero la mirada de lord Worthing estaba fija en lord Carlton, quien se dirigía hacia ellos. Ella dejó escapar un silencioso suspiro de decepción.

El conde también debió de notar su cambio de humor, porque cuando habló, su voz tenía cierta dureza.

—Dejarla en manos de un cazafortunas o de alguien demasiado inexperto para comprender su valor representaría un desperdicio de sus admirables cualidades. Me corresponde cuidarla como cuido a mis hermanas. O a Lydia. Me siento responsable de velar por su bienestar.

Los ojos de Eleanor se abrieron de par en par ante las palabras indiferentes que habían llegado tras semejante elogio, pero tuvo suficiente dominio en su voz para dar una respuesta suave.

—Milord, ¿qué le hace pensar que necesito su ayuda? Estoy bajo el patrocinio de lady Ingram, y por relación, de lord Ingram. Él disuadirá a cualquiera que no sea apropiado —esbozó una sonrisa insulsa y, al darse cuenta de que lord Carlton había sido detenido por alguien, le hizo una seña a Lydia, quien acababa de volver al margen de la pista de baile.

—Lydia, ¿a quién has encontrado como pareja para el vals? —ella volvió el hombro hacia lord Worthing. *Que reflexione ahora sobre si ha elegido sus palabras con cuidado.*

—El duque de Roxburgh —dijo triunfalmente Lydia—. Le pidió a la señora Drummond-Burrell que me presentara. Y ahora soy libre para aceptar otras invitaciones. Ah, ¿Stratford? Si ves que estoy fuera de la pista de baile, vendrás y reclamarás mi mano, ¿verdad?

—¿Hmm? —lord Worthing no estaba prestando atención, y la pregunta de Lydia hizo que su mirada volviera a la de Eleanor—. Sí, sí, por supuesto. Si no estás bailando, y estoy libre, te lo preguntaré. Ahora, si me disculpáis. Veo que Anna sigue hablando con Ingram, y aunque es bastante inofensivo, la alta sociedad podría no verlo de esa manera —se alejó, con la mirada fija en su hermana.

Lydia miró a Eleanor, quien había empezado a escudriñar la habitación en busca de una fuente de aire fresco.

—Me alegro de que hayas podido bailar el vals con Stratford. Te ha hecho un *gran* favor. Ahora cualquiera puede sacarte a bailar —estrujó la mano de Eleanor.

—Desearía que él hubiera guardado sus amables gestos para otra persona —Eleanor levantó la barbilla, dividida entre sentimientos de irritación y una sensación de ridiculez. A pesar de

todas sus cualidades más amables, no podía decirse que el conde fuera un ejemplo de sensatez. Bueno, ella *había* dicho que se esforzaría por hacer caso omiso de sus palabras—. No necesito un defensor en lord Worthing. Ven, hace mucho calor aquí. ¿No podríamos ir al rincón en busca de aire?

Lydia, quien llevaba un vestido de lo más favorecedor, tuvo que sacrificar su propia disposición frente a la amistad y seguir a su amiga. No habían recorrido ni la mitad del camino hacia la puerta cuando la señorita Broadmore les impidió el paso.

—Qué encantadoras están las dos esta noche —dijo la señorita Broadmore con voz suave—. Señorita Daventry, ¿verdad? Ha tenido la suerte de conseguir la atención de un par en su primera temporada. Ahora no debe temer no encontrar pareja.

Lydia devolvió la brillante sonrisa con una propia.

—Oh, no le han faltado parejas, se lo aseguro.

—No... ¿es verdad? —la señorita Broadmore se abanicó lentamente, sin apartar la mirada de Eleanor—. Supongo que una herencia hace que cualquiera sea atractivo para la alta sociedad. ¿Dónde vive? —sus labios se entreabrieron, mostrando pequeños dientes perlados.

—En el 28 de Grosvenor—Lydia esbozó una sonrisa de suficiencia—. La residencia Ingram. Ahora, si nos disculpa, íbamos a coger aire.

Después de cinco minutos alejada del bullicio, respirando el aire fresco que entraba por las ventanas que Lydia había abierto de un tirón, Eleanor empezó a encontrar la calma interior. Examinó desapasionadamente todo lo que lord Worthing había dicho, ignorando sus sentimientos rebeldes del baile que habían tenido juntos, y se reprendió por pensar que él había empezado a buscar su compañía porque era algo que apreciaba.

Le parecía gracioso que él hubiera hablado una vez más sin pensar, porque estaba segura de que acabaría dándose cuenta y de que, cuando lo hiciera, se sentiría contrariado. El hombre lucharía por decidir qué camino seguir. *Ofrecer a la señorita Daventry la disculpa que se merece u obedecer su orden de desistir por completo de las disculpas.*

Sin embargo, debía encontrar el humor en toda esta situación porque no podía permitirse soñar con un futuro con lord Worthing cuando estaba claro que él no había decidido tener uno con ella. Sospechaba que él sentía cierto grado de atracción. La forma en que el aire vibraba entre ellos era difícil de ignorar. Pero esta no era la conversación de un hombre decidido.

—Eleanor, estás muy callada. ¿Te encuentras mejor? —Eleanor sabía que Lydia estaba haciendo un esfuerzo heroico al esperar pacientemente a que se recuperara, al tiempo que los caballeros probablemente la buscaban en vano.

—Estoy recuperada. Gracias por acompañarme —Eleanor se acercó y cerró la ventana, deseando dejarlo todo como lo había encontrado, y entrelazó su brazo con el de Lydia. Entraron en la masa de gente y Eleanor siguió los pasos de Lydia. Si tan sólo pudiera encontrar a alguien agradable, podría refugiarse allí el resto de la velada.

Lord Delacroix las interceptó a ambas.

—Buenas noches, señorita Daventry. Venía a pedirle su mano para el próximo vals. ¿Me haría el honor?

A Eleanor no se le ocurrió ninguna razón para negarse, aunque lo deseaba.

—Aún no he llenado mi tarjeta de baile —dijo, y se la entregó. Él escribió su nombre para el siguiente vals.

—*A toute à l'heure* —dijo, con un guiño, y se despidió sin pedir que Lydia le fuera presentada. Ella no se ofreció.

—Hmm —dijo Lydia—. Un *vicomte*, ¿verdad? Tiene unos rasgos tan... imperiales, que

ahora no están de moda. Aun así, me resulta agradable mirarlo. Y parece estar interesado en ti. Mi querida amiga, sabía que causarías furor en Londres.

—Oh, Lydia —dijo Eleanor, desanimada—. No sabías tal cosa. Es esa maldita herencia.

—¿Maldita? Conseguirás un gran matrimonio gracias a ella —Lydia estrujó el brazo de su amiga.

—Sí —dijo Eleanor con tristeza—, pero no será por amor.

STRATFORD NO ERA BUENA COMPAÑÍA. Sus hermanas estaban muy ocupadas con un baile tras otro. Lydia parecía haber desaparecido, junto con la señorita Daventry; las dos estaban siendo solicitadas para cada baile. No le había gustado la forma en que había dejado las cosas con la señorita Daventry. Tal vez había hablado sin darle importancia a sus palabras, pero al ver a Carlton dirigirse hacia ella, había sentido toda la fuerza del error que supondría ese emparejamiento. Un error en todos los sentidos... excepto, quizá, en lo que dictaba la lógica cuando un hombre idóneo buscaba a una joven igualmente idónea para el matrimonio. Eran sólo sus propios sentimientos los que se rebelaban ante la idea de Carlton y la señorita Daventry juntos.

Matrimonio. Él mismo no podía considerar tal perspectiva hasta tener su propia vida en orden. Su insensata propuesta a la señorita Daventry en Worthing sólo se había producido por su sorpresa tras haber visto a Judith tan pronto a su regreso, por estar doblemente abatido bajo el peso de un título de noble y el inesperado giro de la herencia que implicaba a la señorita Daventry; y porque había estado completamente borracho. Hasta que no estuviera totalmente dispuesto a considerar la idea de buscar esposa, no era justo para la señorita Daventry presentarse como un pretendiente serio. Seguramente ella apreciaría su desinterés y la protección de sus sentimientos y su futuro.

Había asegurado su corazón tras su decepción con Judith, y nadie se había acercado a cruzar la verja. Hasta ahora. Stratford pensó en la señorita Daventry en sus brazos mientras bailaban el vals, con su dulce aroma, sus ojos cerrándose cada vez que giraban y la expresión de pura alegría en su rostro que derretía sus defensas. La visión no abandonó sus sentidos durante algún tiempo.

LORD DELACROIX LLEGÓ a tiempo para reclamar su vals, y Eleanor no experimentó placer alguno al ser abrazada tan estrechamente. Cuando lord Worthing la sostuvo, el acto se sintió íntimo sin llegar a comprometerla. Cuando lord Delacroix la estrechó entre sus brazos, se sintió enferma. Cualquier intento de crear distancia sólo conseguía que bailaran con más torpeza. Esta no era la sensación de estar volando que había experimentado con...

—Tal vez me he precipitado al buscar una presentación —comenzó lord Delacroix—, pero deseaba conocerla después de oír sus elogios en el barrio más singular.

Eleanor miró desesperada hacia los laterales de la pista para ver si había alguien con quien pudiera permanecer de pie cuando terminara el baile. Había más de una joven mirándola con algo parecido a la envidia. Al parecer, no todas las debutantes tenían grandes aspiraciones matrimoniales. Algunas, como Lydia, se sentían atraídas por el aspecto arrogante y apasionado de su pareja.

—¿No me va a preguntar quién es el creador de sus elogios? —bromeó él.

Su mirada se clavó en la de él.

—No me interesa oír mi nombre entre la multitud. No deseo saber más.

—Me malinterpreta, señorita Daventry. Los elogios vinieron de una persona sin malas intenciones. Estuve en París. Fue... oh, parece que han pasado diez años. Yo era un novato entonces —la miró, pero ella no parecía estar comprendiendo—. Y conocí a una mujer que debía ser diez años mayor que yo; una mujer cuyo nombre en el pasado había sido Daventry. Estaba en compañía de *le Comte* de Chambourd —se inclinó, como si quisiera revelar un secreto—. Era un amigo particular de mi familia, el conde, y aunque no lo llamaré tonto por elegir volver a Francia cuando cualquiera puede ver que su posición allí no era la más segura, diré que era *un bon vivant*. Es una pena que no haya vuelto a saber de él.

El pulso de Eleanor latía de manera irregular en su garganta. La oscuridad amenazaba con nublarle la vista, pero la apartó a fuerza de voluntad. Con los labios apretados, se obligó a mirarlo.

—Su madre era exquisita —susurró la última palabra, girándose y arrastrándola con él—. Los hombres recibían su favor como una bendición, aunque reconozco que era muy devota a su conde.

Eleanor deseaba que la canción terminara, y no fue capaz de montar una escena, como tampoco pudo liberarse de su agarre.

—Usted no se parece a ella —dijo reflexivamente—. No en apariencia. Pero tal vez sí en temperamento —sonrió—. Como he dicho, estaba deseando conocerla.

Eleanor no habló hasta que el vals hubo terminado, menos de un minuto después. Lord Delacroix le dedicó una inclinación de cabeza y ella hizo una reverencia, manteniendo la farsa hasta el final. Ya había recibido insultos y desaires de niña, y sabía cómo soportarlos. Afortunadamente, la decisión de su tutor de escolarizarla en un condado lejano la libró de más reproches. Llevaba tiempo sin verse obligada a disimular el miedo, la rabia o la tristeza ante rostros deseosos de participar en su ruina.

Ella cogió su brazo mientras se dirigían a los laterales y habló durante los cortos pasos que dieron hasta llegar allí.

—Lord Delacroix, no fui criada por mi madre. Mi tía, mi niñera y las maestras de una selecta academia de señoritas me criaron, todas ellas cuidadosamente elegidas por mi tutor, el cuarto conde de Worthing. Se equivoca en la interpretación de mi persona, y le estaré muy agradecida si no solicita conversar conmigo en el futuro. Buenas noches.

CAPÍTULO 21



Stratford contemplaba el rayo de sol en la mesa junto a su asiento en White's. Normalmente la sala necesitaba velas en los candelabros, incluso a la luz del día, pero hoy el sol atravesaba el sombrío interior de la habitación. Sin embargo, no consiguió penetrar en su ánimo mientras seguía luchando con lo que estaba llegando a identificar como *el dilema*. ¿Estaba dispuesto a aferrarse a su libertad como soltero y arriesgarse a perder para siempre a la señorita Daventry?

Seguramente ella podría esperar hasta que él estuviera más seguro de sus sentimientos, ¿cierto? Mientras tanto, su atención hacia ella era lo suficientemente evidente como para mostrar interés sin dar motivos indebidos de esperanza. No trataba a todas las jóvenes con el mismo cariño que a sus propias hermanas. Y, después de todo, estaban relacionados de alguna manera. Era evidente que su tío sintió la necesidad de continuar su tutela desde la tumba. Si no, ¿por qué le daría a la joven una parte tan lucrativa de su propiedad? Stratford hizo una pausa. *En efecto, ¿por qué?* Tendría que ver si Billings sabía algo más de la historia. El mayordomo había estado al servicio de su tío desde que era un niño.

Una visión de la señorita Daventry la noche anterior con un vestido de un color crema tan pálido que parecía como si la tela fuera una extensión de su piel, cruzó ante sus ojos. La señorita Daventry parecía elegante hasta que sonreía. Entonces, sus ojos entrecerrados y sus dientes blancos y desiguales, que se extendían entre dos hoyuelos perfectos, transformaban su aspecto en uno travieso. Coqueta. Resultaba extraño que los recuerdos que tenía de ella en su casa, con un sencillo vestido marrón, le encantaran tanto como los de ella luciendo sus mejores galas. Se la imaginó en la cocina, pidiéndole a la cocinera polvos para el dolor de cabeza, y una sonrisa reacia apareció en su rostro. Por muy nerviosa que se hubiera mostrado, parecía pertenecer a ese lugar.

La puerta se abrió y Stratford levantó la mirada, respondiendo con un gesto mecánico al saludo del señor Braxsen. Este indicó la silla vacía con una elevación de cejas, y Stratford respondió:

—No, no está ocupada. Adelante.

El señor Braxsen bajó su sombrero de copa alta y apoyó su bastón contra la mesa.

—¿Vas a ir a la pelea de gallos del viernes?

—No —dijo Stratford de modo cortante—. No me interesan. ¿Y tú?

—Aborrezco ver un baño de sangre, aunque sólo sean animales. Sin embargo, parece que estoy solo en mi desdén. Eres el primero que conozco que se la perderá. ¿Ingram asistirá? —el señor Braxsen jugueteó con el borde del diario descartado sobre la mesa de madera oscura.

Stratford se encogió de hombros e indicó al camarero que trajera otra copa. Se inclinó hacia adelante.

—Braxsen, ¿piensas en la península? ¿Eres capaz de olvidarla mientras estás aquí?

El señor Braxsen golpeó suavemente los dedos contra la mesa, parecía aburrido, pero hizo una pausa antes de contestar.

—Pienso en ello lo suficiente como para no tener ningún deseo inmediato de volver.

El camarero apareció, y Stratford se recostó mientras servía una copa para él y luego para el señor Braxsen.

—Te perdí la pista mientras estuviste allí. ¿A qué lugar fuiste asignado?

—Llegué en 1809 y seguí el rastro desde allí. Estuve en todas las batallas importantes, excepto en Badajoz, cuando me enviaron con un par de compañeros como retaguardia innecesaria.

—Oh, esa fue mala. Yo estuve allí —Stratford dio un sorbo a su bebida, con los ojos caídos—. Te perdiste un sangriento desastre. Me alegro de que no estuvieras allí para verlo.

—No —dijo el señor Braxsen, apartando el diario y recostándose—. Pero mi hermano murió allí. Encontré su cuerpo en el camino de regreso al regimiento. No parecía estar cerca de la lucha, y no se me ocurre cómo llegó a ese lugar.

—Lo siento —dijo Stratford, bajando su vaso.

—¿Qué división dirigías? —preguntó el señor Braxsen cuando el silencio se prolongó lo suficiente.

—Lideré el 94º Regimiento de Infantería. Estuve con ellos hasta que me marché. Seguiría con ellos si volviera. ¿Y tú?

El señor Braxsen se encogió de hombros.

—Iré al mismo regimiento que abandoné. Mi padre no me dejó lo que podría llamarse una fortuna, así que tengo pocas alternativas. Pero por ahora, pasaré el tiempo contemplando la comida y la bebida selectas de los clubes, y la sensación de tener los bombachos limpios —intentó esbozar una sonrisa que a Stratford le pareció resignada—. Así que tu tiempo allí ha terminado —añadió el señor Braxsen—. Con la herencia y el título...

—He sido destituido —dijo Stratford—. Me gusta ver un trabajo bien hecho y lo habría seguido hasta el final de la guerra. Pero en mi caso, no hay nadie que pueda heredar. Ya es hora de que siente la cabeza y produzca un heredero —se recostó, con los labios curvados, y supo que su rostro revelaba más de lo que deseaba.

—El deber nos llama a cada uno de una manera diferente —dijo el señor Braxsen, con una voz cargada de ironía. Empujó la silla hacia atrás como si fuera a marcharse, pero Stratford lo detuvo.

—Creo que es la primera vez que te veo sin el comandante Fitzwilliam. Hiciste bien en traerlo a Londres. ¿Cómo te hiciste amigo de él? Es de Norfolk, ¿verdad?

El señor Braxsen acarició el mango de plata de su bastón.

—Se topó por casualidad con ese enviado nuestro de la retaguardia mientras estaba de misión. Y aunque no vimos ninguna acción desde el lugar previsto, nos dispararon desde los árboles en la ladera. Fitz salió en medio del tiroteo para arrastrarme a la roca que nos protegió de los hombres de Boney. Me dieron un permiso porque estaba herido, y él vino al mismo tiempo con información que llevar a Londres. Al menos eso es lo que supongo que es cierto —se encogió de hombros—. Creo que aún se siente responsable de mí.

Stratford aceptó esto con un movimiento de cabeza. No le sorprendió. Había visto una buena cantidad de valor demostrado por hombres comunes, y el mayor Fitzwilliam había nacido para liderar. La puerta se abrió y lord Delacroix entró en compañía del marqués de Egerton.

El señor Braxsen bajó la voz.

—Pensarás que soy anticuado, pero sigo sin entender cómo fue aceptado en White's. Con la guerra que hay, yo, por mi parte, no me fío de los franceses, ni siquiera de uno que se haya criado en suelo inglés.

—No eres el único que piensa así. Pero el mayor peligro no reside en los franceses que han hecho su hogar en Inglaterra. A veces son más leales que los ingleses —Stratford se levantó, ofreciendo su mano—. Debo marcharme. Tengo algunos asuntos pendientes.

Se detuvo en casa para que enjaezaran sus caballos, decidiendo que era un momento oportuno para visitar a Ingram. *Esta vez no molestaré a la señorita Daventry*. Sin embargo, cuando Stratford estaba siendo conducido a la biblioteca, no pudo resistirse a mirar a través del vestíbulo para ver si la puerta del salón estaba abierta. No lo estaba.

Ingram se levantó cuando entró.

—¿Una copa?

—No, bebí una en el club. He venido sin ningún propósito, te lo advierto —dijo Stratford, riendo—. Oh, supongo que el rato que he pasado con Braxsen me ha puesto lo bastante melancólico como para traerme aquí. Hay soldados de permiso que no desean volver —anunció con ironía—. No son conscientes del incansable trabajo que supone ocuparse sólo de los asuntos propios —levantó los ojos hacia su amigo—. ¿Tienes planes de volver al campo?

—No me importaría, pero el trabajo aquí es demasiado delicado para entregárselo a otra persona —Ingram preparó la carta que acababa de escribir y, cuando hubo cerrado el sobre, derretió un poco de cera y presionó su anillo para sellarla.

Stratford se quedó mirando por la ventana, dispuesto a dejarse llevar por su ensueño, pero Ingram lo interrumpió.

—Así que no quieres quedarte aquí y sentar la cabeza. Es una faceta tuya que me sorprende ver. No, no... —Ingram extendió la mano en un gesto apaciguador—. No te considero un cobarde, ni un holgazán. Es sólo que... desde que te conozco, lo único que querías era llevar una vida tranquila. Casarte, formar una familia y establecerte. Entiendo que te hayas alistado. Nadie podría culparte. Pero ahora tienes la oportunidad de formar una familia, y me sorprende ver que sigues luchando contra ello. No todas las mujeres son Judith, ¿sabes?

Stratford se apoyó en el reposabrazos, con la barbilla contra su mano.

—Mi corazón no está puesto en ello —dijo finalmente—. Nada es tentador cuando es forzado.

—Elimina la presión —aconsejó Ingram—. No tienes más necesidad de casarte ahora que cuando tenías veintiún años. No importa si la finca va a parar a manos de un primo lejano al que ni siquiera conoces. ¿Por qué debería preocuparte eso? Búscate a alguien con quien te guste hablar.

Stratford lo miró con extrañeza.

—¿Eso es lo que tú harías?

Ingram se encogió de hombros.

—Bueno... cuando se presente la cuestión... —su voz se apagó y su mirada se desvió hacia un punto de la ventana.

Stratford pensó que no diría nada más, pero Ingram retomó el tema.

—Así que Braxsen no quiere volver. ¿Has oído algún rumor sobre gente descontenta con la guerra? ¿O de otros que lo estén? En otras palabras, ¿alguna pista?

—Nada inusual. Creo que Braxsen está molesto porque su hermano fue asesinado en Badajoz. Está descontento con la presencia de Delacroix en el club, aunque no sé por qué motivo se queja ahora. Delacroix lleva siendo miembro casi tanto tiempo como yo.

—No me sorprende —respondió Ingram—. Como solía decir mi padre, la compasión que la última generación sintió hacia los monárquicos prófugos llega naturalmente a su fin cuando los dos países entran en guerra. Algunos de los que se han reinstalado aquí nunca perdieron su herencia.

—No —dijo Stratford—. Pero Delacroix no es uno de ellos. Que yo sepa, no tiene lazos con Europa.

—¿No fue de visita en 1802? —Ingram cogió la carta que había sellado y la golpeó contra la palma de su mano.

—Yo todavía estaba en Cambridge. No lo conocía en esa época —Stratford, al ver que Ingram recogía sus guantes, se puso en pie—. La gente suele estar nerviosa en la guerra. Se les pasará en cuanto consigamos la victoria y los jóvenes se marchen de nuevo a su Grand Tour.

—Guarda ese sentimentalismo para las mujeres —dijo Ingram—. Sabes tan bien como yo que esta victoria está lejos de ser segura.

—Quizá mejor, ya que estuve más tiempo en el campo —replicó Stratford—. Pero la fe consiste en estar seguro de lo que no se ve. Y donde no hay fe, no hay victoria —se colocó el sombrero y se volvió hacia la puerta.

En cuanto entraron en el pasillo, Stratford chocó contra Eleanor Daventry, de modo que tuvo que colocar la mano en su brazo para sujetarla. La señorita Daventry dio un paso atrás, pero él fue incapaz de apartar la mirada.

—¿Adónde os dirigís, señoritas? —preguntó Ingram.

Lydia contestó.

—Íbamos a hacer unas compras...

—Qué sorpresa —dijo Ingram.

—...es para la fiesta de esta noche, así que no tenemos tiempo que perder —continuó Lydia, como si su hermano no la hubiera interrumpido.

Ingram cogió su capa del lacayo.

—Entonces os escoltaremos hasta el carruaje.

—Pensábamos ir a pie. ¿Te importaría acompañarnos? Así podrás decirme si es cierto lo de las apuestas que se hacen en Brooke's sobre si Mary Wexby le dirá que sí al señor Sutherland —Lydia terminó de atarse el sombrero bajo la barbilla y dirigió una mirada inquisitiva a su hermano.

—¿Cómo te enteras de estas cosas? —Ingram sacudió la cabeza, no del todo complacido, mientras extendía el brazo para acompañar a su hermana.

En la calle, Stratford se colocó junto a Eleanor y, tras una pausa, dijo:

—Por favor, coja mi brazo, señorita Daventry, a menos que vuelva a estar en su lista negra después de prometerle que la entregaría al primer pretendiente.

Ella le lanzó una mirada de sorpresa y luego bajó la mirada para ocultar su sonrisa.

—No, milord, ¿por qué iba a estar en esa lista? ¿Qué ha hecho usted, aparte de su ayuda en Almack's para situarme ante los ojos de la alta sociedad? Ha sido muy generoso por su parte.

Eso lo irritó un poco, sólo porque ella le estaba devolviendo sus propias palabras. Se esforzó por pensar en una respuesta adecuada que transmitiera que sus acciones no eran simplemente altruistas. Caminaron en silencio antes de que él dijera:

—Sólo sería generoso si yo exagerara su valor. Pero usted, señorita Daventry, es una joya de valor incalculable, y es apropiado que todo el mundo lo sepa —él miró su rostro apartado y vio que sus labios esbozaban una sonrisa. Así que le había gustado lo que él había dicho. No todo estaba perdido.

Sin embargo, sus siguientes palabras fueron desalentadoras.

—Es el tipo de cosas que un hermano podría decir, entiendo, para reforzar la confianza de una hermana. Se lo agradezco, porque sus palabras tienen más peso viniendo de un lugar desinteresado.

Una vez más, él tuvo problemas para responder. A pesar de sus reservas sobre el matrimonio como tradición, no era desinterés lo que sentía por la señorita Daventry. A su izquierda, una criada se asomó a la ventana del sótano y desenrolló una alfombra para limpiarla. Él se quedó mirando el brillante estampado floral.

Al pasar a su lado, el *pum, pum, pum* pareció sacudir a Stratford, el cual soltó las palabras antes de que pudiera reprimirlas.

—La admiro, señorita Daventry, de un modo que no lo haría un hermano —hizo una pausa, conmocionado, algo asustado por su propia confesión, pero lo había dicho y no era capaz de recordar las palabras.

Aunque Eleanor siguió mirando al frente, él fue recompensado con unos ojos brillantes y una sonrisa con hoyuelos que ella intentó contener, pero que no hizo más que ensancharse. Su ansiedad lo abandonó de inmediato y fue invadido por un sentimiento de victoria. *Esas* habían sido las palabras correctas. Y cuando Ingram se volvió para instarles a que intercambiaran sus parejas y así no tener que escuchar la cháchara de su hermana durante todo el paseo, Stratford pudo bromear.

—Con gusto. Creo que tu hermana ya ha sufrido bastante tu falta de atención. Ven, Lydia, camina conmigo y coincidiremos en la perfidia de los hermanos.

CAPÍTULO 22



Una semana más tarde, el tiempo prometía ser bueno mientras Stratford y sus hermanas montaban a caballo en Hyde Park antes del desayuno. Fue una decisión acertada ir a una hora que no estaba de moda, ya que el objetivo era montar a caballo, no ser visto. Al menos, este era el objetivo de Stratford. Sin embargo, al girar por Rotten Row, admitió la presencia de un par de ojos marrones brillantes que no le importaría ver, y se planteó cuándo podría volver a visitar la residencia Grosvenor.

—Qué sorpresa que el parque esté poco concurrido —Anna se agachó y alisó la parte inferior de su traje de terciopelo azul—. ¿Qué te ha llevado a proponer montar a esta hora del día, Stratford?

—Si queremos cabalgar, debemos hacerlo ahora. Más tarde es la hora de pavonearse —entrecerró los ojos y, para su sorpresa y deleite, divisó un grupo que le pareció estar formado por la señorita Daventry con Lydia, el señor Braxsen y el comandante Fitzwilliam. El caballo respondió a su gesto inconsciente y empezó a trotar hacia el grupo.

—Llevo un impresionante vestido azul pavo real, Phoebe lleva el verde... —el caballo de Anna trotó obedientemente detrás del ruano—. Y tú el traje marrón. Habríamos combinado muy bien.

—Es Lydia —dijo Phoebe, la tercera en la fila.

—Y tu señorita Daventry —añadió fríamente Anna.

Stratford las ignoró y se acercó al grupo de cuatro.

—Buenos días, señoritas —dijo, y saludó con la cabeza al señor Braxsen y al comandante. Su humor repentinamente aligerado permitió que bromeara—. Braxsen, me sorprende verte a una hora tan temprana. Tu fama de libertino debe de ser falsa.

—¡Ja! —intervino Lydia—. No te precipites, pues acaba de llegar. Una hora después de nuestro acuerdo —su caballo estiró el cuello hacia abajo y mordisqueó una mata de hierba.

El señor Braxsen respondió:

—Lo siento mucho, señorita Ingram. Como ve, soy un hombre de ocio. Mi padre tenía en mente que un año o dos en el ejército me curarían de cualquier inclinación en esa dirección.

—¿Y así fue? —preguntó Stratford, con una sonrisa en los labios.

El comandante Fitzwilliam se echó a reír.

—Estuvo a punto de entrar en un periodo de prueba por dirigir una red de juego entre los soldados de infantería. Todo salió a la luz cuando fue herido y los soldados llegaron en busca de su dinero —se volvió hacia Lydia, con su perfecta seriedad desmentida por un labio trémulo—. Verá, señorita Ingram, aunque le estoy muy agradecido al señor Braxsen por la presentación, no creo que sea el tipo de caballero que usted debería conocer.

Lydia desvió la mirada divertida del comandante al señor Braxsen.

—Excepto que yo apenas había perdido las riendas cuando él abandonó un codiciado puesto en la caza del zorro del condado para rescatarme de un árbol al que ambiciosamente decidí subirme. Así que, como ve, no puedo rechazarlo.

Mientras Lydia era el centro de atención, la señorita Daventry permitió que su caballo se acercara a las gemelas.

—Phoebe, ¿estás lo suficientemente recuperada del dolor en tu tobillo de la semana pasada? Uno de tus caballeros rechazados, el señor Puntley, me invitó a bailar cuando tuviste que renunciar a los pretendientes que aún tenías —dijo con un brillo en los ojos.

Anna detuvo su caballo para unirse a la conversación de Lydia mientras Phoebe respondía.

—No caminé mucho durante dos días y ahora estoy perfectamente curada —enarcó una ceja—. Me alegro de que el señor Puntley recibiera un consuelo con tanta rapidez.

Stratford observó complacido cómo la señorita Daventry soltaba una carcajada. Qué tentador sonaba.

—Oh sí, un perfecto consuelo —él la oyó replicar—. Utilizó todo el baile para agobiarme con preguntas sobre la señorita Phoebe Tunstall, y tuve que decepcionarlo con mi falta de conocimientos.

Tal vez eso tenga remedio, pensó Stratford. Pero Phoebe se le adelantó con una rápida respuesta.

—Tendremos que pasar más tiempo juntas.

La mejor de las hermanas, pensó con un destello de gratitud. Stratford se volvió hacia la señorita Daventry.

—Veo que el agotamiento de las fiestas nocturnas no le impide hacer ejercicio por la mañana.

—Sólo necesito unas horas de sueño para restablecerme, y siempre tengo que estar haciendo algo. Soy toda una pesadilla para mi tía —la mirada de la señorita Daventry se desvió hacia Lydia, quien había comenzado a cabalgar de nuevo, y ambos grupos se fusionaron de forma natural—. Sin embargo, no soy la única. Lord Ingram se levantó a una hora poco razonable y ya se había marchado antes de que llegáramos a los establos. Y, por supuesto, ustedes tres también están aquí —miró alrededor del parque—. Parece que tenemos poco público.

Lydia gritó algo a sus acompañantes e impulsó a su caballo al galope, más rápido de lo que permitían las normas del parque, pero una norma que muchos rompían a tempranas horas del día. Eleanor vio al comandante Fitzwilliam resbalar cuando su caballo hizo lo mismo, pero se enderezó rápidamente e igualó la velocidad de Lydia, aparentemente decidido a seguirle el paso.

Stratford enarcó una ceja.

—¿Señoritas? —eso fue todo lo que hizo falta para que el grupo se pusiera en marcha. Las gemelas se adelantaron y, aunque a Stratford le habría gustado cabalgar hasta los sabuesos, se contentó con quedarse atrás y disfrutar del paisaje, el aire fresco y la compañía de la señorita Daventry.

—Cabalga bien —dijo Stratford—. ¿Quién le ha enseñado?

—El hijo del hacendado. Mi amigo —añadió ella, y él se preguntó qué tan cercanos eran.

—¿Su padre tenía caballos? ¿Su tío? —se percató de que no sabía qué había sucedido con la finca de su padre.

—Mi padre lo perdió todo —dijo, jadeante por haber cabalgado, y sus ojos brillantes le hicieron pensar que ella no había sufrido por la pérdida. O quizás lo había dejado todo a un lado por el placer del momento. La llevaría a montar más a menudo si pudiera verla tan animada.

Al final de Rotten Row, el líder del grupo giró, y él y la señorita Daventry lo siguieron. Mientras cabalgaban en dirección contraria, el caballo de Stratford se asustó de un gato que se cruzó delante de él, forzando a la montura de Eleanor a acercarse a la valla. Sobresaltado, Stratford impulsó su ruano hacia adelante para coger las riendas de la señorita Daventry, pero ella ya tenía el caballo bien sujeto.

—Lo siento. Era un gato.

Ella le dedicó una sonrisa.

—No ha sucedido nada. Encanto es una buena chica —acarició el cuello de la yegua mientras se acercaba al borde del camino, con los otros jinetes ya muy lejos. Stratford estaba a punto de sugerir que se aproximaran al centro cuando Eleanor chilló.

—¡Eh! —tiró con fuerza de las riendas, reduciendo la velocidad de su caballo hasta el trote, y luego volvió a acelerar inexplicablemente.

—¿Qué pasa? —Stratford siguió a la señorita Daventry al galope, preocupado de que algo hubiera asustado a su caballo. Pero la señorita Daventry frenó y giró hacia una abertura en la valla que separaba el camino del campo del sombreado bosquecillo de hayas. La siguió, perplejo.

—Hay un hombre en el camino —exclamó.

Dando marcha atrás por el campo, ella cabalgó con más velocidad de lo que a él le habría gustado, sorteando los árboles y llegando al lugar en paralelo respecto al que habían estado momentos antes en el camino. La señorita Daventry saltó de su caballo, y él la siguió, sujetando sus riendas y las de ella y atándolas alrededor de la rama de un árbol cercano.

Ella corrió hacia uno de los callejones laterales, jadeante.

—Es un hombre. Vi sus piernas cuando pasamos —tras unos pasos, se encontró con la figura inconsciente—. Oh, Dios mío —cayó de rodillas—. Es lord Ingram —estaba perfectamente inmóvil, y lo examinó en busca de heridas visibles.

Quitándose los guantes, Stratford le tocó la cabeza en busca de heridas. Sus dedos se tiñeron de rojo y succionó aire.

—Respira, pero tiene un serio golpe en la cabeza. Debió haberse golpeado con esta roca al caer. Afortunadamente no es muy afilada, y la mayor parte del impacto habría sido amortiguado por la hierba —siguió tocando las extremidades de su amigo y sacudió la cabeza—. Tiene la pierna rota. Esto es grave. Señorita Daventry, ¿puede...?

Se levantó de un salto y se precipitó a coger las riendas de su yegua.

—Sí, iré a buscarlos. Debemos contar con su ayuda, y Lydia necesita saberlo.

Stratford se movió para ayudarla a montar, pero la señorita Daventry trepó al tocón de un árbol, saltó al caballo y se marchó. Él volvió junto a Ingram y sacó su pañuelo para presionarlo contra la herida de su cabeza. Considerando el suceso, parecía que la sangre seguía saliendo lentamente, pero que la herida empezaba a curarse. Pensó que no sería difícil curar la pierna fracturada. No estaba en un ángulo extraño, como había visto en batalla. Aunque habría sido perverso agradecer la experiencia que le permitía mantener la calma en esa situación, reflexionó que ya no era en absoluto el mismo novato que había ido por primera vez a la guerra.

Al cabo de unos instantes llegaron los demás, siendo Lydia la última, pálida por el asombro. Se echó a llorar en cuanto vio a su hermano, y el señor Braxsen, con aspecto agobiado, intentó consolarla. El comandante fue el primero en llegar al lugar, e inmediatamente se puso al mando.

—Aquí. Señorita Daventry, señoritas Tunstall... —él miró a Braxsen y vio que estaba muy ocupado con Lydia. Volviendo su atención a los demás, dijo—: ¿Me ayudaréis a encontrar otra rama como esta? —caminando a grandes zancadas hasta un lugar más allá de los caballos, cogió una rama sólida sin ramitas—. Debe ser recta como esta, y no muy fina.

Las tres damas se apresuraron a buscar más allá, en el camino, donde había más árboles. Phoebe levantó una.

—¿Así?

—Exactamente —el comandante Fitzwilliam se había despojado de su abrigo—. Todavía hace demasiado frío para que permanezca sin protección. Worthing, ¿podemos usar tu abrigo para mantenerlo caliente? Yo usaré el mío para apoyar su pierna una vez que esté lista—. Por supuesto —la tarea se llevó a cabo con rapidez. Cuando las dos ramas estuvieron listas, el mayor volvió a levantar la mirada—. Necesito algo para atar las ramas en su sitio. ¿Tenéis una correa de cuero en vuestras alforjas? ¿O algo lo bastante largo que pueda servir para ese propósito? — todos esperaron a que alguien más hablara.

—Creo que... tal vez pueda... —la señorita Daventry, con los ojos en el suelo, habló con una voz apenas audible—. Creo que puedo ayudar, pero necesito un cuchillo o unas tijeras de algún tipo.

Nadie se acercó, y los ánimos del grupo disminuyeron aún más con la reaparición de las lágrimas de Lydia. Las cosas podrían haber continuado así, pero el alivio llegó de una forma poco probable.

—¡Hola! —lord Delacroix se detuvo en seco al ver el cuerpo inanimado y el grupo que se había congregado a su alrededor—. Pero, ¿qué es esto? —miró a cada uno de los rostros con asombro.

Stratford pensó que era extraño que estuviera cabalgando solo a estas horas y lejos del camino, pero fue el primero en hablar.

—Íbamos a correr cuando la señorita Daventry se percató de que lord Ingram yacía a un lado del camino. Tiene algunos huesos rotos y está inconsciente. Estamos intentando encontrar una solución para levantarlo.

El caballo de Delacroix se movió de manera impaciente.

—Permitidme cabalgar y traer un trozo de tela para que podamos cargarlo. Hay un fabricante de telas no muy lejos del parque que seguramente tendrá retazos lo suficientemente grandes para esto. Los puedo coger prestados, o los compraré —dio la vuelta a su caballo.

—Le reembolsaré los gastos —dijo Stratford, y luego gritó—: Espere... —Delacroix se volvió—. ¿Tiene un cuchillo en su poder?

—*Absolument* —el vizconde metió la mano en la alforja, sacó un cuchillo de caza, se lo dio a Stratford y se marchó.

—Qué oportuno —murmuró Anna. Stratford entregó el cuchillo a la señorita Daventry, quien se adentró un poco en la zona boscosa y regresó con un gran trozo de tela en las manos rasgado en cuatro tiras. *La chica ha sacrificado su vestido*, pensó Stratford con asombro y bastante admiración.

—Esto servirá —dijo ella, y se lo entregó al comandante Fitzwilliam. Este se apresuró a inmovilizar la extremidad fracturada y, cuando lord Delacroix regresó veinte minutos más tarde, habiendo acertado en traer cuerdas además de la tela, transfirieron a lord Ingram a la tela tejida. Stratford, Fitz y Delacroix confeccionaron una hamaca para poder transportar el cuerpo inmóvil de Ingram, mientras las damas guiaban a los caballos a paso tranquilo. El señor Braxsen acompañó a Lydia por delante del resto para avisar a su madre, y como la residencia de los Ingram estaba oportunamente situada más cerca que cualquier otra, allí se dirigieron.

CAPÍTULO 23



El cirujano llegó a la residencia Grosvenor antes que su paciente, y permaneció junto a lady Ingram mientras la pequeña multitud atravesaba la puerta.

—Con suavidad ahora. Levantad más las piernas mientras subimos las escaleras —la voz del comandante Fitzwilliam sonó con autoridad.

Lady Ingram miró por encima de la barandilla.

—Stratford, cuánto te agradezco que estés aquí. He mandado a Lydia a la cama con un brebaje —siguió al grupo escaleras arriba—. Llevad a lord Ingram a su dormitorio, la primera puerta a la derecha —sólo una ligera respiración entrecortada dejaba entrever emociones más profundas.

La señorita Daventry estaba lista. Se adelantó al grupo y abrió la puerta de par en par para que pudieran cargar a lord Ingram mientras el doctor se desabrochaba el abrigo y lo dejaba sobre una silla. El comandante Fitzwilliam dio las órdenes.

—Ya está. Acostadlo así. Quitadle la tela de debajo de los hombros y la sacaremos por donde tiene la pierna rota. Ese es el truco.

El cirujano se dirigió a la cabecera y dijo por encima de su hombro:

—Que todo el mundo abandone la habitación excepto los más necesarios —estudió los vendajes que ataban la pierna fracturada y miró al comandante—. ¿Esto es obra suya, señor? —cuando el comandante Fitzwilliam asintió, el médico continuó—: Bien hecho. Puede que le haya salvado la pierna. Parece estar fracturada por lo menos en dos sitios, y el viaje a caballo de vuelta a casa le habría hecho un daño considerable.

El comandante Fitzwilliam respondió:

—He aprendido algunas cosas en el campo de batalla —hizo una ligera reverencia a lady Ingram y se retiró, reuniéndose con Delacroix y Braxsen, la señorita Daventry y las hermanas de Stratford en el pasillo.

El médico le buscó el pulso y luego examinó la contusión de la nuca de Ingram. Sin apartar los ojos de su hijo, lady Ingram dijo:

—Stratford, ¿te quedarás?

Al oír esto, Stratford, quien estaba en la puerta, se detuvo.

—Por supuesto, milady —ambos guardaron silencio mientras el médico auscultaba el pecho de Ingram y examinaba la fractura.

—No necesitaré reajustar la pierna. Ese soldado se ha comportado con notable compostura. Lady Ingram, además del agua caliente, necesitaré bloques calientes para calentar al paciente. Fue encontrado en el momento justo. No le habría convenido estar afuera con este frío. Estamos a principios de primavera.

Lady Ingram reprimió un estremecimiento mientras se dirigía hacia la puerta. Cuando la abrió, la multitud se dispersó, cada uno con una excusa mascullada. Cuando sólo quedaron los dos hombres, el doctor le pidió a Stratford que relatara exactamente lo que había sucedido. Cuando terminó, el doctor dijo:

—Salvo por la desagradable caída, se trató de una serie de acontecimientos fortuitos, que comenzaron cuando la señorita Daventry vio algo fuera de lo común y culminaron con la llegada de lord Delacroix en el momento justo, capaz de conseguir los materiales que faltaban. Muy fortuito —repitió.

Stratford lo vio aplicar cataplasma sobre la contusión.

—Ah, excelente —dijo el médico cuando lady Ingram regresó, acompañada de un criado que llevaba bloques calientes. Levantó las mantas para colocar los bloques y lord Ingram gimió.

—Ya está. Sólo estamos poniéndolo más cómodo, milord —dijo el médico—. Estará despierto en un santiamén, aunque no dudo que con un dolor de cabeza de proporciones considerables —volviéndose hacia Lady Ingram, dijo—: ¿Quién estará aquí para atender al paciente?

—Yo lo haré —dijo lady Ingram. Hizo una señal al lacayo para que se marchara.

—Será demasiada carga para una sola persona. Sugiero al menos otra persona con quien compartir la vigilia —el doctor miró al conde—. Usted es cercano a la familia, supongo.

—Sí, estaré disponible siempre que pueda —aseguró Stratford al médico. Lo observó mientras volvía a guardar sus herramientas en el maletín, y luego se volvió hacia lady Ingram—. Permítame sugerirle también a la señorita Daventry como alguien que puede ayudarla. Se comportó con gran valentía esta mañana.

Lady Ingram, distraída, solo asintió. Ella esperó a que el doctor volviera a colocarse el abrigo y dijo:

—Necesitaré instrucciones específicas sobre la medicina y todo lo que haya que hacer.

Stratford se despidió, inclinando la cabeza hacia el cirujano.

—Debo ocuparme de que mis hermanas sean llevadas a casa. Recibiré mis instrucciones de lady Ingram.

Cuando él bajó las escaleras, lord Delacroix y el comandante Fitzwilliam se habían ido, y la señorita Daventry estaba menos pálida. Habían servido el té y estaba sentada con Anna y Phoebe, cada una con una taza caliente en la mano. La señorita Daventry señaló una silla vacía.

—¿Quiere sentarse, milord?

Stratford estaba ansioso por buscar al comandante y conocer su opinión sobre lo que podría haberle ocurrido a Frederick, y ver si había tenido suerte al conseguir que siguieran a Delacroix y Conolly. Quizá la presencia de Delacroix esta mañana no era tan inocente, aunque no sería bueno apresurarse al emitir un juicio precipitado. Estaba a punto de rechazar la oferta de quedarse cuando vio que sus hermanas apenas habían empezado a beber el té. Sería injusto apresurarlas de esa manera.

—Gracias —dijo, y se sentó frente a la señorita Daventry.

—¿Le apetece una taza de té? ¿O... algo más fuerte? —la señorita Daventry parecía insegura de sí misma, haciendo de anfitriona en una casa que no era la suya. Lady Ingram estaría ocupada mientras Ingram estuviera incapacitado, y quién sabía cuándo se despertaría Lydia de su crisis de ansiedad. *Debería ser más comprensivo*, pensó Stratford. El padre de Lydia había muerto de una caída mientras montaba a caballo.

—El té está bien, gracias —Stratford se sentó, cogiendo la taza de las manos de la señorita Daventry que sólo delataban un mínimo temblor. *Buena chica*, pensó. *Lydia no puede mostrarse*

ventajosa al lado de la tranquila competencia de la señorita Daventry. Después de sorber el té, dijo—: Le he dicho a lady Ingram que usted sería la persona más indicada para compartir la vigilia durante la recuperación de Ingram.

—Esperaba poder compartir la carga. Lo haré con mucho gusto —la señorita Daventry dejó su taza sobre la mesilla y cruzó las manos sobre su regazo.

Anna se volvió hacia su hermano.

—¿El doctor ha dicho cuándo despertará lord Ingram?

—Antes de abandonar la habitación, mostró algunos signos de estar consciente —dijo Stratford—. Bueno, lo suficiente como para gemir cuando el médico lo examinó. Imagino que sentirá mucho dolor, pero el médico ha dejado un fuerte sedante para cuando esté lo bastante despierto como para ingerirlo. Por el momento, el cirujano no está tan preocupado por su herida en la cabeza. Cree que es superficial y que el shock del dolor es lo que le impide despertar.

—¿Qué ha sucedido con el caballo de Ingram? —preguntó Phoebe.

—El comandante Fitzwilliam ha prometido investigarlo y ver si encuentra más pistas sobre lo ocurrido —respondió Stratford.

La señorita Daventry suspiró.

—Eso es un alivio. No logro entender el motivo por el que habría salido a esa hora. Es raro que él salga de casa antes del desayuno. Le preguntaría a Lydia, pero temo causarle más dolor haciéndola revivir el incidente.

—Ingram se recuperará de su caída. En cuanto Lydia vea que no es la misma situación que la de su padre, recuperará su estado de ánimo —replicó Stratford.

Phoebe se estremeció.

—Recuerdo el funeral. Era la primera vez que alguno de nuestros amigos sufría una pérdida así, aunque quién iba a decir entonces que mamá se iría ese mismo año. Compadezco a Lydia por sufrir dos veces el dolor del mismo accidente.

Stratford bebió su té.

—Lydia estaba bastante alegre cuando volvió de la escuela la Navidad siguiente. No tiene una larga memoria para los problemas, os lo aseguro —esto fue recibido con protestas indignadas por parte de las tres.

La señorita Daventry fue la primera en defender a su amiga.

—Aunque parezca que ella sale adelante rápidamente, el mismo olvido se aplica al recuerdo de las ofensas de sus amigos, milord —apretó los labios y añadió—: La conocí durante esos meses en el colegio y le aseguro que su dolor era muy profundo. No la haría sufrir esto por nada del mundo.

Reprendido, Stratford sacudió la cabeza.

—Yo tampoco —recordó la encomienda impuesta a Ingram de ocupar el lugar de su padre, una tarea que sólo ahora él estaba empezando a comprender. Cualquier apoyo que Ingram hubiera podido obtener a su corta edad para ayudarle a asumir el papel, le había sido arrebatado por la manifestación de dolor más bien dramática de Lydia, la cual había parecido desaparecer tan pronto como se produjo. Stratford cogió aire y habló—. Quizá soy severo con ella como podría serlo un hermano mayor. Conozco a Lydia de toda la vida, pero le tengo mucho afecto y no le deseo ninguna desgracia —esta revelación fue recibida con un silencio.

Stratford, intuyendo que su impaciencia por la debilidad de Lydia lo había puesto en una situación delicada con la señorita Daventry, desistió.

—Por favor, informe a lady Ingram de que volveré después de la cena para saber en qué puedo serle útil.

Las tres mujeres se pusieron en pie y, mientras Phoebe y Anna recogían sus cosas, Stratford se inclinó sobre la mano de la señorita Daventry. Habría sido mejor permanecer callado, pero admiró la forma en que ella saltó en defensa de su amiga. Cuando él levanto la cabeza, se encontró con su mirada fija. Sería fantástico que sintiera tanta lealtad hacia él.



ELEANOR PERMANECIÓ en el salón cuando todos se marcharon. Se sirvió una taza de té y se recostó en el sofá. Mirándose los pies, se percató con un sobresalto de que no había cambiado sus zapatos embarrados por unos limpios, ni su traje de montar, ahora sin enagua, por algo más decente. No había pensado en el hecho de que había estado caminando con un vestido prácticamente transparente.

Eso le dio un significado diferente a las constantes miradas de lord Delacroix durante el viaje de vuelta a casa. La había mirado como a una chica viva en el mercado cada vez que pensaba que ella había vuelto la cabeza. Bajó la taza de té, que repiqueteó en el platillo. Él era alguien con quien no quería volver a cruzarse, y había entrado en la casa donde ella se alojaba. Esperaba que él no considerara esto como su presentación en sociedad.

Lord Worthing, en cambio, era más propenso a buscar su mirada. Recordó sus ojos elevados hacia los de ella al despedirse, disculpándose, ella pensó, por haber sido impaciente con Lydia. Eleanor se percató de que él no siempre empezaba su discurso de manera correcta, y había sido duro con Lydia por conocerla de casi toda la vida.

Pero luego es muy sincero en sus disculpas. Esto le provocó una sonrisa inesperada.

Lord Worthing la había sorprendido el otro día mientras caminaban hacia la ciudad al admitir que las palabras que le había dedicado después de su vals en Almack's habían sido frívolas e indiferentes. Otro hombre lo habría considerado demasiado insignificante como para mencionarlo. La verdad era que él había estado en su lista negra, y ella había estado dispuesta a borrar de su mente todos los pensamientos sobre él para siempre. Estaba claro que se había equivocado al pensar que los crecientes sentimientos del hombre coincidían con los suyos. Pero entonces...

La admiro, señorita Daventry... el intenso timbre de su voz, el calor de su brazo junto al de ella.

Dejó la taza de té sobre la mesa y se levantó, demasiado nerviosa para permanecer inactiva. A pesar de todas sus preocupaciones por lord Ingram y Lydia, su corazón se sentía ligero. Debía ver qué necesitaba lady Ingram. Y, por el amor de Dios, debía cambiarse el vestido.

CAPÍTULO 24



A la mañana siguiente, Frederick Ingram se despertó a la hora habitual y, como estaba previsto, con plenas facultades mentales. Se sobresaltó al ver a la señorita Daventry de pie junto a la ventana de su habitación y mirando hacia el exterior. Cuando intentó moverse, maldijo en voz baja.

—Señorita Daventry —dijo, luego se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—. Señorita Daventry, ¿qué está haciendo en mi habitación sin chaperona, y *qué demonios...*? Lo siento. Es decir, ¿qué me ha pasado?

—Ha tenido una mala caída, milord. ¿Recuerda haber cabalgado por Hyde Park ayer por la mañana? —ella se apresuró hacia su mesilla para servirle un vaso de agua.

—Sí, claro, yo... Quería llevar a Melody a correr. Ella no había salido. Estábamos a punto de salir de la zona boscosa y volver al sendero, y eso es lo último que recuerdo —frunció el ceño y luego gimió cuando una nueva oleada de dolor lo golpeó.

—Tenga, señor. Debe beber esto. El doctor se lo ha dejado, y se sentirá mucho más cómodo —la señorita Daventry le acercó el brebaje paregórico, junto con el vaso de agua, y él bebió obedientemente.

—¿Cómo es que me caí? ¿Quién lo vio? —Ingram se tocó las extremidades con la mano libre y cogió una fuerte bocanada de aire—. Mi pierna. Parece estar fracturada.

—Sí, milord. El médico dijo que el comandante Fitzwilliam la ajustó muy bien y que se curará en un santiamén —se sentó a un lado de la cama.

—Fitzwilliam. Así que él estaba allí, ¿verdad? Un buen tipo... —lord Ingram guardó silencio, sumido en sus pensamientos.

La señorita Daventry se aventuró:

—¿Quiere que vaya a buscar a lady Ingram?

—No, quédese un momento. ¿Cómo es que usted me está atendiendo? ¿Mi familia la ha utilizado escandalosamente? —la miró con diversión, pero tenía el ceño fruncido a causa del dolor—. ¿Y fue el comandante Fitzwilliam quien me encontró en el parque?

—Estoy aquí porque me ofrecí —la señorita Daventry bajó la mirada—. Bueno, lord Worthing ofreció mis servicios, pero esto era precisamente lo que yo deseaba hacer.

—¡Stratford! —Ingram levantó las cejas durante un segundo, luego gimió—. Tengo un terrible dolor de cabeza. ¿Así que Stratford también está implicado? El misterio se profundiza.

—Sí, yo estaba con lord Worthing —se detuvo y se aclaró la garganta—. Quiero decir, estábamos todos juntos. Yo estaba con Lydia y el comandante Fitzwilliam... Oh, y el señor Braxsen. Y nos encontramos, por accidente, con lord Worthing y sus hermanas en el parque.

—El señor Braxsen... —dijo Ingram—. Continúe.

—El comandante galopó delante de todos con Lydia...

—¿El comandante Fitzwilliam igualando el ritmo de Lydia? Debió haber sido una persecución emocionante —los labios de Ingram temblaron.

—Lord Ingram, por favor, deje de bromear. Empiezo a creer que su herida en la cabeza es peor de lo que temía el médico.

Ingram cruzó su brazo libre sobre el otro.

—Prometo ser un perfecto oyente.

—El comandante y Lydia se adelantaron al galope —repitió la señorita Daventry—, con las hermanas de lord Worthing no muy atrás. Yo... no me apetecía galopar todavía, y lord Worthing se contentó con permanecer a mi lado —Ingram reprimió una carcajada, y ella lo fulminó con la mirada hasta que se detuvo—. Finalmente, llegamos al final del camino y, cuando giramos, algo llamó mi atención: las piernas de un hombre parcialmente ocultas entre los arbustos. No sabía quién era, pero rodeé la valla con lord Worthing para averiguarlo.

—Y era yo —concluyó Ingram—. ¿Y mi caballo? ¿Qué ha sido de ella?

—El animal no había regresado a los establos, así que después de que usted fuera traído, su mozo de cuadra salió a buscarla y la encontró con las riendas enredadas en la rama de un árbol más allá, en la zona boscosa. No estaba herida, milord —la señorita Daventry lo estudió y, de pronto, adquirió un aspecto cansado, sin rastro alguno de humor—. ¿Le digo a su madre que está despierto? Ha estado muy ansiosa.

—Quédese —Ingram la cogió suavemente del brazo—. Estoy cansado. Puede ir a buscar a mi madre, pero dígame primero: ¿Había alguien más en el parque cuando ocurrió esto?

—Nadie, señor. Sólo... Lord Delacroix llegó por el sendero momentos después —la señorita Daventry parecía luchar en su interior—. Él fue de gran ayuda. Tenía un cuchillo en su alforja que pudimos utilizar para crear tiras de lino para atarle la pierna; el comandante Fitzwilliam lo hizo, y lord Delacroix se ofreció a conseguir el rollo de tela para transportarlo. Incluso recordó buscar cuerdas —ella no lo miró.

—¿Y Stratford estuvo allí todo ese tiempo? ¿Durante la llegada de Delacroix?

—Sí —dijo la señorita Daventry—. Tanto lord Worthing como lord Delacroix ayudaron a cargarlo. Lord Delacroix se ofreció a hacerse cargo si Stratford deseaba adelantarse para preparar su casa, pero lord Worthing dijo que bajo ningún concepto lo abandonaría, y envió al señor Braxsen y a su hermana para hacerlo.

Ingram asintió. *Confía en que Stratford se ocupará de todo. Él hará las averiguaciones pertinentes si existe alguna pista en lo que concierne a Delacroix. Su aspecto era demasiado sospechoso.*

—Mi agradecimiento. Dígle a mi madre que venga. Aunque... —bostezó—, no prometo estar despierto cuando ella llegue.

TAL Y COMO LE había advertido a Eleanor, lord Ingram estaba profundamente dormido cuando su madre entró en la habitación.

—Dormido —exclamó, volviéndose hacia Eleanor—. ¿Por qué no me has ido a buscar en cuanto se ha despertado?

Eleanor respondió en voz baja.

—Lo habría hecho, pero él no lo permitió. Quería saber exactamente qué le había ocurrido, así que le di todos los detalles que tenía en mi poder.

La mirada de lady Ingram volvió a su hijo, quien emitió un pequeño ronquido que pareció

tranquilizarla.

—Gracias, Eleanor. Eso será todo.

Eleanor salió de la habitación y se detuvo con la mano en la barandilla, preguntándose si sería demasiado temprano para despertar a Lydia. Antes de volverse, Hartsmith, el mayordomo de lord Ingram, la llamó desde el final del pasillo y avanzó. Mi señora me ha informado de que lord Ingram estaba despierto. ¿Puedo pedirle que le transmita un mensaje de mi parte?

El ceño de Eleanor se arrugó.

—Lord Ingram ha ingerido un sedante y está dormido de nuevo. ¿Por qué no hablaste con lady Ingram si deseabas verlo?

Hartsmith ignoró la pregunta.

—Señorita Daventry, le ruego que me informe cuando vuelva a despertarse. Si es posible, antes de que haya ingerido su sedante y sin que lo sepa lady Ingram.

Al ver su confusión, añadió:

—Le aseguro que no es nada de naturaleza dudosa, sino sólo algo que él mismo desearía que yo hiciera. Ha ocurrido algo que lord Ingram previó como una posibilidad, y expresó su deseo de que la casa permaneciera ajena a los detalles. Como usted y lady Ingram se han hecho cargo de su cuidado, y lord Ingram fue muy específico respecto a que Lady Ingram permaneciera en total ignorancia sobre el asunto, le pido que me avise en cuanto vuelva a despertarse. Creo que si le menciona que deseo verlo por el asunto privado que discutimos, descubrirá que está ansioso por recibirme.

Si lord Ingram estaba realmente dispuesto a esto, Eleanor no pudo encontrar nada negativo en su petición, aunque no le gustaba la idea de hacer algo sin el conocimiento de lady Ingram. Pero seguramente, si lord Ingram lo aprobaba, no habría motivo para preocuparse.

—Te avisaré en cuanto se despierte —prometió.

Entró en la habitación de Lydia y la encontró con los ojos inflamados, tumbada casi en la oscuridad.

—Te dije que te fueras —gritó Lydia. Luego, con un resoplido, añadió—: Por favor.

—Lydia, soy yo. Debes levantarte y dejar de torturar a tus bien intencionados sirvientes —Eleanor cruzó la habitación y abrió las cortinas—. Tu hermano está bien. Se ha despertado esta mañana —se volvió y le ofreció a su amiga una sonrisa agotada.

Lydia se quitó las sábanas y se incorporó.

—¿Él se ha despertado? Déjame ir a verlo —se puso las pantuflas antes de que Eleanor la detuviera.

—No, se ha despertado, pero el brebaje que le ha hecho ingerir el médico lo ha vuelto a dejar inconsciente. No tiene sentido correr a su lado. Tu madre está allí. Lo que creo que necesitas es una buena taza de té y algo en el estómago —Eleanor se acercó a la cama—. Voy a llamar a tu criada para que te asista. A menos que los hayas echado a todos.

—No podía soportar que la gente me hablara —dijo Lydia, resoplando—. Estaba muy preocupada.

Eleanor abrazó a su amiga.

—Entiendo. Y ahora ves que ya no tienes motivos para estarlo. Ven, vamos a comer algo —alcanzó la campana.

Cuando Lydia comprobó por sí misma que su hermano dormía y no estaba tan pálido como ayer, se dispuso a degustar un desayuno tardío y se le abrió el apetito. Ingram incluso había murmurado en señal de protesta cuando ella se puso demasiado ruidosa: «detened sus quejas para que uno pueda dormir». Entonces se tranquilizó y, ante la insistencia de su madre, Eleanor y ella

partieron hacia la modista para recoger los últimos vestidos que había encargado.

—Volver a la rutina te sentará bien y silenciará los rumores —había dicho su madre.

SALIERON de la tienda bajo el sol del mediodía con Lydia cargada con tres sombrereras. El lacayo las cogió y las guardó en el carruaje. Él abrió la puerta, pero su partida fue interrumpida por alguien que las llamó por sus nombres.

—Señorita Daventry, señorita Ingram. Justo a quienes deseaba ver. ¿Puedo preguntar cómo está su hermano? —lord Carlton estaba jadeante, habiendo salido corriendo de Brooke's, donde debió haberlas visto desde dentro.

—Así que ya lo sabe, ¿verdad? —Lydia apretó los labios.

—Me temo que es inevitable. Su... fue trasladado a Park Lane, y es imposible frenar la curiosidad de la gente...

—¡Vulgar! —intervino Lydia con un pisotón—. A la gente sólo le interesa la última novedad.

—No lo niego —protestó lord Carlton—. Sin embargo, lord Ingram es muy querido, y la gente del club quiere saber cómo está.

Tras una pausa, Lydia se ablandó.

—Estaba despierto esta mañana. Le agradezco su preocupación.

—Entonces, ¿se recuperará completamente? —lord Carlton sonrió a ambas—. Sería una buena noticia.

Eleanor respondió en nombre de Lydia.

—Parecía estar de buen humor cuando hablé con él esta mañana.

—No me atrevo a preguntar si asistirá a la asamblea de la señora Drewmont —esto iba dirigido a Eleanor. Lydia apenas pudo contener su impaciencia por irse y dio un paso hacia el carruaje en espera.

—Me temo que de momento no nos presentaremos en sociedad —respondió Eleanor, dedicando un amable asentimiento de cabeza a lord Carlton. Siguió a Lydia hasta el carruaje y observó por la ventana el ceño fruncido de lord Carlton mientras continuaba avanzando.



STRATFORD SE ENCONTRABA SENTADO en la mesa de White's, que siempre parecía estar esperándolo a su llegada. Estaba cansado, pues se había ofrecido voluntario —no, había insistido —, para encargarse del turno nocturno con Ingram hasta que la señorita Daventry lo había relevado al amanecer, fresca y agradable a la luz del sol matutino. La larga noche lo había dejado a solas con sus pensamientos mientras intentaba unir las pistas. Sí, Delacroix seguía teniendo una racha de mala suerte y, aunque algunos desconfiaban de él, había otros que lo aceptaban. Según Fitz, seguir a Delacroix y a Conolly no había aportado nada hasta el momento.

Fitz también había vuelto a registrar la zona y no había encontrado nada en forma de pistas. Sabía lo que Ingram había estado haciendo esa mañana, pero no se sentía en libertad de revelarlo sin el permiso específico del hombre en cuestión.

—Aunque —añadió Fitz—, me dijo que él confiaba plenamente en ti —Stratford se preguntó cómo llegaría al fondo de todo esto sin poder hablarlo con Ingram.

—Worthing —al oír que se dirigían a él, Stratford levantó la mirada, sorprendido al ver a

alguien a quien conocía muy poco. *El rival*.

—Hola, Carlton —al ver la vacilación del caballero, añadió—: ¿Quieres sentarte?

—Creo que lo haré. Gracias —lord Carlton asintió cuando Stratford levantó la garrafa frente a él y le acercó el vaso extra. Cuando hubo bebido un sorbo, Carlton se acomodó para sentirse a gusto—. Es un maldito asunto que lord Ingram se haya caído de la manera en que lo hizo. Tengo entendido que a su padre le ocurrió lo mismo —levantó la mirada con una sonrisa segura de sí mismo que se le borró al ver la implacable expresión de Stratford—. Pensarás que estoy demasiado familiarizado. Perdóname. Acabo de encontrarme con la señorita Daventry y la señorita Ingram.

Stratford se sorprendió al oír que ellas habían salido y contuvo el impulso de preguntar dónde.

—A nadie le gusta oír que la mala suerte persigue a la gente que conocemos —respondió—. Afortunadamente, en este caso el médico cree que sólo tendrá que lidiar con una pierna rota. Podría haber sido mucho peor. Pero, por supuesto, sólo lo sabremos cuando despierte —Stratford rellenó su propio vaso y cruzó una pierna sobre la otra.

—¿Es posible que no lo sepas? —preguntó Carlton en un tono que a Stratford le pareció de lo más provocador.

—¿Saber qué? —las palabras de Stratford fueron tan cortantes como permitía la cortesía.

—Lord Ingram ya ha despertado. La señorita Daventry y la señorita Ingram me acaban de informar de ello.

Stratford suspiró, sintiendo el peso de la larga vigilia nocturna. Se sintió aliviado por la noticia, pero impaciente por terminar la conversación con el mensajero.

—Eso sí que son buenas noticias. ¿La señorita Ingram está en la ciudad? La última vez que la vi, había sido llevada a su habitación.

—Creo que la señorita Daventry debió de haberla convencido —dijo lord Carlton—. Ella es una rareza. Parece que nada hará que busque las sales aromáticas.

Stratford, recordando la compostura de la joven al descubrir el cuerpo inmóvil de su anfitrión y su disposición a sacrificar su propia ropa interior, asintió en silencio. Al llegar a la casa, ella estaba casi azul de frío, y aunque él deseó cubrirla o llevarla rápidamente a casa, no podía dejar a Ingram.

—En realidad... —lord Carlton dejó escapar una risita nerviosa—, hay una razón por la que quería hablar contigo hoy, y me alegro de que nos encontremos solos —miró alrededor de la sala a las pocas mesas que estaban ocupadas en sus diversos rincones, ninguna cerca de la suya.

—¿Oh? —Worthing enarcó una ceja, una petición silenciosa para que continuara. O para que desistiera, para un hombre de menor valor.

—Verás, he llegado a sentir afecto por la señorita Daventry —lord Carlton miró brevemente a Stratford y luego apartó la mirada—. He llegado a ver en ella las virtudes que me convendrían exactamente en una esposa. Muestra valor para defender a los menos afortunados. Su intelecto no es despreciable, y demuestra una gran comprensión en todos los temas sobre los que conversamos. Y su sonrisa, bueno... —soltó una risa juvenil—. No te interesa oír todo esto. No creo que tenga que convencerte de que puedo ofrecerle un buen nombre y una vida cómoda. Pero si quieres discutir los detalles, puedo hacer que mi abogado se reúna con el tuyo...

Stratford no pudo soportarlo más.

—Por Dios, hombre. ¿Qué estás diciendo? ¿Por qué me cuentas todo esto?

Lord Carlton levantó la mirada, sobresaltado y, por primera vez, inseguro de sí mismo.

—Bueno, eres su tutor. Lady Jersey me lo dijo. Naturalmente debo acudir a ti.

—Como lady Jersey sabe perfectamente que no soy tal cosa, debiste haber malinterpretado las cosas. Fue mi tío, el *cuarto* Conde de Worthing, quien fue su tutor. Yo no soy nada para ella —Stratford alargó la mano hacia la garrafa, sólo para percatarse de que ambos vasos estaban intactos.

Lord Carlton se inclinó hacia adelante y cogió su bastón. Tenía las orejas rojas.

—¿Sabrías a quién puedo dirigir mi petición?

—A la dama en cuestión —respondió Stratford con amargura. Luego, forzando la voz para que se mantuviera firme—: Como sabes, ella está bajo la protección de lord Ingram durante esta temporada. No imagino que la tía de la señorita Daventry se oponga a una petición como la tuya, y lady Ingram se ha comprometido a verla debidamente casada.

Tras una pausa, añadió en voz baja:

—Imagino que tu petición prosperará.

CAPÍTULO 25



Habían pasado dos días desde su encuentro con Carlton, y cada vez que Stratford se había presentado en casa de Ingram para ofrecer su ayuda, se lo habían agradecido y le habían dicho que su servicio no era necesario ahora que Ingram estaba fuera de peligro. Él no había visto a Ingram, ya que Frederick había estado durmiendo en ambas ocasiones. Stratford decidió hacer otro intento, esta vez a pie, pues no estaba de humor para conducir en una calzada atestada de gente, lo que requeriría una paciencia y una moderación de las que carecía. Su rostro serio se ocultaba bajo el ala baja de su sombrero, y pronto, el silencioso *clip, clip* de sus botas silenció el bullicio de la metrópoli.

La falta de algo concreto en lo que pensar, en relación con Ingram y su agresor, sólo significaba que Stratford tenía más tiempo libre para reflexionar. Lo cual resultó ser una situación poco feliz, ya que sus pensamientos estos días estaban cada vez más impregnados de amargura. Así que ella había capturado la atención de Carlton, ¿verdad? Por supuesto. Ahora ella tendría exactamente lo que quería. Un hombre que se casaría con ella por amor. Eso era lo que ella le había dicho, ¿no? De todos los fragmentos confusos de conversación que podía sacar de los recovecos de su subconsciente saturado de alcohol, recordaba esas palabras, claras como una campana. «Quiero casarme por amor».

Si tan sólo Stratford no hubiera revelado nada de sus propios sentimientos por la señorita Daventry. No le gustaba que lo consideraran un tonto. ¿Cómo pudo haber confundido el aprecio que ella sentía por él? ¿Cómo había podido subestimar los sentimientos de ella hacia Carlton? Furioso, ignoró el intento de un par de saludarlo. *Bueno, si usted está dispuesta a aceptar a un marido que aún es un novato, supongo que es un buen candidato. Deseo que sea feliz, señorita Daventry.*

Sin embargo, no podía culpar a Carlton por encariñarse con ella. La forma en que la joven decía lo que pensaba desafiaba a uno a ser mejor hombre. Era valientemente leal, generosa con los que amaba, indulgente...

Tal vez no era hermosa en el sentido tradicional, pero era atractiva para él. Sus ojos desprendían cierta comprensión. Además, tenía la nariz respingona. Y cuando le sonreía a alguien, todo cobraba vida. Esos ojos risueños, los hoyuelos que siempre parecían estar tramando una travesura. Una figura esbelta que incitaba a rodear su cintura con un brazo...

Los pasos de Stratford vacilaron cuando ese pensamiento inundó sus sentidos.

Estoy pensando en la futura esposa de otro hombre, se reprendió. Siguió caminando, furioso consigo mismo por esta debilidad. Tal vez ella quería casarse por amor, pero esa etapa juvenil había terminado para él. No volvería a ser tan tonto. Siguió caminando, sumido en sus pensamientos, recordando la expresión atrevida de ella y sus palabras desafiantes —*tal vez no*

sea cristiano por mi parte, pero me gustaría pensarlo antes de decidirme—, y él se rio suavemente.

Se había mostrado hosco en su cena juntos. La insultó cuando le propuso matrimonio. Pronunció mal su disculpa. E incluso había metido la pata aún más en Almack's al compararla con una de sus hermanas. Por otra parte... hubo un torrente de atracción cuando bailaron el vals juntos, y su encantadora reacción cuando le dijo que la admiraba. Quizá él había juzgado mal la situación. Tal vez no estaba interesada en Carlton en absoluto.

Y si no estaba interesada en Carlton, significaba que él aún tenía una oportunidad.

Stratford sintió la repentina necesidad de comprobarlo por sí mismo y aceleró el paso hacia Grosvenor Square. Tal vez ella estaba en casa justo ahora. En cualquier caso, debía hacer una visita para saber cómo se encontraba Ingram y comunicarle las pocas noticias que tenían. Cuando subió corriendo la corta escalera y llamó a la campana, la oyó repicar en el interior, seguida de las pisadas silenciosas del mayordomo que acudía a abrir la puerta.

—Ah, lord Worthing —dijo, tan solemnemente como si Stratford no hubiera sido en el pasado el amigo insignificante de la infancia de su amo. Había ruidos en la escalera cuando entró, y levantó la mirada para ver al objeto de sus pensamientos. La señorita Daventry bajaba las escaleras con un vestido de paseo del color de sus ojos. Se percató de él y sus pasos se detuvieron por un momento, con los labios trémulos al borde de una sonrisa. Parecía contenta de verlo.

Lydia estaba en el último escalón y le tendió la mano, que él cogió mientras se inclinaba.

—Stratford, ¿has venido a ver a Ingram? Está despierto, pero nos ha echado de la habitación, así que hemos decidido ir a Hyde Park.

Stratford asintió.

—Sí, he venido a verlo —volviéndose hacia la señorita Daventry, buscó un indicio de sus sentimientos, preguntándose si aún podía ganarse su corazón—. ¿Tiene a alguien que la acompañe al parque? Me comprometo a hacerlo con gusto.

—¿No deseabas ver a Fred? —preguntó Lydia. Sí lo deseaba. *Santo cielo. ¿Dónde había quedado su ingenio?*

La puerta del salón se abrió y lord Carlton salió con el comandante Fitzwilliam.

—¡Worthing... estás aquí! —dijo Carlton, y ocupó su lugar al lado de la señorita Daventry—. Has venido a ver a Ingram, ¿verdad?

—Sí —Stratford presionó los labios en una línea firme y se volvió hacia Lydia—. ¿Has dicho que ya está despierto?

—Lo está, aunque quién sabe por cuánto tiempo. Está dolorido, y pronto será la hora de su sedante. Entonces, ¿te esperamos, Stratford? —Lydia se colocó los guantes y lo miró.

—Veo que ambas estáis en buenas manos, y yo sólo estorbaré. Buen día, caballeros. Señorita Daventry —se giró rápidamente y subió las escaleras, sin dedicar una segunda mirada al grupo a punto de partir.

—Señorita Daventry, está preciosa —dijo lord Carlton. Stratford, sujetando la barandilla, no oyó su respuesta.

Ingram estaba tumbado en la cama, con la mirada perdida en la ventana. Su ayuda de cámara estaba a su lado, leyendo en voz alta el diario de la mañana. Cuando Stratford entró en la habitación, Ingram despidió a su ayuda de cámara y le dijo que disuadiera a su madre de entrar, ya que seguramente se quedaría dormido después de la partida de su amigo.

Stratford estrujó el hombro de Ingram.

—Me alegro mucho de verte despierto. Te ves mucho mejor que cuando te dejé hace tres días

—una nueva oleada de dolor recorrió las facciones de Ingram, y Stratford se sentó—. Tranquilo. ¿Cómo va el dolor?

—Está bien —respondió Ingram, no muy convencido—. Dime si has descubierto algo. ¿Qué has estado haciendo desde la última vez que hablamos?

—Nada en concreto. Fitz y yo seguimos buscando. No hay huellas, ni objetos olvidados, nada fuera de lo normal. Delacroix apareció, sin más.

—Eso me dijeron —Ingram se encontró con la mirada de Stratford—. Creo que debemos vigilarlo. Hice que Fitz lo siguiera —Stratford asintió.

Tras un minuto de silencio, Ingram continuó.

—Cuando me desperté, Hartsmith vino a verme con la noticia de que había habido un robo en mi biblioteca la misma noche de mi ataque.

Las cejas de Stratford se alzaron.

—Debería quedarme aquí —empezó a decir, antes de darse cuenta de que era imposible. No podía dejar desatendidas a sus propias hermanas.

Ingram sonrió y sacudió la cabeza.

—Hartsmith es listo. No dejó nada de valor en la biblioteca y aseguró la puerta que daba al resto de las habitaciones. Yo sospechaba que mi casa podría convertirse algún día en un objetivo, y él se mostró cauteloso después de mi ataque. Hice que llamara a Fitz para informarle de la situación. La situación se agravará y nuestro hombre terminará por descuidarse.

Stratford se mordió el labio.

—¿Alguna idea de lo que él estaba buscando?

—Sé exactamente lo que buscaba —dijo Ingram—. Era el informe que yo enviaría a Le Marchant con los detalles de las tropas y los suministros, aunque no me explico cómo alguien pudo haber sabido que yo lo tenía cuando sólo otras dos personas conocían su existencia.

—¿Quiénes eran esas dos personas? —preguntó Stratford.

—Le Marchant y Fitz. Le Marchant no tendría ningún motivo para interceptar a su propio mensajero, y Fitz llamaría demasiado la atención sobre sí mismo al intentarlo, además del hecho de que es algo absolutamente atípico en él. Estoy convencido de su inocencia.

—Es extraño asegurarlo, dado que le conocemos desde hace muy poco, pero yo también lo estoy —dijo Stratford—. Y esperemos que sea así porque en estos momentos está acompañando a tu hermana a Hyde Park.

—Sigue insistiendo con Lydia, ¿verdad? —Ingram soltó una risita—. Cada loco con su tema.

—Así que alguien interceptó el informe —Stratford se quedó perplejo ante este misterio—. ¿Crees que el atacante quería hacerte daño de verdad?

Ingram se lo pensó un momento.

—No lo sé. Él podría haber terminado el trabajo y decidió no hacerlo. O podría haber pensado que la caída era suficiente. O podría haber sido interrumpido. Nadie lo sabe. Pero debo corregir tu suposición. Él no tiene el informe. Metí un sobre con un documento falso en el bolsillo de mi abrigo por precaución, que es lo que me fue robado. El verdadero informe estaba en la alforja, donde fue encontrado cuando Melody fue llevada de vuelta al establo.

—Eso me hace pensar que o el espía fue interrumpido o era un novato. Nadie coge el primer papel que encuentra sin indagar más —Stratford se levantó al ver que Ingram se llevaba la mano a la cabeza.

—Tengo un terrible dolor de cabeza —murmuró Ingram.

—Te traeré tu brebaje —Stratford se acercó a la mesa, mezcló la medicina en un vaso de agua y se lo acercó.

—El tiempo lo dirá —Ingram cogió el vaso y tragó su contenido—. El hecho de que el hombre irrumpiera anoche en mi biblioteca demuestra que está lo bastante cerca de nuestras operaciones como para haber sospechado que el documento era falso. Hice que Fitz pusiera vigilancia en nuestra casa, así como en el cuartel general, por si vuelve a intentarlo. Fitz escoltará a mi hermana al parque, pero la vigilancia estará en su sitio antes del anochecer. No es un hombre que se distraiga.

Stratford se sentó.

—Es un buen plan —permaneció callado sólo un momento antes de no poder contener más lo que había estado ocupando sus pensamientos—. Acabo de recibir una petición de lord Carlton respecto a la señorita Daventry. Estaba aquí cuando llegué, dispuesto a salir con ella —Stratford enarcó una ceja.

—¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Ese novato? ¿Tiene edad para casarse? —Stratford no dijo nada, e Ingram continuó reflexivamente—. Nuestra señorita Daventry, ¿hmm? Será un buen marido para ella. No tiene deudas, que yo sepa.

—No —dijo Stratford de forma cortante.

Cuando no dijo nada más, Ingram lo miró astutamente.

—Lo echaste, ¿verdad?

—Le dije que se había equivocado de conde —dijo Stratford.

Ingram soltó una carcajada que le provocó un gemido.

—Debes ser más cuidadoso conmigo. Tengo prohibido encontrarle la gracia a nada.

—Y yo, al parecer —dijo Stratford—, encontrarle alegría.

Sus crípticas palabras fueron perfectamente comprendidas por su amigo.

—De modo que así están las cosas, ¿no? Todavía puede que ella lo rechace —el tono amable de Ingram hizo que Stratford frunciera el ceño.

Frotó el cuero del sillón, alternando entre la esperanza de que la señorita Daventry hubiera conservado su corazón para él, aunque él había hecho poco para merecerlo, y la desesperación por haber sido demasiado lento y haberla perdido para siempre. El silencio se prolongó antes de que Ingram lo rompiera.

—Necesito tu ayuda, Stratford —Ingram tuvo un ligero tropiezo en sus palabras, pero esperó hasta que Stratford lo miró fijamente—. Necesito que alguien acompañe a mi madre, a mi hermana y a la señorita Daventry a las funciones sociales hasta que me recupere del todo. Alguien me ha atacado, y hasta que no averigüemos quién fue y cuáles eran sus intenciones, no quiero que mi familia corra peligro. Probablemente no sea así, pero debo estar seguro. No puedo pensar en nadie mejor que tú. ¿Lo harás? —Ingram continuó al ver la expresión de alarma de Stratford—. Lo sé... Ya estás ocupado. Pero todo lo que necesitan es una presencia masculina que las vigile mientras asisten a las reuniones. Es bien sabido que eres un amigo cercano de la familia, y nadie se detendrá a pensar si eres tú quien lo hace.

Stratford suspiró.

—Por supuesto. Puedes contar conmigo.

Ingram soltó una risita soñolienta al oír el tono de Stratford.

—Si pensabas escapar a Worthing, ya debes saber que no lo harás mientras tus propias hermanas tengan su temporada. Debes rendirte a tu destino.

—Lo he aceptado, créeme —los dos hombres permanecieron sentados en silencio—. Ahora supongo que Carlton estará pegado a nuestro grupo. No creo que pueda lograr su objetivo —dijo Stratford, dirigiendo sus ojos a la cara de Ingram.

—No —dijo Ingram, con los ojos cerrados y las comisuras de los labios levantadas—. No

creo que lo logre —sus palabras dieron esperanzas a Stratford.

Al cabo de un minuto, Ingram se quedó dormido. Volvió a despertarse bruscamente y pareció esforzarse por seguir una línea de pensamiento antes de decir:

—Fitz tiene acceso a todas partes, pero la gente te dirá a ti lo que no le dirían a él. Aunque tu título de noble es reciente, tus amistades no lo son. Cuando salgo, escucho conversaciones mientras los caballeros juegan a las cartas y cuando se reúnen en los clubes. Oigo cosas que me ayudan a recopilar información. Stratford —bostezó y volvió a cerrar los ojos, murmurando—, necesito a alguien que pueda hacer eso en mi lugar.

Stratford se inclinó y colocó una mano en el hombro de Ingram.

—Sabes que puedes confiar ciegamente en mí.

CAPÍTULO 26



Lydia colocó la mano en el brazo del comandante Fitzwilliam cuando este dirigió sus pasos hacia Hyde Park, con lord Carlton y Eleanor siguiéndolos. Era la hora de moda y ríos de gente fluían en la misma dirección, pero no había nadie conocido que pudiera perturbar su paz.

—Señorita Ingram —comenzó el comandante—, realmente deseaba venir a verla antes, pero me entretuve por asuntos militares. Parece estar en paz. ¿Está tranquila respecto a la recuperación de su hermano?

Lydia fijó los ojos en un punto distante.

—Habría pensado que soy terriblemente histérica, pero veré, mi padre murió al caer de su caballo, y todo lo que podía pensar era que también perdería a mi hermano. Supongo que también temía que nos echaran de casa porque, en la actualidad, la persona destinada a heredar es un primo tercero al que no conocemos en absoluto. Temía un drástico cambio de nuestra fortuna.

El comandante Fitzwilliam vaciló antes de preguntar:

—¿Se siente muy agobiada por la idea de estar sin fortuna?

Ella lo siguió mientras esquivaba a un grupo de mujeres reunidas, y pudo oír fragmentos de la conversación de Eleanor y lord Carlton detrás de ellos.

—No. Quizá no lo crea por toda la importancia que parezco dar a los bailes y las fiestas. Pero eso no es lo que más me importa.

Si esperaba que el comandante Fitzwilliam le preguntara qué *era* lo que más le importaba, se sintió decepcionada. Aunque no estaba segura de saber cómo responderle si lo hubiera hecho. Había un vago anhelo de seguridad y protección, y de un hogar donde hubiera risas. Eso era lo que ella buscaba. El comandante Fitzwilliam pareció acercarse más a ella, aunque no sabía si lo había imaginado.

Después de caminar una corta distancia en silencio, el comandante Fitzwilliam dijo:

—Es usted una mujer hermosa, señorita Ingram.

Ella sintió el afilado cuchillo de la decepción por el hecho de que unas palabras tan predecibles vinieran de él.

—Con una fortuna —añadió ella—. Todo un partido.

Él la miró sorprendido, con el ceño fruncido.

—No había terminado mi pensamiento. Nunca he sido un hombre que se ponga nervioso fácilmente, pero cuando estoy con usted... —su voz se desvaneció y, en el silencio que continuó, el corazón de Lydia latió de un modo extraño. Pensó en cómo el comandante Fitzwilliam dominaba todas las habitaciones que visitaba, pero ¿cuando estaba cerca de ella se sentía nervioso?

El comandante Fitzwilliam continuó.

—Si hubiera completado mi pensamiento más rápidamente, habría añadido que es su espíritu lo que da vida a su belleza, y su bondad y lealtad lo que la vuelve eterna. Imagino que lo que más le importa debe de ser aquello que enciende esas cualidades en usted —colocó su cálida mano enguantada sobre la de ella y sostuvo su mirada hasta que ella contuvo la respiración a la espera de sus siguientes palabras—. Señorita Ingram, mi deseo cada vez mayor es descubrir qué es lo que más le importa.

ELEANOR Y LORD CARLTON siguieron al comandante, conversando sobre temas intrascendentes hasta que llegaron al parque. Él parecía estar de buen humor y no tenía prisa ni por reunirse con conocidos ni por dejarla sola. La inquietante sospecha de que pudiera intentar declararse empezó a disiparse mientras seguía al mayor Fitzwilliam y a Lydia hacia el césped.

—Lamento no poder asistir a Almack's el miércoles por la noche —lord Carlton se detuvo para saludar a un caballero que lo llamó desde el otro lado de la calle—. Esperaba poder pedirle que me reservara un vals, pero mi tío está en la ciudad; mi antiguo tutor, aunque olvida que su papel ha terminado, y me ha pedido que lo atienda esa noche.

—Lo entiendo perfectamente, lord Carlton. Por supuesto que debe ir. ¿Su madre está gozando de mejor salud? —se detuvieron detrás del comandante, quien había hecho una pausa para estrechar la mano del señor Braxsen y otro soldado.

—Me temo que mi madre nunca goza de lo que podría llamarse una salud de hierro. Señor Braxsen... —lord Carlton se detuvo para devolverle el saludo.

Cuando el comandante Fitzwilliam y Lydia se adelantaron, lord Carlton reanudó la conversación.

—Mi madre desea conocerla y me ha encargado que la invite a cenar con nosotros antes del teatro, el sábado por la noche. Incluso le he traído una invitación formal —deslizó un sobre blanco cerrado hasta la mitad del bolsillo de su abrigo—. Se la guardaré mientras paseamos.

—Me honra —respondió Eleanor—. Cuando volvamos a Grosvenor Square, no tardaré más que un minuto en escribirle una respuesta, si es tan amable de llevársela de mi parte.

—Desde luego —lord Carlton sonrió—. Estará encantada con su aceptación. Cecily también. La admira mucho, ¿sabe? Y confía en sus relatos de los bailes, a los que anhela asistir. Debe esperar un año para debutar, ya que mi tía es su chaperona, y mi prima no será presentada en sociedad hasta el próximo.

—Es difícil esperar a la temporada de una cuando ya eres demasiado mayor para la escuela sin haber salido de ella aún. Los hombres no entienden esas limitaciones y no pueden saber el grado de irritación que eso representa —mientras hablaba, contemplaba el verde paisaje que se extendía ante ella, agradecida de que estas pocas semanas le permitieran un breve respiro de tales limitaciones.

—No quisiera contradecir a una dama —replicó lord Carlton—, pero los hombres pueden comprender la impaciencia. Cuando uno desea, por ejemplo, salir a luchar o ver parte del mundo y no puede, nos vemos obligados a aceptar nuestra suerte. Mi padre me habló del Grand Tour, que antes se consideraba *de rigueur* para todos los caballeros, y que ahora, con la guerra, no es posible... Luego están las madres enfermas y las hermanas pequeñas y las responsabilidades que caen sobre una persona como un peso —aceleró el paso sin ser consciente de ello, y Eleanor se esforzó por seguirle el ritmo—. Esta —concluyó lord Carlton—, es la suerte de los hombres que no pueden hacer lo que desearían.

Eleanor sintió una lástima que no había creído posible para ningún caballero que tuviera lo

suficiente para vivir y la libertad de moverse a su gusto.

—Si pudiera hacer lo que quisiera, ¿qué sería? —giró la cabeza y lo miró fijamente a la cara, a pesar del gran borde de su capota.

Cuando sus ojos se encontraron, la mirada de lord Carlton cambió y abrió la boca para hablar. Temiendo lo que se avecinaba, Eleanor volvió a girar la cabeza hacia el frente y, en ese momento, el comandante se volvió para hablarles.

—Estamos contemplando la posibilidad de seguir este camino y salir del parque por el lado sur. ¿Qué os parece?

Lord Carlton respondió con voz enérgica.

—Me parece excelente. Adelante —el momento se perdió, y Eleanor se sintió aliviada ante el hecho de que él no hubiera pronunciado unas palabras que no estaba dispuesta a oír—. Si no puedo ir a la batalla —dijo él, cambiando sus palabras—, y creo que realmente no puedo dejar a mi madre y a mi hermana sin alguien que las cuide, me gustaría dedicarme a la política.

—Política. Será la primera persona que conozco que se dedique a ello. ¿Tiene a alguien que lo patrocine? Por lo que sé, es algo necesario —Eleanor estaba dispuesta a engancharse a cualquier tema seguro.

—Lady Jersey es amiga de nuestra familia desde que nací. Ella fue la que puso la idea en mi mente e hizo que me inclinara por este campo de estudio en Oxford. Desde entonces no ha dejado de hablarme de ello, pero no consigo que mi madre se entusiasme con la idea.

—Ciertamente, eso parece ser una limitación.

—Quizá pueda convencerla de la conveniencia de ello cuando acuda a la cena —dijo lord Carlton, animado.

Eleanor se volvió hacia él, con los ojos muy abiertos.

—No tengo por qué influir en su señoría sobre *ningún* tema. Yo no sería tan maleducada como para intentarlo.

Lord Carlton colocó su mano sobre la de ella y le dio una palmadita.

—Espero que algún día sienta que le corresponde hacerlo —sus palabras estaban cargadas de significado, y la incomodidad de Eleanor aumentó.

—¿Cuándo empezó a adivinar el futuro? —se esforzó por mantener un tono ligero, apartando la mano—. Difícilmente sabría lo que puedo ser mañana, y mucho menos «algún día». Me gustaría que no dijera esas cosas.

—Eleanor, no eres tan cambiante... —lord Carlton se detuvo en seco.

Había utilizado su nombre de pila, lo que revelaba sus intenciones tan claramente como si las hubiera pronunciado. Eleanor caminó rápidamente, intentando romper el hechizo antes de que él pudiera hablar mientras ella conocía muy poco su propio corazón. Lord Carlton era apuesto y amable, y con él conseguiría formar una familia y un hogar estable. Sin embargo, más allá de la comodidad que suponía la seguridad, él no despertaba ningún sentimiento en ella. No era más que una cara amable entre otras. ¿La seguridad era suficiente por sí sola?

Eleanor se desvió hacia el pequeño lago, forzando un tono alegre.

—Oh, aquí están los cisnes. ¿Los alimentamos? Tengo un penique para el pan.

CAPÍTULO 27



Lady Ingram sirvió té en tres tazas e indicó al lacayo que llevara una a su hija y otra a Eleanor. Ella se movió con gestos enérgicos y, cuando hubo bebido un sorbo de té, se lanzó a su objetivo sin preámbulos.

—Eleanor, lord Carlton ha pedido permiso para dirigirse a ti, y yo se lo he otorgado. Debo decir que me sorprende que hayas capturado su atención entre todas las demás debutantes, pero parece que lo has conseguido. Deseo que seas feliz.

Eleanor casi se atragantó con su té.

—Yo... No estoy del todo decidida...

—Por supuesto que dirás que sí —ordenó lady Ingram—. No todas las chicas pueden presumir de haber hecho girar la cabeza de un conde. Lydia, por ejemplo —se volvió hacia su hija—. Estás perdiendo el tiempo con ese comandante Fitzwilliam en lugar de esforzarte por conseguir un caballero con título. No entiendo lo que pretendes conseguir.

—¿No se te ha ocurrido, madre, que me *gusta* el comandante Fitzwilliam? —la mandíbula de Lydia se crispó y dos manchas de color aparecieron en sus mejillas.

—Oh, es un hombre muy bueno, estoy segura. Tu hermano no se relacionaría con él si no lo fuera. Pero es un soldado. No tiene ingresos. Es hora de que pongas tus miras en alguien de posición más alta y permitas que el comandante siga con su vida también —aunque Eleanor se compadeció de que la atención de su madre estuviera puesta en Lydia, sólo pudo agradecer que la distrajera de ella.

—Freddy ha dicho que es el mejor de los hombres, y yo estoy de acuerdo... —Lydia detuvo la conversación porque Hartsmith abrió la puerta para anunciar la llegada de la nueva criada que la agencia había enviado.

—Terminaremos esta discusión más tarde —dijo lady Ingram, y siguió al mayordomo hasta la puerta, dejando solas a Lydia y Eleanor.

—Entonces... Lord Carlton —Lydia enarcó las cejas—. No me sorprende. Por supuesto que te amaría.

Eleanor suspiró.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —se encontró con la mirada de su amiga, pero no pudo dar más explicaciones. Necesitaba tiempo para pensar—. Lo lamento.

Lydia enarcó las cejas, pero dejó la galleta en el plato, aparentemente dispuesta a obedecer.

—Nunca adivinarás a quién he visto hoy en Edward's Street.

Eleanor, ya agotada de pensar en lord Carlton, sus intenciones y lo que debería hacer al respecto, sólo pudo responder:

—Ni siquiera lo intentaré, así que debes decírmelo —sin embargo, las siguientes palabras de

Lydia hicieron que levantara la cabeza alarmada.

—Harriet Price.

Eleanor suspiró. Harriet había venido después de todo.

—Esperaba que pudiéramos escapar de su presencia en Londres —acarició la suave cubierta del libro que había estado leyendo—. Harriet Price no hará nada bueno, estoy segura. Me trató fatal en el colegio, sin dejar de recordarme que no pertenecía a *tu clase*.

Lydia levantó un hombro.

—Sólo estaba celosa porque le agradabas a todo el mundo. Se lo dije cuando la vi —se mostró petulante—. También le conté lo de tu herencia.

—Desearía que no lo hubieras hecho. ¿Qué puede tener eso que ver con ella?

Enarcando una ceja, Lydia replicó:

—Sirve para bajarle los humos, que buena falta le hace.

Eleanor trituró un terrón de azúcar sobre su plato, reduciéndolo a polvo.

—Sin embargo, no puedo evitar sentirme incómoda. Dondequiera que vaya Harriet Price, deja un rastro de víctimas. Y en mi caso tiene algo a lo que aferrarse además del puro rencor.

—Aun así —dijo Lydia—, no hay nada de lo que ella pueda acusarte. Te vio trepando por la ventana en mitad de la noche. Tenías una excusa preparada, y ella no tiene ninguna otra prueba segura de que pasara algo raro.

—Sólo que yo estaba fuera del seminario en mitad de la noche, y las chicas inocentes no hacen eso. Se han destruido reputaciones por menos —Eleanor levantó la mirada y, al ver el rostro afligido de Lydia, se arrepintió de inmediato—. Lo volvería a hacer —dijo, acercándose para coger la mano de Lydia—. No creas que me arrepiento. Sólo esperaba poder librarme de tener que lidiar con Harriet mientras estuviera en Londres —intentando sonreír, Eleanor añadió—: Pero quién sabe. Tal vez haya cambiado y no tenga malas intenciones.

Lydia no parecía convencida, y Eleanor no se atrevió a decir algo más. Se mantuvo sentada y se quedó mirando el reloj ormolu de mármol negro sobre la chimenea, perdida en el recuerdo de esa noche espantosa. Lo que había vivido ya había sido una prueba bastante dura, pero ¿que Harriet, entre todas las personas, fuera testigo de su regreso? Era la peor de las suertes.

Era más de medianoche cuando Harriet la enfrentó, y lo bastante tarde como para que Eleanor hubiera podido volver sigilosamente al seminario sin ser descubierta. Ya no temblaba de los nervios, sino que había decidido entrar en su habitación y, si tenía suerte, dormir un par de horas después de su desalentadora aventura.

Había llegado justo a tiempo a la cita secreta de Lydia con el profesor de latín a las once de la noche. El profesor, furioso al encontrarse a una Eleanor sin dinero y decidida en lugar de a su deseada presa, la sujetó por el brazo con la amenaza de llevársela consigo. Eleanor se liberó y, tras huir, le dijo, sin decir la verdad pero con gran seguridad, que el director de la escuela había sido informado de los hechos de su seducción, y que si el profesor de latín no quería que la mancha en su reputación lo siguiera a su próximo puesto, lo mejor era que se marchara a toda prisa y no volviera a ponerse en contacto con la señorita Ingram.

Después de haber ahuyentado al hombre al que su amiga aún no consideraba un peligro, Eleanor caminó los tres kilómetros que la separaban de la escuela, temblando tanto por la victoria como por imaginar desenlaces más siniestros. La luna estaba en lo alto cuando empezó a trepar por el enrejado para llegar a su habitación y, cuando una ventana a su derecha se abrió, interrumpiendo su concentración, se asustó tanto que estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¿Qué haces afuera a estas horas, Eleanor? —había susurrado Harriet, con una mirada hacia la habitación—. Me has despertado de un sueño profundo, y si no has despertado a Mathilda es

sólo porque duerme como un tronco. ¿Quieres despertar a toda la casa?

Eleanor hizo una pausa en su ascenso sólo para inclinarse y susurrar:

—Olvidé mi chal en el bosquecillo, y estaba tan preocupada de que me lo quitaran que no pude dormir y salí corriendo a buscarlo. Si la señora Wrightworth me ve sin él, me reprenderá severamente.

Harriet miró por la ventana.

—Pero no tienes tu chal. ¿Dónde está?

La ágil imaginación de Eleanor fue puesta a prueba, pero respondió:

—Oh, no estaba allí después de todo. Así que lo único que conseguí fue un poco de aire fresco y probablemente un resfriado —se aferró a la enredadera por encima de su cabeza—. Buenas noches, Harriet. Siento haberte despertado. Debo subir el resto del camino antes de que pierda las fuerzas.

—No se lo diré a nadie —susurró Harriet en voz alta.

De algún modo su promesa de guardar el secreto no me tranquiliza, pensó Eleanor.

El ambiente de la habitación, opresivo por el tictac del reloj y el inusual silencio de Lydia, que lanzaba miradas subrepticias a su amiga, devolvió a Eleanor al presente. El té se le estaba enfriando.

Una tarde tranquila en casa habría contribuido mucho a devolverle la tranquilidad, pero era impensable renunciar a su velada en Almack's cuando tenían invitaciones. Para colmo de males, estaba segura de que vería a Harriet allí. En este momento parecía que el número de personas con las que Eleanor no deseaba encontrarse en Londres empezaba a superar al del grupo positivo.

Eleanor miró a Lydia e intentó sonreír.

—Bueno... —fue todo lo que dijo.



STRATFORD SE VISTIÓ para ir a Almack's con movimientos pesados, mirando con desagrado los bombachos negros hasta la rodilla. Había dado su palabra a Ingram de que vigilaría a Lydia y a la señorita Daventry, pero no tenía ningún deseo de pasar la velada viendo a la señorita Daventry junto a lord Carlton. Entró en el salón y encontró a su tía y a sus hermanas vestidas elegantemente y esperando impacientes.

—Dios bendito, y las mujeres tienen el honor de que se las llame lentas. ¿Con qué te has entretenido todo este tiempo, Stratford? —Anna se levantó y se ajustó la falda con un enérgico movimiento.

—Tía, si estás lista, ¿llamo al lacayo? —Phoebe se dirigió hacia la campana, pero su hermano detuvo su movimiento.

—No hace falta. Me he cruzado con James al entrar y he mandado preparar el carruaje —Stratford ayudó a su tía a levantarse y la envolvió con su capa—. Tía, me atrevería a decir que el tiempo es agradable, incluso por la noche. La humedad se ha ido.

La fila de carruajes frente a Almack's era larga, y eran las diez y media cuando entraron. *No he empezado fielmente mi licencia*, pensó Stratford. *Debería haber llegado antes que el grupo de Ingram.*

No había de qué preocuparse. Lady Ingram apareció con la señorita Daventry y Lydia cinco minutos después que Stratford y sus hermanas. Desde el otro lado del salón de parejas, donde las parejas se arremolinaban, las observó entregar sus capas antes de volverse para examinar la habitación. Capturó la atenta mirada de la señorita Daventry y la saludó con la mano. Ella le

devolvió la sonrisa, haciendo que los pies de Stratford avanzaran como por su propia voluntad.

¿Cómo pudo haber dudado a la hora de ganarse su corazón? Iba a hacer un esfuerzo para ganarse su afecto y, si Dios existía, ella no habría aceptado a Carlton. *¿Ya le había propuesto matrimonio? ¿Había llegado demasiado tarde?* Había menospreciado a Carlton por su juventud e inexperiencia, pero si era sincero consigo mismo, no era la juventud de Carlton lo que lo convertía en la elección equivocada para la señorita Daventry. Era porque él mismo sentía algo por ella.

Si tan sólo pudiera convencerla de que era el adecuado para ella. *Sus ojos no se iluminan cuando Carlton entra en la habitación. Y, a menos que esté muy equivocado, cuando yo estoy cerca de ella, sí lo hacen.*

Stratford se dirigió hacia las Ingram y la señorita Daventry, ignorando otros saludos, y se reunió con ellas antes de que hubiesen entrado del todo en el salón.

—Ingram me ha pedido que haga de chaperón en su lugar. Si hay algo que pueda procuraros, espero que no dudéis en pedírmelo.

Lady Ingram contestó por todas.

—Buenas noches, Stratford. Frederick me ha hablado de tus intenciones, y las apruebo. Será mucho mejor que nos acompañe un caballero —miró a su alrededor y observó con recelo al comandante Fitzwilliam, quien se dirigía hacia su grupo—. ¿Él ha conseguido entrar aquí? —dijo en voz baja.

Stratford tuvo el tiempo justo para responder.

—Es un caballero, aunque tenga que ganarse la vida, y su relación con su hijo le ha dado el acceso que necesita. Está aquí en misión oficial —lady Ingram asintió, aparentemente satisfecha.

—Buenas noches —el comandante Fitzwilliam saludó a todos con una reverencia—. Señorita Ingram —dijo con una voz clara que no mostraba temor a no ser recibido—, creo que me ha prometido un baile —los ojos de lady Ingram se entrecerraron ante su declaración.

Stratford aprovechó esa oportunidad para expresar su propia petición.

—Señorita Daventry, no me ha prometido nada, pero espero que me conceda un baile —sabía que su voz era suplicante, pero no pudo evitarlo.

—Por supuesto —dijo ella. Su atención se vio desviada por la entrada del señor Braxsen justo cuando las puertas de la asamblea se cerraban a más invitados.

—Parece que todos hemos llegado tarde esta noche —dijo Stratford, y observó distraídamente cómo el señor Braxsen se dirigía hacia ellos. Sabía que no tendría oportunidad de conversar más con la señorita Daventry hasta su baile—. Braxsen, bienvenido. Sabía que no estarías muy lejos de tu camarada. Pero, ¿quién será tu pareja cuando el comandante Fitzwilliam está bailando con la señorita Ingram? —con un sobresalto de culpabilidad, Stratford se contuvo y miró a su alrededor para ver si lady Ingram había oído la alusión a su hija, pero respiró aliviado cuando la vio conversando con la señora Brooks.

—Bailaré con quien no esté participando —replicó el señor Braxsen—. Si es heredera de una gran fortuna, mejor —esbozó una sonrisa pícaro.

—No hay muchas de esas —dijo Stratford—. Es mejor buscar una joven con carácter.

—Creo que hay aún menos de esas. Tendré más suerte persiguiendo una fortuna —Stratford no sabía si hablaba en serio.

El primer grupo de baile estaba completo, así que Stratford se apostó junto a Eleanor mientras sus hermanas se acercaban a sus parejas y Lydia pasaba del comandante Fitzwilliam al siguiente caballero al que había prometido un baile. Vio el ceño fruncido del comandante y no envidió al hombre. Antes de que Stratford y Eleanor pudieran ocupar sus lugares en el grupo que

se estaba formando, el maestro de ceremonias acercó a dos recién llegados a las debutantes que se encontraban en los extremos y los animó a completar el grupo.

Encogiéndose de hombros, Eleanor volvió la cara hacia él.

—El grupo está lleno.

Sorprendido por su cercanía y por su esperanza de triunfo tras tantos días de lucha para llegar a una decisión, Stratford sintió un repentino impedimento para hablar.

—¿Deseaba bailar?

—Me conformo con quedarme al margen —respondió ella, mientras su brillante mirada seguía el vaivén de las faldas y el chasquido de las botas frente a ellos. Efectivamente, parecía contenta. ¿Había aceptado ya a su pretendiente? Él deseó poder preguntar.

—¿Ha...?

—¿Tendrá...?

Ambos se rieron con timidez, pero Stratford le indicó que continuara y ella preguntó:

—¿Tendrá ahora la oportunidad de ir a su hacienda como deseaba? Espero que todo vaya bien.

Stratford estaba tan cerca de ella como se atrevía, y su aroma, tan fresco como las flores de primavera, hacía difícil concentrarse en sus palabras. Dio un paso atrás y contestó.

—La caída de Ingram ha aplazado la visita. La mayoría de los asuntos puedo gestionarlos por correspondencia, pero debo ir pronto, aunque sólo sea una semana.

—Ha aplazado su visita por lord Ingram. Es un buen amigo, milord.

Cuando ella le sonrió así, su corazón dio un vuelco extraño. Estuvo a punto de soltar un *Lláname Stratford*, pero se contuvo a tiempo. ¡Santo cielo! ¿Y si ya estaba comprometida? Fingió alejarse de las parejas de baile como excusa para acercarse a ella.

—Me he dado cuenta, señorita Daventry, de que lo mismo puede decirse de usted.

EL PRIMER BAILE TERMINÓ, y Eleanor colocó su mano en el brazo de lord Worthing y lo siguió a la pista. Por suerte se habían perdido el otro baile, porque este era un vals, y no había nadie con quien ella preferiría bailarlo. Él le colocó la mano en la espalda, esperando a que la música empezara, y sus rodillas se debilitaron ante esa ligera presión.

Si tan sólo pudiera conocer los sentimientos del conde. Lord Carlton no se contenía a la hora de expresar su admiración, hasta el punto de abrumarla. A veces sospechaba que lord Worthing la admiraba, como había confesado una vez, pero entonces decía algo que parecía indiferente, o reprimía su expresión para que ella no tuviera ni idea de lo que estaba pensando.

Sin embargo, algo había cambiado esta noche. *Él* había cambiado. Entonces se sintió impulsada a buscar su rostro para ver si no se lo había imaginado.

Cuando sus miradas se cruzaron, Eleanor se sobresaltó. La mirada que él le dirigió tenía un propósito. Determinación. En ese momento, la música empezó y él se movió, empujándola hacia los pasos de baile. Ella necesitó dar una vuelta completa al salón para recuperar la compostura y poder conversar. Tras la primera mirada, la expresión del hombre volvió a ser indescifrable, y ella se preguntó si había quedado afectado.

Tal vez no, porque él le sonrió y enarcó las cejas.

—Ni una sola vez me ha pisado.

Eleanor había dominado los salvajes latidos de su corazón y estaba lista para responder.

—Está sorprendido, milord. ¿Acaso las otras damas con las que baila son tan torpes?

—No, sólo admiro la ligereza de los suyos —bromeó también.

A Eleanor le gustaba esta faceta suya y sospechaba que no se la mostraba a mucha gente fuera de su familia y amigos más cercanos.

—Bueno, debo admitir que usted me ha sorprendido gratamente, milord —respondió con un atisbo de sonrisa—. Cuando baila tiene una seguridad que no le habría atribuido al conocerlo.

—Ah —lord Worthing asintió sabiamente—. ¿Se refiere a mi falta de dotes conversacionales o a mi ineptitud para hacer una propuesta decente?

Se le escapó una carcajada.

—Así que está dispuesto a admitir que hubo algunas deficiencias de modales en su discurso. No tema, milord. Lo ha compensado con creces en estas últimas semanas —Eleanor hizo una pausa y luego añadió reflexivamente—: Supongo que no puede evitar aprender sobre diplomacia viviendo con dos hermanas.

—Había pasado demasiado tiempo en la península como para recordar mis modales —dijo lord Worthing—. Pero, como usted dice, mis hermanas no han tardado en recordármelos —se inclinó para murmurar—: Tampoco usted, debo añadir.

A Eleanor se le oprimió el corazón por la forma tan íntima en que pronunció esas palabras, aunque las palabras en sí no supusieron nada especial. Sus pies apenas tocaban el suelo mientras giraban y, cuando el vals terminó, él la sostuvo durante un minuto más, soltándola sólo lo suficiente para inclinarse y decir:

—Nunca he disfrutado tanto bailando como con usted, señorita Daventry. Espero tener muchas más ocasiones para hacerlo —la sonrisa que él le dedicó derrumbó su última defensa, y apenas podía sentir las piernas mientras la conducía fuera de la pista.

Eleanor sabía que su rostro era expresivo, y que el placer que sentía era evidente para todos, y pensó que no le importaba. Pero cuando miró a su derecha, estaba claro que su sentimiento no era compartido por todos, porque justo entonces capturó un par de ojos penetrantes puestos en ella. Era Harriet Price, y su mirada especulativa hizo que Eleanor sintiera un escalofrío. Esto no presagiaba nada bueno.

Eleanor aún se preguntaba cómo afrontaría el encuentro con Harriet esta noche mientras lord Worthing la conducía hacia el otro extremo del salón, donde su mirada se cruzó con la de Judith Broadmore. Eleanor se sorprendió por el odio que desprendían los ojos de la otra mujer, y sus pasos estuvieron a punto de vacilar.

Luego se indignó. ¿Por qué debería acobardarse? No tenía nada de qué avergonzarse. Había sido la señorita Broadmore quien había rechazado a lord Worthing, no al revés. Había sido la señorita Broadmore quien había perdido, y ella debía afrontarlo y seguir adelante.

Mientras Eleanor reforzaba su confianza mediante este razonamiento, se detuvieron para que lord Worthing pudiera intercambiar unas palabras con el señor Braxsen, y ella echó un vistazo al otro lado de la habitación, donde descubrió que Harriet seguía mirándola fijamente. ¡Agh! ¡Acorralada por los dos lados! pensó con una repentina explosión de pánico y risas. ¿Dónde estaba Lydia para poder compartir esto con ella?

Sin embargo, su humor y confianza se esfumaron cuando lord Worthing se puso rígido y se apartó de ella. Al sentir la pérdida física de su presencia, Eleanor lo comprendió. *Ha notado a la señorita Broadmore y no desea ser visto caminando tan cerca de mí.*

Cuando lord Worthing se volvió hacia ella, sus ojos estaban llenos de preocupación.

—Señorita Daventry, tenía la intención de llevarla a la mesa de refrigerios, y ahora veo que no puedo. Por favor, perdóneme —parecía como si lamentara tener que abandonarla, y ese pensamiento la reconfortó un poco, muy poco en realidad.

Luego, él volvió a mirar a la señorita Broadmore y Eleanor siguió su mirada. Debía reprimir

sus sentimientos, porque el corazón de lord Worthing no le pertenecía. Y debía considerar seriamente a lord Carlton, cuyo corazón, al parecer, sí le pertenecía. No importaba cómo se sintiera, sería una tonta si se aferraba a alguien que no tenía intenciones serias de matrimonio. *O que sólo las tiene cuando está borracho.* Se obligó a encogerse ligeramente de hombros.

—Eso ya no importa, milord. Mire. Lydia no va a bailar. ¿Me llevará con ella?

Tan pronto como Stratford llevó a Eleanor al lado de Lydia, se marchó. Lydia fue inmediatamente reclamada por su siguiente pareja de baile, dejando sola a Eleanor, y Harriet Price no tardó en acercarse a ella, una secuencia de acontecimientos que parecía de lo más injusta.

—Eleanor —dijo Harriet, con una ceja arqueada—. Qué sorpresa encontrarte aquí. He oído hablar de tu herencia, y supongo que eso te abrirá cualquier puerta. Qué suerte tienes. Primero tienes un tutor que puede mejorar tu —se inclinó—, poco deseable pasado, y luego te deja una fortuna inexplicable que pide a gritos la comprensión de la causa que hay detrás.

Eleanor sonrió con dulzura, aunque tuvo que esforzarse.

—La mayoría de la gente no está tan motivada por los celos como tú para buscar la causa.

Los ojos de Harriet se entrecerraron. Esto era la guerra.

—No sé cómo has podido engañar a las patronas para conseguir invitaciones, pero a mí no me has engañado. ¿De qué tengo que estar celosa? Soy la hija de una baronesa, y como tal siempre seré mejor que tú.

—Entonces no te entretengo más —dijo Eleanor, con las mejillas rígidas de tanto sonreír. Harriet giró sobre sus talones y se dirigió al grupo más cercano, donde la señorita Broadmore era el centro de atención.

Están hechas la una para la otra, pensó Eleanor. Entonces, *¡bien!* No necesitaba fingir. Sin embargo, nunca antes había sentido el deseo intenso de encontrar pareja.

STRATFORD LAMENTÓ DEJAR a Eleanor tan abruptamente, pero no pudo ignorar la urgencia de la señal de Fitz. Se dirigió a la entrada de la sala de cartas para reunirse con él. Dentro, ocuparon la última mesa libre de la esquina, donde el nivel de ruido excluía cualquier amenaza de ser escuchados.

—¿Tienes noticias?

Fitz asintió.

—He dado instrucciones a mi hombre para que me envíe cualquier mensaje urgente, sin importar dónde me encuentre, y es un tipo ingenioso —se inclinó, hablando en voz baja—. Han entrado en el cuartel general. Era la oficina de Ingram. No quiero abandonar la investigación en este punto crítico, así que espero que puedas transmitir la información. Buscaré cualquier pista que relacione el robo en la sede con el de la biblioteca de Ingram. Y —sacudió la cabeza, con aspecto agotado—, seguiré algunas posibles pistas en Boodle's.

—Iré a ver a Ingram mañana a primera hora —dijo Stratford—, pero quizá no tan temprano como para levantar sospechas en su casa. Él no quiere que nadie sospeche que algo anda mal.

—Por supuesto —dijo Fitz—. En cualquier caso, no hay nada que él pueda hacer. Informaré en cuanto pueda. Pero primero déjame decirte lo que sé.

Fitz se marchó inmediatamente después de su charla, y Stratford regresó al salón de baile, sintiéndose perdido. La señorita Daventry estaba bailando, por supuesto. No le apetecía hacerse el galante con otra joven y no podía ordenarles a sus hermanas —y, no debía olvidarlo, a las Ingram—, que se marcharan sin provocar preguntas a las que era incapaz de responder. Stratford

se sentía tan cansado como Fitz y deseaba que la velada terminara pronto.

CAPÍTULO 28



A la mañana siguiente de Almack's, Eleanor acompañó a Lydia a los aposentos de lord Ingram, ya que este se encontraba bastante bien y agradecía las visitas, aunque ello supusiera un recuento detallado de las aventuras de la noche anterior. A pesar de estar ligeramente insatisfecha con el final de la velada, Eleanor se obligó a contribuir a la entusiasta descripción de Lydia, bromeando al final con lord Ingram:

—Estaba segura de que usted no querría oír ni una palabra sobre Almack's.

—Cuando estás atrapado en la cama, cualquier entretenimiento es mejor que ninguno —dijo Ingram—. Ahora —cruzó las manos sobre su regazo—. ¿Habías elegido los detalles de seda o el satén?

Eleanor se vio obligada a reír, pero Lydia respondió con toda sinceridad.

—El vestido azul con lazos de satén. Participé en casi todos los bailes y te juro que estoy agotada. Tanta gente preguntó por ti que te habrías sentido muy complacido. Toda la gente habitual, pero también había una señorita Georgiana Audley que acababa de llegar a la ciudad. Cuando nos presentaron, mencionó conocerte.

Lord Ingram levantó la mirada al oír esto.

—¿La señorita Audley ha regresado?

—Sí. Estaba escandalosamente morena, pero me atrevo a decir que el aire de Londres le sentará bien. Su madre ha fallecido, y su padre la trajo a casa para arreglar unos asuntos.

Ingram frunció el ceño.

—¿Cuándo murió su madre? ¿Lo dijo?

—No, pero imagino que es algo reciente. Aún está parcialmente de luto y se negó a bailar con nadie.

Lord Ingram lo asimiló, pero no hizo más comentarios, salvo decir que esperaba que Lydia le transmitiera sus saludos la próxima vez que se vieran. Con esfuerzo, al parecer, reorientó la conversación hacia el baile.

—Y tú, Eleanor, ¿todos tus bailes fueron reclamados?

—Casi. No fui deshonrada en ningún momento —su mente se dirigió involuntariamente a su encuentro con Harriet Price, quien, por lo que parecía, estaba ansiosa por provocar la caída de Eleanor. Su alegría por haber bailado con lord Worthing no pudo sobreponerse a las fuerzas combinadas de que él la hubiera abandonado por Judith Broadmore y el asalto de Harriet inmediatamente después del baile.

Lydia sacó a Eleanor de su breve ensoñación con las siguientes palabras:

—Stratford dijo que vendría a visitarte hoy —tras un salvaje destello de esperanza, Eleanor se percató de que, por supuesto, Lydia estaba hablando con su hermano.

—Espero que lo haga. Es insoportablemente aburrido estar tumbado así —tal vez arrepentido de su frustración, Ingram les dedicó una sonrisa que Eleanor consideró que debía hacer palpar el corazón de alguna jovencita en algún lugar.

—Fred, ¿acaso nuestra compañía no es suficiente? —Lydia lo fulminó con la mirada.

—Pido disculpas por mi humor negro. Claro que lo sois —Ingram tiró de la almohada que tenía detrás de la cabeza para estar más erguido—. La verdad es que estoy deseando levantarme y hacer algo, pero sé que no puedo. Estoy fijo en esta posición hasta que el hueso se haya consolidado, o eso dice el médico.

—Bueno, esperemos que lord Worthing venga a aliviar su aburrimiento —dijo Eleanor—. Sin embargo, podemos entretenerlo entre las dos, ¿no es así, Lydia? ¿Dónde está el backgammon?

—Así que pretendéis quedaros y consentir a un inválido —dijo Ingram—. Por supuesto, saca el juego. Si tiras de la campana, Hartsmith sabrá dónde encontrarlo. Oh, hablando del rey de Roma. Hartsmith, ¿sabes dónde podemos encontrar el backgammon?

El mayordomo, con la mano aún en el pomo de la puerta, esperó a que lord Ingram terminara.

—Traeré el juego enseguida, milord. Pero aquí está lord Worthing deseando verlo, y la cocinera está a la espera de su llamada para enviarle el almuerzo —Eleanor levantó la vista cuando lord Worthing entró en la habitación, pero bajo la mirada en cuanto miró hacia ella.

—Ah, Stratford, has venido —dijo lord Ingram—. Estábamos hablando de ti, y llegas a tiempo para el almuerzo.

Lord Worthing sacudió la cabeza.

—No era mi intención incomodaros. Ingram, he venido a hablar contigo hoy, pero puedo volver más tarde.

—No, Stratford —insistió Lydia—. Debes unirme a nosotros para almorzar.

Ingram no aceptó la discusión.

—Hartsmith, pon otro plato en la mesa, por favor —volviéndose hacia Stratford, añadió—: No tiene sentido verme intentar equilibrar un plato en mi regazo. Ve con las damas a almorzar civilizadamente, sube después y entonces podremos hablar.

Lord Worthing se dejó convencer y siguió a las damas escaleras abajo, donde lady Ingram se desplazó para ocupar el asiento principal de la mesa. Después de saludar a Stratford y pedir que la fruta y los bocadillos fueran servidos, ella se dirigió a Lydia para que explicara qué era eso que había oído sobre la fiesta informal de la señora Dartmouth con el fin de oír cantar a la señora Bannings. Lydia se lanzó a contar lo que sabía del asunto, y lord Worthing se dirigió a Eleanor a su lado.

—Espero que podamos verla el sábado por la noche en el teatro, si le apetece acompañarnos en nuestro palco. Anna y Phoebe estarán allí. ¿Lydia y usted están libres?

—No, milord. Me temo que ya he aceptado una invitación para cenar en casa de lord Carlton y asistir al teatro con él y su hermana —ella levantó la mirada y capturó la expresión de decepción en sus ojos antes de que él los desviara. Cogió un pastelito del plato frente a ella, y se esforzó por mantener un tono normal—. Lydia ha rechazado la invitación, y no estoy segura de lo que está planeando.

Lord Worthing no respondió de inmediato. Eventualmente, dijo:

—Veo que he llegado demasiado tarde. No importa. Estaba cumpliendo el encargo de Frederick de escoltarla, y aunque sé que se encuentra muy bien cuidada, no quería descuidar mi deber.

Fue un discurso desalentador. *Sólo piensa en su deber. No tengas esperanzas*, se reprendió.

Sin embargo, cuando comparó sus palabras de deber con la mirada decepcionada de sus ojos, no pudo evitar pensar que las palabras no eran más que una fachada. La esperanza echó raíces y brotó de nuevo. Eleanor lanzó una mirada a Lydia, pero lady Ingram era dueña de su atención. Debía encargarse ella sola de esta parte de la conversación.

—¿Sus hermanas están disfrutando de la temporada? —preguntó Eleanor después de unos minutos.

—Sí, creo que sí —lord Worthing bebió un sorbo de agua y, después de una rápida mirada a lady Ingram, se volvió hacia ella y le dijo en voz baja—. Señorita Daventry, le pido disculpas por haberla dejado tan abruptamente después de nuestro baile anoche.

—Sí, por supuesto —dijo ella, con los ojos fijos en su plato—. Tenía otras obligaciones que atender.

—Sí, tenía otras obligaciones. Es sólo que he estado intentando averiguar tanto como sea posible después del ataque a Ingram, y vi... a alguien haciéndome señas con urgencia, así que tuve que dejarla —él capturó su mirada—. Le aseguro que ninguna otra cosa me habría apartado de tan encantadora compañía.

—Ya veo —sus ojos se desviaron hacia los de él. Eleanor sólo tuvo tiempo de responder eso antes de que lady Ingram le preguntara a lord Worthing si era probable que asistiera a la velada en la que la soprano cantaría. Él respondió que aún no había recibido ninguna invitación, y el tema derivó hacia las próximas representaciones en Covent Garden. No hubo tiempo para más conversaciones privadas entre ellos, pero cuando le pasó un plato, sus dedos rozaron la mano de ella y, sobresaltada, sus ojos se encontraron con los de él. El hombre se arriesgó a esbozar una fugaz sonrisa antes de volver a centrar su atención en lady Ingram.

MIENTRAS SUBÍA las escaleras después de comer, lord Worthing pensó en la breve conversación que habían mantenido durante el almuerzo. Deseó haber podido hablar más con la señorita Daventry y oírla decir que entendía su situación. A su llegada, ella no le había sostenido la mirada. No era de extrañar. Anoche la había dejado con tanta rapidez que casi había sido grosero. Pero después de que él le explicara la razón, la calidez en su mirada regresó. Él se conformaría con eso... por ahora.

Una noche en el teatro, en el mismo palco, le habría dado muchas oportunidades para seguir conversando. Llegó al rellano y exhaló con los dientes apretados. *Muchas oportunidades para reclamar su corazón.* Parecía que ella ya había aceptado ir con Carlton. Entonces, ¿ya estaba comprometida? Seguramente Ingram habría dicho algo.

Cuando entró en la habitación de Ingram, su amigo echó a su ayuda de cámara.

—¿Has terminado? —preguntó Stratford.

Ingram le hizo un gesto para que se sentara.

—Supongo que tienes noticias para mí.

—Fitz me pidió que te transmitiera esta información y prometió venir con un informe lo antes posible. Anoche entraron a robar en tu despacho del cuartel general.

—¿El hombre ha sido capturado? —Ingram se removió inquieto—. Fitz tenía a alguien vigilando el cuartel general, así que deberían haber visto el robo.

Stratford negó con la cabeza.

—Ocurrió al final de la jornada laboral, cuando todavía había personal. Había demasiada gente entrando y saliendo del edificio para que la vigilancia distinguiera alguna actividad inusual. A petición tuya, tu asistente está dejando que Fitz investigue a fondo, y el robo

representa una noticia poco difundida. Tu asistente dijo que había una lista parcial del inventario que él había olvidado llevar consigo, y el ladrón la robó. No será demasiado perjudicial, dijo, pero sigue siendo información útil para el enemigo, y se culpa a sí mismo. Ha dicho que su renuncia llegará mañana por mensajero.

Ingram hizo un gesto desdeñoso.

—Debe ser urgente para el ladrón intentar esto con tan alto riesgo. Me pregunto si el enemigo está planeando un ataque a gran escala como para estar tan empeñado en conseguir este documento —Ingram soltó una breve palabrota—. Detesto estar atado a la cama de esta manera. Soy un completo inútil.

Stratford asintió con la cabeza, sin añadir ningún insulto a su herida en un intento de consolar a su amigo. Al cabo de un minuto, dijo:

—Ha aparecido en el periódico el anuncio del compromiso de Conolly con una viuda de fortuna nada despreciable, y va a ser destituido. Puedes hacer que Fitz continúe siguiéndolo, pero no creo que sea tu hombre. La racha de mala suerte de Delacroix, por otro lado, ha continuado.

—Muy bien. Dejaremos de seguir a Conolly —respondió distraídamente Ingram—. Delacroix podría estar lo suficientemente desesperado como para vender información y mantenerse alejado del requerimiento de pago. Y es francés.

Stratford se inclinó hacia adelante.

—Eso es lo que me hace pensar que no se trata de él. *Conozco* a estos franceses que vinieron durante el reinado del terror. Trabajaron con mi padre en Spitalfields. No tienen lazos con el emperador y están ansiosos por desligarse de todo en Europa.

Se encontró con la mirada de Ingram.

—Sin embargo, siendo totalmente transparente, debo añadir que se esperaba la asistencia de Delacroix anoche en Almack's y no apareció. Escuché a sus compinches expresar su sorpresa por su ausencia. Dijeron que no era muy propio de él perderse la oportunidad de avanzar en sus intereses con una determinada dama adinerada cuando había tantos otros pretendientes compitiendo por su puesto.

Ingram miró fijamente a Stratford.

—Es una información útil y vale la pena investigarla. Estas pistas lo vuelven sospechoso, pero hay muy pocas pruebas para detenerlo. Puesto que es nuestra única pista sólida y no cuesta nada seguirlo, sigamos haciéndolo. A pesar de la confianza que puedas tener en él, eludir a los acreedores puede mermar la moral de un hombre, por muy altivo que sea.

—Sí, por supuesto —dijo Stratford.

CAPÍTULO 29



Lord Carlton llegó a las seis, junto con su hermana Cecily, para acompañar a Eleanor a la velada. Lydia, quien seguía de excursión a caballo, se perdería su partida y sólo llegaría a tiempo para su propia cena familiar. Eleanor se alegró de que los Ingram cenaran sólo entre ellos. Aunque lady Ingram era infaliblemente cordial, tener siempre presente a otra persona que no fuera miembro de la familia debía suponer una gran tensión.

Después de la cena irían al teatro, y el plan era que Eleanor se reuniera allí con Lydia y regresara con ella a Grosvenor Square. Eleanor llevaba un vestido color burdeos que formaba una discreta V en la espalda, en una posición más baja de lo que acostumbraba, y estaba adornada con pequeñas perlas cosidas. Llevaba granates alrededor del cuello y pendientes a juego, y sus mejillas estaban inusualmente brillantes.

Eleanor sentía; temía, en realidad, que lord Carlton le propusiera matrimonio esta noche. La idea la ponía nerviosa porque, aunque él era todo lo que ella podía desear al imaginar un hombre ideal, lo que sentía por él no era amor. Su bello rostro no cruzaba ante sus ojos cuando se quedaba dormida. Apreciaba su amabilidad, pero eso no estremecía su interior.

Aun sin la advertencia de lady Ingram, Eleanor no podía ignorar la debilidad que lord Carlton sentía por ella cuando él había sido tan abierto acerca de sus sentimientos en su último encuentro. Demasiado abierto. Se preguntó si los sentimientos que surgían tan rápido podían desaparecer con la misma rapidez. La posición social del hombre no significaba nada cuando no había amor, y eso no incrementaba la tentación. Sin embargo, una parte de ella se preguntaba si el amor se presentaría alguna vez, o si sería mejor aprovechar la oportunidad y aprender a contentarse.

Tan pronto como el pensamiento entró en su conciencia, sacudió la cabeza. La atención que lord Worthing mostraba con mayor intensidad cada vez que se encontraban le hacía decir que *no*. Aprender a contentarse no era suficiente.

Lady Carlton recibió a Eleanor en su salón e hizo ademán de levantarse, pero su hijo le aseguró que no era necesario. Eleanor se acercó e hizo su reverencia ante su madre, sentándose en el sofá con Cecily cuando se lo ofrecieron.

—¿Quieres un poco de agua dulce, madre? —la frágil mujer negó con la cabeza, pero le indicó que le acercara un poco a Eleanor. Así lo hizo y luego se sentó al otro lado de la habitación para mirarla. Aunque Eleanor le devolvió la mirada, la expresión del hombre no cambió, y ella se volvió para mirar a su madre, sintiéndose como un insecto bajo un cristal.

—Vais a asistir al teatro esta noche —dijo lady Carlton—. ¿Quién se unirá a vuestro grupo?

—Tenía entendido que Cecily... —Eleanor miró confundida a lord Carlton.

—Cecily no asistirá. Se nos unirán el señor Braxsen y una tal señorita Redgrave —Eleanor

sintió una ráfaga de fastidio por el hecho de que él no hubiera compartido esta información con ella antes, aunque se alegró de que se tratara del señor Braxsen, a quien conocía. Preguntó—: ¿Conoce a la señorita Emmeline Redgrave?

Eleanor negó con la cabeza, conteniendo su descontento. Tal vez la señorita Redgrave sería una buena sustituta para Cecily.

—Pero estaré encantada de conocerla.

Cuando el mayordomo abrió la puerta para anunciar que la cena estaba servida, lady Carlton se puso en pie.

—Aquí somos bastante informales, pero debe disculparme si lord Carlton coge mi mano. Me parece que no soy tan corpulenta como desearía.

—Por supuesto —dijo Eleanor. Se colocó junto a Cecily—. Espero que quieras decirme dónde encontraste esa cinta enhebrada en tu pelo. Te sienta muy bien. He estado buscando faralaes para adornar una de mis muselinas sencillas, y este le quedaría muy bien. No temas —añadió riendo—. No te eclipsaría eligiendo algo idéntico.

—Ni en sueños... —dijo Cecily, con los ojos bajos—. En cualquier caso, aún no he debutado y nadie verá lo que llevo puesto.

Eleanor le estrujó el brazo.

—Lo harás el próximo año, ¿verdad? Es algo que llegará antes de que te des cuenta; aunque esperaba que pudieras acompañarnos al teatro. Pensaba que era un placer incluso para las que aún no han debutado.

—Matthew dijo que prefería que yo no fuera. Dijo que sería inconveniente... —la voz de Cecily se quebró cuando su hermano la fulminó con la mirada, provocando que se pusiera colorada.

Oh, cielos, pensó Eleanor, repentinamente nerviosa. ¿Era mucho pedir que lord Carlton no intentara presentar su cortejo esta noche? Lo único que sabía era que no estaba dispuesta a prometer nada.

Cuando el primer plato fue presentado, lord Carlton siguió mirando fijamente a Eleanor, y ella aceptó el plato de sopa con una punzada de consternación. No sería capaz de comer nada con los nervios tan agitados.

—¿Dónde pasará los meses de verano, señorita Daventry? —preguntó lady Carlton—. Ya casi están aquí. Confieso que estoy dispuesta a buscar el aire fresco que se respira en la casa solariega.

—Me quedaré con mi tía, la señora Daventry, y su hermana, la señora Renly, en Bath. Están allí ahora, y la mala salud de la señora Renly las mantendrá allí todo el verano.

—Me preguntaba por qué lady Ingram podría estar patrocinándola esta temporada. Debe de adorarla —lady Carlton dio un sorbo a su sopa, pero llevarse la cuchara a la boca por segunda vez le pareció imposible.

—Lady Ingram ha sido muy generosa —dijo Eleanor—. Se ofreció a patrocinarme porque pensó que sería más agradable para su hija tener una acompañante para su debut. Pero ella no me conocía antes de esto. Creo que confió en el patrocinio de mi tutor como garantía suficiente. Lydia; la señorita Ingram, y yo estamos muy unidas, y agradezco que podamos tener nuestro debut juntas.

—Yo también —dijo lord Carlton—. De otro modo no la habría conocido —sonrió cálidamente, haciendo que Eleanor se paralizara alarmada. Aunque su madre y su hermana no parecieron malinterpretarlo, Eleanor consideró que esta era una declaración demasiado pública cuando ella nunca le había dado motivos para creer que sus sentimientos eran correspondidos.

Era posible que se tratara de un atrevimiento agradable en él, pero prefería que un caballero conociera sus sentimientos antes de mostrar abiertamente su corazón.

Durante la cena, Eleanor puso a prueba su cerebro para encontrar la manera de entablar conversación con una viuda, un caballero y una muchacha que todavía no había acabado la escuela. Lord Carlton no fue de mucha ayuda, pues alternaba entre un estado de reflexión y la mirada fija en ella de la manera más desconcertante. En definitiva, no fue la más agradable de las veladas.

Finalmente, lord Carlton anunció que era hora de partir hacia el teatro, ya que los demás llegarían en cualquier momento. Apenas pronunciadas estas palabras, se oyó un golpe sordo y la puerta principal se abrió.

En el exterior, el cielo se había oscurecido y se veían una o dos estrellas. El señor Braxsen se bajó del carruaje para ayudar a Eleanor a subir, disculpándose por haberlos hecho esperar. Él esbozó una sonrisa superficial ante la sugerencia de lord Carlton de que el retraso podría explicarse por la complejidad de su corbata y el número de pañuelos de cuello desechados que necesitó para conseguir la matemática perfecta. La señorita Redgrave saludó cálidamente a lord Carlton, pero solo le dedicó una rígida reverencia a Eleanor. *Hmm. ¿Me pregunto si la señorita Redgrave está interesada en lord Carlton! Tal vez sí*, pensó Eleanor, todavía incómoda por la gran atención del hombre.

En el teatro, Emmeline Redgrave se sentó junto a lord Carlton en su palco y se puso a charlar con él, mientras el señor Braxsen ocupaba el asiento contiguo al de Eleanor, quien examinó los asientos en busca de lord Worthing. Entonces, descubrió que sus ojos estaban puestos en ella y, cuando sus miradas se encontraron, él se incorporó bruscamente y apartó la mirada.

Finalmente, el señor Braxsen fue consciente de su deber para con Eleanor.

—Señorita Daventry, ¿cómo se encuentra lord Ingram? ¿Los médicos han dicho cuándo se levantará?

—Por desgracia, necesitará varias semanas de reposo —Eleanor apartó la mirada del palco de lord Worthing—. No es un paciente obediente —le sonrió—. No me había percatado de que usted tenía una relación tan estrecha con lord Carlton.

—Era amigo de mi hermano menor y se reunía con nosotros en los clubes de Londres durante las festividades. Le causé su primer ojo morado en Jackson's. Una ronda de boxeo —explicó.

Eleanor se rio.

—Veo que fue una amistad forjada de manera sólida —lanzó una mirada al sujeto en cuestión y añadió—: Pero, ¿lord Carlton? No me lo imagino practicando ese deporte. *Tampoco puedo imaginarlo a usted ejercitándose de esa manera.*

—Sólo le parece muy agradable porque él ha llamado su atención... —comenzó el señor Braxsen con una mirada pícara.

La expresión de Eleanor debió de haber sido severa porque el señor Braxsen se inclinó un poco hacia atrás cuando la cortina se abrió y los lacayos apagaron las velas. Se inclinó para susurrar:

—Le di una lección beneficiosa y no volvió a intentarlo —Eleanor sonrió, pero se sintió aliviada por la oscuridad que se produjo a continuación.

En el intermedio, la señorita Redgrave manifestó su deseo de salir a coger aire y disfrutar de una bebida. El señor Braxsen se levantó y dijo:

—Yo también iré —dirigiéndose a los ocupantes del palco, añadió—: ¿Nos acompañáis?

—Yo no —respondió lord Carlton—, te lo agradezco. Señorita Daventry, no desea enfrentarse a la multitud, ¿verdad?

Ella miró al otro lado del teatro y vio el palco de lord Worthing totalmente ocupado, con más gente entrando en él. Perdiendo la esperanza de encontrarse con el conde en la galería, pensó que era mejor quedarse donde estaba. Y seguramente lord Carlton no sería tan imprudente como para elegir el teatro para proponerle matrimonio.

—No, me gustaría quedarme —sonrió al señor Braxsen.

Cuando los dos abandonaron el palco, lord Carlton ocupó el asiento junto a ella.

—¿Ha disfrutado de la primera parte de la obra?

—Inmensamente —respondió Eleanor—. Es la tercera vez que asisto al teatro y aún no me he aburrido. Me pregunto si alguna vez lo haré —levantó la mirada, estudiando las molduras doradas del techo.

—Algunas personas son capaces de encontrar alegría en todo —dijo lord Carlton, con una voz entrecortada que hizo que ella dirigiera su mirada al frente, alarmada. No se atrevía a mirarlo, pero podía sentir el calor que emanaba de él.

—Señorita Daventry, debo hablar con usted. Esto no puede esperar, y como no voy a acompañarla a casa... Es una molestia, pero parece que no puedo tenerla a solas el tiempo suficiente, y esto tendrá que ser suficiente —Eleanor miró la cara roja de lord Carlton y sintió un nudo en el estómago.

He sido una ingenua. No estoy preparada para esto. Era demasiado tarde, y Eleanor no pudo impedir su discurso.

—Desde el momento en que la conocí, la he tenido en gran estima. No me atrevo a enumerar todas las formas, pues la situación en la que nos encontramos quizá no lo permita —lord Carlton miró detrás de él—. No sé cuándo regresarán Braxsen y la señorita Redgrave. Señorita Daventry... —la cogió discretamente de la mano—. Eleanor. Te amo, y últimamente me he atrevido a esperar que sientas algo por mí. ¿Me harás el hombre más feliz del mundo y te convertirás en mi esposa?

Hasta que no hubo pronunciado las palabras, Eleanor aún no sabía cómo respondería. Lord Carlton era todo lo que ella debería querer. Era agradable a la vista, atento a su bienestar y parecía amarla, si se podía creer en sus palabras y atenciones. Ella no lo amaba, de eso estaba casi segura. Pero no se atrevía a rechazarlo. *¿Y si estoy equivocada?* En el último momento, se percató de que no podía, sin más reflexión, rechazar la seguridad de pertenecer a alguien, aunque sólo se basara en la estima. Con la misma rapidez, se despreció a sí misma por tal debilidad.

—Esto es repentino para mí. Siempre ha sido muy amable. No creo... Sólo le pido que me dé tiempo para pensarlo. No conozco mi corazón —*debería haber dicho que no*, pensó apresuradamente. *Le estoy dando esperanzas. Pero, ¿y si decir que no es un error?*

El rostro de lord Carlton cambió.

—Confieso mi decepción. Esperaba que se sintiera atraída a... tal vez no fui sabio al elegir el escenario. Si hubiéramos tenido más privacidad, podría haberla convencido...

—No creo —dijo Eleanor antes de que él pudiera seguir esa línea de pensamiento—, que el lugar hubiera cambiado mi respuesta. No voy a fingir ignorancia de que sus sentimientos hacia mí se han desarrollado en los últimos dos meses. He sido consciente de ello, pero no estoy segura de los míos. Su propuesta de hoy me desconcierta, y necesito tiempo para analizar mi corazón.

Eleanor extendió la mano y tocó la suya.

—¿Me dará este tiempo?

Lord Carlton estaba mirando hacia abajo, pero ante su gesto se encontró fugazmente con su mirada y contestó:

—No perderé la esperanza todavía.

Tan pronto como dijo estas palabras, el señor Braxsen y la señorita Redgrave volvieron a su palco, y la actitud de lord Carlton cambió. Empezó a interrogarlos sobre su incapacidad para soportar a las multitudes, tal como les había advertido. Eleanor se maravilló de la capacidad de lord Carlton para cambiar en un instante y se preguntó acerca de la intensidad de sus sentimientos. *Sin duda será un buen político.*

Eleanor miró al otro lado del teatro. Phoebe estaba de pie conversando con Lydia y el comandante Fitzwilliam, y Anna estaba en su palco examinando a la multitud. Lord Worthing seguía sentado sin nadie a su lado, con los ojos fijos en ella. Y esta vez él no apartó la mirada.

CAPÍTULO 30



Durante toda la mañana siguiente, Stratford no dejó de recordar el rostro de lord Carlton al otro lado del teatro, animado y sonriente mientras hablaba con la señorita Daventry. Las visiones lo atormentaban.

Sin embargo, si no estaba muy equivocado, Carlton había decidido declararse a la señorita Daventry justo durante el intermedio, y había sufrido un rechazo. Si no se había tratado de una respuesta negativa, tampoco de una aceptación inmediata. El suyo no era el rostro de un hombre inmensamente feliz. Como caballero, Stratford no le deseaba semejante desdicha a nadie, pero sólo podía alegrarse de que la señorita Daventry no hubiera aceptado la primera oferta recibida.

No es que ella haya hecho eso, se recordó Stratford. Ella no le había dicho que sí a Amesbury, y no le había dicho que sí a él.

Stratford odiaba tener que marcharse mientras el corazón de la señorita Daventry no estuviera asegurado, pero su viaje a la finca no podía esperar más y le había prometido al agente fiscal que iría. Partió al día siguiente y realizó el viaje en poco tiempo, entrando en los establos y entregándole las riendas a Jesse, quien lo saludó como si acabara de regresar de un paseo vespertino y no de dos meses de ausencia.

—Asegúrate de darle un buen masaje —dijo Stratford—. No hice que descansara en el último tramo como debería haberlo hecho —dio una palmada en el costado del caballo y se volvió hacia la casa.

El mayordomo saludó a Stratford con una reverencia majestuosa.

—Bienvenido a casa, milord. Ya he ordenado que le preparen un baño caliente, y la cocinera ha empezado a preparar su cena. ¿Tiene su equipaje?

—Benchly lleva un día de retraso. Tengo una muda de ropa que me servirá hasta entonces. He escrito al agente fiscal para informarle de mi llegada. ¿Has tenido noticias tuyas? —Stratford subió las escaleras.

—Ha venido hoy pensando que usted ya estaba en la finca, aunque su reunión no es hasta mañana. Hay un asunto urgente que él quería discutir con usted si estaba aquí, pero me aseguré que podía esperar —Billings le hizo una señal al lacayo para que cogiera la maleta de Stratford y empezó a subir las escaleras detrás de él.

—Aunque estoy ansioso por revisar las cuentas, si puede esperar hasta mañana, me alegro —Stratford entró en su habitación y Billings lo siguió, disponiéndose a ayudarlo a quitarse el abrigo—. No necesitaré ayuda, excepto para mis botas —se sentó y permitió que el lacayo le quitara una bota y luego la otra—. Hay algo que deseo discutir contigo, Billings. Ven a verme a la biblioteca después de cenar.

Esa misma noche, cuando Billings llamó suavemente a la puerta de la biblioteca, Stratford le

permitió la entrada y luego rodeó el escritorio para sentarse en una esquina. Se quedó mirando el cuadro que había sobre la repisa de la chimenea, en el que aparecían unos sabuesos mordisqueando y gruñendo antes de la caza del zorro, y luego se volvió hacia el mayordomo.

—¿Qué sabes de la aldea Munroe que le fue legada a la señorita Daventry? Conocías bien a mi tío. ¿Te confió algo? Me cuesta entender sus intenciones y espero que puedas aclararme un poco el asunto.

Billings se tomó su tiempo para contestar. Había estado al servicio en Worthing casi toda su vida, empezando como mozo de cuadra cuando el joven y recién nombrado cuarto conde lo sacó de la parroquia. Stratford sabía que la confianza que el conde había depositado en él no era fácil de compartir.

Billings levantó sus ojos legañosos hacia Stratford.

—El cuarto conde aún no había enfermado; o tal vez sabía que estaba enfermo, pero no se lo había revelado a nadie; eso sería propio de él, cuando anunció que el abogado vendría a modificar el testamento. El cuarto conde ya sabía que Nicholas no sería su heredero, así que la petición no tenía nada de extraño. Me encargué de preparar un asiento más para el almuerzo, y el conde y su procurador estuvieron encerrados en la biblioteca durante buena parte de la mañana. Terminaron la reunión con el almuerzo. Cuando el abogado tuvo preparado su carruaje y se marchó, el cuarto conde me llamó a la biblioteca y se sentó en el borde del escritorio, precisamente de la forma en que usted está ahora. Me dijo: «¿Recuerdas a la chica que está bajo mi tutela, Eleanor Daventry? En una ocasión se quedó en la finca y creo que te preocupaste por ella cuando su muñeca cayó al otro lado del terreno dedicado a los toros». Él esperó y yo asentí con la cabeza. Sí, la recordaba. «Bueno», me dijo, «me he ocupado de su educación y he reservado una suma para su debut en Londres, a petición de una amiga mía...». En ese momento, el conde se sumió en un período de reflexión antes de retomar el hilo de sus pensamientos. Dijo: «La muchacha no ha regresado a Worthing, pero me he ocupado de su educación y comodidad. No quería que su crianza tuviera carencias. Confío en que su tía tenga bien controlada su educación, y aunque la señora Daventry parece una criatura dulce, no permitirá impertinencias. La chica tendrá una buena educación».

Continuó:

—No dije nada, por supuesto. No me correspondía. Así que el conde continuó. «Estoy a punto de armar un escándalo con este testamento mío, y te lo digo ahora para que sepas que estaba en mi sano juicio cuando lo hice. Por supuesto, el abogado puede dar fe de ello...». En este punto parecía estar sin aliento, y fue entonces cuando rodeó su escritorio y se sentó. Fue la emoción, creo, o tal vez el viejo conde sabía que no le quedaba mucho tiempo en este mundo. «Voy a dejar la parte más lucrativa de la finca a la chica» dijo, «y *oh oh*, eso irritará a más de uno».

Billings lanzó una mirada a Stratford y se llevó las manos a la espalda.

—Luego dijo: «Si Stratford no se lo toma con calma, no es el hombre que yo creía. Keyes, sin embargo...» El conde se había reído suavemente para sus adentros, diciendo: «Siempre se preocupó mucho por su conexión con la finca y por lo que podía sacar de ella, aunque la respuesta a eso siempre fue *nada*». Entonces el conde volvió a mirarme y dijo: «La señorita Daventry heredará sólo después de un matrimonio. ¿Y por qué, te preguntarás, hice una cosa que debe de parecer una tontería?». Yo no pregunté, por supuesto, y el conde continuó diciendo: «Pues bien, puede que yo no sea capaz de hacer gran cosa, pero puedo corregir un error, por Dios». Entonces se cruzó de brazos, se reclinó en su silla y dijo: «Mi padre no ganó ese pedazo de tierra honradamente. ¿Qué otra cosa podía hacer él sino hacer trampas a las cartas y

arriesgarse a deshonorar el nombre de Worthing? Nadie lo descubrió, por supuesto, o lo habrían echado de la alta sociedad. Me lo contó en su confesión final».

Billings miró a Stratford para ver su reacción a la noticia, pero Stratford no reveló nada de la sorpresa que sentía al saber que las tierras no habían sido adquiridas de forma justa.

—El viejo conde me miró entonces y me dijo: «Billings, tal vez muera antes que tú, y siento que me corresponde compartir estos desagradables negocios con alguien en quien sé que puedo confiar...».

Billings interrumpió su relato para aclarar a Stratford:

—No dijo «alguien que conozco y que se lo guardará para sí, ¡eso sí!», antes de proseguir con su discurso. Seguí contándome que su padre había muerto cuando el tío de usted no tenía más que treinta años. Fue entonces cuando él sintió el impulso de hacerse amigo del hijo de Daventry. Pensó en hacer las paces sin contarle lo que había sucedido. Fuera como fuera, no podía avergonzar así el nombre de su propio padre. El joven Daventry era bondadoso e igual de ansioso por dejar a un lado las diferencias de sus padres, pero heredó la finca con los bolsillos vacíos a causa de la insensata afición a las apuestas de su padre. Cuando Daventry entró en posesión del título, se vio obligado a casarse con una comerciante que aportó bastante dinero al matrimonio, pero nada de amor. Cuando huyó, se llevó todo con ella; el dinero restante y su corazón, y no pensó en su hija, que sólo tenía siete años. El joven Daventry y lord Worthing se volvieron tan cercanos que, cuando le pidió a mi amo que fuera tutor de la niña, aceptó sin dudar. Creo que realmente lamentó la muerte de su amigo y estaba decidido a salvar a la señorita Daventry de una vida de pobreza con una educación mediocre.

—¿Y tienes alguna idea de por qué mi tío especificó que ella sólo heredaría esto al casarse? —preguntó Stratford, con un escalofrío de inquietud recorriéndole la espalda.

—Sólo se me ocurren dos razones, milord —Billings parecía reacio a ofrecerlas, y Stratford se vio obligado a insistir.

—Y son...

—El conde quería ver a la señorita Daventry cómodamente establecida en un matrimonio porque su único ejemplo consistía en huir y desmoronarse. Tal vez temía que ella decidiera erróneamente si no la forzaba. Pensó que el matrimonio sería lo mejor para ella —Billings hizo una pausa—. O...

—O mi amo pensó que esto sería lo mejor para *usted*.

Las palabras flotaron en el aire. *¿Basado en ese único encuentro?* pensó Stratford. En esa época, él solo tenía doce años y ni siquiera había hecho un esfuerzo por ser más que cortés. *¿Por qué mi tío iba a pensar en mí?*

Como si Billings pudiera leerle el pensamiento, dijo:

—Él estuvo muy pendiente de su carrera, incluso antes de saber que usted heredaría. Él sabía... —Billings se detuvo tan bruscamente que Stratford se preguntó si iba a decir que su tío sabía que Stratford había huido a Portugal porque había sufrido una decepción amorosa. En lugar de eso, Billings dijo—: Él sabía que usted era alguien importante en Portugal y España. Presumía de usted.

Stratford exhaló. A pesar de la prepotencia de su tío en lo referente a la herencia, le conmovía que el viejo conde, cuyos pasos estaba siguiendo, no se hubiera opuesto a que heredara el título. El hecho de que su tío hubiera unido el nombre de la señorita Daventry al suyo propio no lo amenazó como podría haber esperado. En cambio, experimentó un anhelo que no podía identificar. Si se permitía pensar en ello durante demasiado tiempo, podría admitir que la anhelaba.

—Gracias Billings. Eso es todo.

Esa semana, Stratford se involucró por completo en las decisiones necesarias sobre la finca y regresó a Londres en cuanto pudo. Se negaba a creer que el cortejo de Carlton pudiera prosperar. Sin embargo, sus nervios se crisparon en cuanto entró en las abarrotadas calles de la metrópoli, y le resultó difícil esperar hasta el día siguiente para visitar a Ingram. Podría encontrarse con la señorita Daventry allí, si la suerte estaba a su favor. Y así fue.

Al llegar a Grosvenor Square, preguntó primero por las damas de la casa y fue llevado al salón. Lydia estaba sentada lánguidamente y no levantó la mirada cuando él entró. Sin embargo, la señorita Daventry se irguió y le dedicó una sonrisa de bienvenida que provocó que un rayo de esperanza atravesara su corazón. Él se inclinó y se sentó frente a ella.

—Has vuelto, ¿verdad? —dijo Lydia, con voz apagada.

—Pareces un poco agotada —respondió Stratford—. ¿Se debe a tu coqueteo en Hampton's anoche? Phoebe me lo contó esta mañana. Espero que no tengas intención de que esta noche sea larga —era más fácil volver a bromear con Lydia, a quien conocía desde la infancia, que encontrar palabras medidas que no revelaran demasiado de su corazón hacia la señorita Daventry cuando Lydia pudiera hacer algún comentario al respecto.

—Stratford, no es muy amable por tu parte hacer comentarios sobre mi aspecto —dijo Lydia—, a menos que sea para decir que me adoras servilmente.

—Sabes muy bien que no haré eso. Te parece demasiado a mis hermanas y yo no *las* consiento. Además —dijo amablemente Stratford—, sí parece agotada. Bueno, no voy a tratar a la señorita Daventry con demasiada familiaridad para decir que *ella* parece cansada. Por supuesto que sería una mentira.

Eleanor levantó la mirada y él intentó sostenerla, pero ella volvió a mirar su bordado, con las mejillas sonrosadas.

—¿Has venido a ver a Ingram? —preguntó Lydia—. Parece que sólo has venido para hacer travesuras y molestar como solías hacer cuando éramos niños.

Stratford no contestó de inmediato, sino que siguió observando a la señorita Daventry, quien tenía la cabeza inclinada sobre su trabajo. *Si tan solo levantara la cabeza.*

Finalmente, ella lo hizo y Stratford se percató de su extraña mirada. ¡*Oh!* Él no había contestado.

—No te he molestado. Tú no dejabas de fastidiarnos, y eso era todo lo que yo podía hacer para evitar que nos siguieras y resultaras herida.

—¡*Hmm!* —dijo Lydia—. Bueno, ya no sigo a nadie ahora, como puedes ver. Si tienes tan malos recuerdos, ¿por qué no buscas compañía en otra parte?

—Veo que estás provocativamente enfadada sin motivo —Stratford extendió las piernas y se recostó. La señorita Daventry volvía a tener la cabeza hundida en su costura, y él pensó que ocultaba una sonrisa. Deseaba poder llevarla a pasear en carruaje sin Lydia, pero, evidentemente, no podía solicitarlo. Era insoportable no poder perseguirla sin que Lydia escrutara cada uno de sus movimientos. Eso; y no saber si estaba prometida a ese novato.

Stratford se levantó.

—Iré a visitar a Fred siempre que me reciba. ¿Está despierto?

Lydia asintió.

—Salí de su habitación hace menos de cinco minutos.

CUANDO LORD WORTHING DESAPARECIÓ, Eleanor deseó haber pensado en algo inteligente que

decir. Su corazón había saltado cuando él entró en la habitación después de una semana de ausencia, pero todo lo que pudo hacer fue mirar sus puntadas como una tonta. De hecho, ¿cómo podía esperar conquistar su corazón si no era capaz de articular dos palabras?

Eleanor dobló el bordado.

—Lord Worthing sabe cómo hacerte enfadar —guiñando un ojo, añadió—: Especialmente cuando te enfadas de verdad. Tal vez deberíamos faltar a la gala de esta noche.

Lydia se abalanzó sobre Eleanor.

—¡Y tú! Estuviste muy callada hace un momento. ¿Stratford y tú os habéis peleado?

—¿Sobre qué podríamos estar peleados? ¿Y cuándo habríamos tenido tiempo? Él ha estado fuera esta última semana —dijo Eleanor, intentando disimular su comentario con una carcajada. Como Lydia no respondió, la miró—. ¿Qué?

—Has estado callada toda esta semana, ahora que lo pienso —Lydia la miró—. No estás enamorada, ¿verdad? ¿Es por Carlton?

—Olvida esa idea, te lo ruego. No tengo intención de casarme.

—Eleanor —chilló su amiga—. Te conozco demasiado bien para creer esas tonterías. Tienes muchas esperanzas de casarte. Estás destinada a tener un hogar acogedor y niños pequeños, y... y, ¿qué es esto? ¿Por qué lloras? —Lydia se acercó y abrazó a Eleanor—. Dime, ¿qué pasa?

—Nada, nada —jadeó Eleanor—. Y no estoy llorando.

—Eleanor. En toda nuestra amistad, nunca te he visto derramar ni una lágrima, y *estás* llorando. Así que habla. ¿Qué pasa?

Eleanor exhaló y se encontró con la mirada de Lydia. Le temblaban los labios y clavó las uñas en las palmas de las manos en un esfuerzo por mantener la voz firme.

—Es sólo que no creo que algo así pueda hacerse realidad para mí.

Lydia frunció el ceño.

—Tonterías. ¿Lord Carlton se ha declarado? —pero eso sólo provocó otro ataque de lágrimas—. Eleanor, no te entiendo. Quieres a alguien que te ame, y lord Carlton es ese hombre.

Eleanor sacudió la cabeza y levantó los ojos brillantes hacia su amiga.

—Pero yo no lo amo.

Lydia se quedó perpleja por un momento.

—Pero él es... ¿hay alguien más?

—No —Eleanor negó con la cabeza—. No lo sé.

Ninguna de las dos habló mientras Eleanor se secaba las lágrimas. Lydia la miró fijamente y abrió la boca para hablar, pero luego la cerró. Finalmente, cogió las manos de Eleanor entre las suyas.

—Sé que hay alguien para ti. Alguien que verá tus encantos y que, a su vez, se ganará tu corazón. No debes perder la esperanza.

STRATFORD NO HABÍA PRETENDIDO ESCUCHAR, pero no pudo apartarse ante la mención de su nombre. Ahora, si no se movía rápidamente, corría el riesgo de ser descubierto. Se dirigió sigilosamente hacia las escaleras, rezando para que Hartsmith no apareciera y gritara su nombre, revelando que no estaba arriba, donde debería estar.

Una vez fuera de peligro, se paró frente a la puerta de Ingram para ordenar sus pensamientos. ¿La señorita Daventry no creía poder contraer matrimonio con alguien que la amaba? Stratford sacudió la cabeza con incredulidad. Se permitió un pensamiento más antes de entrar en la habitación de Ingram.

No se casará con Carlton. Como por voluntad propia, sus labios se alzaron en una sonrisa antes de que Stratford cruzara la puerta.

CAPÍTULO 31



Considerando los serios problemas que agobiaban a Eleanor, como la propuesta de matrimonio de un hombre al que tenía intención de rechazar, el escaso intercambio de palabras con otro por el que no podía negar su cariño, y el ligero temor de que la búsqueda de empleo no le proporcionara la libertad que tanto había deseado, estaba dispuesta a olvidarlos en favor de la búsqueda de un adorno de encaje Vandyke que armonizara con su vestido amarillo. Al menos la salida disiparía las preguntas de Lydia.

Para Lydia, la salida no estaba exenta de consideraciones más importantes, pero ambas se lanzaron a discutir el valor de una sombrilla blanca con el lazo amarillo frente a una capota lo bastante cara como para descartar otras compras, pero que protegería igual de bien una tez blanca. Si Eleanor añadía los guantes de seda blanca que aún guardaba en el fondo de su baúl, el atuendo sería encantador.

—También debemos ver si el Pantheon Bazaar no tiene una selección más amplia —Lydia le dio la vuelta a una pieza de encaje para ver cómo lucía por el otro lado—. La fiesta no te molesta, ¿verdad?

—Sabes muy bien que no —dijo Eleanor—. Pero si vamos allí, tendremos que renunciar a la caminata en Hyde Park, y creo que... —se inclinó para evitar que la oyeran—, el comandante Fitzwilliam estará deseando verte.

—Eso no me importa —dijo Lydia, con un encogimiento de hombros que, a los agudos ojos de una amiga, pareció fingido.

Eleanor había observado cómo Lydia se ablandaba cada vez que el comandante estaba cerca. Al ver que en medio del bullicio no había nadie cerca que pudiera escuchar su conversación, respondió en voz baja:

—Lydia, no te creo. ¿A no ser que tu madre te haya influido para que no te intereses por él? Es evidente que está prendado de ti, y no es de los que juegan con los sentimientos —Lydia se encogió de hombros y no respondió.

Eleanor, segura de que su amiga no podía ser tan voluble, insistió en el asunto.

—¿Lord Ingram aprueba su cortejo?

—Me sorprende decir que sí, pero no lo suficiente como para influir en mamá. El comandante Fitzwilliam debe ganarse la vida. Y yo... —Lydia guardó silencio, incapaz o no dispuesta a articular su reticencia.

Eleanor frunció el ceño. Lydia había mostrado interés por el comandante Fitzwilliam, pero la desaprobación de su madre debía de ser más fuerte de lo que ella creía. Seguramente no podía tratarse de la falta de riqueza del hombre, pues Lydia nunca se había preocupado por eso. En un destello de perspicacia, reconoció que no era más que un caso de nerviosismo. No era fácil

entregar el corazón.

—A pesar de todo, su fuerza de carácter... —empezó Eleanor.

Fue interrumpida por una voz chillona.

—Lydia, veo que el destino nos ha vuelto a juntar —ambas se giraron para ver a Harriet Price acercándose a ellas desde la entrada de la tienda. Ignoró por completo a Eleanor—. Esta es sólo mi segunda semana en Londres, y simplemente tengo que encontrar tiempo para visitarte. No pudimos venir antes, y ahora tendré que debutar más adelante en la temporada. Pero no temo que Londres carezca de buena compañía en mayo, así que tal vez este era el mejor momento después de todo. Lydia, qué sombrero tan encantador llevas. Juraría que tu tez se ha aclarado.

—Hola, Harriet —dijo Lydia con una marcada falta de entusiasmo. Eleanor se negó a acobardarse mirando hacia otro lado.

—Sí, he tenido invitaciones todos los días desde que llegamos —Harriet Price dirigió su brillante sonrisa a Eleanor—. ¿Dónde *te* alojas? No creía que tu familia tuviera residencia en Londres.

—Sabes perfectamente que voy a pasar estos meses con la familia Ingram. Oh...

Eleanor se volvió cuando el dependiente la llamó:

—Tenga, señorita —cogió el paquete envuelto en papel de estraza, pero no pasó por alto la respuesta de Harriet.

—Supongo que no es ninguna sorpresa. Siempre habéis sido *muy* amigas —el tono de Harriet expresó una réplica tácita que pareció decir: *No tengo ni idea de lo que Lydia encuentra en ti para divertirse*—. Bueno —continuó Harriet, y su mirada se desvió fugazmente hacia Eleanor—. Haré que envíen invitaciones a tu casa para mi baile de presentación. Puedes decirle a tu hermano que su nombre estará en la tarjeta.

—Mi hermano está en cama a causa de una pierna rota —dijo Lydia de modo cortante—. No podrá asistir.

—Es una lástima —exclamó Harriet con la voz agitada por la curiosidad—. ¿Se trata de una vieja herida? ¿Cuánto tardará en curarse?

—El médico dijo que no lo sabremos hasta dentro de un par de semanas —Lydia extendió la mano para coger su propio paquete y dijo—: Que tengas un buen día, Harriet.

Cuando Harriet abrió la boca para contestar, la campana sobre la puerta resonó y Judith Broadmore entró.

—¿Estás lista? —preguntó Eleanor a Lydia, volviéndose hacia la puerta. Como el establecimiento no permitía que tres personas caminaran una al lado de la otra, no hubo forma de escapar de la señorita Broadmore, y se encontraron cara a cara.

—¿Cómo están? —dijo Judith con una inclinación de cabeza dirigida a Lydia y Eleanor y un saludo desconcertantemente cordial. Eleanor no podía imaginar por qué la señorita Broadmore se dirigiría a ella.

Judith continuó, con los ojos fijos en Lydia.

—¿Su hermano se está recuperando? Imagino que por eso Stratford las debe escoltar a todas partes. Sus familias están muy unidas.

—Aunque mi hermano le pidió a Stratford que desempeñara esta tarea por él mientras estuviera en reposo, y Stratford tuvo la gentileza de acceder, creo que lo hace porque disfruta de nuestra compañía. Lo conozco desde que éramos críos —Lydia se metió el paquete bajo el brazo—. Stratford es como un hermano para mí.

—Ah, sí —Judith lanzó una mirada a Eleanor—. Supongo que Stratford siente esta petición casi como una obligación. Su intención, en cambio, era marcharse de Londres en cuanto sus

hermanas y su tía estuvieran cómodamente instaladas. Me lo dijo cuando nos encontramos, justo después de su regreso de la península, antes de que partiera hacia Worthing. Se sintió a gusto confiando en mí, ¿saben? Somos amigos desde hace muchos años —hizo un gesto con la cabeza al dependiente, quien había vuelto a aparecer en el mostrador.

Lydia arqueó una ceja.

—Sí, eso he oído. Estoy segura de que él la ha informado directamente de las últimas noticias sobre nuestras familias, y su pregunta sobre mi hermano era una mera formalidad —a Eleanor le causó cierta gracia, pero a la señorita Broadmore no pareció afectarle. Al parecer, era una mujer inmune a los insultos.

—Bueno —Judith se encogió de hombros y soltó un leve suspiro—. Como he venido con el mismo propósito que ustedes, no las entretendré. Estoy segura de que nos veremos en una de las próximas reuniones.

—Desde luego —dijo Lydia. Eleanor oyó el comienzo del saludo de la señorita Broadmore y Harriet, pero no pudo juzgar hasta qué punto se conocían.

Lydia y ella salieron al sol radiante, animadas por un tiempo templado que no era excesivamente caluroso.

—Dios mío, qué molestia —dijo Lydia—. Estuve más que tentada de contarle la verdadera razón por la que Stratford nos acompañaba a todas partes.

Eleanor, con un ligero pavor de hacia dónde se dirigía la conversación, no dijo nada hasta que Lydia se detuvo y la miró.

—Por fin he averiguado por qué Stratford no dejaba de mirarte en nuestro salón, y por qué no soportabas encontrarte con su mirada.

Eleanor miró de reojo a Lydia, con las mejillas encendidas. Lydia jadeó.

—Lo sabía. Ha desarrollado cariño por ti, ¡confiésalo! No es lord Carlton quien te interesa, sino Stratford. Y él siente lo mismo por ti —terminó en tono triunfal.

Eleanor, intentando recuperar la compostura, contraatacó:

—No debes decir eso, Lydia. Él nunca se ha declarado —tan pronto como las palabras salieron de sus labios, ella vaciló, recordando que él sí se *había* declarado, pero no de una manera que favoreciera a ninguno de los dos—. Créeme cuando te digo que él no tiene esa idea en la cabeza.

—Puede que tú lo creas, pero yo desde luego no, y soy quien mejor le conoce —insistió Lydia con suficiencia. Se aferró al codo de Eleanor y se abrió paso entre la multitud de clientes vespertinos que se agrupaban alrededor de la sombrerería—. Cielos, ¿quién necesita ir a Pantheon Bazaar? Hemos encontrado el circo aquí mismo, en McAllister's.

Eleanor lanzó un susurro de agradecimiento porque la multitud había desviado la dirección de los pensamientos de Lydia, y se concedió un respiro para pensar cómo podría negarlo todo.



LORD CARLTON le había dado a Eleanor una semana, y ella sabía que el enfrentamiento llegaría pronto. Él había dedicado parte de ese tiempo a su madre, cosa que ella sabía porque él le había enviado una nota informándole de ello, metida en un ramo de flores. En una ocasión habían coincidido en la ópera, pero él no fue tan imprudente como para intentar una segunda propuesta en semejantes circunstancias. Y la última vez que se vieron fue en un baile al que él llegó tarde, sólo para descubrir que la tarjeta de baile de Eleanor estaba llena.

Aún no comprendía cómo iba a rechazar a lord Carlton, sólo sabía que debía hacerlo. Eso lo

tuvo claro en cuanto vio a Stratford tras una semana de ausencia y sintió que el corazón le daba un vuelco. Si tan sólo pudiera garantizar que, al rechazar a lord Carlton, no sólo lo estaba liberando para que encontrara una joven que le correspondiera, sino que también estaba asegurando que su propia vida no acabaría en la monotonía.

Sin embargo, no podía garantizar eso. Cuanto más lo pensaba, más nerviosa se ponía por elegir la opción equivocada. Su determinación sólo se veía reforzada por el hecho de saber que, en el fondo de su corazón, no lo amaba.

La oportunidad se presentó de forma bastante sencilla. Eleanor estaba en el salón a la hora de las visitas matinales y Lydia aún no había bajado. Una criada entró en la habitación de Lydia en el momento en que Eleanor salía de la suya, y supo que su amiga no estaría lista enseguida.

Lord Carlton fue anunciado diez minutos más tarde y, cuando la encontró sola, su rostro se iluminó de placer.

—¡Señorita Daventry! —y con palabras que hicieron que el corazón se le disparara—: ¿O me permite que la llame Eleanor? —él se acercó y se sentó a su lado, cogiendo sus manos entre las suyas—. Por favor, sácame de dudas y dime que te convertirás en lady Carlton. Quiero enviar el anuncio al *Morning Gazette*. Quiero que todo el mundo se entere de mi suerte.

Él le levantó las manos y posó sus labios sobre ellas.

—*Shh*. Por favor, lord Carlton...

—Matthew, insisto.

—No, no puedo hacer eso. Lord Carlton... —al hacer una pausa, Eleanor estuvo a punto de perder la determinación cuando vio que la expresión de lord Carlton se tornó desesperada y luego se endureció. Apartó sus manos de las de ella y miró al frente, pero la mirada suplicante de Eleanor permaneció en su rostro—. Por favor, créame cuando le digo que estoy agradecida por el honor que me ha concedido con su propuesta. Soy consciente de ello...

—No me hable de gratitud —espetó—. ¿Pretende rechazarme?

—Sin embargo, debo estar agradecida —replicó ella—. Nunca pensaré en su propuesta sin reconocer el honor que me ha concedido. Pero debo negarme...

—¡Eleanor, no hagas esto! Simplemente necesitas más tiempo —lord Carlton se levantó de un salto y empezó a pasearse delante de ella.

Eleanor negó con la cabeza.

—No lo necesito. Sé que no cambiaré de opinión. No es por algo que usted haya hecho. Es simplemente que no correspondo a sus sentimientos. Le agradezco su amistad...

—Amistad —espetó—. No deseo amistad —se dirigió a la chimenea y apoyó la mano en la repisa, dándole la espalda.

—Sin embargo, la amistad tiene un gran valor para mí, y espero que usted también lo vea así. Milord, usted merece una mujer que corresponda a sus sentimientos. Merece...

Haciendo uso simplemente de su determinación, adoptó un tono alentador.

—Merece una mujer que disfrute organizando grandes fiestas políticas y que pueda debatir sobre los temas que lo inspiran. Quiero una vida tranquila, en el campo y no en Londres, si es posible. Estoy convencida, milord, de que con el tiempo verá el acierto que supuso mi rechazo, y agradecerá que me mantuviera firme.

La expresión de lord Carlton era miserable cuando se volvió para mirarla. Estaba consternado, incluso enfadado. A Eleanor se le secó la boca ante la perspectiva de quedarse soltera y sin un sustento al que pudiera recurrir. ¿Y si esta fuera su única oportunidad? *Pero es lo correcto. Sé que lo es.*

Lord Carlton dejó caer los brazos.

—No forzaré más mis atenciones hacia usted, señorita —hizo una breve reverencia—. Estoy a sus órdenes.

Con esas palabras, cruzó la habitación y abrió la puerta de un tirón, cerrándola firmemente tras de sí. Eleanor calculó que sólo disponía de diez minutos para permitirse un buen llanto y que las manchas rojas se desvanecieran antes de que Lydia apareciera. El diluvio se desató.

CAPÍTULO 32



A primera hora de la mañana, Stratford se encontraba revisando las cuentas en su biblioteca. Su atención se desviaba continuamente hacia la columna donde figuraban los ingresos de la aldea Munroe. Ahora el dinero iba directamente a un fideicomiso para el futuro marido de la señorita Daventry, y se negaba a continuar pensando sobre quién podría tratarse hasta que estuviera debidamente informado. Le había preguntado a Ingram si ella había aceptado una propuesta de lord Carlton, pero Ingram se había limitado a encogerse de hombros. Dijo que no era asunto suyo. En cualquier caso, no había nada anunciado.

Cuando las cifras empezaron a difuminarse en la página, Stratford se puso en pie. Phoebe ya debería haber bajado a desayunar y podría ayudarlo con la misión que tenía en mente. Quería ver si aún tenía alguna oportunidad con Eleanor Daventry y, para ello, necesitaba tiempo suficiente para mantener una conversación adecuada con ella.

Stratford encontró a Phoebe sola en la mesa y se sintió aliviado de no tener que formular sus preguntas bajo la penetrante mirada de Anna. Se sirvió una taza de café y se sentó.

—Estaba pensando que podríamos organizar un picnic en Mary-le-Bone. Dijiste que allí había una vieja fortaleza que deseabas ver.

Sonriendo, Phoebe contestó:

—Eso fue hace cuatro años, Stratford, y desde entonces he ido dos veces —tal vez había algo en su expresión, porque ella lo evaluó astutamente durante un minuto antes de añadir—: Pero, ¿por qué no ir otra vez? Hace un día precioso, y se supone que seguirá así durante toda esta semana, después de una primavera bastante fría. Veré si podemos organizar algo con Anna. ¿A quién más te gustaría invitar?

Él se rascó la cabeza.

—Bueno, ¿por qué no formar un grupo más grande? He estado deseando hablar más con Braxsen sobre su estancia en la península, y dondequiera que vaya, el comandante Fitzwilliam también va. Así que, aparte de ti y Anna, ¿qué otras damas pueden encajar bien en nuestro grupo...?

Phoebe respondió con perfecta seriedad.

—Creo que Lydia podría estar interesada en una salida así. Eso nos proporcionaría un número par —ella dio un sorbo a su café y se tocó el labio con la servilleta de tela.

Stratford golpeó suavemente la mesa con los dedos.

—Bueno, he notado que el señor Richards suele acompañar al comandante. Creo que este verano volverán a España al mismo tiempo. Si él viene, podríamos tener sitio para una dama más.

Phoebe no decepcionó.

—Supongo que es natural que invitemos a Eleanor Daventry. Se está alojando con los Ingram, y eso mantendrá nuestros números igualados.

—Desde luego —dijo Stratford, satisfecho de haber organizado la fiesta con tanta facilidad sin haber revelado sus intenciones. Phoebe se encargaría de discutirlo con Anna y la invitación procedería de sus hermanas, sin que nadie se enterara—. Digamos, ¿el próximo sábado?

Stratford salió con paso ligero. Era natural que propusiera inmediatamente la salida a las damas en casa de los Ingram, antes de que hicieran otros planes. Como esperaba, las encontró en el salón, ya que era la hora punta de las visitas matinales. Sólo necesitaba encontrar un momento para preguntarles cuando no hubiera nadie alrededor. Sin embargo, cuando se le permitió entrar, el salón estaba abarrotado de gente. *A este paso nunca voy a tener la oportunidad de hablar con ella.*

—Buenos días, Lydia —se inclinó sobre su mano. Sin malgastar más palabras sobre alguien que estaba atestada de pretendientes, se dirigió a la señorita Daventry e hizo lo mismo. Su rostro estaba demacrado, y él creyó detectar una mirada suplicante en sus ojos cuando le tocó la mano. Luego miró al caballero con el que ella conversaba. No era de extrañar. Era Monty Smith, quien tenía fama de ser malditamente aburrido.

—¡Worthing! —exclamó Monty—. Le estaba explicando a la señorita Daventry las complejidades de la iluminación de gas. Ella nunca ha oído explicaciones tan profundas, ¿verdad, señorita Daventry. ¿Eh? Worthing, acerca una silla. Puedo volver a la parte donde estaba describiendo los quemadores y las válvulas y cómo encajan. No creo que la señorita Daventry lo entendiera la primera vez... —miró a su alrededor en busca de una silla—. No parece haber ningún asiento disponible en este momento, pero si se queda ahí de pie...

—Lo siento, Monty —Stratford se encogió de hombros, disculpándose—. Voy de camino a ver a Ingram, y me pidió que llevara a la señorita Daventry para algún servicio doméstico que no se molestó en explicar.

—Desde luego, lord Worthing —los ojos de la señorita Daventry rebosaban gratitud mientras se ponía de pie y asentía en dirección a Monty—. Un placer, señor —dijo, y colocó su mano en el brazo de Stratford—. Lydia —llamó la señorita Daventry cuando pasaron a su lado—. Tu hermano me necesita. No tardaré —rodeada de pretendientes, Lydia apenas los miró.

Llevó a la señorita Daventry al vestíbulo, donde la acompañó hasta la escalera antes de volverse hacia ella.

—Señorita Daventry —dijo solemnemente—. Le he mentido. Lord Ingram no la ha solicitado.

La risa de la señorita Daventry resonó, aunque intentó reprimirla, y Stratford estaba tan encantado que no pudo evitar reírse también e inclinar la cabeza hacia la de ella. Aunque la risa de la joven se esfumó, la sonrisa no abandonó sus ojos.

—Me ha salvado, entonces —dijo, con los hoyuelos cada vez más profundos.

—Sin nadie que lo escuche, Monty Smith no se quedará más de diez minutos, y usted podrá volver con sus pretendientes.

Ella puso los ojos en blanco.

—Mis pretendientes. Por supuesto —la señorita Daventry sonrió y apartó el brazo—. Gracias, milord.

—Voy a subir a ver a Ingram, pero hay algo que deseo discutir con usted y con Lydia cuando regrese, así que no se vaya.

Ella inclinó la cabeza y entró en la biblioteca.

—No me iré.

A diferencia de la sensación de regocijo de Stratford, Ingram se hallaba sentado en la cama, arrugando un trozo de papel pergamino tras otro y apuntando al fuego.

—Stratford. Adelante. ¿Me harías el favor de recoger los papeles que no han llegado a su objetivo y echarlos al fuego? Es algo confidencial, ya sabes.

—¿Seguro que es prudente? Sólo basta que una bola de fuego ruede de nuevo fuera de la rejilla para crear un accidente, y ¿cómo escaparías? No puedes moverte de aquí.

—Oh, supongo que alguien vendría y me sacaría a tiempo —respondió Ingram con voz cansada—. O no. Da igual.

—Estás deprimido, ¿verdad? —Stratford recogió las pocas bolas de papel que habían escapado al fuego y las arrojó dentro—. ¿Cuántas semanas más estarás en cama?

—El médico dijo que cuatro semanas más. Necesito ocuparme en algo. No soporto la inactividad.

—Empieza a bordar —recomendó Stratford. Cuando vio que eso no provocó una sonrisa, continuó—: Estoy seguro de que Fitz te lo contará todo cuando venga, pero todavía está siguiendo a Delacroix. El tipo está por todas partes. Fitz llevó su rastro un paso más allá y rebuscó en su habitación cuando supo que Delacroix estaba fuera. No encontró nada en su poder. Nada que lo hiciera sospechar.

—Él podría haber enviado lo que sea que tuviera... —Ingram se detuvo en seco—. No. Estoy seguro de que Delacroix no se lo confiaría a otra persona. Todavía debe tenerlo en su poder. Estoy casi seguro de que, si vale la pena, él mismo se lo llevará a los franceses. Lo que significa que está escondido en otro lugar o que lo guarda en su persona.

—O es alguien totalmente distinto —dijo Stratford.

—O eso —concedió Ingram—. Escucha. Que Fitz continúe siguiendo a Delacroix, pero vamos a tener que ampliar nuestra búsqueda a los idealistas. Aquellos que no necesitan el dinero, pero que venderían la información sólo por creer que es lo correcto —y añadió—: Lo cual es casi peor.

Stratford asintió.

—Puede que pronto tengamos más información. Fitz está oyendo rumores: dijo que uno de sus hombres podría tener una pista sobre cuándo tendrá lugar el próximo atentado, así como una descripción del tipo. No me preguntes cómo, porque no *me* confió la información. Dijo que vendría hoy o mañana para darte un informe completo. Eso te mantendrá ocupado.

Ingram suspiró fuertemente.

—Sí, si conseguimos una pista sólida. Pero quiero hacerlo yo mismo. No encargárselo a otras personas. Ni siquiera a gente competente como tú —miró a Stratford—. Pareces estar de buen humor. Es raro que estés tan alegre. ¿A qué se debe?

Stratford se encogió de hombros.

—No es nada. Mis hermanas están planeando un picnic para el sábado, y me han encargado que invite a Lydia y Eleanor... Miss Daventry.

—Ahora es *Eleanor*, ¿eh? —Ingram respondió con el atisbo de una sonrisa—. ¿Así que vas a invitar a mi hermana? ¿O a Eleanor?

—A las dos —respondió Stratford—. O mejor dicho, mis hermanas lo harán. Eso completará nuestra grupo. También contaremos con la presencia de Fitzwilliam y Braxsen.

—Tus hermanas ni siquiera conocen a Fitz —Ingram intentó descifrar la situación—. Esto no tiene que ver con mi proyecto, ¿verdad?

—En absoluto —y antes de que Ingram pudiera hacer otra pregunta, Stratford dijo—: Bueno, ese parlanchín ya debe de haberse ido. Iré a contarles lo de la salida. Vendré antes del sábado —

se escapó y se dirigió de nuevo al salón.

La señorita Daventry había regresado, y la habitación estaba vacía salvo por ella y Lydia, quien se estaba atando la capota.

—Le estaba diciendo a Lydia que usted deseaba hablar con nosotras, pero he tenido problemas para convencerla de que esperara—la señorita Daventry sostenía su propia capota entre las manos.

—Sí, Stratford, ¿qué pasa? —dijo Lydia—. Debo pasar algún tiempo al aire libre o me volveré loca. Este es el día más caluroso de la primavera.

—No os entretendré —le aseguró Stratford—. Sólo quería invitaros a las dos a montar a caballo con mis hermanas y conmigo el próximo sábado. Queremos aprovechar el día y disfrutar de un picnic. Creo que el comandante Fitzwilliam nos acompañará, así como el señor Braxsen y su amigo el señor Richards —su mirada buscó la de la señorita Daventry—. Nos encantaría contar con vuestra presencia.

La señorita Daventry, con los ojos encendidos, miró a Lydia, quien respondió por las dos.

—Eso suena encantador.

CAPÍTULO 33



El sábado, el grupo partió hacia Mary-le-Bone a una hora muy temprana. Ni siquiera Lydia se había demorado en desayunar ante la perspectiva de un buen galope. Mientras conducía a sus hermanas a la casa de los Ingram, Stratford y sus hermanas se cruzaron con el señor Braxsen, quien acababa de llegar. Encontraron a la señorita Daventry y a Lydia con los caballos ensillados mientras esperaban a John Richards, el nuevo recluta que el comandante Fitzwilliam había acogido bajo su ala.

Sin embargo, para sorpresa de Stratford, no fue el señor Richards quien se dirigió hacia ellos, sino el señor Amesbury. Dirigió una mirada inquisitiva al comandante Fitzwilliam.

—Fue idea de Richard —dijo el comandante—. Fue llamado por un asunto urgente, y cuando conoció al señor Amesbury en el club, quien acababa de regresar a Londres, y descubrió que Amesbury era... —Fitz hizo una pausa, intentando, al parecer, mantener una cara seria—, un gran favorito de las damas del grupo, pensó que era una forma perfecta de compensar su ausencia sin desequilibrar nuestros números.

Stratford dirigió su mirada a la señorita Daventry, quien se la devolvió con una expresión de sufrimiento que lo hizo ahogar una carcajada. Ella era capaz de expresar mucho con una sola mirada. Bueno, él no habría elegido al antiguo pretendiente de la señorita Daventry como compañero ideal para su salida, pero eso no le impediría pasar el día con ella.

Amesbury subió a su caballo.

—Creo que he batido mi propio récord por dos horas al salir de mi propiedad a una hora tan temprana. Worthing —asintió y pareció estar a punto de saludar al resto del grupo, pero se contuvo cuando llegó a la señorita Daventry. En cambio, se conformó con una inclinación de cabeza para todos.

PHOEBE ESTABA ENCANTADA con el día que tendrían, y ni siquiera el rostro severo del señor Amesbury pudo arruinar su disfrute. Tras redistribuir las provisiones para su picnic, Stratford dio la orden de avanzar y se pusieron en marcha. Las calles de Londres estaban escasamente pobladas a estas horas de la mañana, y no tardaron en salir de la ciudad y cabalgar por los senderos rurales que conducían a su destino.

—¿Quién tiene la cesta de picnic? —preguntó Anna a su hermana.

—Stratford la ha proporcionado, y le ha dado una parte al comandante Fitzwilliam para que la lleve y otra al señor Braxsen —respondió Phoebe—. Lydia se ha encargado de traer las mantas en las que debemos sentarnos, aunque no veo si las tiene. No importa. Ya nos las arreglaremos.

—Si Lydia se ha recordado, estaré asombrada. Sabes que será la primera en chillar cuando se

dé cuenta. No puede soportar estar sentada en el suelo y arruinar su vestido —el rostro de Anna mostró lo que pensaba de ese comportamiento tan ridículo.

—Lydia tendrá que aprender a acostumbrarse a la suciedad si el cortejo del comandante prospera, cosa que sé que ocurrirá —dijo Phoebe. Se irguió en la silla y aspiró el olor a tierra recién removida.

—El cortejo del comandante —Anna la miró con recelo—. Ella nunca lo aceptará. No sé cómo se atreve a perseguirla. Ingram no lo tolerará.

—Anna —Phoebe se volvió con una rara sonrisa llena de complacencia petulante—. Qué poca atención prestas. Después dirás que nuestro hermano no tiene intención de incrementar nuestra hermandad adquiriendo una esposa —miró intencionadamente a Eleanor, quien cabalgaba al frente con Stratford.

El rostro de Anna adquirió un aspecto agresivo.

—Aunque la prefiero a ella antes que a Judith, no veo por qué él debe casarse ahora. ¿Qué puede ver en ella, aparte de un poco de tierra que añadirá valor a la suya? Reconozco que algunos hombres se casan por algo así, pero no nuestro Stratford.

Phoebe la miró sorprendida.

—¿Te opones tanto a esa pareja? Encajarán muy bien —Anna parecía poco convencida, y Phoebe continuó—. No es coqueta, no es difamadora, no es fea...

—Estoy de acuerdo contigo. Ella no es ninguna de esas cosas —dijo Anna, sin rastro de su burla habitual—. Pero, ¿qué es? No es vivaz, no tiene personalidad, no es ingeniosa. No es nada. No me imagino a nuestro hermano quedándose con ella.

—Es una mujer que corresponderá al amor de nuestro hermano —dijo simplemente Phoebe.

Anna tenía la mandíbula tensa y los ojos inusualmente sombríos. Sin embargo, no tuvo tiempo de responder porque el grupo oyó unas voces que les llamaban.

—¡Hola! ¿Qué es esto? ¿Han tenido la misma idea que nosotros de hacer un picnic en el campo para disfrutar del aire fresco?

Phoebe y Anna se giraron para ver un grupo de cuatro personas, encabezado por Judith Broadmore y lord Delacroix, con una mujer pelirroja y un caballero dandi detrás. El grupo se detuvo para saludarlos, y Phoebe vio la sorpresa en el rostro de su hermano.

—¿Y si unimos los grupos? —preguntó Judith.

—Por supuesto que sí —dijo el señor Amesbury, con los ojos puestos en la otra mujer que cabalgaba con Judith—. Cuanto mayor sea el número, más entretenida será la fiesta.

Stratford miró al señor Amesbury durante un largo momento. Luego, tras echar un vistazo a la señorita Broadmore, chasqueó la lengua y su caballo salió disparado hacia adelante.

ELEANOR OBSERVÓ al conde galopar hacia el frente del grupo y buscó consuelo en el hecho de que apenas le había dedicado una mirada a la señorita Broadmore. Eleanor cabalgaba sola, ya que el único caballero disponible era el señor Amesbury, y este la evitaba deliberadamente, prefiriendo acercarse a la señorita Redgrave, sin importarle que el caballero con el que ella había venido le estuviera lanzando dagas con la mirada.

Lord Worthing aminoró el ritmo de su caballo y se detuvo mientras esperaba a que los demás lo alcanzaran. Lydia pasó cabalgando con el señor Braxsen, y el comandante Fitzwilliam fue el siguiente, entreteniendo tanto a Anna como a Phoebe Tunstall. Cuando Eleanor llegó hasta él, el conde igualó su paso.

—Por un momento olvidé que este era un día para tener compañía, y que tenía la suerte de

contar con la suya.

—No importa —Eleanor se volvió hacia él con una brillante sonrisa—. Tenemos todo el día por delante.

Lord Worthing le devolvió la sonrisa y luego exclamó:

—Mire hacia adelante —señaló el campo abierto frente a ellos—. Ahora tendremos una buena carrera —Eleanor había estado esperando sólo eso y, aunque el conde tenía una ventaja, no tardó en igualar su ritmo.

El grupo llegó a la fortaleza poco antes del mediodía y, cuando prepararon el picnic, Lydia descubrió que había olvidado las mantas.

—No importa —dijo en tono sereno—, aunque lamento haberos causado molestias —se apresuró a coger la porción del almuerzo ofrecida por el comandante Fitzwilliam—. Una comida sencilla —exclamó—, es justo lo que deseo.

Como Lydia parecía estar en excelentes términos con el comandante, Eleanor sólo podía suponer que su previa indiferencia se había debido precisamente a los nervios que ya habían desaparecido, y se alegró por el bien del comandante Fitzwilliam. También se alegró por Lydia. Él sería bueno para ella.

—¿Cómo habéis encontrado a una impostora que se parece tanto a nuestra Lydia? —murmuró Anna lo bastante alto como para ser oída por quienes la rodeaban. Lord Worthing soltó una carcajada.

STRATFORD SE SENTÍA satisfecho mientras observaba a la señorita Daventry llenar su plato y luego recostarse para contemplar el paisaje que la rodeaba. Era una imagen encantadora. El almuerzo fue sencillo, con carnes frías y huevos duros, tomates cortados y rebanadas de pan de campo. Sin embargo, se las arreglaron para traer algunos platos de jalea que habían sido cuidadosamente envasados para evitar derrames.

La atención de los señores Amesbury y Braxsen hacia la señorita Broadmore y sus amigos era tan intensa que Stratford se las había arreglado para no prestar atención a los intrusos. Lo que sí hizo fue dedicar un momento a encontrar humor en la rivalidad de los caballeros por la atención de la señorita Redgrave, que había hecho que incluso Braxsen dejara de lado su aversión por el «extranjero» y se relacionara con Delacroix. Ahora, el vanidoso amigo de lord Delacroix se ofreció a entretenerlos a todos con un juego de charadas, y su propuesta fue recibida con un rotundo entusiasmo.

Stratford se puso en pie.

—No echaréis de menos a dos del grupo, espero —miró a la señorita Daventry—. Hay un área de tulipanes que crecen cerca de la granja en ruinas de allí. ¿Le importaría venir a ayudarme a recogerlos?

La señorita Daventry miró a los demás del grupo, luego cogió su mano extendida y se puso en pie.

—Creo que a lady Ingram le agradecería que no volviéramos con las manos vacías —mientras se alejaban de los demás, Stratford notó la mirada calculadora en los ojos de Judith, pero la ignoró. Nada lo distraería del placer de hoy, y ahora, caminando con la señorita Daventry, se sentía tan libre como el campo abierto ante ellos.

—Es un día estupendo —dijo la señorita Daventry, dando pasos enérgicos, como alguien acostumbrada a caminar. Sonaba tan feliz como él se sentía.

—Tengo una buena compañía. ¿Me permite? —le tendió el brazo, y ella colocó la mano allí

para que él pudiera acercarla. Cuando se aproximaron a la franja de color, parte de la cual había quedado oculta a la vista por el desnivel del terreno, él se deleitó con su jadeo lleno de sorpresa. Estos tulipanes habían sido plantados en algún momento, pero en el último siglo se habían extendido en un mar de colores de todos los tamaños.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Aquí —dijo Stratford, y se inclinó para cortar el tallo de un tulipán blanco, cuyos pétalos estaban teñidos de color rosa—. Empezaremos aquí y recogeré un ramo tan enorme que, cuando se lo presente, tendrá problemas para ver por encima de la cabeza de su caballo durante el viaje de regreso a casa.

—Qué considerado —murmuró la señorita Daventry, y con una sonrisa maliciosa añadió—: Sí que le gustan los ramos enormes, milord.

Él tuvo que reírse. No había olvidado el ramo de disculpa que había enviado al salón Ingram.

—Debido a esa broma, señorita, organizaremos una competición. Propongo que vayamos por caminos separados durante un cuarto de hora. Yo me ocuparé de los tulipanes al otro lado del seto y usted se quedará aquí a la vista de todos. Cuando regrese, ganará quien haya conseguido el ramo más... único.

—¿Y cuál será la recompensa, milord? —preguntó ella con el rostro serio.

Stratford la miró a los labios, luego a los ojos, y levantó la comisura de los labios.

—Eso está por verse.

Los ojos de la señorita Daventry se abrieron de par en par, sorprendidos, pero Stratford se dio la vuelta antes de que pudiera ver más de su reacción. No quería tentar a la suerte. Más allá del seto, había un área de tulipanes negros, morados y amarillos tan intensos que parecían dorados. Crearía para ella un ramo de estas tres variedades.

ELEANOR HABÍA TERMINADO de recoger una gran cantidad de tulipanes de diversos colores. Se paró y miró a su alrededor, con los brazos tan ocupados como le era posible, pero no vio a lord Worthing al otro lado del seto. Había recogido tantos tulipanes que era casi imposible llevarlos todos, pero estaba decidida a no dejar ni uno atrás.

Mirando su torpe bulto, se rio de su locura por haber intentado ganar su pequeño concurso. *¿Recompensa, milord? O castigo.* La sonrisa se le borró de los labios cuando vio que la señorita Broadmore se dirigía hacia ella con una cesta.

—Señorita Daventry —dijo Judith—. Me he dado cuenta de que se había ido sin haber cogido nada para llevar sus flores. Le he traído una cesta. Puede poner aquí sus tulipanes para llevarlos a nuestro picnic.

Eleanor desconfió del gesto viniendo de alguien que nunca había sido amable con ella, pero con las manos llenas de flores cortadas, cuyos tallos verdes amenazaban con manchar su traje de montar, no tuvo más remedio que aceptar.

—Gracias. Tiene razón. No hemos venido preparados.

—Intento ser útil —respondió la señorita Broadmore. Dirigiendo una mirada hacia el seto, añadió—: Será mejor que vuelva con sus flores y encuentre un método de transportarlas para que lord Worthing pueda usar la cesta también.

Eleanor sujetó el asa con una mano y colocó cuidadosamente los tulipanes en la cesta de dos en dos y de tres en tres. Eso le permitió reflexionar durante un momento para decidir cómo responder. Insistir en quedarse a esperar a lord Worthing equivaldría a declarar su cariño por el conde delante de su antigua prometida. No podía hacerlo.

—Muy bien —dijo Eleanor. Dándose la vuelta, caminó hacia su grupo.

STRATFORD HABÍA COLOCADO sus tulipanes tal y como quería, con los negros intercalados y los morados rodeando a los dorados en el centro. Rodeó el seto, ansioso por ver la reacción de la señorita Daventry ante su elección, pero, en lugar de eso, estuvo a punto de colisionar contra la señorita Broadmore. Impaciente, examinó el campo más allá de ella, intuyendo ya que había ahuyentado a la señorita Daventry.

—Le he traído una cesta para sus tulipanes —dijo la señorita Broadmore—. No tema. Ella vaciará el contenido en algo adecuado y volverá para encontrarse con usted. Mientras tanto, ¿me permitiría colocar mi mano en su brazo, milord? El suelo es irregular y temo torcerme el tobillo.

Stratford no pudo negarse. Colocó los tulipanes bajo un brazo y extendió el otro. Una vez hecho esto, caminó tan rápido como pudo con Judith cojeando a su lado.

—Espera, Stratford —dijo de manera mordaz—. Tú me harás caer si me obligas a caminar a este paso. Piensa en que todos tardaremos una eternidad en llegar a casa. No podrás atender a tu *señorita Daventry* —sus últimas palabras salieron en una mueca.

—Sabías que lo nuestro había terminado. El motivo de mi interés actual no es de tu incumbencia —pudo ver a Eleanor al frente, de espaldas a él, mientras rebuscaba en su alforja. *Algo donde guardar las flores*, pensó. *Qué estupidez no haber traído cestas extra conmigo*. Más allá de ella, el grupo seguía enfrascado en el juego de charadas.

La voz de Judith lo devolvió a su entorno.

—Ni siquiera nos diste una oportunidad —dijo, con voz suave y enfadada—. He cambiado, y no se te ocurrió darte cuenta. Y pensar que rechacé a lord Garrett por ti.

Sobresaltado, la miró de frente y le apartó la mano de su brazo.

—Eso ha sido una tontería. No te habría dejado hacer eso después de tres años sin comunicación entre nosotros. ¿Cómo podías saber si aún sentía algo por ti o si lo había superado? —él avanzó a grandes zancadas mientras ella luchaba por seguirle el ritmo.

—No pudiste haberlo superado —siseó ella—. Estabas en guerra y no había tiempo para un compromiso.

Casi habían llegado al grupo, y Stratford sacudió la cabeza.

—Aun así. Fue una tontería por tu parte, Judith —el juego de charadas estaba en su apogeo, con Phoebe haciendo los gestos más ridículos, torciendo los dedos para hacer unas gafas alrededor de los ojos y luego señalando sus piernas.

—Un mono.

—Un conejo.

—Estoy segura de que esto no es decente —protestó Phoebe.

—¡Mi tía abuela Helen!

Hubo una carcajada y Phoebe se puso de pie con las manos en las caderas.

—Literata —dijo exasperada—. Era una literata.

—Se supone que no debes decírnoslo —dijo Lydia—. Estás arruinando el juego.

—Stratford ha vuelto con su tesoro, y ya me he cansado de hacer el ridículo —replicó Phoebe, echando un vistazo a sus tulipanes.

Stratford, con el humor arruinado, estaba ansioso por volver.

—Vamos. Ensillemos nuestros caballos. Será mejor que nos pongamos en marcha si queremos volver antes del té.

Cuando todos empezaron a recoger sus pertenencias, buscó a la señorita Daventry, contento

de que nadie hubiera hecho un comentario sobre su ramo. Ella le estaba dando un terrón de azúcar a su caballo, pero se volvió cuando él se acercó.

—Señorita Daventry —dijo en voz baja—. Este es su ramo, pero no la obligaré a sostenerlo en el viaje de regreso, por supuesto. ¿Puede adivinar qué es?

Ella miró su ramo artísticamente decorado en tonos negros y morados, con un deliberado destello dorado en el centro, y negó con la cabeza.

Stratford enarcó una ceja.

—Piénselo y aventúrese a adivinar. Y sólo entonces se lo diré.

Eleanor sólo pudo preguntarse qué había ocurrido entre lord Worthing y la señorita Broadmore, pero independientemente de lo que fuera, le dio motivos para albergar esperanzas. A su regreso, lord Worthing la buscó inmediatamente, mientras que la señorita Broadmore, con los ojos brillantes, se acercó a lord Delacroix y se inclinó para susurrarle algo.

Durante el trayecto a casa, lord Worthing habló poco con Eleanor, pero no se separó de ella. Los dos grupos se despidieron en la calle donde se habían encontrado más temprano con la señorita Broadmore, y el suyo llegó a la casa de los Ingram a tiempo para el té. Fatigada tanto por las emociones como por el esfuerzo, Eleanor dejó las riendas a un lado, preparándose para desmontar, pero lord Worthing bajó de su caballo para asistirle. Su mirada se clavó en la de ella mientras alzaba la mano.

Cogiendo a Eleanor de la mano, le entregó las riendas al mozo de cuadra y la condujo hasta el sombreado toldo. Ella pudo oír al comandante preguntándole a Lydia sobre el baile de Skeffington, pero estaban protegidos de la vista por el borde de los establos.

—¿Ha adivinado el significado de mi ramo? —preguntó lord Worthing.

—¿Espera su respuesta tan pronto? No, milord, no puedo lanzar una respuesta.

Sus ojos buscaron los de ella y, sometida a su escrutinio, el pecho de Eleanor se elevó con rápidas respiraciones. El conde pareció aceptar su respuesta porque cambió su pregunta:

—¿Lady Ingram ha dicho si usted asistirá al baile de Skeffington?

Eleanor asintió, sin aliento.

Lord Worthing se acercó un paso.

—Me gustaría escoltarla hasta esa cena. Cada vez estoy más deseoso de su compañía y tengo pocas ocasiones de disfrutarla —antes de que ella pudiera responder a sus palabras, o siquiera asimilarlas, él se acercó y le tocó la mejilla con sus dedos enguantados—. ¿Me reservará el baile antes de la cena?

—Sí —susurró Eleanor. Sintió un cosquilleo en la mejilla y una alegría que la recorrió y tiró de la comisura de sus labios.

Entonces lord Worthing se inclinó, con la mejilla cerca de la suya, para susurrar:

—El ramo es una metáfora.

Se apartó.

—Hasta el jueves, señorita Daventry —inclinando su sombrero, se dirigió a su caballo y llamó al lacayo que estaba de pie a su lado—. Tú. Coge estas flores y llévalas a la habitación de la señorita Daventry. Échales un poco de agua.

Eleanor se quedó clavada en su sitio. No estaba segura de poder moverse, aunque lo intentara. Cinco días. Debía esperar cinco días.

CAPÍTULO 34



Eleanor se vistió para el baile de la señora Skeffington en un estado de expectación de ensueño. Había albergado la esperanza de poder ver a lord Worthing en los días previos a la fiesta, sobre todo en la reunión de la señora Penniwraith, pero el conde no apareció. Al menos, no llegó antes de que ellas se marcharan temprano, ya que la aglomeración era demasiado para lady Ingram.

Su selección de vestidos nuevos se había reducido a casi nada, pero eligió un vestido verde salvia, de escote cuadrado y con encaje en las mangas de casquillo. La criada de lady Ingram le rizó el pelo y le colocó un collar muy parecido a las esmeraldas, pero de imitación, a juego con el vestido.

Ella supo de su presencia en cuanto entró. Él buscó su mirada y levantó la mano en un saludo parcial con los ojos brillantes. Eleanor temblaba de expectación. La agonía de la indecisión, de no saber lo que él sentía, había desaparecido. Ella luchó por mantener una boca serena, aunque le apetecía sonreír.

Cuando Eleanor se volvió, se alegró de no haber mostrado sus emociones más íntimas. Harriet Price los había pillado y prácticamente mostró los dientes con rencor. Eleanor temía el día en que los celos malintencionados de Harriet le hicieran daño, pero decidió no preocuparse por lo que pensara Harriet Price esta noche. Esta velada ofrecía demasiadas cosas de las que disfrutar.

Eleanor dirigió su atención a Lydia.

—¿A quién buscas? Aunque, si es a quien creo que es, él está por allí —hizo un gesto con la barbilla.

—No sé si busco a alguien en particular —dijo Lydia, enarcando una ceja, pero miró al comandante Fitzwilliam.

Como si una cuerda tirase de él, el comandante se dirigió hacia ellas.

—Señorita Ingram, cuánto me alegro de verla esta noche. He hablado con su hermano antes de venir y me ha invitado a una cena familiar la próxima semana. Ha prometido sentarse a la mesa para la ocasión —el comandante Fitzwilliam hizo una reverencia, habló y sonrió a la vez, claramente encantado de estar en presencia de Lydia. Como una ocurrencia tardía, añadió—: Buenas noches, señorita Daventry.

—Bueno, si mi hermano ha prometido estar en la mesa, seguramente lo cumplirá. Siempre ha cumplido todo lo que ha prometido —Lydia abrió su abanico y protegió su perfil, ignorando a un caballero que intentaba capturar su atención.

El comandante Fitzwilliam se interpuso entre el caballero y Lydia, apartándola del campo visual del hombre.

—Mientras tanto, ¿bailará conmigo el próximo vals? Deje los bailes campestres para otro desdichado —Eleanor reprimió una sonrisa. Lydia no tendría ninguna oportunidad. Alguien acostumbrado a mandar a los hombres en el campo de batalla sabría cómo conquistar el corazón de una mujer.

—Muy bien —dijo Lydia—. El próximo baile. Antes de la cena.

El comandante Fitzwilliam hizo una leve reverencia, con los ojos brillantes.

—Y espero que me permita escoltarla.

Eleanor había sido testigo de esta conversación, pero el comandante la había incluido en su discurso a modo de cómplice para que no se sintiera excluida. Ahora miró a su alrededor y divisó a Judith Broadmore y Harriet Price sumidas en una conversación, y notó que le dirigían más de una mirada.

Frunció el ceño. Cuando Lydia se fue a bailar con el comandante, Eleanor se quedó sola y ocupó un asiento fuera de la pista de baile, buscando un atisbo de lord Worthing. *¿Dónde estaba? Había solicitado específicamente este baile.*

Al otro lado del salón, Judith conversaba ahora con otra mujer, cuyos ojos se abrieron de par en par y se llevó la mano a la boca. Eleanor odiaba pensar quién podría ser el objeto de sus cotilleos y reprimió un sentimiento de aprensión que, estaba segura, era infundado.

—Quise venir antes, pero fui detenido. Por favor, acepte mis disculpas, señorita Daventry. No pude evitarlo —el rostro de lord Worthing estaba iluminado por la luz del candelabro, y las arrugas de su mandíbula mostraban un sombreado relieve—. Aunque haberla dejado sola es imperdonable.

El alivio que sintió ante su llegada casi dejó sin aliento a Eleanor. No lo había visto acercarse.

—Está perdonado, milord.

La ayudó a levantarse y colocó la mano de Eleanor en su brazo.

—¿Un perdón concedido tan rápidamente? Hemos recorrido un largo camino. Nos hemos perdido el vals, pero veo que ya casi es hora de la cena. He venido para que cumpla su promesa. ¿Entramos?

Grupos de personas se dirigían ya hacia el comedor, donde se habían dispuesto grandes mesas rodeadas de parlanchines. Eleanor estaba demasiado nerviosa para hablar, pero el bullicio ruidoso de la conversación que se arremolinaba a su alrededor hacía que las palabras fueran superfluas. Lord Worthing los condujo a una mesa con dos asientos vacíos.

—No sé dónde están los demás, pero dejemos que encuentren su propio camino —dijo, dedicándole a Eleanor una sonrisa sólo para ella—. ¿Puedo dejarla aquí unos segundos mientras busco algún refrigerio?

Ella asintió. Lord Worthing fue al aparador y regresó, equilibrando un plato con emparedados y un par de lonchas de jamón, así como dos vasos de sirope de Capillaire y agua.

—Creo que la señora Skeffington intenta rivalizar con Almack's en la elección del banquete —murmuró al oído de Eleanor, provocándole un cosquilleo de placer. A pesar de la multitud, ella sentía como si sólo estuvieran ellos dos.

—¡Oh-ho! No nos has guardado ningún sitio, ¿verdad? —bromeó el comandante Fitzwilliam, deteniéndose con Lydia aferrada a su brazo—. ¿Y has pensado en tus hermanas?

—La carga de las hermanas es algo difícil —bromeó lord Worthing, con los ojos puestos en Eleanor. Volviéndose hacia el comandante, le dijo—: Están bien atendidas. Anna está con Harris y Phoebe con el señor Drake. Son amigos, así que puedo confiar en que los hombres se comportarán. ¿Ves? Están sentados allí.

Lydia tocó el hombro de Eleanor.

—Creo que os dejaremos con vuestra cena —dijo, dándole un pequeño apretón.

Eleanor los vio irse mientras lord Worthing daba un sorbo a su bebida. La dejó en la mesa y se centró en ella.

—Su primera temporada está llegando a su fin, señorita Daventry. ¿Ha transcurrido como la había imaginado?

—Casi. No esperaba bailar con frecuencia ni hacer tantos amigos. Ha sido más encantador de lo que podría haber imaginado —colocó la mano sobre el mantel, incapaz de probar un bocado de su cena.

Lord Worthing pareció asimilar sus palabras.

—En mi caso, no puedo decir que esta temporada haya resultado como yo esperaba.

—¿De verdad? —preguntó Eleanor, con voz débil. ¿A qué se refería? ¿Se arrepentía de su conexión?

—No, yo... —se detuvo en seco y, con un cambio de tema para el que ella no estaba preparada, preguntó—: ¿Ha adivinado por fin el significado de mi arreglo?

El ramo estaba en la mesita de su dormitorio desde que él se lo había regalado, y seguía floreciendo. El conde había encontrado una hierba parecida a la paja para sujetar el ramo cuando recogió las flores, y ella lo dejó exactamente como se lo había dado. Parecía una Susana de ojos negros, sólo que invertida. El negro en el exterior, el amarillo en el centro.

—No he podido adivinarlo, milord.

Lord Worthing se inclinó y murmuró:

—Los tulipanes negros y morados son el cielo tormentoso. Las tormentas que azotan cuando la vida sufre un cambio inesperado. El amarillo del centro es el rayo de sol brillante. La esperanza en medio de la tormenta.

Hizo una pausa hasta que ella se encontró con su mirada.

—*Usted*, señorita Daventry, es el sol.

LO ÚLTIMO QUE Stratford había planeado hacer esta noche era declararse en público; después de haber sido testigo del cortejo rechazado y la humillación de Carlton. Sin embargo, cuando vio la alegría que sus palabras habían producido en Eleanor, infundiendo en sus ojos una luz llena de felicidad, no pudo contenerse.

—Señorita Daventry...

Stratford fue interrumpido por la señora de la casa, quien se acercó y le tocó el hombro, preguntándole si podía hablar con él. La señora Skeffington miró a la señorita Daventry con ojos duros y añadió:

—A solas.

Con una mirada de disculpa a la señorita Daventry, él siguió a la señora Skeffington fuera del comedor, y recorrieron el borde del salón de baile hasta llegar al pasillo que conducía al ala privada. Allí se detuvo y se volvió hacia él.

—Lord Worthing, me siento obligada a informarle de que se ha equivocado en la apreciación de la naturaleza de la señorita Daventry —la señora Skeffington estaba experimentando una fuerte emoción, y forzó la calma en sus palabras—. La madre de la señorita Daventry es una conocida dama promiscua en el continente.

Stratford levantó las cejas, con su ira en aumento.

—Sé que su madre tuvo un matrimonio de lo más insólito. Se fugó con un conde francés

durante su tiempo de luto. Pero está casada. Y todo esto ocurrió cuando la señorita Daventry sólo tenía siete años. Su madre no ha vuelto a Inglaterra desde entonces.

—Sé de buena fuente que hay una mancha en esa familia, y ella no es digna de ser recibida por la sociedad. Al menos no por cualquier hogar que desee conservar su reputación —la señora Skeffington se asomó al salón de baile que se estaba llenando rápidamente y se abanicó.

Molesto, Stratford protestó.

—¿Qué tiene que ver todo esto con la señorita Daventry? Su padre era un caballero y ella era lo bastante buena como para que mi tío se hiciera cargo de su tutela. Lo suficientemente buena para que lady Ingram la patrocinara...

—Me temo que eso no es todo —continuó la señora Skeffington—. He hablado con una de sus compañeras de escuela, y la señorita Daventry fue vista trepando por su ventana *después de medianoche*, la misma noche en que el profesor de latín abandonó misteriosamente su puesto. Había demostrado bastante aptitud para el idioma y había estado yendo a clases particulares. Cuando la señorita Price la interrogó sobre dónde había estado, se negó a contestar. La señorita Daventry —concluyó la señora Skeffington en un horrible tono triunfal—, estaba teniendo un amorío.

La habitación empezó a dar vueltas. La mirada de Stratford permaneció fija en la señora Skeffington mientras su mente analizaba las implicaciones. Si la señorita Daventry estaba siendo acusada de esto por la anfitriona del baile de esta noche, su reputación estaba en peligro inminente. Él debía hacer algo. Abrió la boca para hablar, pero la señora Skeffington no había terminado.

—Lord Delacroix me lo ha contado todo. Si la madre de la señorita Daventry es promiscua, no es de extrañar que su hija... —ella habría terminado, pero Stratford la interrumpió.

—¿Lord Delacroix está aquí?

—Sí, acaba de llegar... —la señora Skeffington no pudo terminar de expresar sus pensamientos porque Stratford se marchó bruscamente, privándola de la satisfacción por la indignación del conde—. ¡Vaya! —resopló desde detrás de él.

ELEANOR, sola, empezó a sentirse incómoda. Más de un par de ojos la miraban, y vio a varias mujeres cuchicheando detrás de sus abanicos, mirándola por encima de ellos con diversas expresiones de horror y regocijo. Empezó a sentir calor y buscó a sus amigas, pero no vio a ninguna. Lydia no estaba a la vista. Phoebe le daba la espalda. Eleanor dio un paso vacilante hacia Phoebe, pero la visión de Anna mirándola con expresión extraña la hizo detenerse.

Los susurros y las risitas se intensificaron cuando Eleanor se obligó a caminar por el borde del salón de baile. Incluso los hombres la miraban de la forma más incómoda. La escalera que conducía a la salida estaba a sólo unos pasos.

La señora Skeffington se encontró con ella en el último escalón y anunció en voz alta:

—Señorita Daventry, ya no es bienvenida en mi casa. Le ruego que se marche inmediatamente.

Eleanor tragó saliva con fuerza y dijo:

—Pero, ¿por qué? Yo no he... —miró a su alrededor y sólo vio caras poco amistosas. Lydia ya se había girado, con una expresión de sorpresa y consternación. Phoebe la miraba horrorizada y lord Worthing no aparecía por ninguna parte.

La señora Skeffington le impedía ver a la multitud y cualquier fuente de apoyo que pudiera recibir.

—Por favor, váyase —esa fue la implacable respuesta.

CAPÍTULO 35



Eleanor mantuvo su expresión oculta hasta que entregó la invitación para su abrigo y cruzó corriendo la puerta principal. Sólo entonces sus lágrimas brotaron, y apartó la cara para no mirar al alegre grupo que subía los escalones. Fue vagamente consciente de los penetrantes olores que desprendía una calle londinense en junio, y caminó media manzana antes de darse cuenta de que no tenía adónde ir. Incluso Lydia se había quedado atónita, y la madre de Lydia; oh, lady Ingram parecía aterrorizada. Lord Worthing... Las lágrimas corrieron por sus mejillas al pensar en la conmoción y la repulsión que él debió de haber sentido al enterarse de todo. Seguramente el falso relato de Harriet había provocado su ruina.

Eleanor avanzó a ciegas otra manzana antes de aminorar el paso y obligarse a concentrarse en su siguiente movimiento. Sería imposible abusar de los Ingram por más tiempo. De eso estaba segura. Pensó en la pequeña suma de dinero que le quedaba. No tendría tiempo de pedir dinero a su tía ni de solicitar un préstamo en su banco. Tendría que abandonar la casa de lady Ingram de inmediato, llevándose sólo lo imprescindible, preferiblemente antes de que regresaran de la fiesta.

Bastaría con hacer una pequeña maleta con una muda de ropa y reservar una habitación en un hotel... *¡pero no tengo criada! Nunca me recibirán...* Eleanor no tuvo tiempo de pensar más en este dilema, pues oyó una voz que la llamaba, un hombre que salió de las sombras de un carruaje cerrado. Era lord Delacroix.

Ella retrocedió con un sentimiento de repulsión.

—Lord Delacroix, lo siento, no puedo. . . No puedo quedarme a hablar con usted ahora. Debo llegar a casa de lady Ingram de inmediato.

—Señorita, usted está sin supervisión. No puedo permitirselo; mi honor como caballero no me permitirá dejarla continuar sin verla escoltada de forma segura.

Eleanor hizo una pausa, pero se dejó llevar por su insistencia.

—Señorita Daventry, la casa de los Ingram está a cierta distancia de aquí, y no sería correcto que caminara sola hasta allí —al ver que ella seguía dudando, añadió—: No debe temer que me aproveche de la situación. Veo que estaba equivocado en mi interpretación de su persona.

La visión de dos caballeros muy borrachos mirando lascivamente a una mujer de dudosa moral decidió el asunto. Dejó que lord Delacroix la ayudara a subir al carruaje. Una vez dentro, se encogió en el borde del asiento, esperando que él ocupara el otro lado y mantuviera una distancia correcta. Para su alivio, él lo hizo.

—¿No deberíamos abrir las ventanas? ¿Para que no estemos en privado en el carruaje?

—¿Y permitir que sea vista en un carruaje sola con un caballero? —lord Delacroix negó con la cabeza—. *Je ne peux pas le permettre.* Pondría en peligro su reputación. He ordenado al

chófer que acerque el carruaje a la esquina de la casa de lady Ingram para que pueda bajarse sin ser vista.

—Es muy amable de su parte... No lo había pensado claramente... —Eleanor buscó un pañuelo en su reticule y lo presionó contra sus ojos, con las manos trémulas por la emoción reprimida.

—Lamento que haya sufrido bajo los ojos de la alta sociedad. Pueden ser crueles —había amargura en la voz de lord Delacroix, y Eleanor lo miró sorprendida.

—Entonces, ¿usted estaba allí? ¿Cómo se enteró de lo sucedido?

Lord Delacroix pareció momentáneamente desconcertado.

—Sólo oí los rumores antes de irme. Ya estaba saliendo.

—Entonces, ¿sabía que me encontraría aquí? ¿Me estaba esperando? —Eleanor frunció el ceño con sospecha y tuvo dificultad para respirar.

—¿Cómo iba a saber en qué dirección iba a girar? Me fui porque tenía una cita pendiente, *mademoiselle* —sus ojos se entrecerraron y clavó la mirada en un punto por encima de los cojines del carruaje—. Mis intereses están puestos en otro sitio.

Eleanor se mordió el labio, preguntándose a qué pobre criatura se refería.

—¿Lo estoy apartando de su camino, señor?

—Sólo un ligero *détour*. No tiene importancia —con eso, el silencio reinó entre ellos.

Eleanor se entretuvo con uno de los botones inferiores de su spencer. Ahora sí que estaba en un aprieto. No encontraría marido, y aunque había renunciado a la idea antes de su temporada londinense, había empezado a tener esperanzas y ahora sentía su ausencia con intensidad. *Usted es el sol...*

El rostro de lord Worthing mientras pronunciaba esas palabras se cernió en su visión, y Eleanor comenzó a respirar agitadamente debido a un dolor tan agudo que le robó los sentidos. No habría un marido severo a quien engatusar, ni niños que tiraran de sus faldas, ni una chimenea donde sentarse y bordar mientras ella dirigía una alegre familia. Esa feliz fantasía con la que se había atrevido a soñar hacía poco se había esfumado, y su pérdida era dolorosa, incluso más que en los momentos en los que no había tenido esa esperanza.

Los bienes que heredaría no le reportarían ingresos. Probablemente tendría que trabajar como maestra de escuela —si ese puesto no le era negado—, y una ocupación que antes parecía una elección natural para alguien que se negaba a conformarse con nada por debajo del amor o la independencia, ahora resultaba desoladora. La propiedad volvería al conde, o a sus descendientes, cuando ella muriera. Eleanor sacudió la cabeza con amargura ante estas reflexiones, aunque era demasiado prudente como para pensar en arrojarle al Támesis. Tal vez, si tenía suerte, una variante agresiva de la gripe podría llevársela.

El carruaje retumbó sobre los adoquines, que se abrieron paso hacia un sendero más suave. Los ruidos de las calles dejaron de penetrar hasta donde Eleanor estaba sentada, y se lanzó hacia adelante para deslizar la cortina de la ventana del carruaje. Sus esfuerzos se vieron bloqueados por una mano enguantada sobre la suya, una que lord Delacroix sacó disparada de su postura que, por lo demás, era perezosa.

—Le dije que no sería correcto que la vieran en un carruaje a solas con un hombre.

La voz de Eleanor temblaba ligeramente:

—Seguramente ya hemos llegado a casa de lady Ingram. No sabía que estaba tan lejos.

—La hemos alcanzado, *ma chérie*, y la hemos dejado atrás camino de Dover. Tengo otros planes, que no implicarán que necesite recoger sus pertenencias —con su mano aun sujetando la de ella, lord Delacroix abrió la cortina de la ventana más próxima a su lado y se asomó.

Eleanor eliminó el miedo de su voz y habló con calma.

—La otra cita... su otro interés...

— *...n'est pas venue* —la aflicción fue sustituida por el terror cuando sus escalofriantes palabras calaron hasta sus entrañas—. El caballero de París que tiene mi futuro en sus manos me pidió que llevara a una hermosa y joven inglesa en mi visita. El destino me sonrió al ponerla en mi camino. Mi amiga no vino, pero en su ausencia, usted servirá.

CAPÍTULO 36



Stratford, al presenciar la escena de la partida de Eleanor tras lo que acababa de oír, se abrió paso entre la multitud para alcanzarla. La voz de la anfitriona resonó con un acento marcado: *Señorita Daventry, usted ya no es bienvenida en mi casa*, y vio el rostro de Eleanor, pálido pero lleno de dignidad, mientras se volvía hacia el guardarropa.

La música había cesado y el silencio invadió la habitación sólo durante un minuto, antes de que la multitud estallara en jadeos y risas ahogadas. Las faldas se movían de un grupo a otro para intercambiar sus especulaciones sobre el suceso, y Stratford vio a Lydia, congelada junto a lady Ingram, quien tenía una expresión severa.

No podía llegar a la puerta. La multitud era muy numerosa, todos encantados con la escena, esforzándose para no perderse nada y cerrando huecos para poder ser los primeros en comentar lo sucedido. Stratford se abrió paso a su izquierda, donde se encontraba un grupo de caballeros, y uno de ellos lo sujetó del brazo.

—Déjala —llegó la voz aburrida de Amesbury—. Te lo advertí. No te metas en ese lío.

Stratford liberó su mano y continuó avanzando, casi hasta el otro lado de la multitud, cuando fue retenido de nuevo, esta vez por el señor Braxsen. Los ojos de Braxsen mostraban tristeza y sacudió la cabeza, la mayor muestra de emoción que Stratford había visto en él.

—No. Déjala por el momento. También tienes que pensar en tus hermanas, y lady Ingram exige verte. La señorita Daventry es inocente de estas acusaciones, estoy seguro. Pero hay una forma más inteligente de limpiar su nombre, así que no alimentes las habladurías corriendo tras ella.

Los hombros de Stratford se desplomaron. Braxsen tenía razón. Si corría tras ella, la alta sociedad pensaría que era su cortesana. El daño ya podría estar hecho. Buscó a sus hermanas y vio a Phoebe que se dirigía a su lado, sin prisa y con aire majestuoso.

—Stratford, sabes que eso no es cierto. No conozco muy bien a Harriet Price, pero tiene la peor reputación de chismosa; una conocida alborotadora. No se puede confiar en la procedencia de esa información.

Antes de que Stratford pudiera replicar, Carlton apareció a su lado, con sus palabras casi ahogadas por los cotilleos que fluían libremente a su alrededor. Carlton había oído las palabras de Phoebe y dijo:

—Ella es la fuente. La señorita Price lo vio en persona. Las habladurías nacen por algo. Puede que se exageren, pero en el fondo siempre hay algo de verdad.

Stratford miró a Carlton con aversión.

—Nunca fuiste digno de ella.

Phoebe dejó a Stratford y fue a ver a Lydia, cuya madre había mandado llamar al carruaje,

deteniéndose en el salón de baile a mitad de camino para hablar con otra viuda. Phoebe se quedó con Lydia conversando en voz baja y, cuando Lydia pareció a punto de enfadarse, la llevó a un lugar más íntimo detrás de la columna.

Dando la espalda a Carlton, Stratford vio cómo el comandante se acercaba para interrumpir el *tête à tête* que Lydia estaba compartiendo con Phoebe. Entonces oyó una voz muy cerca de él.

—Stratford, lamento que haya habido una información desagradable sobre alguien que está tan relacionado contigo. Sé que odias los escándalos —Judith apoyó la mano en su manga, con expresión altiva.

Cuando él no dijo nada, ella continuó:

—Sabía que su madre había sido desprestigiada, pero estaba dispuesta a concederle el beneficio de la duda. No había razón para pensar que seguiría los pasos de su madre. Sin embargo... después de lo que acabamos de oír, parece que me equivoqué con ella. Intenté ser amable, por tu bien, aunque admito que tenía mis dudas.

Judith se acercó más a Stratford, mirando por encima de la multitud.

—Harriet dijo que la vio con sus propios ojos trepando por el enrejado en mitad de la noche. Si estabas pensando en unirte a la señorita Daventry, tal vez desees reconsiderarlo.

Stratford se volvió salvajemente hacia Judith.

—¿Quién te ha hablado de su madre? ¿De dónde sacas ese dato? —escupió la última palabra con ironía.

—François Delacroix me lo contó. Solía encontrarse con su madre cuando visitaba a sus amigos en Europa. «Ella no era nada del otro mundo», me dijo. Y no es de extrañar, considerando la crianza de su madre. ¿Quién puede predecir el resultado cuando un caballero se casa con una mercadera? —Judith se encogió de hombros—. Por eso es tan importante considerar todas las facetas al pensar en el matrimonio.

Dejaste clara tu repulsión por la crianza de mi madre cuando rechazaste mi propuesta. ¿Por qué estás ahora aquí? Este pensamiento descabellado pasó por la mente de Stratford, pero en su lugar preguntó:

—¿Cuándo escuchaste esto de Delacroix?

—Esta misma tarde —volviendo un rostro inocente hacia el suyo, Judith añadió—: Lo siento, Stratford. Pensé que querías formarte tu propia opinión.

—Y eso estoy haciendo —Stratford cruzó la habitación hacia donde sus hermanas y sus amigos estaban reunidos en grupo. Moviendo los dedos en una imperiosa llamada, dijo—: Anna, Phoebe, vámonos.

—Pero, ¿qué vas a *hacer*, Stratford? —dijo Anna, siguiéndolo. Phoebe se quedó atrás susurrando furiosamente al oído de Lydia.

—Debo irme tan rápido como pueda —respondió Stratford.

El comandante Fitzwilliam, con los ojos fijos en Lydia, colocó la mano en el brazo de Stratford.

—Worthing, espera —dijo. Resistiendo el impulso de apartar la mano del comandante, Stratford permaneció en silencio.

—Stratford, ¿puedo hablar contigo en privado? —preguntó Lydia.

Stratford hizo ademán de seguirla, con su impaciencia apenas disimulada, pero Lydia se detuvo en seco.

—Comandante Fitzwilliam, si es tan amable de venir, me gustaría que escuchara lo que tengo que decir.

Había una habitación desocupada junto al pasillo del primer piso, y Stratford entró, seguido

por el comandante.

—Phoebe ya lo sabe —dijo Lydia—, y Anna también puede venir.

Cuando todo el grupo estuvo reunido en la habitación, Stratford dijo:

—Hazlo rápido, Lydia, te lo ruego. No debo demorarme.

—Stratford, *sabes* cómo me encontraba cuando mi padre murió. Sentí que lo había perdido todo. Mi padre siempre me hizo sentir especial y nunca me dejaba con la niñera si tenía tiempo para estar conmigo. Después de su muerte, no tenía a nadie. Por supuesto, ahora no culpo a Freddy, pues puedo ver que tenía sus propias cargas que derivan de ser el heredero. Pero en ese momento se lo reproché.

Stratford hizo un gesto de impaciencia y el comandante Fitzwilliam lo fulminó con la mirada.

—Yo era difícil —continuó Lydia—, y cuando mi institutriz ya no pudo lidiar conmigo, mi madre la despidió y me envió a la escuela, donde conocí a Eleanor. Fue buena conmigo. Nunca se quejó de su situación, aunque sé que fue difícil para ella el haber perdido a su padre y que luego su madre huyera y se casara con alguien, abandonándola como si no importara nada. Pero Eleanor siempre se mostraba alegre y valiente, y me propuse imitar su espíritu. Empecé a prestar atención en mis estudios y a participar en las actividades escolares. Sólo que...

—Continúa —animó Fitzwilliam, y Lydia prosiguió con dificultad.

—El profesor de latín era de lo más atento, y me temo que vio en mí una presa fácil. Me convenció para que huyera con él, y era encantador, y mayor, y yo... Fui débil y accedí. Se lo confié a Eleanor, y ella me disuadió muy seriamente para que me apartara de lo que, según ella, sería un camino desastroso. Como no le hice caso, Eleanor decidió encerrarnos a las dos en la habitación y se guardó la llave. Amenacé con gritar o arrebatarla, pero ella se limitó a decirme que lo hiciera, que lo intentara. Luego colocó un pie sobre el alféizar de la ventana y empezó a bajar. Sabía que me aterrorizaban las alturas y que no la seguiría. Estaba tan enfadada que podría haber gritado para asegurarme de que fuera pillada. Excepto que pensé que todo saldría a la luz, que yo era la que se iba a fugar. Tengo una herencia, y no tendrían problemas en creer que fui yo.

—¿Por qué ella no se quedó en la habitación contigo? ¿Por qué salió por la ventana de noche para encontrarse con ese canalla? —Stratford se paseaba por la habitación, enfadado con Lydia por ser egoísta, enfadado con el profesor de latín por seducir a chicas inocentes, incluso enfadado con Eleanor por haberse arriesgado. Probablemente era demasiado inocente para comprender el gran riesgo que había corrido.

—Porque el profesor de latín dijo que me esperaría en el mismo lugar y a la misma hora todas las noches hasta que apareciera. Él sabía que no era fácil escaparse cuando uno lo deseaba, y estaba seguro de que yo acabaría apareciendo. Estaba decidido a arruinarme. Eleanor fue y lo amenazó.

—Y te libró de la ruina —concluyó el comandante.

—Sí —Lydia lo miró por primera vez, con las mejillas carmesíes, pero negándose a apartar la mirada—. Estaba tan enfadada que no le hablé en toda la semana previa a las festividades de Navidad. Cuando volvimos a clase, me di cuenta de mi locura y le pedí perdón a Eleanor. Ella me perdonó al instante.

Anna, lanzándole una mirada a Lydia, preguntó:

—¿Pudo escapar con su virtud intacta?

—Anna, nunca he estado más cerca de estrangularte —dijo Stratford.

—Es una pregunta válida —protestó Anna—. Tal vez, sin que ella tenga la culpa, los rumores tengan algún fundamento.

La mandíbula de Stratford se tensó. Dio media vuelta y se dirigió a la chimenea. Cuando se volvió, llegó justo a tiempo para oír a Lydia decir con voz firme:

—Eleanor no tiene motivos para sonrojarse.

—¿Cómo lo sabes? —insistió Anna.

—Nadie sabe actuar tan bien —respondió Lydia—. Intentó engatusarme para que me pusiera de buen humor al día siguiente. Ella se veía muy natural. Nadie podría tener ese comportamiento después de haber sufrido semejante daño, y menos aún Eleanor. Ella no es capaz de mentir.

—Suficiente —Stratford había estado paseándose de un lado a otro, y se dirigió a la puerta—. Comandante, ¿puede ocuparse de que mis hermanas vuelvan a casa? No quiero perder ni un minuto más.

—Cuenta conmigo —respondió Fitz—. Sin embargo, he venido a caballo. ¿Puedo usar tu carruaje mientras tu coges prestado mi caballo?

—Haz lo que necesites —dijo Stratford—. Encontrarás tu caballo en mis establos cuando llegues. Yo cogeré mi carruaje allí. Buenas noches —se despidió de todos con un asentimiento de cabeza y se marchó.

PHOEBE FUE la primera en hablar.

—Por favor, Dios, que llegue a tiempo —Lydia asintió enérgicamente, y Anna no dijo nada—. Anna —continuó Phoebe—, ¿vamos a por nuestros abrigos? Lydia, si me das tu invitación, puedo coger el tuyo también.

—Debo buscar a mi madre —dijo distraídamente Lydia, con los ojos aún fijos en los del comandante Fitzwilliam—. Ella tendrá el mío —Anna parecía dispuesta a quedarse en su sitio, pero Phoebe entrelazó sus brazos y tiró de ella.

Fitz dio un paso hacia Lydia.

—No debemos quedarnos aquí solos. Si alguien nos encuentra... —cogiéndola por el codo, miró por la puerta que aún no se había cerrado y vio que no había nadie en el pasillo. Tiró de Lydia tras él y se colocó detrás de una columna en el borde del salón de baile—. Venga conmigo aquí, donde podremos hablar en privado sin riesgo de escándalo —Lydia estaba de espaldas a la columna, incapaz de mirarlo—. Señorita Ingram —dijo, pero ella no levantó los ojos hacia los suyos. El comandante continuó—. Tengo una gran deuda con la señorita Daventry.

Cuando Lydia levantó los ojos, vio una leve sonrisa en el rostro del hombre.

—¿Cómo puede mirarme así, comandante Fitzwilliam? ¿Cómo no ha sentido aversión por mí después de enterarse de mi locura?

—Era una colegiala; estaba de luto por su padre...

Lydia sacudió la cabeza:

—No entiendo cómo no me ha rechazado después de presenciar mi comportamiento esta temporada. No he sido más que débil de voluntad, tonta y escandalosamente superficial. No logro entender cómo puede seguir siendo mi amigo después de saber todo esto sobre mí.

Fitz se acercó un paso y, cogiendo su mano, la colocó sobre su pecho, cubriéndola con la suya.

—Se ve a sí misma como encogida por el miedo, y yo veo a alguien que ama a su hermano desesperadamente. Se ve a sí misma como volátil, y yo veo a alguien vivaz. Se ve a sí misma como superficial, y yo veo el corazón que hay más allá de eso. Por supuesto que soy su amigo. Espero llegar a ser algo más.

Cuando su mirada se desvió hacia la de él, dijo:

—Lydia, ¿puedo hablar con tu hermano para solicitar su permiso y casarme contigo? — Lydia fue incapaz de responder y dejó caer los ojos hacia la medalla colocada en su pecho, así que Fitz continuó—. Sólo puedo proporcionarte la más simple de las elegancias de la vida, y habrá periodos en los que tendrás que elegir entre seguirme mientras estoy de servicio o fijar tu residencia en Londres sin mí a tu lado.

Al ver que ella seguía callada y sin mirarlo, él se negó a vacilar.

—Pero, cariño, te prometo que nadie te amará como yo, y si tengo una sola ambición para el resto de mi vida, será asegurar tu felicidad.

—¿Por qué me ha elegido? —preguntó Lydia, levantando por fin la mirada—. ¿Usted sospechaba que yo podía soportar los rigores de la vida de un soldado mejor de lo que aparentaba? Porque sé que no invité a nadie a pensar eso —ella esbozó una sonrisa.

—Sí lo creo —respondió Fitz—. Creo que tienes más agallas de las que aparentas. Pero te elegí a ti, mi dulce Lydia, porque una vez que puse mis ojos en ti, no pude volver a apartarlos. Caí a tus pies; una completa rendición. ¿Crees que serás capaz de corresponderme? —esperó, estoico, y cuando ella bajó los ojos, él le levantó la barbilla, negándose a que apartara la mirada.

—Puede hablar con mi hermano —susurró Lydia. Fue todo el tiempo que tuvo antes de que lady Ingram se precipitara hacia ellos con expresión furiosa. Se negó a saludar al comandante Fitzwilliam. Lydia le dirigió una persistente mirada antes de seguir a su madre hasta la puerta principal. Cuando el comandante se volvió, Anna y Phoebe estaban casi a su lado.

—Tenemos nuestros abrigo y estamos listas para partir —dijo Phoebe. El comandante Fitzwilliam asintió, con la mirada fija en la figura de Lydia mientras se marchaba.

Más tarde, mientras Anna y ella se preparaban para esperar el regreso de Stratford, Phoebe comentó que los ojos del comandante parecían muy brillantes esa noche.

CAPÍTULO 37



El carruaje retumbaba y el vaivén no ayudaba a calmar la desesperación casi abrumadora de Eleanor. Afortunadamente, lord Delacroix no intentó conversar y ella pudo dedicarse a sus propias reflexiones. Después de dos horas de viaje, el carruaje se detuvo bruscamente y sus pensamientos no le sirvieron de consuelo. El terror se apoderó de ella al contemplar lo que él podría estar dispuesto a hacer.

El comportamiento de lord Delacroix era inofensivo. Se bajó, dirigió unas palabras al conductor y levantó la mano para ayudarla a descender. Ella lo ignoró y accedieron al patio, que seguía lleno de gente, pues la hora aún no había avanzado. Había faroles en el banco situado frente a la puerta, así como luces en los candelabros colocados en ángulos extraños en el patio. Eleanor lo siguió al interior de la posada, buscando con la mirada posibles oportunidades de escapar, pero no vio nada, nadie a quien pudiera dirigirse.

—Un salón privado para mi hermana y para mí —le dijo lord Delacroix al posadero, quien los condujo a través de la concurrida taberna hacia la parte trasera.

—Está de suerte, milord —dijo el posadero, inclinándose con deferencia—. El caballero que ha reservado esta habitación no ha venido. Mi mujer acaba de cocinar un ave, y nos ha sobrado lechón del almuerzo, si le parece bien. ¿Le traigo algo de comer y de beber?

—Maravilloso —respondió lord Delacroix—, y un vaso de limonada para mi hermana —el casero miró de reojo a Eleanor y se retiró, cerrando la puerta tras de sí—. Siéntate. No tiene sentido quedarse cerca de la puerta. Para empezar, disiparás las sospechas si actúas con naturalidad. Te he ayudado al decir que eres mi hermana. No te verás comprometida hasta que estemos muy lejos de Inglaterra, y para cuando te lleve a Francia, mi anfitrión te tratará de otra manera. En cualquier caso, en mi presencia o no, tu reputación se habría arruinado.

—Mi reputación *no* se arruinará porque no he hecho nada para merecerlo. Encontraré la manera de limpiar mi nombre —dijo regiamente Eleanor. Pero se sentó como él le ordenó, sabiendo que sus palabras no tendrían sentido en el momento en que él forzara sus atenciones hacia ella.

Después de su orden, lord Delacroix no parecía ser consciente de su existencia, y ella no estaba segura de si eso era motivo de tranquilidad o de preocupación. El posadero llegó con la comida prometida y, cuando volvió a retirarse, Eleanor se fijó en el cuchillo que había junto a su plato, mientras lord Delacroix le servía patatas cocidas y un trozo de carne.

Eleanor se sentó, completamente erguida, y mientras lord Delacroix se inclinaba para coger un bocado, ella deslizó el cuchillo en la manga de su vestido y utilizó la otra mano para beber su limonada. Él se acabó el contenido de su vaso y lo dejó con un ruido seco.

—Sácate el cuchillo de la manga y ponlo de nuevo sobre la mesa. No te servirá de nada y

sólo conseguirás que me enfade.

Con los labios apretados, ella dejó el cuchillo sobre la mesa con dignidad.



EL CABALLO del comandante Fitzwilliam estaba esperando en la puerta en cuanto Stratford salió de la mansión Skeffington. Subió a la silla y se dirigió a casa de Ingram, con la esperanza de encontrar allí a Eleanor. Antes de que pudiera partir, un hombre vestido con colores apagados y sombrero de ala baja se le acercó y tomó las riendas del caballo. Alarmado, Stratford levantó su látigo.

—Tranquilo, jefe. Le veo con el fino caballo del comandante y debo hablar con él —el hombre levantó los ojos y Stratford pudo verlo claramente a la luz de la farola.

—¿De qué conoce al comandante? —preguntó Stratford, bajando el látigo. El hombre no parecía ser peligroso.

—Me dijo que siguiera a Dela-craw. Así es, milord. Veo que es un buen cazador que no pasa nada por alto. Se trata de ese extranjero, y el comandante me ordenó que le buscara a usted si él no estaba disponible.

—¿De qué se trata? —preguntó Stratford, impaciente por irse—. ¿Qué pasa con Delacroix?

—Ese extranjero cogió un carruaje con destino a Dover con un baúl atado, si no me equivoco. Lo seguí hasta Haymarket, y se llevó a una moza que no se veía muy complacida.

—Una mujer —exclamó Stratford—. ¿Qué aspecto tenía?

—Vestido verde, abrigo amarillo... —*Eleanor*.

—Debo irme —dijo Stratford—. El comandante Fitzwilliam saldrá pronto, acompañando a dos mujeres. Por favor, no las asuste, pero intente avisarle de hacia dónde he ido.

—Eso haré, capitán —antes de que el hombre pudiera continuar, Stratford se puso en marcha.

Stratford arreó al caballo del comandante en dirección a Cavendish Square y, en poco tiempo, sus alazanes fueron enganchados al faetón. *Delacroix se ha quedado sin dinero*, pensó mientras apremiaba a sus caballos a avanzar tan rápido como se lo permitía el tráfico londinense. Por lo tanto, el hombre no tenía nada que perder. Debían de llevar más de una hora de ventaja, y aunque él tenía buenas probabilidades con sus alazanes, no podía estar seguro de alcanzarlos sin detenerse en cada posada, y no debía cometer ningún error. El barco zarparía cuando la marea aumentara, y si no podía alcanzarlos antes de que Delacroix partiera hacia Francia, todo estaría perdido.

El faetón de Stratford era mucho más ligero que cualquier carruaje de Delacroix, lo que le dio esperanzas. Tras una hora de intensa cabalgata, llegó a la primera posada y se detuvo sólo lo suficiente para asegurarse de que no había ningún carruaje oculto a la vista. No había ninguno, y le bastó un vistazo para ver que no había nadie de categoría dentro.

Stratford no creía que se hubieran detenido tan pronto en el camino. Delacroix debía de estar tan ansioso por llegar a la costa como Stratford por encontrarlo. Pero no podía arriesgarse a perderlos, y sabía que la señorita Daventry era una joven ingeniosa. No, debía parar en todas las posadas del camino.

Mientras cabalgaba, se percató de que sólo había estado pensando en Eleanor. ¿Por qué se iría Delacroix *ahora*? La información de Fitz les había advertido que algo estaba en marcha y que ocurriría esta noche o la siguiente. Y aquí estaba Delacroix en territorio desconocido y partiendo hacia Francia. Tenía que ser él. Pero, ¿qué papel tenía Eleanor en todo esto? Stratford

vio otra posada justo al frente y, aunque estuvo a punto de pasar de largo, tiró de las riendas y desmontó.

Su cautela había sido justificada. Había un carruaje a un lado con el escudo de Delacroix, con caballos sin arneses mientras sumergían la cabeza en un cubo de pienso. Ni siquiera había intentado ocultarlos. El villano debió de pensar que nadie iría tras Eleanor.

El mozo de cuadra se acercó corriendo y Stratford le tendió las riendas, deslizándolas una moneda en la mano extendida del hombre.

—Dales agua y un masaje, pero no los desenganches. No me quedaré.

Al entrar en la concurrida taberna, vio la puerta del salón privado y avanzó hacia ella. El propietario se apresuró a interceptarlo.

—Milord, la habitación está ocupada en este momento. Usted no llegó a tiempo, a pesar de que su carta decía todo lo contrario.

Stratford lo empujó hacia un lado y abrió la puerta de golpe, la cual se estrelló contra la pared y reveló a la señorita Daventry sentada frente a lord Delacroix. Ella se puso de pie, y él sólo tuvo tiempo de mirar su rostro pálido, sus ojos asustados, antes de volver su mirada a Delacroix.

—Maldito —dijo, furioso.

La señorita Daventry se movió hacia un lado de la habitación, y él pudo oír el miedo y la incertidumbre en su voz.

—Me alegro de que haya venido, milord. He sido secuestrada.

¿Por qué tiene miedo? Ya estoy aquí.

Sólo le dedicó una breve mirada, sin querer apartar los ojos del canalla que seguía sentado a la mesa. No se fiaba de él.

Lord Delacroix se levantó y empezó a aplaudir:

—Bravo. Ha venido hasta aquí sólo para interrumpir lo que era un bonito *tête à tête*. Ahora que sabe cómo están las cosas, ¿por qué no vuelve a Londres?

—¡Oh *ho!* —Stratford no pudo contener su furia ni sus palabras—. Imagino que eso sería muy conveniente para usted, pero pagará por abusar de la señorita Daventry. Y ya que le estoy dando una lección, *señor*, también se hará cargo del paquete de información robado de las oficinas de guerra que planea colocar en manos del enemigo. No se moleste en negarlo.

—Entonces, me está culpando, ¿no? —Delacroix puso los ojos en blanco y se sentó—. Dios santo.

Stratford hizo una pausa. Su certeza de que Delacroix era el espía sólo había surgido después de que el hombre secuestrara a Eleanor. Hasta entonces, no había estado plenamente convencido de la culpabilidad de Delacroix, a pesar de las sólidas pruebas en su contra. Tal vez su apego a Eleanor había cegado su imparcialidad en este caso, y un sentimiento de duda se apoderó de él. Sin embargo, debía llegar hasta el final.

—Todas las pruebas apuntan en su dirección —dijo Stratford—. Su salida de Londres coincide con la entrega de información al enemigo. Usted no estaba en Almack's la noche en que el documento fue robado del cuartel general. Y la información que tenemos nos dice que es probable que el espía en cuestión sea de ascendencia francesa —señaló con el dedo a Delacroix—. Estuvo presente en la caída de lord Ingram, y estoy seguro de que si volvió fue para terminar el trabajo. Excepto que llegó demasiado tarde.

Lord Delacroix levantó las manos.

—¿Qué es lo próximo que me echará en cara? ¿Ha considerado que yo *no* haría acto de presencia esa mañana si fuera culpable de lo que me acusa? ¿Que no sería tan tonto como para dejarme pillar en las intermediaciones?

—Su aparición fue para desviar sospechas. Un caso de engaño. Vuelve a la escena, se muestras como un ángel de la misericordia y toda sospecha sobre sus acciones queda desechada —Stratford se desató la capa y se la quitó, luego tiró de su pañuelo de cuello—. Dígame. Si es inocente, ¿por qué huir del país con la señorita Daventry? ¿Por qué no quedarse donde estaba?

—El calor era demasiado fuerte, y no... —Delacroix levantó la mano—. No es que temiera que pensarán que era un espía, aunque tuve una sospecha cuando Ingram empezó a interesarse por mis asuntos. Sí, claro que sabía que me estaba siguiendo. Yo también tengo mis fuentes. La cosa se puso fea porque me involucré demasiado. No tengo dinero, Worthing. Y con los ojos implacables de la alta sociedad ya puestos sobre mí como alguien que es de ascendencia francesa, como usted tan amablemente ha señalado; no importa que haya ido a la escuela con el resto de ustedes y pasado toda mi vida aquí, haciendo todo menos morir por este país, las deudas eran más de lo que podía soportar. Tenía que huir.

—Si no está espionando... Me cuesta creerlo —Stratford sacudió la cabeza y miró el bolso de cuero junto al plato de Delacroix—. La descripción, los motivos.

—¡Motivos! —respondió Delacroix—. ¿Cuándo mis acciones han puesto en duda mi amor por Inglaterra? Es sólo mi sangre la que lo pone en duda. Pero me crie en suelo inglés, estudié en escuelas inglesas, encontré un título de nobleza en clubes ingleses. No hay motivo. ¿Cuándo fue esa noche de la que habla en la que alguien robó un documento del cuartel general, al que no tengo acceso, si me permite que se lo recuerde?

—Fue el trece de mayo, cuando el resto de la alta estaba en Almack's. Todos estuvieron allí, excepto usted. Todas las pistas encajan.

—Ja. Almack's —Delacroix se regocijó amargamente —Mi invitación fue revocada a esa ilustre reunión. Fui a jugar a las cartas en su lugar, y puede preguntar a cualquiera en Boodle's si estuve allí.

Stratford seguía sin estar convencido, pero tenía suficientes dudas como para detenerse de nuevo.

—Todo apunta a usted. ¿Quién más encaja tan bien en la descripción?

Lord Delacroix suspiró.

—No me gusta meterme en los asuntos de los demás, a menos que sea para salvar mi propio pellejo. Pero, ¿ha pensado en el señor Braxsen?

—Braxsen —dijo Stratford, desconcertado—, pero él no tendría motivos.

—¿No? ¿Hijo de una revolucionaria francesa que simpatiza con Napoleón? Claro que no es un dato muy conocido. Los padres de su madre eligieron por marido a un monárquico inglés, y el padre de Braxsen intentó dirigir los pensamientos del niño por caminos ingleses más apropiados. Pero los susurros de una madre ayudan mucho a formar la ideología de un niño.

—Pero él luchó en la guerra —dijo Stratford—. Luchó por nosotros... —se detuvo, recordando los detalles de su conversación con Braxsen. No le apetecía volver a la península; cuestionó la muerte de su hermano, aludiendo incluso a que se produjo en circunstancias sospechosas—. Braxsen es de tu estatura y color —dijo lentamente—. Y apareció en Almack's justo antes de que cerraran las puertas —de pronto, todo encajó en su sitio.

CAPÍTULO 38



Stratford estaba ahora convencido de que Braxsen era su hombre, y no podía creer que se hubiera pasado por alto todas las señales. Braxsen, siempre negativo sobre su carrera militar, incluso había intentado hacerle creer que Delacroix era desagradable, simplemente por ser francés. Se había dejado engañar. Tenía que hacérselo saber a Ingram y a Fitz lo antes posible y llegar hasta Braxsen antes de que pudiera transmitir la información o desaparecer.

De momento, tenía asuntos más inmediatos entre manos. Stratford dio un paso hacia Delacroix.

—¿Por qué la señorita Daventry? ¿Por qué arruinar su vida? —miró en dirección a Eleanor, dolido por lo que había tenido que sufrir—. Después de esta noche, puede que no tenga ante sí el futuro más fácil, pero no es una doncella vulgar.

Detrás de él, Eleanor pronunció algo parecido a un sollozo parcial, y Delacroix soltó una carcajada áspera.

—Eso dices tú. Pero como puedes ver, Worthing, ella estaba cenando con mucha tranquilidad antes de que entraras aquí. Así que yo diría que usted *está de más*, señor.

Stratford volcó la mesa, estrellándola contra lord Delacroix. Sujetó al *vicomte* por el cuello, tiró de él y le dio un puñetazo en el ojo. Delacroix cayó hacia atrás con un fuerte golpe.

Con Delacroix en el suelo, Stratford corrió hacia Eleanor.

—¿Está herida? —sujetando sus brazos con ambas manos, le dijo—: Déjeme sacarla de aquí.

Temblorosa, cayó en sus brazos, y la sensación de estrechar todo su cuerpo contra el suyo casi lo cegó.

—No he sufrido ningún daño permanente. *Oh...* —chilló ella—. ¡Detrás de usted!

Stratford se giró para ver a Delacroix de pie con una espada en la mano. El *vicomte* no perdió tiempo y se abalanzó sobre él, pero Stratford sacó su propia espada de la vaina en cuestión de segundos. Se produjo un poderoso choque cuando ambos se enfrentaron, y Eleanor se acercó a la puerta, con sus grandes ojos fijos en la escena frente a ella.

—Resolveremos el asunto ahora —gritó Stratford, y blandió su espada, pero fue bloqueada. Se apartó antes de que Delacroix pudiera contraatacar. *Piensa*, se reprendió violentamente. *No reacciones, piensa. Planea tus movimientos con antelación*. Ahora veía a su oponente con más claridad, y escaneó la habitación en busca de cosas que pudieran ayudar o dificultar su batalla. Estaba el recipiente roto con salsa en el suelo junto a la mesa. Allí estaba su bebida que se había derramado y formado un charco. Una silla tirada, otra todavía en posición. Un aparador que se podía inclinar...

Stratford empezó a luchar seriamente. Las espadas chocaron, una y otra vez, sin que ninguno de los dos contrincantes mostrara debilidad. Bloqueó una estocada, pero ineficazmente, y sintió

un pinchazo en el brazo izquierdo. Eleanor se cubrió la boca con un jadeo.

Sabiendo que se cansaría fácilmente a causa de la herida, Stratford tenía que poner fin rápidamente a la pelea. Hizo retroceder a su oponente con estocadas rápidas e implacables hasta que Delacroix estuvo al borde de la salsa derramada cerca de la mesa. Tal y como había esperado, Delacroix dio un paso atrás y resbaló, haciendo que el brazo de su espada cayera en lugar de bloquear la estocada. Stratford rodeó con su espada la de Delacroix, enviándola al suelo con un gran estrépito, y colocó la punta de su propia espada en el cuello de lord Delacroix.

—Estás vencido —dijo Stratford, con el pecho subiendo y bajando mientras recuperaba el aliento.

Lord Delacroix tenía las manos parcialmente levantadas en señal de rendición, y lo reconoció con un movimiento de cabeza.

Stratford bajó la espada. Se acercó a la mesa, con los ojos fijos en Delacroix, y miró dentro de la bolsa de cuero. No había nada más que unos cuantos billetes y algunas joyas.

—Te sugiero que te marches. Para mí es lo mismo que vayas a Francia o que vuelvas a Londres. Tan sólo no comiences rumores sobre la señorita Daventry y me mantendré fuera de tus asuntos.

Delacroix buscó su espada caída mientras se levantaba, la recogió y la volvió a meter en la vaina. Bajó la mirada y gruñó con molestia.

—La salsa me ha manchado las medias y no podré cambiarme antes de llegar al puerto. Tengo un aspecto horrible —Stratford siguió sosteniendo firmemente su mirada mientras el hombre se paraba frente a la señorita Daventry.

—*Je vous souhaite une bonne soirée, mademoiselle* —Delacroix hizo una reverencia irónica y, dirigiendo una inclinación de cabeza hacia Stratford, se marchó.

Cuando la puerta del salón privado se abrió a la taberna y lord Delacroix desapareció, los ruidos de gente bebiendo y hablando se reanudaron y el posadero entró corriendo.

—Milord. ¡Oh...! y la vajilla rota. Nuestro establecimiento es decente, señor, y usted lo ha convertido en otra cosa con su pelea. ¿Quién restaurará mi reputación?

Stratford no estaba de humor para su discurso melodramático.

—Le pagaré los daños. Ahora, váyase —dijo, empujando al posadero hacia la puerta. Cuando la cerró, se dirigió hacia Eleanor y le cogió las manos.

Ella le permitió sujetárselas sólo un momento antes de notar la sangre.

—El brazo —dijo y, dirigiéndose al aparador, encontró una servilleta limpia para vendarlo—. Esto servirá hasta que pueda ser examinado —luego le acercó la mano a la cara y sus dedos le acariciaron ligeramente la mejilla.

Aturdido por la delicadeza de su caricia, Stratford se sintió arrullado por el hechizo que había ejercido sobre él. Quería hablar; se resistía a dejarla con dudas sobre sus sentimientos, pero debían irse. No quería proponerle matrimonio cuando ella se encontraba en una situación tan vulnerable. Algún día ella podría dudar de si su propuesta estaba motivada por algo más que la caridad. Y cuanto más tiempo permanecieran, solos y solteros, mayor sería el riesgo de escándalo ligado a su nombre.

—Necesito llevarla de vuelta a Londres. No sé cómo hacerlo sin exponerla a críticas innecesarias, pero lo más seguro es que la lleve a mi casa, donde mis hermanas podrán ocuparse de sus necesidades. Y hablaré con lady Ingram por la mañana.

ELEANOR TEMBLABA de pies a cabeza y esperaba que no se notara. La confusión de emociones

que había experimentado; euforia y alivio cuando lord Worthing entró en la habitación, miedo por haber estado a punto de escapar, eran demasiado para su compostura. Aunque el conde había reaccionado cuando ella le tocó la cara, apoyándose en su mano y cerrando los ojos, sus emociones estaban ahora ocultas, y ella se preguntó si las había imaginado.

La ayudó a subir al faetón, con la mano de Eleanor temblando entre las suyas, y luego subió al otro lado antes de lanzar una moneda al mozo de cuadra en espera. Cogió las riendas y se pusieron en marcha. El carruaje estaba tan bien amortiguado que ella pudo relajarse poco a poco y tranquilizar sus pensamientos mientras avanzaban a toda velocidad por el camino rural.

Ninguno de los dos habló durante algún tiempo, y Eleanor empezó a preguntarse si no intercambiarían una sola palabra durante todo su viaje a Londres. ¿Estaba enfadado con ella por el escándalo? Tan pronto como tuvo esta desagradable idea, él encontró su voz.

—Sé que debe sentirse algo conmovida por los acontecimientos de esta noche, pero estos sentimientos pasarán —lord Worthing la miró en la oscuridad, y ella encontró su mirada.

Él volvió el rostro hacia el frente.

—Durante el resto de mis días, recordaré esta noche. Recordaré... —lord Worthing se detuvo en seco. Tragó con fuerza y, cuando continuó, se le entrecortó la voz—, que llegué a tiempo para salvarla. Recordaré que Dios me concedió la respuesta a mi plegaria —guardó silencio e instó a sus caballos a acelerar el paso.

Eleanor también miró hacia al frente, sintiéndose aliviada. Nunca habría imaginado que la velada terminaría así, que lord Worthing no le echaría en cara el escándalo, sino que vendría corriendo a salvarla. Sintió el calor que emanaba de su lado, y se apoyó en él.

Continuaron así, con emociones que parecían demasiado intensas para las palabras, y en un tiempo que pareció muy corto, llegaron a Londres y luego a su casa en Cavendish Square. Había una lámpara encendida en el salón, cuya luz se veía a través de las contraventanas. Él tiró de las riendas y los cansados caballos se detuvieron obedientemente.

—Eleanor —dijo, cogiéndole la mano—. Haré que todo se arregle con lady Ingram, y... con todos.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Eleanor. No esperaba llorar tanto tiempo después de la eliminación del peligro. Debió de haber sido la conmoción, pero pensó que también podría deberse a ese rayo de esperanza que se negaba a apagarse. No sabía por qué la esperanza la hacía llorar.

—Si lady Ingram me recibe, debo agradecerle su hospitalidad y rogarle que pase por alto los hechos ocurridos esta noche. Eso, si ella cree en sus palabras de que yo no tengo la culpa.

—Ella me creará —dijo sombríamente lord Worthing.

Cuando llegaron a la entrada principal, el mayordomo ya estaba allí. Anna y Phoebe abrieron la puerta que daba hacia el pasillo y salieron corriendo del salón. Phoebe se adelantó inmediatamente.

—Eleanor —dijo, cogiéndola en brazos. Las lágrimas de Eleanor amenazaron con brotar de nuevo.

—Ven —dijo Phoebe—, haré que la cocinera te traiga un vaso de leche caliente. Te he preparado una habitación junto a la mía y hay una bañera para que te puedas dar un baño de agua caliente.

Anna se quedó clavada en su sitio, pero cuando Phoebe y Eleanor pasaron junto a ella, dijo:

—Me alegro de que Stratford llegara a tiempo.

Eleanor se volvió hacia ella.

—Gracias.

STRATFORD SE DESNUDÓ LENTAMENTE, consciente de que Eleanor estaba al final del pasillo. Estaba muerto de cansancio y, como tal, sus pensamientos se entremezclaban. *La alcancé a tiempo. La alcancé a tiempo.* Pero se había equivocado sobre la implicación de Delacroix. No era propio de él equivocarse.

Sin embargo, Delacroix no era inocente. Stratford recordó cómo Eleanor se había levantado de la silla, con el alivio escrito en el rostro. Y Delacroix, el muy canalla, pensó en pillarlo desprevenido y acabar con él. En efecto, debía de estar desesperado. ¿Delacroix pensaba que Stratford intentaría detener su huida aunque sólo fuera por una deuda? ¿O su intención principal era secuestrar a su víctima?

Apartó a Delacroix de su mente. Era demasiado tarde para reflexionar sobre todo esto, y necesitaba ver a Ingram a primera hora de la mañana antes de ir a por Braxsen. Ahora que lo pensaba, lo mejor sería contar con la ayuda del comandante Fitzwilliam. Fitz estaba totalmente implicado y sabía cómo actuar, aunque tampoco había descubierto a Braxsen.

Stratford se durmió, olvidándose de Braxsen y Delacroix, y pensando en los ojos color ámbar que esperaba —una vez que se hubiera ocupado de los asuntos urgentes—, se alzaran hacia los suyos, mientras ella decía la única palabra que importaba. Sí.



A LA MAÑANA SIGUIENTE, Stratford se despertó demasiado temprano para cumplir su misión directamente. Nunca lo recibirían en casa de Ingram a estas horas, y más le valía desayunar primero. Se vistió con cuidado, preguntándose cuándo vería a Eleanor hoy y cómo estaría después de su aterradora experiencia.

Acababa de sentarse a desayunar cuando Anna entró. Lo observó en silencio y eligió un asiento frente a él, mientras el lacayo entraba y dejaba una cafetera a su lado. Ella cogió un bollo.

—Has tenido éxito —observó. Él asintió. Ella esperó a que él dijera algo y, como no lo hizo, cortó el bollo en dos y lo cubrió con crema—. ¿Crees que tu señorita Daventry se ha recuperado de la conmoción?

—Estaba ilesa cuando la encontré en compañía de Delacroix, y yo... convencí a lord Delacroix para que se fuera a Dover sin ella. Pero no, no estoy seguro de que se haya recuperado totalmente del shock.

—Entonces, ¿ella es decente? —preguntó Anna, con un rostro inusualmente serio.

Él asintió, con un nudo en la garganta.

—Siempre fue respetable, Anna.

Ella aceptó con calma el reproche implícito.

—Stratford, anoche investigué un poco antes de irnos de casa de los Skeffington, y creo que fue lord Delacroix quien inició el rumor.

Stratford volvió a asentir.

—Con Judith.

—Así que ya lo sabes —dijo ella—. Él estaba conversando con Judith, y luego ella fue de grupo en grupo hasta que todo el salón estuvo al tanto de la noticia. Pero el daño no se produjo hasta que ella habló con Harriet Price, quien le dio su parte de la información. Sólo puedo suponer que Harriet; ¡que todo el mundo sabe que se perdió el comienzo de la temporada porque sufrió un brote de *espinillas*!; se guardó esta noticia para una ocasión particular en la que,

sospecho, podría hacer el mayor daño. Realmente es una arpía rencorosa.

Stratford miró a su hermana con curiosidad.

—Anna, sé que es imposible, pero me inclino a pensar que apoyas a Eleanor, lo cual sería de lo más peculiar, ya que no concedes tu afecto a nadie sin una batalla duramente ganada.

Anna sonrió, pero replicó:

—No es justo que la sociedad pueda arruinar la reputación de una joven perfectamente decente por el capricho de dos o tres que no tienen más atributos a su nombre que su propio rencor. Resulta que tengo pruebas de que Harriet Price no es la inocente doncella que aparenta ser porque fue lo bastante tonta como para tener una aventura con John Fortescue en los arbustos de Vauxhall Gardens; y no, querido hermano, yo no estuve allí, ni te diré de quién obtuve la información. Hasta ahora nunca pensé en ser tan cruel como para exponerla. Pero ella ha lanzado un desafío y que me parta un rayo si, después de una pequeña charla con ella, no reconoce públicamente su error sobre lo que creyó ver esa noche. Y una vez que Harriet se rinda, Judith deberá hacerlo también o parecerá una estúpida. Así que sí, estoy dispuesta a defender a tu Eleanor —parecía engreída—. Ambos sabemos que es *tu* Eleanor. Sólo tendrás que convencerla de que pase por alto tus defectos.

—Hablas como una hermana —dijo Stratford, poniéndose de pie. Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Pero tienes toda la razón. Rogaré por su mano tantas veces como sea necesario.

—Primero suplícale que sea paciente —aconsejó Anna.

Stratford esbozó una sonrisa cansada.

—Probaré suerte con lady Ingram a ver si recapacita una vez que conozca los hechos.

—¡No traiciones a Lydia! —interrumpió su hermana.

—¿Qué clase de hombre crees que soy? Si consigo que ella recapacite, estoy seguro de que podremos ocultar el escándalo —Stratford tenía la mano en el pomo de la puerta cuando Anna habló.

—Conozco a lady Ingram, y ella no vendrá por aquí. Sin embargo, no carezco de mis propias influencias. Te ríes —dijo Anna—, ¡pero es verdad! Veamos si consigo cambiar las cosas. Phoebe tiene a Eleanor bien controlada aquí. Déjame el resto a mí.

CAPÍTULO 39



Al llegar a Grosvenor Square, Stratford anunció que tenía noticias urgentes para lord Ingram y subió corriendo los escalones hasta su habitación. Ingram, recostado en una tumbona junto a la ventana, volvió la cabeza cuando Stratford irrumpió por la puerta.

—Has vuelto —dijo Ingram—. Fitz ha enviado un mensaje. ¿Has recuperado a la señorita Daventry? ¿Qué has hecho con Delacroix? Espero que esté bajo custodia.

—Delacroix no es nuestro hombre —Stratford caminó hacia la ventana—. Braxsen lo es.

—¿Qué? —Ingram se movió como para levantarse de la silla e hizo un gesto de impaciencia al darse cuenta de su impedimento. Su mirada no abandonó el rostro de Stratford—. Imposible. Lo conozco de casi toda la vida. ¿Qué gana él?

—Al parecer, simpatiza con el emperador. Su madre es francesa, ¿lo sabías? Pero no podremos comprender nada más hasta que lo traigamos —Stratford se encogió de hombros—. Los propósitos del corazón de un hombre son profundos.

—Recuerdo haber oído algo sobre su madre, pero nunca fue algo importante —Ingram frunció el ceño—. Es suficiente para que él se cambie de bando, ¿no? ¿Dónde está Fitz? No debemos perder ni un momento.

Stratford se acercó a la ventana y miró hacia el exterior.

—Lo buscaré. Aún es temprano y supongo que estará en Steven's. Pero antes debo hablar con tu madre.

Ingram soltó un suspiro.

—Lo siento, Stratford. No creo que cambie de opinión sobre la señorita Daventry. Pero apoyaré a la chica pase lo que pase.

—Gracias —Stratford se dirigió hacia la puerta y cogió el pomo—. Te mantendré informado en cuanto capturemos a Braxsen.

LADY INGRAM RECIBIÓ a Stratford a solas en la sala matinal, adelantándose a cualquier cosa que fuera a decir con:

—Stratford, querido, sé por qué has venido. Lydia lo ha confesado todo, y veo que he juzgado muy mal a la señorita Daventry.

—Me alegra oírle decir eso, señora. Yo esperaba que ella pudiera encontrar aquí un hogar con usted para terminar su temporada y silenciar a los difamadores. Ahora está con mis hermanas.

—¿Traerla aquí? —exclamó lady Ingram—. Eleanor no puede venir aquí. Está arruinada ante los ojos de la alta sociedad; no importa que no sea por su culpa, no será recibida en ninguna

parte.

—Yo esperaba que fuera recibida aquí —insistió Stratford—. Sabe que la señorita Daventry no tiene la culpa. Seguramente si usted la acoge, los demás no tendrán más opción que aceptarla de nuevo en sociedad.

—Entonces no sabes nada de la alta sociedad, Stratford. No olvidan tan fácilmente, te lo aseguro. No puedo hacer nada por el estilo. Puede que las conjeturas apunten a mi Lydia... —levantó la mirada cuando esta entró, salvando a Stratford de pronunciar un comentario inoportuno.

—¡Stratford! —en el rostro de Lydia había inicios de lágrimas, pero todo rastro evidente había desaparecido. Miró la expresión controlada de Stratford hacia la implacable de su madre—. ¿Has encontrado a Eleanor?

—Sí, ahora está con Anna y Phoebe, pero yo tenía la esperanza de que ella pudiera quedarse aquí...

—Oh, sí, por favor, mamá. Sabes que debe tener un hogar con nosotras para reinsertarse en la sociedad. Debemos demostrar que no creemos todo lo que dicen los rumores. Sobre todo porque sabemos que no son ciertos —Lydia cruzó la habitación hacia su madre y se sentó, inclinándose hacia adelante con ojos suplicantes.

—Es demasiado tarde para eso, querida, como le decía a Stratford. Si la acogemos, nosotros también seremos despreciados. No correré ese riesgo cuando aún no te has casado.

—Eso no importa, mamá. *Sabes* que me casaré con el comandante Fitzwilliam. Y si mi hermano ha dado su aprobación, no hay razón para pensar que eso no sucederá.

—Cualquier cosa puede pasar en un compromiso de seis meses. Puede que cambies de opinión —lady Ingram lanzó una mirada a Stratford como si esperara que fuera él quien lo hiciera.

Como no quería verse envuelto en lo que preveía que sería una disputa entre madre e hija, Stratford hizo un último intento.

—Seguro que puedo convencerla de que lo reconsidere. Estaremos en solidaridad con ella, difundiendo que fue a visitar a su tía durante una semana o dos hasta que las cosas se calmen, pero insistiremos en que las acusaciones contra ella son infundadas. La mejor manera de demostrarlo es aceptándola en su casa.

—Eso es algo que no puedo hacer —lady Ingram apretó los labios—. Lo lamento. La joven tendrá que encontrar su propio camino en la vida. Es ingeniosa. Estoy segura de que le irá muy bien con los suyos. Nunca estuvo destinada a ser más que una acompañante para Lydia.

—¡Mamá! —gritó Lydia, poniéndose en pie de un salto—. Es la hija de un caballero.

Al oír esto, Stratford se puso en pie.

—Si no quiere ayudarme, no le haré perder más tiempo. Debo ocuparme de un asunto urgente y luego iré a ver a Eleanor.

—Ten en cuenta que ella no se quedará aquí —exclamó lady Ingram—. ¿Dónde piensas alojarla?

—Me retiraré a Grillon's, y mis hermanas la hospedarán en Cavendish Square hasta la boda. Si consigo ganarme su mano, como espero, ¡tendrá un lugar legítimo en nuestra casa como mi prometida! —con estas palabras, Stratford se despidió.



EL COMANDANTE FITZWILLIAM iba saliendo del hotel al tiempo que Stratford se detenía en su

faetón.

—Fitz. Si tienes un momento...

El comandante corrió hacia el carruaje y colocó la mano en la brida del caballo.

—¿Tuviste éxito?

—Sí —dijo Stratford, en tono cortante, todavía enfadado por su conversación con lady Ingram—. Por favor, sube. Tenemos asuntos urgentes y necesitare tu ayuda.

Tras poner a Fitz al corriente de los hechos, acordaron recoger a un jamelgo y a uno de los hombres contratados. Stratford iría solo a las habitaciones de Braxsen, y Fitz se quedaría abajo por si Braxsen decidía huir. Cuando llegaron a casa de Braxsen, su hombre intentó mantener fuera a Stratford, pero este se abrió paso hasta el comedor, donde encontró a Braxsen sentado a la mesa del desayuno, con una pila de baúles atados con sogas contra la pared.

El señor Braxsen se puso de pie.

—¿Qué es esto, Worthing? Le dije a Griggs que no recibiría a nadie.

—Me temo que no es una visita social, Braxsen —Stratford estaba de pie en la entrada, con las dos manos apoyadas en el bastón que sostenía su espada. El señor Braxsen jugueteó con la servilleta y luego se dejó caer en su silla.

—Será mejor que te sientes —dijo el señor Braxsen, sin su habitual tono sofisticado—. Griggs, por favor, trae otra jarra de metal para lord Worthing —volviéndose hacia el conde, dijo—: A menos que prefieras café.

—Vengo de Longfield —dijo Stratford.

Hubo una pausa antes de que el señor Braxsen intentara un tono alegre:

—Bueno, ¿qué estabas haciendo allí? ¿Huir de Londres? Te he visto en Boodle's. ¿Estás nadando en el río Tick? —bebió un sorbo y dejó la jarra con un temblor apenas perceptible en su mano.

—He estado persiguiendo a lord Delacroix —respondió Stratford. Golpeó el suelo con el bastón. Esta era la parte que tenía que manejar con delicadeza. No debía mencionar a la señorita Daventry.

El señor Braxsen enarcó una ceja.

—¡Lord Delacroix, en efecto! ¿Longfield, dices? ¿Qué hacía él de camino a Dover?

—Yo creía que espiaba para Francia —dijo Stratford. Observó la reacción de Braxsen bajo los párpados caídos.

—Eso no me sorprendería lo más mínimo —el señor Braxsen soltó una débil carcajada—. Siempre he pensado que era muy sospechoso —observó al conde con ojos cautelosos—. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto conmigo para que irrumpas aquí a esta hora intempestiva? Esto va más allá de mi capacidad de comprensión.

—Me equivoqué con Delacroix —Stratford atravesó al señor Braxsen con la mirada—. No está espiando para Francia. Tú sí.

El señor Braxsen permaneció inmóvil ante la acusación. Sólo su jugueteo con el salero delató su agitación. Sin previo aviso, se puso en pie de un salto, sujetó el cuchillo que había junto al plato y se abalanzó sobre el pecho del conde. Stratford, quien había estado anticipando tal movimiento, se echó a un lado mientras el señor Braxsen se lanzaba hacia adelante en el aire vacío. Stratford giró y lo sujetó por el antebrazo, forzando hacia abajo el brazo de Braxsen que sostenía el cuchillo. Golpeó ese mismo brazo contra la mesa hasta que el señor Braxsen soltó el arma y esta cayó estrepitosamente al suelo.

—Fitz —gritó Stratford. En cuestión de segundos, el comandante entró corriendo en la habitación y encontró a Stratford sujetando a Braxsen boca abajo sobre la mesa con el brazo a la

espalda—. ¿Por qué has tardado tanto? —dijo, entre dientes.

—Parece que lo tienes todo bajo control —respondió el comandante, con rostro adusto mientras observaba al culpable. Sujetó el otro brazo del señor Braxsen—. Vamos, Braxsen. Lamento mucho ver que eres el autor de esto. El carruaje te espera para un viaje a Newgate.

Cuando el señor Braxsen fue puesto en pie, dijo:

—Exijo que me soltéis y me permitáis caminar hasta el carruaje como un caballero, sin que nadie me sujete.

Stratford replicó:

—Perdiste ese privilegio cuando empezaste a espiar. Un caballero no es un traidor.

—¿Cuál es ese espionaje que se supone que he hecho? ¿Cuál es la prueba que tenéis contra mí? Decidme eso, al menos —el rostro del señor Braxsen estaba furioso, nada que ver con su habitual aspecto de indolencia.

—Las filtraciones en campaña siempre venían de tu regimiento. Y sólo desde tu regreso a Londres ha habido un aumento en la información robada con destino a la Península. Llegaste tarde a reunirte con el grupo a caballo la mañana del ataque a Ingram y llegaste tarde a Almack's la noche del asalto al cuartel general.

Fitz había empezado con la acusación, pero Stratford la terminó por él.

—Pensábamos que era Delacroix. Has sido inteligente ocultando tus huellas y lanzando el rastro hacia él. Pero he hablado con él y puedo garantizar su inocencia. Tú, sin embargo, no puedes probar la tuya —Stratford metió la mano en el bolsillo delantero del abrigo de Braxsen y sacó un sobre que contenía el inventario de media página robado del cuartel general. Se lo agitó en la cara—. *Esa es toda la prueba que necesitamos para detenerte.*

El señor Braxsen parecía hosco y algo temeroso.

—Permitidme... —liberó uno de sus brazos y se arregló el pañuelo del cuello para que quedara recto. Tiró de su camisa para que el abrigo volviera a su sitio y se examinó en el espejo para comprobar que su peinado no estuviera excesivamente alborotado—. Podéis proceder —dijo una vez realizadas todas estas operaciones.

Pasaron junto al atónito sirviente y bajaron las escaleras hasta donde esperaba el carruaje, cada uno sujetando uno de los brazos de Braxsen. El comandante Fitzwilliam subió primero al carruaje y Stratford empujó a Braxsen antes de entrar. Dio unos golpecitos en el techo del carruaje y comenzaron a avanzar por la calle.

—Dime esto —exigió Stratford—. ¿Por qué? Tu situación y la mía eran iguales cuando fuimos a la guerra. Ambos procedíamos de familias de caballeros con la misma educación. ¿Qué te llevó a traicionar a tu país de esta manera?

Stratford casi pensó que no contestaría hasta que el señor Braxsen dijo:

—Mi madre me habló del noble Bonaparte desde que era niño, y mi despilfarrador padre no hizo nada por cambiar mis opiniones. Estábamos especialmente unidos, mi madre y yo, y cuando fui a Eton, estaba preparado para odiar a todo el mundo, pero descubrí que me gustaba, lo suficiente incluso para dejarme arrastrar por la llamada a las armas un año después que mi hermano menor. *Él* era un apasionado de la causa, sin tener la misma formación que mi madre me dio. Lo seguí a la guerra, con la intención de vigilarlo, pero era un tonto devoto. Obedecía todos los caprichos de los oficiales e iba a donde le dijeran que fuera. Y, como ves, eso terminó por matarlo. Después de encontrarlo lejos de la escena de la batalla, busqué a uno de sus compañeros soldados. Me dijo que Robert había recibido la orden de llevar un mensaje del oficial a alguien de la clase marginal cuya casa limitaba por un lado con el campo de batalla. Por eso murió. No por su país. Por la amante de un oficial. ¿Qué clase de país es este? —el señor

Braxsen escupió en el suelo del carruaje.

—Pero morirás por tu traición —dijo Stratford, con la incredulidad y la tristeza luchando por imponerse—. Basta con utilizar tus habilidades y capacidades para hacer el bien. Todos nos enfrentamos a cosas en la sociedad que nos parecen intolerables. Como ciudadanos debemos actuar contra la injusticia y conseguir un mayor orden. Esa es la marca que dejamos en el mundo.

Braxsen miró por la ventana.

—No me importa morir. No pertenezco a este lugar. No pertenezco a Francia. No hay lugar para mí en este mundo, y más vale que lo abandone cuanto antes.

Stratford compartió una mirada con el comandante Fitzwilliam, luego se volvió y observó las oscuras nubes que se extendían en lo que prometía ser una gran tormenta de verano. El día parecía tan sombrío como él se sentía.

CAPÍTULO 40



Eleanor se despertó en una cama extraña, mucho después de la hora del desayuno. Tardó un minuto en recordar qué había pasado y dónde estaba. Estaba limpia tras el baño de la noche anterior y hambrienta. Desde su posición privilegiada, pudo ver un vestido colgado en la parte trasera de la puerta, y no era el suyo. Tal vez Phoebe se lo había dejado.

A pesar de la bondad del gesto y de su acogida de la noche anterior, Eleanor era consciente de su precaria posición en la casa. Como alguien que no formaba parte de la familia, y que había sido expulsada del hogar donde había tenido la esperanza de permanecer durante toda la temporada, y todo a causa de un escándalo, lo mejor era no quedarse demasiado tiempo aquí.

Hasta que Eleanor no conociera las intenciones de lord Worthing no podía aceptar su lugar en la casa, y ni siquiera se atrevió a aceptar el vestido. En su lugar, se colocó el vestido de la noche anterior y con él, una capa de suciedad que tenía más que ver con una asociación que con la suciedad real del vestido.

Llamaron a la puerta y una criada entró con una taza de chocolate caliente y dos trozos de pan con mantequilla.

—Buenos días, señorita. La cocinera me pidió que le trajera esto, diciendo que quizá no se atrevería a llamarnos —colocó la bandeja en la mesita y se apresuró a ayudar a Eleanor a abrocharse el vestido por detrás.

—Gracias —Eleanor se sentó en la silla cerca de la pequeña mesa, agradecida por la consideración de la cocinera—. ¿Dónde está lord Worthing? ¿Y sus hermanas?

—Milord se fue esta mañana temprano y no ha vuelto. La señorita Anna ha ido a visitar a alguien, y la señorita Phoebe ha salido para el mercado —la criada hizo una reverencia—. ¿Eso es todo, señorita?

Eleanor asintió con la cabeza, con un hilo de preocupación empañando cualquier alegría que pudiera sentir por el desayuno tan necesario y el acogedor entorno. Todos habían seguido con sus vidas, ¿y ella? Su vida no estaba aquí. Eleanor se obligó a comer el pan y beber el chocolate, pero le sentó mal al estómago.

Pasó dos horas sin oír ningún sonido procedente del exterior de su habitación, y empezó a dudar de su bienvenida. Empezó sólo como una semilla; una semilla alimentada por el silencio y la falta de contacto con el mundo exterior. Si ella hubiera sido importante para lord Worthing, él habría estado aquí esta mañana para hacerla sentir bienvenida. O enviaría a sus hermanas si tuviera asuntos importantes que atender. Debió de haberla rescatado sólo en su calidad de caballero; por su relación con su tío, y no como amante.

Suspirando, Eleanor pensó que la habitación no tardaría en parecerle una prisión a medida que su falta de lugar en ella empezaba a adquirir proporciones cada vez mayores. ¿Qué podía

hacer? No tenía maleta, tenía poco dinero... Sólo necesitó un momento de reflexión.

Recogiendo su chal y su reticule, Eleanor abrió la puerta hacia el pasillo. Si conseguía hablar con Lydia, ella seguramente la ayudaría. No había ni un alma a la vista cuando bajó las escaleras y, en el rellano, miró la hilera de puertas de madera que se extendía por el pasillo tras ella. ¿Se atrevería a abrirlas sin saber adónde conducían o si había alguien detrás de ellas?

Para su alivio, el mayordomo salió de una habitación y, al verla, se acercó rápidamente.

—Señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

Eleanor le sonrió.

—Si me llevara a la sala matinal y me proporcionara una pluma y tinta, le agradecería que enviara un mensaje a casa de lord Ingram.

—Por supuesto, señorita. Sígame.

La sala matinal era de un alegre tono amarillo con una gran ventana que daba a la calle húmeda. Ella notó los colores cálidos, pero la habitación vacía se tornó sombría por la lluvia torrencial que todavía no había dado señales de cesar. Collins abrió el cajón del escritorio y sacó papel y pluma. El tintero estaba lleno.

—Haré que envíen su carta en cuanto haya terminado, señorita.

—Gracias —Eleanor se sentó en el escritorio y sumergió la pluma perfectamente afilada en el tintero.

Lydia,

Debo ir a ver a mi tía en Bath. Tengo dinero suficiente para que la diligencia me lleve hasta allí, pero necesitaré el envío de mi maleta. ¿Tendrás la bondad de enviarla al cuidado de la señora en Abbey Street?

Con afecto,

Eleanor

La siguiente carta era más difícil, y se detuvo a pensar antes de intentarlo.

LORD WORTHING,

Usted ha sido amable y generoso durante mi estancia en Londres, y le estoy muy agradecida por su amistad, y por el rescate que realizó anoche. Me temo que no puedo abusar más de su bondad, ni de la de sus hermanas. He cogido el carruaje a Bath para reunirme con mi tía.

Mojó la pluma y secó el exceso de tinta antes de continuar.

Por favor, transmita mi más profundo respeto y gratitud a sus hermanas. Y sepa que, de aquí en adelante, seré

Suya,

Eleanor Daventry

Sellando ambas cartas, Eleanor salió del salón y se las entregó al mayordomo, quien esperaba junto a la puerta.

—Esta es para la señorita Lydia Ingram, y la otra... ¿Sería tan amable de entregársela a lord Worthing?

Se ató la capota bajo la barbilla, sintiéndose a la vez demasiado arreglada y desaliñada con la ropa de la noche anterior, y sostuvo el reticule en su brazo. Al llegar a la puerta, Collins se detuvo antes de abrirla.

—¿No debería llamar a un transporte para usted, señorita? Creo que lord Worthing lo preferiría —Eleanor estuvo a punto de negarse, pero decidió que sería mejor tragar su orgullo. No le haría ningún bien a su reputación ser vista sin escolta mientras caminaba por la ciudad bajo

la lluvia, y especialmente después del escándalo de anoche. *¿Fue sólo anoche?*

—Estaría muy agradecida. Debo ir a la diligencia.

—Muy bien, señorita. Haré que traigan el carruaje y que una criada la acompañe —Eleanor asintió con la cabeza y esperó junto a la puerta, sin saber si deseaba que su huida fuera interceptada o no.



STRATFORD LLEGÓ AL ATARDECER, cuando la peor parte de la tormenta se había convertido en llovizna. Se preguntó qué tan pronto podría proponerle matrimonio a Eleanor, imaginó varios escenarios, y el mejor consistía en que ella se arrojara a sus brazos. Estaba ansioso por verla en persona después de lo que le había parecido un día interminable. ¿Qué podría decirle para que esta vez aceptara su propuesta? Estaba casi seguro de que ella le correspondía, pero no podría saberlo con certeza hasta que las palabras salieran y él obtuviera su respuesta.

No era que sus antecedentes fueran ejemplares. Nadie en la historia de las propuestas había metido tanto la pata como él la primera vez, de eso estaba seguro. En cuanto entró por la puerta, Anna y Phoebe se abalararon sobre él.

—¡Por fin!

—Stratford, debes irte de inmediato. Collins dice que Eleanor ha ido a la diligencia. Aquí está su carta.

Con una palabrota, Stratford la cogió de inmediato y hojeó su contenido.

—Puede que aún tenga tiempo antes de que salga de Londres. Collins, haz que traigan mi otro vehículo. No, olvídale. Iré yo mismo.

Sus caballos fueron enjaezados en un abrir y cerrar de ojos, y él se subió a la silla, conduciéndolos hacia la diligencia. Maldiciendo en voz baja por el retraso, se abrió paso a través de las calles tan rápido como se lo permitieron los otros carruajes, llegando a la estación en el momento justo en que la gente comenzó a amontonarse en el pesado carruaje.

Le entregó las riendas a un muchacho y bajó de un salto. *¡Justo a tiempo!*

Cuando miró en el interior del vagón, luego en la parte superior e incluso en el interior del bar, Eleanor no estaba por ninguna parte.

—¿Cuándo salió el último hacia Bath? —preguntó al hombre del bar.

—Hace una hora, señor.

Conteniendo su frustración, arrojó una moneda al hombre y se dirigió al faetón, subió y espoleó a sus caballos de un chasquido. Si tenía suerte, los alcanzaría en las afueras de Londres.

En cuanto Stratford abandonó las atestadas calles londinenses, la incesante lluvia se detuvo, y el aire fresco le dio tiempo para pensar. ¿Qué la había llevado a marcharse sin esperar a verlo? Hiciera lo que hiciera, debía ganarse su corazón. Debía convencerla de que no era demasiado tarde, de que había esperanza para ellos. Con los ojos entrecerrados y la mandíbula tensa, se abrió paso por el barro, repasando una y otra vez lo que debía decir.

Un poco más adelante había una curva en la carretera y, en cuanto la cruzó, se detuvo en seco. Allí, frente a él, estaba la diligencia, con todos sus pasajeros a un lado de la carretera y los hombres más fuertes intentando empujar el carruaje desde donde la rueda se había atascado en uno de los profundos surcos.

Eleanor, empapada de pies a cabeza, giró la cabeza al oír el carruaje de Stratford y sus ojos se abrieron de par en par.

—Milord —dijo, con un evidente asombro en sus facciones cuando él se detuvo, y le pareció

ver en él un destello de esperanza.

—Por favor, suba, señorita Daventry —sin esperar su respuesta, Stratford bajó y la ayudó. La mano de la joven lo estremeció cuando la ayudó a subir al faetón. *No debo perderla.*

Dirigió los caballos hacia un lado y giró el vehículo en la hierba que bordeaba el camino, luego avanzó a paso ligero, dejando atrás el carruaje y la multitud de gente. Ninguno de los dos dijo una palabra mientras conducía, pero cuando cruzó la curva y vio la carretera vacía extenderse ante él, frenó lentamente y dirigió el faetón hacia un claro a un lado. Tras bajarse, enganchó las riendas en la rama del árbol más cercano y se acercó al carruaje con la mano levantada.

—Señorita Daventry, tenemos que hablar.

ELEANOR ERA un torbellino de emociones. Se había centrado únicamente en mantenerse fuerte hasta llegar a Bath, donde tendría todo el tiempo que necesitara para ordenar sus pensamientos. Es decir, una vez que hubiera encontrado la manera de explicarle a su tía cómo había llegado a encontrarse en semejante aprieto. Pensarlo la ponía enferma.

Pero, en secreto, tendría que reconocer las esperanzas que había tenido de tener una vida con lord Worthing y lamentar su pérdida. Debía aceptar el lugar que ocuparía en la sociedad y someterse a repercusiones en las que tal vez aún no había pensado. Tendría que decidir cómo proceder para ganarse la vida y descubrir qué se podía hacer con una herencia en el caso de que no hubiera marido. Lo que no esperaba era que lord Worthing acudiera tras ella. Él había *venido*.

Colocando su mano sobre la de él, Eleanor bajó, con el vestido empapado pegado a sus piernas. Sus rodillas estaban tan débiles que estuvo a punto de tropezar, pero lord Worthing la sujetó y la sostuvo, apartando lentamente la mano de alrededor de su cintura. Finalmente, la soltó, le colocó la mano en el brazo y señaló al frente.

—Sigamos el camino hacia esos árboles.

Empezaron a caminar y él se aclaró la garganta.

—Se marchó.

Ella le dirigió una mirada antes de contestar.

—Necesitaba irme, milord. No podía seguir siendo una carga para usted y sus hermanas.

Se detuvo y se volvió hacia ella, con una expresión que rozaba la ira.

—¿Por qué, en nombre del cielo, pensaste que eras una *carga* para nosotros, Eleanor?

Ella no sabía cómo era posible que, ante la ira de lord Worthing, lo que ella sintiera fuera euforia. Pero la alegría y la esperanza de oír su nombre en sus labios casi la sofocaron. Su voz fue débil cuando respondió:

—Usted no apareció esta mañana. Sus hermanas tampoco.

Lord Worthing comenzó a caminar de nuevo, y ella lo siguió.

—Estaba llevando a Jonathon Braxsen ante la justicia, lo único que podría haberme alejado de tu lado. Mis hermanas estaban ocupadas visitando todas las residencias de Londres en un esfuerzo por limpiar tu nombre. No estuvimos allí porque no pudimos.

Oh. Entonces, ella no había sido olvidada. Pero tal vez... tal vez se trataba simplemente de un exagerado sentido de la caballerosidad. Eleanor tenía que asegurarle que estaría bien, para que no sintiera ninguna obligación.

—No debe temer por mí. Mi tía me acogerá. Y he enviado una carta a Lydia pidiéndole que envíe mi equipaje.

Ante la mención de Lydia, lord Worthing exhaló, con la voz tensa por la frustración.

—Lady Ingram no te aceptará.

Era tal y como ella había temido.

—No esperaba lo contrario —dijo Eleanor. Luego, con el corazón helado por el miedo, continuó—: ¿Y Lydia?

—Lydia, me alegra decir, no comparte la misma opinión, pero no puede contrariar a su madre mientras viva en casa de su hermano —lord Worthing buscó su mirada—. Creo que ella hará todo lo posible por mantener la conexión. Sólo si tú lo deseas.

—Oh, por supuesto que lo deseo. Lydia es mi mejor amiga —*efectivamente*, pensó Eleanor, *excepto por usted, es mi única amiga*.

—Si conozco a Lydia, quiere hacer algo más que mantener correspondencia. Quiere visitarte. Su madre puede dictar quién se queda en su casa, pero Lydia dictará quién es su amiga.

—De eso estoy segura —Eleanor suspiró—. Pero no he decidido a dónde iré después. Confieso que esperaba que lady Ingram me aceptara porque sería más fácil encontrar un puesto si ella me patrocinara. Ahora no tengo a nadie...

Lord Worthing no la dejó terminar.

—¿No considerarás el matrimonio?

Eleanor se asombró de poder seguir poniendo un pie delante del otro con semejante temblor. *¿Cómo se supone que debo responder a semejante pregunta cuando él no me ha hecho una propuesta adecuada?* Con una respiración trémula, respondió:

—Nadie me ha hecho la pregunta, señor.

Lord Worthing pareció sobresaltado y soltó una carcajada ahogada.

—¿No? Sé de buena fuente que ha recibido al menos tres propuestas, señorita.

Sorprendida, Eleanor pudo sentir el calor subiendo por sus mejillas. Que él supiera de las otras propuestas... ¡que hiciera referencia a la suya en este momento!

—Milord...

—Por favor. Basta de «milord» —lord Worthing se giró de repente, con la mano de Eleanor todavía en el pliegue de su brazo—. ¿No me llamarás Stratford?

Ella se detuvo en seco, con el corazón latiéndole tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo.

—Eleanor —cuando ella levantó los ojos hacia los suyos, Stratford respiró hondo—. Una vez dijiste que querías casarte por amor. Yo... soy torpe al hablar, pero te prometo que te amo —Stratford sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa de disculpa—. Puede que mis palabras sean inadecuadas; de hecho, sé que he cometido terribles errores por ello. Pero si me aceptas, te prometo que pasaré el resto de mi vida *demostrándote* lo mucho que te amo.

Como ella no respondió, él le cogió las manos, con voz suplicante.

—Señorita Eleanor Daventry —empezó formalmente, con unos ojos que se negaban a dejar que ella apartara la mirada—, yo, Stratford Joseph Tunstall, el quinto conde de Worthing, me presento aquí *sobrio*, para rogarle que se case conmigo.

La expresión seria de su rostro era insoportable, y la boca de Eleanor se alzó hacia arriba mientras la alegría llenaba su pecho. Una vaga conciencia le hizo percatarse de que, aunque su relación no había sido instantánea ni fácil, los lazos siempre habían sido fuertes. Desde el principio, esos lazos inexplicables los habían unido, a pesar de que ellos mismos habían decidido lo contrario. Esos mismos lazos les permitirían superar cualquier adversidad.

Incapaz de mantenerlo con el alma en vilo por más tiempo —y no era que necesitara tiempo para decidirse—, Eleanor levantó los ojos hacia los suyos. Y con unas palabras más susurradas que pronunciadas, respondió—: Sí, Stratford. Creo que lo haré.

El conde soltó un alarido. La cogió por la cintura, la hizo girar una vez, riendo, hasta que la bajó y sus faldas mojadas volvieron a adherirse a sus piernas. El único sonido a su alrededor eran las gotas de lluvia que caían mientras el viento susurraba entre las hojas de los abedules. Stratford le cogió la cara con ambas manos, manteniéndola cautiva en su mirada.

—Esta, mi amor, es una de las formas en que te lo demostraré —se inclinó hacia ella y la besó mientras la mente de Eleanor daba vueltas y sus rodillas temblaban. Sólo las manos de él en sus brazos la mantuvieron erguida. *¡Así! pensó, así se siente el amor.*

MIENTRAS ELEANOR se fundía con él, Stratford le rodeó la cintura con un brazo y los hombros con el otro para estrecharla todo lo posible en su abrazo. Justo cuando él estuvo a punto de perderse en el beso, se separó, respirando con dificultad. *No debo olvidar mi entorno. Tengo tiempo suficiente para convertirla en mi esposa.* Se conformó con apartarle la capota para poder apoyar la frente en la suya y acariciarle las mejillas con los dedos.

Y como eso no era suficiente para dominar esos sentimientos eufóricos que se arremolinaban a su alrededor y amenazaban con impulsarlo a actuar a lo grande, susurró:

—*Te amo, te amo, te amo...*

OTRAS OBRAS DE JENNIE GOUTET



CRÓNICAS DE CLAVERING

Redención

Intrigas del corazón

El juego de buscar pareja

Propuestas Memorables

Una propuesta desafortunada

ACERCA DEL AUTOR



Jennie Goutet es la autora más vendida de doce novelas románticas de la Regencia, entre ellas las Crónicas Clavering, Propuestas Memorables y la serie Hijas de la Nobleza. Sus libros han recibido el primer lugar en romance histórico en los New England Reader's Choice Awards y han alcanzado el puesto número uno en la categoría Romance de la Regencia en Amazon. Han aparecido en BookBub y Hoopla, y están traducidos a cinco idiomas.

Jennie es una anglófila nacida en Estados Unidos que vive con su marido francés y sus tres hijos en una pequeña ciudad a las afueras de París. Su imaginación reside en la Inglaterra de la Regencia, donde sus romances están ambientados. Puede obtener más información sobre los libros de Jennie y suscribirse a su boletín informativo en su página web: jenniegoutet.com o comprar sus libros en jenniegoutetbooks.com.

Photo: Caroline Aoustin